

REVISTA DEL



PENSAMIENTO CENTROAMERICANO

Número 146 (Enero - Marzo 1975)

- * EDITORIAL
- * PROLEGOMENO PARA UNA HISTORIA
ECONOMICA DE NICARAGUA. 1905 - 1966
Pedro Belli
- * UN ITALO-NICARAGUENSE DEL SIGLO
XIX: FABIO CARNEVALINI
Franco Cerutti
- * EL RITO EN EL MARCO DEL CAMBIO SOCIAL
Juan Hernández - Pico, S. J.
- * COMENTARIO DE LIBROS
- * GALERIA DE ARTE PRE-COLOMBINO
Cortesía de nuestros Patrocinadores
- SECCION ARCHIVO
- * RELACION DEL VIAJE DEL PRESIDENTE SOTO
DE COSTA RICA A NICARAGUA
- * BIBLIOGRAFIA CENTROAMERICANA

Nicaragua: 10 Córdobas - Centroamérica: 2 dólares

nero-Marzo, 1975) No. 146
2108. Managua, Nicaragua. Tel. 80788

Publicado por

CENTRO DE INVESTIGACIONES Y ACTIVIDADES CULTURALES

en cooperación con

**CONSEJO SUPERIOR UNIVERSITARIO CENTROAMERICANO (CSUCA)
UNIVERSIDAD DE COSTA RICA
UNIVERSIDAD NACIONAL, HEREDIA, COSTA RICA
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE NICARAGUA
UNIVERSIDAD CENTROAMERICANA, NICARAGUA
CENTRO DE INVESTIGACION Y ACCION SOCIAL (CIAS), GUATEMALA
TULANE UNIVERSITY, ESTADOS UNIDOS.**

SUMARIO

	Pág.	
Xavier Zavala Cuadra	1	EDITORIAL
Pedro Belli	2	PROLEGOMENO PARA UNA HISTORIA ECONOMICA DE NICARAGUA. 1905-1966.
Franco Cerutti	31	UN ITALO-NICARAGUENSE DEL SIGLO XIX: FABIO CARNEVALINI
Juan Hernández-Pico,	43	EL RITO EN EL MARCO DEL CAMBIO SOCIAL: ¿UNA ACTITUD HUMANA CONFORMISTA O INNOVADORA?
	59	COMENTARIO DE LIBROS
	64	GALERIA DE ARTE PRE-COLOMBINO Cortesía de nuestros Patrocinadores.
Pío Viquez	71	SECCION ARCHIVO Relación del viaje del Presidente de Costa Rica Don Bernardo Soto a Nicaragua
	167	BIBLIOGRAFIA CENTROAMERICANA

Fundada por

Joaquín Zavala Urtecho

en 1960

CONSEJO EDITORIAL

José Coronel Urtecho
Pablo Antonio Cuadra
Constantino Láscaris
Carlos Meléndez Chaverri.

Director
Xavier Zavala Cuadra

Directores Asociados

Carlos Mántica Abaunza
CIAC

Italo López Vallecillos
CSUCA

Franco Cerutti
Universidad de Costa Rica

Chester Zelaya Goodman
Universidad Nacional, Heredia.

Ernesto Gutiérrez
Universidad Nacional Autónoma
de Nicaragua

Alvaro Argüello Hurtado, S.I.
Universidad Centroamericana

César Jerez, S.I.
CIAS.

Ralph Lee Woodward, Jr.
Tulane University.

Jefe de Redacción
José Emilio Balladares Cuadra

Jefe de Distribución
Ann Mc Carthy de Zavala.

Las opiniones expresadas en los artículos no representan necesariamente el punto de vista de esta publicación.

Aceptamos manuscritos sin comprometer nos a publicarlos o devolverlos. Envíelos, por favor, al Director o al Director Asociado más cercano.

Articles appearing in this journal are abstracted and indexed in HISTORICAL ABSTRACTS and AMERICA: HISTORY AND LIFE.

Prohibida la reproducción total o parcial sin autorización de la Dirección.

Impresa en Lit. y Edit. Artes Gráficas.

Diagramación
Rolando Padilla

EDITORIAL

Después de dos años de interrupción —1973, 1974— causada por el terremoto de Managua en Diciembre de 1972, REVISTA DEL PENSAMIENTO CENTROAMERICANO aparece de nuevo para servir a todos los hombres de este puente geográfico de América. Desde sus páginas, nuestra revista pretende:

- * Fomentar y estimular la reflexión sobre el hombre centroamericano y sobre lo que el hombre centroamericano ha realizado a lo largo de su historia: su cultura, sus formas de ser y de actuar, sus instituciones.
- * Fomentar y estimular el intercambio de estas reflexiones y ser uno de los instrumentos de ese intercambio: mercado común o zona de libre comercio para las ideas y reflexiones de los centroamericanos.
- * Esperando que, de ese intercambio o diálogo de estudios y reflexiones, crezca un pueblo centroamericano más conocedor de sí mismo, más conocedor de lo que ha hecho y de lo que no ha hecho, de lo que ha sido y de lo que pudo haber sido: más capaz, por tanto, de vivir y convivir.

Promoverá y publicará, pues, estudios inter-disciplinarios que investiguen el pasado y el presente del hombre centroamericano: sus valores, sus actitudes, sus hábitos, sus costumbres, su lengua, sus sociedades, su economía, su creación artística.

Para cumplir mejor estos objetivos, Revista del Pensamiento Centroamericano ha sido re-estructurada centroamericanamente. Sigue siendo publicada por el mismo grupo de personas que de una forma u otra trabajan en ella y que ahora forman una institución jurídicamente establecida como privada, no confesional, no lucrativa, llamada Centro de Investigaciones y Actividades Culturales (CIAC). Pero este Centro ya no hace la revista solo, sino en cooperación con universidades y centros de investigación de los diversos países centroamericanos. Cada una de estas instituciones co-publicadoras ha nombrado un Director Asociado para la revista. Esperamos así garantizar el que esta publicación sea lo que su nombre promete: Revista del Pensamiento Centroamericano.

PROLEGOMENO PARA UNA HISTORIA ECONÓMICA DE NICARAGUA DE 1905 A 1966

PEDRO BELLI

Instituto Centroamericano de Administración de Empresas

Este artículo fue escrito en 1968 como el primer capítulo de mi tesis doctoral. Su propósito era proveer un trasfondo histórico para lectores ajenos a nuestro medio, y no pretendía analizar profundamente la historia económica de nuestro país.

Aunque nunca pensé que este capítulo, por separado, fuese de mayor interés y menos aún que ameritase publicación sin el resto de la tesis, a instancias de Xavier Zavala, que se acercó a mí en busca de análisis económico de Nicaragua, he decidido sacarlo a la luz pública con la esperanza de inducir a otros historiadores y economistas a analizar el comportamiento económico de nuestro pueblo.

Durante los siete años que han transcurrido desde que escribí estas páginas, mis conocimientos acerca de Nicaragua y de su historia económica han aumentado un poco y me hubiera gustado cambiar algunas cosas que aparecen en el texto original. No obstante, la urgencia de contribuir por lo menos con algo preliminar prevaleció sobre mis deseos de mejora y opté por publicar estas páginas con todos los defectos con que aparecieron en su versión original, de la cual son una fiel traducción.

Managua, 13 de Enero de 1975.-

1904-1917: REVOLUCIONES INTERNAS, PRIMERA GUERRA MUNDIAL E INTERVENCIÓN NORTEAMERICANA

Tres características han gobernado la vida económica y política de Nicaragua: su posición geográfica, el tamaño de su población y la sed de poder político de sus ciudadanos. Al igual que vientos impetuosos, estas tres fuerzas han sacudido al país hacia atrás y hacia adelante llevándolo de la prosperidad a la adversidad, de la independencia a la servidumbre. Las páginas siguientes presentan la historia económica de Nicaragua tal como ha sido conformada por estas tres características.

Como consecuencia de su posición geográfica, Nicaragua ha atraído la atención de potencias extranjeras interesadas en la construcción de canales interoceánicos. En grados diferentes, estas potencias han determinado el curso de los acontecimientos políticos dentro del país y han conducido la economía a lo largo de caminos que no siempre han llevado al crecimiento o al bienestar social.

El tamaño de su población—1.7 millones actualmente y únicamente 638,000 en 1920 (1)—ha permitido que la intervención extranjera tome su curso sin oposición seria. Pero lo más importante es que ha colocado a Nicaragua en una situación forzada de gran dependencia del comercio internacional. Su pequeña e indigente población nunca ha proporcionado mercados suficientemente grandes para sostener florecientes actividades industriales o agrícolas. A pesar de los impuestos de importación, los nicaragüenses han considerado siempre más barato comprar la mayoría de artículos de consumo diario en el extranjero que fabricarlos dentro del país. En intercam-

bio, han ofrecido una estrecha gama de productos agrícolas y forestales cuya demanda, tal como se refleja en los niveles de precios, ha determinado el ingreso del país.

La ambición política y el deseo de poder han conducido con frecuencia a los nicaragüenses a sacrificar la independencia política y el bienestar económico del país con miras a la utilidad personal.

Fue la ambición personal la que en 1907 llevó al Presidente Zelaya a tratar de unificar a las cinco repúblicas centroamericanas. En primer lugar estableció un gobierno títere en Honduras y luego trató de influenciar militarmente la política interna de El Salvador. En el proceso, incurrió en la ira de los Estados Unidos, México y de las otras repúblicas centroamericanas. Los modestos designios imperialistas de Zelaya produjeron finalmente su caída. En 1909, estalló contra su régimen una revolución, financiada en parte por intereses extranjeros, y Zelaya huyó del país. (2).

Puede ser que la causa inmediata de la caída de Zelaya haya sido su entrometimiento en los asuntos internos de las demás repúblicas centroamericanas, pero sus relaciones con los Estados Unidos ya se habían puesto tensas debido a su particular desinterés en la protección de la propiedad norteamericana en el país. (3). Madriz, su sucesor, no propuso ningún cambio de actitud hacia intereses extranjeros; al igual que Zelaya se opuso fuertemente a la penetración económica norteamericana. Los Estados Unidos retiraron el reconocimiento de su gobierno y respaldaron activamente una revolución que finalmente lo echó del poder en agosto, 1910. (4).

Las consecuencias económicas de las aventuras de Zelaya y del intento de Madriz de suprimir la revolución

contra su régimen se hicieron sentir rápidamente. En 1909 Zelaya había negociado un préstamo de 2.5 millones de libras esterlinas con un sindicato de Londres a fin de refinanciar la deuda externa, pero sus actividades políticas fueron costosas y estaban más allá de la capacidad del presupuesto del gobierno; para financiarlas tuvo que inflar la moneda. La revolución que depuso a Madriz le costó al gobierno más de \$ 2 millones. Estrada y Díaz, sus sucesores, consideraron necesario emitir 33.6 millones de pesos ostensiblemente para satisfacer las obligaciones del gobierno. El peso de estas políticas era mayor de cuanto las escuálidas reservas internacionales del país podían soportar. La tasa de cambio con respecto al dólar cayó de 2.8 en 1900 a 11.50 en 1910 y finalmente a 28.00 en 1911. (5).

Fue en parte con el fin de ayudar al gobierno a cumplir con sus obligaciones internas y externas que, en 1911, el Departamento de Estado negoció un tratado con el gobierno de Nicaragua. Entre otras cosas el tratado incluía un préstamo de 15 millones de dólares para refinanciar la deuda nacional y proveer lo necesario para el establecimiento de un Banco Nacional para estabilizar la moneda y actuar como agente fiscal y de desembolso para todos los fondos del gobierno. (6). El tratado fracasó en el Senado de los Estados Unidos, sin embargo, sus ideas fueron puestas en ejecución. El Departamento de Estado persuadió a dos casas bancarias de Nueva York —Brown Brothers and Company, y J. and W. Seligman and Company— a prestarle al gobierno de Nicaragua \$ 1.5 millones a cambio de Bonos del Tesoro de Nicaragua garantizados por las recaudaciones aduanales. De acuerdo con el tratado, como garantía adicional, los banqueros designaron al Coronel Clifford D. Ham Recaudador General de Aduanas y establecieron el Banco Nacional —incorporado en Connecticut y bajo el control de los banqueros— para resguardar la estabilidad de la moneda y actuar como fiscal y agente de desembolso para todos los fondos del gobierno. Finalmente los dos gobiernos crearon un organismo— la Comisión Mixta de Reclamos— a fin de servir de árbitro en los reclamos resultantes de las actividades del régimen de Zelaya y de la Revolución que ocasionó su caída. Este cuerpo trabajó de 1911 a 1914 fallando sobre 7.000 reclamos, reduciéndolos de \$ 13,800,000 a \$ 1,800,000. (7).

La estabilización de la moneda era uno de los propósitos inmediatos del Banco Nacional. De la manera que se llevó a cabo, la estabilización comenzó con una sustitución completa del viejo peso con una nueva unidad de moneda, el Córdoba, cuyo valor debía estar a la par del dólar. Aunque la tasa del mercado en esa época era de 28 pesos por un dólar, la conversión empezó a 18.00 a uno y gradualmente subió a 12.5 a uno (8). Parece que uno de los motivos primordiales detrás de la tasa de conversión inflada era beneficiar a altos funcionarios del gobierno y a sus amigos, que tenían grandes cantidades de la vieja moneda. (9).

En 1912 las fuerzas políticas nicaragüenses surgieron una vez más. Con la intervención norteamericana como problema básico de discusión, el general Mena, Ministro de la Guerra, dirigió una revuelta que provocó la intervención de los Marinos de los Estados Unidos y aumentó el embrollo financiero del gobierno. La revolución fracasó, los Marinos se quedaron y el gobierno continuó con sus reformas fiscales. (10).

A pesar de los esfuerzos gubernamentales por mejorar la situación financiera del país, Nicaragua, limitada por el comercio internacional, no habría de prosperar todavía. Dos malas cosechas sucesivas y un agudo descenso en los precios del café en 1911, de \$ 1.58 a \$ 0.76 el kilo (cuadro 27; valores desinflados), redujeron en tal forma las exportaciones, y por consiguiente el ingreso, las importaciones y las recaudaciones del gobierno provenientes de impuestos sobre comercio internacional, que casi arruinaron las tambaleantes finanzas del país y perjudicaron seriamente el programa para la rehabilitación fiscal. El 8 de octubre de 1913 fueron negociados con los banqueros de Nueva York nuevos contratos de préstamos que proporcionaron \$ 2 millones adicionales. Como garantía los banqueros recibieron Bonos del Tesoro del gobierno de Nicaragua, el 51% de las acciones y el control del ferrocarril y de las líneas de vapores del gobierno y el 51% de las acciones y el control del Banco Nacional. (11). Pero la Primera Guerra Mundial prácticamente anuló los efectos financieros de los préstamos. Los mercados europeos dejaron de comprar café y bananos nicaragüenses y las recaudaciones del gobierno disminuyeron. (Ver Cuadros 1 y 2).

CUADRO 1
NICARAGUA: COMPOSICION PORCENTUAL DE EXPORTACIONES POR PRODUCTO.
1911-1918

	1911	1912	1913	1914	1915	1916	1917	1918
Café	64	46	65	46	43	41	29	29
Madera		3	4	9	6	7	22	18
Oro	14	23	14	17	24	18	15	16
Azúcar				1		5	4	9
Bananos	5	11	5	10	8	9	8	7
Cueros	3	6	4	8	11	9	9	4
Cauchos	9	4	3	2	4	5	4	1
Otros	5	7	5	7	4	6	9	17

Fuente: Nicaragua. Administración de Aduanas, memoria del Recaudador Genral de Aduanas, 1918 (Managua: Administración de Aduanas, 1919), p.16.

CUADRO 2

NICARAGUA: COMPOSICION PORCENTUAL DE EXPORTACIONES POR PAIS DE DESTINO, 1911-1918

	1911	1912	1913	1914	1915	1916	1917	1918
Estados Unidos	31	46	35	49	67	70	85	83
México	—	—	—	—	—	—	—	12
Panamá	—	—	—	—	—	—	—	1
Canadá	—	—	—	—	—	1	1	1
Francia	40	16	23	23	13	18	8	—
Alemania	16	18	24	11	—	—	—	—
Inglaterra	8	13	13	7	9	1	—	—
Otros	4	7	5	10	11	10	6	3

Fuente: Nicaragua, Administración de Aduanas, Memoria de Recaudación General de Aduanas, 1918 (Managua: Administración de Aduanas, 1919) p. 16.

Los problemas financieros del país radicaban en revoluciones internas, gobiernos ineficientes, y su dependencia de uno o dos productos agrícolas como fuente de divisas y de ingresos fiscales. La Primera Guerra Mundial puso dramáticamente al descubierto los peligros inherentes a dichos arreglos. Antes de la guerra, el café era el principal cultivo de Nicaragua y el principal producto de exportación, y Francia ocupaba el segundo lugar entre sus mejores clientes (Cuadros 1 y 2). Las recaudaciones aduanales, provenientes principalmente de los impuestos de importación, proporcionaban más del 40% de los ingresos totales del gobierno (Cuadro 3). Para 1918 la guerra había terminado el comercio con Francia. El precio desinflado del café había bajado de un promedio de \$0.67 el kilo (1904 - 1913) a un promedio de \$0.44 (1914 - 1918, como lo muestra el Cuadro 27). (12) Nicaragua buscó la defensa de sus entradas vendiendo café y otros productos a los Estados Unidos. Esta estrategia le proveyó nuevos clientes, pero no mejores precios; las

recaudaciones fiscales bajaron inevitablemente. Los acreedores norteamericanos e ingleses aceptaron suspender totalmente los intereses y los pagos de amortización sobre sus bonos y el gobierno salió del paso a duras penas. (13)

Sin embargo, la guerra expuso claramente al descubierto la enfermedad económica del país. Para prosperar, Nicaragua tenía que vender una buena cantidad de café a buenos precios. Las perturbaciones, ya fuera en el precio o en la cantidad, podían producir problemas tanto al gobierno como a la población. Puesto que los precios del café fluctuaban grandemente de un año para otro y el cultivo estaba sujeto a los caprichos del clima, el ingreso nacional y las recaudaciones del gobierno eran altamente inciertas e inestables. Aunque no existen cifras de ingreso nacional para esos años, cifras más recientes permiten darnos una idea de las grandes fluctuaciones que el país sufría como consecuencia de las fluctuaciones en las cosechas del café y de los precios internacionales.

CUADRO 3

NICARAGUA: FUENTES DE INGRESOS DEL GOBIERNO, AÑOS FISCALES 1917/18 a 1926/27 (U.S. dólares)

	Recaudación de Aduanas	Ingresos Internos	Ingresos Para Instrucción Pública	Recaudaciones Varias	TOTAL
1917-18	1,039,308	1,308,866	83,782	844,039	2,658,550
1918-19	1,230,179	1,624,085	161,293	114,581	3,130,138
1919-20	2,032,200	1,789,320	246,351	186,015	4,253,886
1920-21	1,706,093	1,576,067	223,760	178,524	3,684,444
1921-22	903,898	1,207,954	182,430	147,956	2,442,238
1922-23	1,327,110	1,265,747	184,734	397,694	3,175,285
1923-24	1,877,868	1,342,981	293,319	250,739	3,764,907
1924-25	2,175,327	1,336,365	239,080	108,931	3,859,703
1925-26	2,604,130	1,416,763	256,326	102,910	4,380,129
1926-27	2,382,387	1,073,259	207,697	125,095	3,788,438
Total	17,278,500	13,936,407	2,078,772	1,844,039	35,137,718
Promedio	1,727,850	1,393,641	207,877	184,404	3,513,772
Porcentaje	49.2	39.7	5.9	5.2	100

Fuente: W.W. Cumberland, Nicaragua: An Economic and Financial Survey (Washington: U.S. Government Printing Office, 1928), p. 83.

Las cifras de producto interno bruto más antiguas se remontan a 1945. De esa fecha a 1960 la mejor cosecha de café representó el 10% del PIB, la más mala el 4.5%. Considerando que en años recientes el café ha competido con el algodón, y con otros productos como fuente principal de divisas, es muy probable que de 1911 a 1918, el café que en ese tiempo era el principal producto de exportación, era tan importante para la economía como en 1945-1960. El alza en los precios del café de 1910 a 1911 probablemente significó un alza mínima en el PIB de 7.6% y un alza máxima de 16.3%. En cambio la baja en precios de 1911 a 1912 significó una merma de iguales proporciones. Los efectos de estos dramáticos altibajos sobre el empleo, las ventas del comercio, y la estabilidad psicológica de los habitantes deben de haber sido devastadores. Y hay que recalcar que estos cálculos son probablemente conservadores, porque la importancia del café en la economía ha disminuido en años recientes, a pesar de que ha habido un aumento absoluto en la producción, como veremos más adelante.

Cuando terminó la Primera Guerra Mundial, la situación financiera era desesperada y las maniobras del gobierno habían prácticamente entregado el país en manos de los banqueros neoyorquinos. Estos estaban a cargo de la recaudación de impuestos en la aduana, controlaban el ferrocarril "Nacional" y dirigían las actividades del Banco "Nacional". Pero lo peor de todo era que Nicaragua había hipotecado parte de su ingreso futuro a fin de pagar por errores del pasado, por levantamientos políticos y por la corrupción de sus gobernantes. (14). El pueblo nicaragüense se beneficiaría muy poco en la forma de mayores ingresos en el futuro como resultado de todas estas transacciones. Es dudoso que el gobierno pudiese haber encontrado usos más improductivos para un capital extranjero obtenido a tan alto costo.

1917-1918: El Plan Financiero de 1917. La Depresión Impide la Recuperación Incipiente. Segunda Guerra Mundial: sus Efectos sobre los Precios de Exportación y sobre la Balanza de Pagos.

Hacia fines de la guerra, sin embargo, el gobierno dejó de contentarse con salir a duras penas del paso y decidió atacar de frente los problemas financieros. Con la ayuda del General Emiliano Chamorro (Presidente) y de Martín Benard (Ministro de Finanzas) el coronel Ham ideó un esquema para reorganizar u reajustar la deuda nacional. En 1917, Chamorro, el gobierno norteamericano y los banqueros aceptaron la propuesta y poco tiempo después empezaron a poner en práctica la idea.

El plan de 1917 implicaba una revisión total de la deuda nacional y creaba un organismo para ejercer cierto control sobre las finanzas del país. Con respecto a la deuda nacional, el plan dejó intacta la deuda externa en bonos, pero proveyó para que se reconociese solamente parte de los reclamos y de la deuda flotante interna y externa y se pagase el monto de lo reconocido en bonos y efectivo (15). Con referencia a la administración financiera, el Plan fijó el presupuesto mensual del gobierno y creó un organismo, la alta Comisión, principalmente para supervisar el pago de los bonos de aduana garantizados (emitidos en 1917 en lugar de reclamos varios contra el gobierno y garantizados por un sobrecargo del 12-½% sobre los impuestos aduanales de importación). Además, la comisión controlaría cualquier modificación de los aranceles y tendría la facultad exclusiva para permitir que el gobierno no

excediese su presupuesto mensual. Además, el plan especificó prioridades para administrar el empleo de los ingresos aduanales. (16)

El Banco Nacional debía recibir todo el dinero recogido por el Recaudador General y asignarlo en la forma siguiente:

1. Gastos incurridos en recaudar aforos y en la administración de las Aduanas.
2. Gastos de los banqueros incurridos en el manejo de los negocios financieros de la República.
3. Pagos vencidos sobre los bonos de 1909.
4. Fondo de intercambio (para mantener la paridad con el dólar)
5. Pagos de intereses sobre los Bonos del Tesoro de 1913.
6. Pagos de intereses sobre los Bonos Diferidos del Tesoro de 1917.
7. El resto, si sobraba algo, para pagar los gastos generales del gobierno.

Finalmente, había un sobrecargo del 12-½% sobre las importaciones para pagar la deuda nacional consolidada por medio de bonos garantizados de la Aduana. (17)

El propósito de estas restricciones era garantizar a los acreedores extranjeros la cancelación de sus préstamos. No existe absolutamente ninguna indicación de que las preocupaciones del gobierno nicaragüense trascendieran la cancelación de la deuda. Y por supuesto, ni los banqueros neoyorquinos ni los banqueros londinenses estaban muy interesados en el bienestar de Nicaragua y eran ellos, después de todo, quienes controlaban al presente la mayoría de los ingresos públicos del país y las políticas relativas a los préstamos bancarios. Hubiera sido efectivamente muy sorprendente que se hiciesen inversiones gubernamentales de cierta importancia en obras públicas antes que Nicaragua hubiese cancelado su deuda externa a pesar de que existían problemas apremiantes que requerían la atención inmediata del gobierno.

El país era una nación únicamente de nombre, pero en realidad consistía de dos regiones distintas unidas por un gobierno común y casi nada más. La sección occidental alrededor de los dos lagos alojaba aproximadamente el 70% de la población y muy probablemente un porcentaje igual de la riqueza nacional. Era una región agrícola rica y la espina dorsal de la economía: el café era su producto más importante. El litoral oriental, poblado por una mezcla de indios y negros, estaba separada de la región occidental por la lengua, la cultura y una densa selva tropical. Los bananos y la caoba eran los productos principales de esta región. (18). Antes de la invención del aeroplano, el río San Juan era la única conexión entre ambas regiones.

Aunque el abismo entre las regiones oriental y occidental era el ejemplo más extraordinario de la carestía de comunicaciones del país, no era el único. El país carecía de todo tipo de facilidades de transporte, pero el gobierno había hecho poco en este sentido. Después que el presidente Zelaya terminó el ferrocarril que conectaba las ciudades más importantes de la región oriental, las revoluciones internas y la inercia oficial impidieron continuar la construcción. Para 1928 ni una sola milla de línea férrea había sido agregada, y únicamente 415 millas de carretera habían sido construidas en todo el país, como lo muestra el Cuadro 4.

CUADRO 4

NICARAGUA: MILLAJE DE CARRETERAS, ENERO 31, 1928

Departamento	Puntos Principales	Longitud en Millas
Chontales	Puerto Díaz-Juigalpa-La Libertad	42.22
	Tipitapa-Las Banderas-Boaco	19.25
Chinandega	Chinandega-El Viejo	.71
Granada	Granada-Nandaime-Ochomogo	24.84
	Granada-Diriomo-Diriá	3.10
	Granada-Poneloya-Malacatoya	21.68
	Granada-Sitio	6.21
	Granada-Asese	3.74
	Granada-Mombacho	3.10
	Granada-La Laguna	6.21
	Granada-El Capulín	3.74
León	León-Poneloya	18.63
	León-Telica	3.10
Managua	Managua-Jinotepe	27.36
	Managua-Matagalpa	78.24
Rivas	Rivas a varios puntos	61.21
	Rivas-La Chocolata	.93
Nueva Segovia	Ocotal-La Cruz-San Albino	55.89
	Ocotal-Santa Clara-Puntalitos	12.42
	Ocotal-Susucayán-El Jicaró	4.97
	Ocotal-Somoto-Yalagüina	6.21
	Ocotal-Telpaneca-Palacagüina	3.10
Carazo	Jinotepe-Santa Teresa	4.65
	Jinotepe-Diriamba	3.10
Total		414.61

Fuente: Ver Cuadro 3: página 11.

En defensa de la inactividad del gobierno, puede aducirse que, a pesar de sus buenas intenciones, sus manos estaban atadas. Aunque en esa época esto puede haber sido cierto, en los años siguientes esta excusa perdería fuerza. El plan financiero de 1917, apoyado fuertemente sobre el comercio internacional no podía haber venido en una mejor época y consiguió liberar al país del control de los banqueros.

Al finalizar la Primera Guerra Mundial el mercado del café volvió a la normalidad. Los europeos comenzaron a comprar de nuevo y el precio se duplicó de 1918 a 1919, sobrepasando el promedio de 1904-1913. De 1917 hasta 1930 la tendencia en el desarrollo de la economía nicaragüense fue decididamente ascendente, tal como lo muestra el Gráfico 1. Durante estos años relativamente pacíficos el comercio de exportación alcanzó niveles no logrados anteriormente y hasta se llevó a cabo pequeña diversificación. Las exportaciones de bananos subieron a medida que las plantaciones de empresas recientemente establecidas empezaron a producir; el negocio era tan brillante que en 1923 un transporte directo desde la Costa Atlántica de Nueva York, empezó a operar regularmente. (19) El comercio azucarero también adquirió cierta prominencia durante estos años, pero sufrió de precios altamente fluctuantes, aunque descendentes en promedio.

La inflación y el moderado auge en el comercio ayudó a Nicaragua a cancelar una parte considerable de su deuda nacional y para adquirir un poco de independencia en un corto plazo. Al final de cada año, desde 1917 a 1920, Nicaragua tuvo un gran excedente en su Tesoro. El 30 de junio de 1920, el saldo excedente en el Tesoro sobrepasaba el millón de dólares. En 1920 el gobierno compró de nuevo a los banqueros el Ferrocarril del Pacífico (a un precio mucho mayor) y, contando con excedentes futuros del Tesoro anunció su intención de construir un ferrocarril a

la Costa Atlántica. Pero la fragilidad de la estabilidad económica de Nicaragua frustró el sueño del gobierno. Una recesión agarró al mundo y los precios del café bajaron. Para 1922, el Tesoro estaba vacío. (20) Pero los precios se recobraron pronto y desde 1923 hasta la Gran Depresión, Nicaragua disfrutó de cierta prosperidad. En 1924 el gobierno compró de nuevo el Banco Nacional (21) y en 1926 el país alcanzó lo que en ese momento era el nivel más alto de comercio en su historia (tal como lo indica el Cuadro 27). En 1927 otra revolución interrumpió las actividades económicas; las exportaciones disminuyeron y los gastos extraordinarios incurridos en combatir las continuadas actividades revolucionarias fueron tan pesados que en marzo de 1927 el gobierno se encontraba sin fondos y tuvo que conseguir un préstamo a corto plazo de \$1 millón del Guaranty Trust Company, y J. y W. Seligman y Company. (22) Para pagarlo hubo un aumento general del 12-½ por ciento en los impuestos de importación y un aumento adicional del 50 por ciento sobre las importaciones de tabaco y licores, y se impusieron varios impuestos sobre las exportaciones de café. (23)

Bajo la excusa ostensible de estar preocupado por el bienestar de sus ciudadanos y de sus intereses comerciales, el gobierno norteamericano envió alrededor de 3,000 soldados para protegerlos de los exterminios de la revolución. Los marinos trajeron dólares y el comercio por lo menos ganó por este medio. Su consumo mensual se calculaba en \$100,000 a \$150,000 durante 1927, y en \$250,000 durante 1928. (24) Aunque las exportaciones descendieron, las transferencias de capital y las importaciones aumentaron. Las importaciones eran tan intensas y por consiguiente las recaudaciones del gobierno tan altas, que para fines de 1928 el préstamo a corto plazo de 1927 se había pagado totalmente. (25).

Aunque la evidencia es escasa, es difícil llegar a la con-

CUADRO 5
NICARAGUA: GASTOS, SEGUN RUBROS, AÑOS FISCALES 1917-18 a
1926-27

	1917-18	1918-19	1919-20	1920-21	1921-22	1922-23	1923-24	1924-25	1925-26	1926-27	Promd.	Porctj
	Dólares											
Poder Legislativo	28.813	46.633	28.633	88.837	55.884	46.930	56.704	106.083	173.080	117.996	74.959	2.0
Poder Judicial	84.973	86.652	86.652	102.657	157.869	108.897	109.833	109.833	109.833	132.808	109.001	2.9
Oficina del Ejecutivo	13.728	29.392	25.392	31.081	49.469	34.344	46.951	36.387	37.309	35.796	34.045	0.9
Relaciones Exteriores	60.495	75.139	54.463	146.584	109.943	113.278	95.662	82.892	95.736	121.831	95.602	2.5
Finanzas	249.671	177.385	223.575	261.589	238.174	188.878	211.812	153.383	222.703	239.967	216.714	5.7
Deuda Pública:												
Bonos de 1909	903.925	238.089	426.195	442.433	259.176	287.575	590.638	585.725	593.707	601.103	492.856	12.9
Bonos con Garantía Aduanal de 1918 ...	---	210.238	292.309	223.600	269.382	230.782	265.035	311.653	365.195	355.850	252.404	6.6
Bonos del Tesoro de 1913	1.005.127	148.083	311.128	---	---	---	---	---	---	---	146.434	3.9
Bonos del Tesoro de 1917	492.920	15.839	127.159	---	---	---	---	---	---	---	77.582	2.0
Bonos del Tesoro de 1920	---	---	---	300.000	460.758	199.834	656.198	603.339	---	---	222.013	5.9
Moneda de Emergencia de 1914	330.350	94.559	61.776	63.540	24.124	---	---	---	---	---	57.435	1.5
Préstamo Bancario de 1914	111.906	---	---	---	---	---	---	---	---	---	11.191	0.3
Préstamos Agrícolas de 1921	---	---	---	244.019	---	---	---	---	---	---	24.402	0.6
Préstamo Bancario de 1927	---	---	---	---	---	---	---	---	---	383.766	38.377	1.0
Cargos sobre Operaciones Financieras ...	14.319	6.532	19.470	66.074	25.170	17.913	13.980	17.222	6.393	5.500	19.256	0.5
Costos de Recaudación Aduanal	51.000	53.856	65.612	86.494	59.572	73.113	85.754	103.884	101.943	121.754	86.298	2.2
Gobierno	83.211	74.568	113.873	90.517	57.574	87.561	113.600	121.703	77.952	128.776	94.933	2.5
Guerra, Marina y Policía	436.174	387.498	398.498	446.481	450.192	394.644	357.448	514.886	620.750	3.121.639	712.821	18.6
Salud Pública	---	---	2.172	19.044	17.200	15.256	16.567	17.900	40.850	84.346	21.333	0.6
Justicia y Caridad	46.896	87.848	49.061	88.054	80.058	71.441	71.768	70.335	62.527	80.799	73.879	1.9
Instrucción Pública	196.843	297.350	295.350	489.412	339.960	309.306	382.523	337.042	347.042	424.982	341.981	9.0
Administración de Obras Públicas	27.178	113.161	110.950	37.370	24.199	88.788	23.806	11.860	10.218	35.651	48.318	1.2
Correos, Telégrafos y Teléfono	167.920	135.837	139.837	167.541	139.826	166.171	195.310	153.800	164.760	250.475	168.148	4.4
Obras Públicas	10.000	24.950	275.911	330.426	268.097	86.275	149.753	136.550	259.979	285.716	186.766	4.8
Pensiones	60.000	31.238	11.483	34.630	32.484	22.000	24.000	24.000	24.000	32.500	29.633	0.8
Varios	500.000	225.331	---	129.143	17.793	42.952	69.837	446.948	315.124	108.389	185.552	4.0
Total	4.875.449	2.560.178	3.150.245	4.029.285	3.136.904	2.585.938	3.537.179	3.945.425	3.629.101	6.709.644	3.815.935	100.0

clusión de que la revolución de 1927 haya ocasionado a la economía un daño más q' temporal. En su informe anual, el Recaudador General de Aduanas afirmaba que existía una enorme destrucción. Calculaba que el daño total sobrepasaba a los \$20 millones (más del 22 por ciento del capital total calculado en el país, y aproximadamente la mitad de todo el capital gravable) y sostenía que las plantaciones de azúcar y de bananos, las compañías madereras y las minas de oro y plata habían sufrido gravemente. (26) Pero juzgando en base a estadísticas de exportación, estas afirmaciones eran una gran exageración. Con excepción de las exportaciones de madera y azúcar, el comercio en los otros productos o no disminuyó apreciablemente o se recuperó en un año. Incluso, aún suponiendo que fueron los revolucionarios la causa de la salida de las compañías madereras de la Costa Atlántica, no está totalmente claro que, a largo plazo, la lucha política y no el tratamiento preferencial al azúcar cubano por los E.E.U.U., haya ocasionado la reducción de las exportaciones de azúcar nicaragüense. Si es cierto, tal como lo afirma el Recaudador. (27) que más de la mitad de la cosecha azucarera de 1926 quedó en el campo debido a que los integrantes de la fuerza de trabajo que deberían estar recogiendo se encontraban ocupados disparándose mutuamente, la revolución fue responsable por el descenso repentino en las exportaciones de 1925-26. Pero antes de acusar a los revolucionarios por el decaimiento del comercio azucarero debería recordarse que los precios del azúcar disminuyeron poco tiempo después, de 17 a 11 centavos el kilo, y continuaron bajando hasta 1939 cuando se quedaron en 6 centavos el kilo (Cuadro 27; valores desinflatados).

Para 1928, las exportaciones totales se encontraban al 90 por ciento del nivel de 1926 ocupando el cuarto lugar entre los años más prósperos en la historia del país. Sin duda, algunas exportaciones habían disminuido, pero otras habían aumentado. Si la revolución hubiera dañado sustancialmente las plantaciones, una recuperación en el término de un año hubiera sido imposible. El descenso subsiguiente en las importaciones de 1930 a 1940, puede ser atribuido más correctamente a la depresión que afligió a los mercados de exportación nicaragüense que a los daños de una revolución de corta duración.

La revolución, por consiguiente, no dañó seriamente los medios de producción del país, pero incrementó la carga fiscal: la revolución más que triplicó la deuda pública, de \$8.96 millones (Marzo 31, 1926) a \$23.53 millones (Marzo 31, 1928). (28) Concomitantemente, el país vio que sus ingresos en moneda extranjera estaban disminuyendo como resultado de la depresión mundial y que como resultado de la revolución sus exportaciones obligatorias de capital estaban ascendiendo.

A pesar de la lucha y de sus nefastas consecuencias fiscales, 1928 no fue un año totalmente perdido. En primer lugar, señaló el final de los principales levantamientos políticos del país y en segundo lugar, marcó el comienzo de intentos gubernamentales serios para evaluar las posibilidades económicas del país, diagnosticar su enfermedad y proponer remedios.

En 1928, a solicitud del gobierno nicaragüense, el Departamento de Estado envió a W.W. Cumberland para investigar la situación económica y financiera del país. Su informe fue todo menos halagador para los gobernantes nicaragüenses. Si efectivamente alguna vez la pobreza y las restricciones externas podían haber sido aducidas en defensa de las políticas económicas oficiales, el informe de Cumberland eliminó totalmente este argumento. El culpaba a la inercia del gobierno por la marcada carencia de infraestructura y dio a entender que el espectro de la corrupción arrojaba su sombra sobre más de una decisión oficial concerniente al uso de fondos. Por ejemplo, indicó que el principal obstáculo para ejecutar obras públicas era la actitud del gobierno, no su situación financiera ni las restricciones pouticas. Para comenzar las asignaciones en el presupuesto para obras públicas eran ridículamente pequeñas, sin embargo, las partidas incluían los salarios de los administradores públicos: (Ver Cuadro 5 adelante).

"Efectivamente, únicamente \$10,000 del presupuesto de 1927-28 puede ser considerado como la cantidad anual destinada en el presupuesto para obras públicas generales e inclusive parte de esta suma infinitesimal se gasta también para otros propósitos diferentes a la construcción y mantenimiento de obras públicas." (29)

Como resultado de estas prácticas, habían pocas carreteras utilizables en el país y las que existían tenían un mantenimiento deficiente:

CUADRO 6
NICARAGUA: LONGITUD ESTIMADA Y COSTO DE CARRETERAS

	Longitud estimada (millas)	Costo es- timado a razón de \$10,000 por milla
Managua-Rama-vía La Libertad	197	\$1,970,000
Managua-Bluefields vía La Libertad y Rama	248	2,480,000
Managua-Rama vía Boaco	224	2,240,000
Boaco-Matagalpa	48	480,000
Managua-Puerto Cabezas vía Matagalpa	349	3,490,000
Matagalpa-San Pedro del Norte	133	1,330,000
Matagalpa-Ocotal	83	830,000
Chinandega-Ocotal	113	1,130,000
León-Ocotal	117	1,170,000
León-Matagalpa	101	1,010,000
Total	1822	18,220,000

Fuente: Cumberland. op. cit., página 73.

"La mayoría de los caminos son intransitables en la estación lluviosa y en otras épocas lejos de ser satisfactorios. Ninguno dispone de una base de drenaje o de alcantarillas plenamente satisfactorias y el mantenimiento es algo accidental." (30)

El Cuadro 6 proporciona los cálculos de Cumberland de los costos de construcción de una red de carreteras conectando las principales ciudades del país. En base a estos cálculos y en base al Cuadro 5 es evidente que si únicamente el dinero gastado de 1917 a 1927 en guerra, marina y policía hubiera sido empleado en la construcción de caminos, para 1927 Nicaragua hubiera tenido ya construidos la mitad de los caminos recomendados.

Cumberland afirmaba además que la pobreza no era el principal obstáculo para el mantenimiento y la construcción de caminos, sino más bien la ausencia de una organización de mantenimiento y las prácticas presupuestarias que no tomaban ninguna precaución para el destino de los fondos requeridos. (31)

El desinterés del gobierno por la educación pública era igualmente deplorable. Los cálculos de 1920 indicaban que únicamente el 19% de la población escolar total de 6 a 19 años inclusive, estaba recibiendo instrucción regular. (32) El gobierno dedicaba tan pequeño esfuerzo a proporcionar a sus ciudadanos los rudimentos de la cultura, que en 1950 el promedio de población alfabetizada era menor del 40% (33).

La salud pública, además sufría de una negligencia igualmente aguda "... las autoridades competentes tienen la opinión que de 5 niños nacidos únicamente 3 llegan a la edad de dos años y únicamente dos llegan a la madurez". (34) De los que sobrevivían aproximadamente el 90% estaban plagados de parásitos. Al llegar a la edad adulta, la sífilis y la malaria se agregaban a sus dificultades. (35) Sin embargo, en 1927 el gobierno consideraba que \$84,346 (aproximadamente 12 centavos per cápita por año) era suficiente para mejorar la salud de su población (cuadro 5).

Finalmente, el gobierno no hacía ningún esfuerzo para cambiar, mejorar o modificar las técnicas o la composición de la producción:

"La agricultura continuará durante mucho tiempo siendo la principal fuente de riqueza de la república. Por consiguiente su estímulo es una característica importante de cualquier política económica sólida. Hasta el presente nada se ha realizado en esa dirección y no se ha formulado ningún plan." (36)

La investigación de Cumberland fue la culminación de una serie de estudios, iniciados a solicitud del gobierno, destinados a analizar la situación económica y a proponer estrategias para el desarrollo. (37) A pesar de su pretendido interés lo único que produjo la preocupación del gobierno por el desarrollo fue un banco hipotecario para proporcionar préstamos a largo plazo a los agricultores. Aunque esto era un paso en la dirección correcta, difícilmente podría comenzar a mover al país hacia un crecimiento autosustentado, ni siquiera darle por lo menos un "gran empuje" para despertarlo de su letargo económico. El gobierno no comenzó un esfuerzo positivo por el desarrollo del país sino hasta alrededor de 1950. Antes de esa época su papel puede describirse únicamente como pasivo o negativo.

Cuando empezó la depresión de 1930, la economía había apenas comenzado a recuperarse de los exterminios de la primera guerra mundial. Las exportaciones, desinfladas por el US BLS Index of Wholesale Prices of all Commodities, había aumentado en un 88% desde 1917 a 1930, pero no habían alcanzado todavía los niveles anteriores a la guerra. Igualmente, las importaciones estaban bastante atrasadas. Únicamente la composición del comercio parecía haber mejorado ya que aparentemente la canasta de exportaciones se había diversificado. Pero esto era una ilusión. El café estaba más barato y, por consiguiente aparecía menos importante en el panorama de conjunto. Había más comercio de banano, pero menos de oro. La diversificación aparente era en parte el resultado de la prosperidad en las exportaciones bananeras y madereras pero, sobre todo, una consecuencia de una menor producción de oro, y de precios deprimidos de café, tal como lo indica el Cuadro 7.

Finalmente, a pesar de la lección de la primera guerra mundial, los nicaragüenses estaban atando cada vez más su futuro económico a un solo país—los Estados Unidos—. Por consiguiente, mientras en 1911 el comercio de exportación había estado dividido entre Francia (40%), los Estados Unidos (31%) y Alemania (16%), para 1930 los Estados Unidos no solamente proporcionaba más del 60% de las importaciones de Nicaragua, sino que estaba comenzando a absorber más del 50% de las exportaciones del país, tal como lo muestran los Cuadros 7-9. Por consiguiente, la república no solamente continuó dependiendo de un reducido número de productos agrícolas para su subsistencia, sino que también se estaba volviendo cada vez más dependiente de un solo país.

CUADRO 7
NICARAGUA: COMPOSICION PORCENTUAL DE EXPORTACIONES POR PRODUCTOS,
1919-1930

	1919	1920	1921	1922	1923	1924	1925	1926	1927	1928	1929	1930
café	50	27	29	30	35	56	45	62	45	58	54	45
Bananos	4	7	17	25	19	13	14	9	16	16	18	27
Madera	13	18	11	9	16	10	15	10	19	11	12	6
Oro	12	12	12	13	7	6	5	5	7	3	4	5
Azúcar	5	22	16	8	12	8	12	7	5	4	2	4
Maíz	1			1					1	1	2	1
Cueros	3	3	1	2	1	2	2	1	1	2	1	1
Madera Aserrada									1			
Plata	2	3	3	3	2	1	1					
Cacao				1								
Caucho	1						1	1				
Algodón			1			1						1
Manteca de Cerdo			1	2								

Fuente: Nicaragua, op. cit., Memoria, varios números.

GRAFICO 1

NICARAGUA: EXPORTACIONES PER CAPITA 1906-1966
Y PIB PER CAPITA 1945-1966

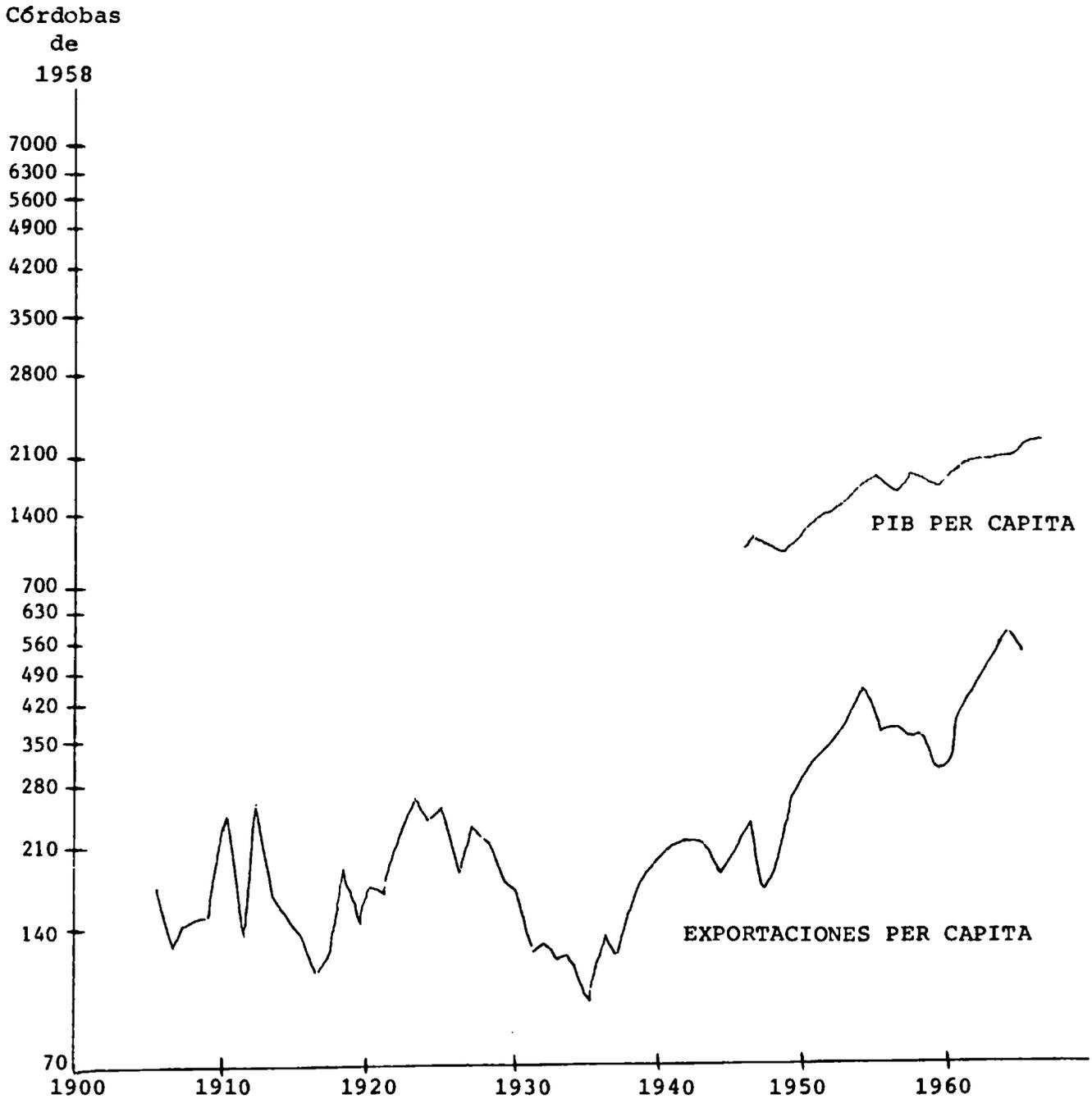
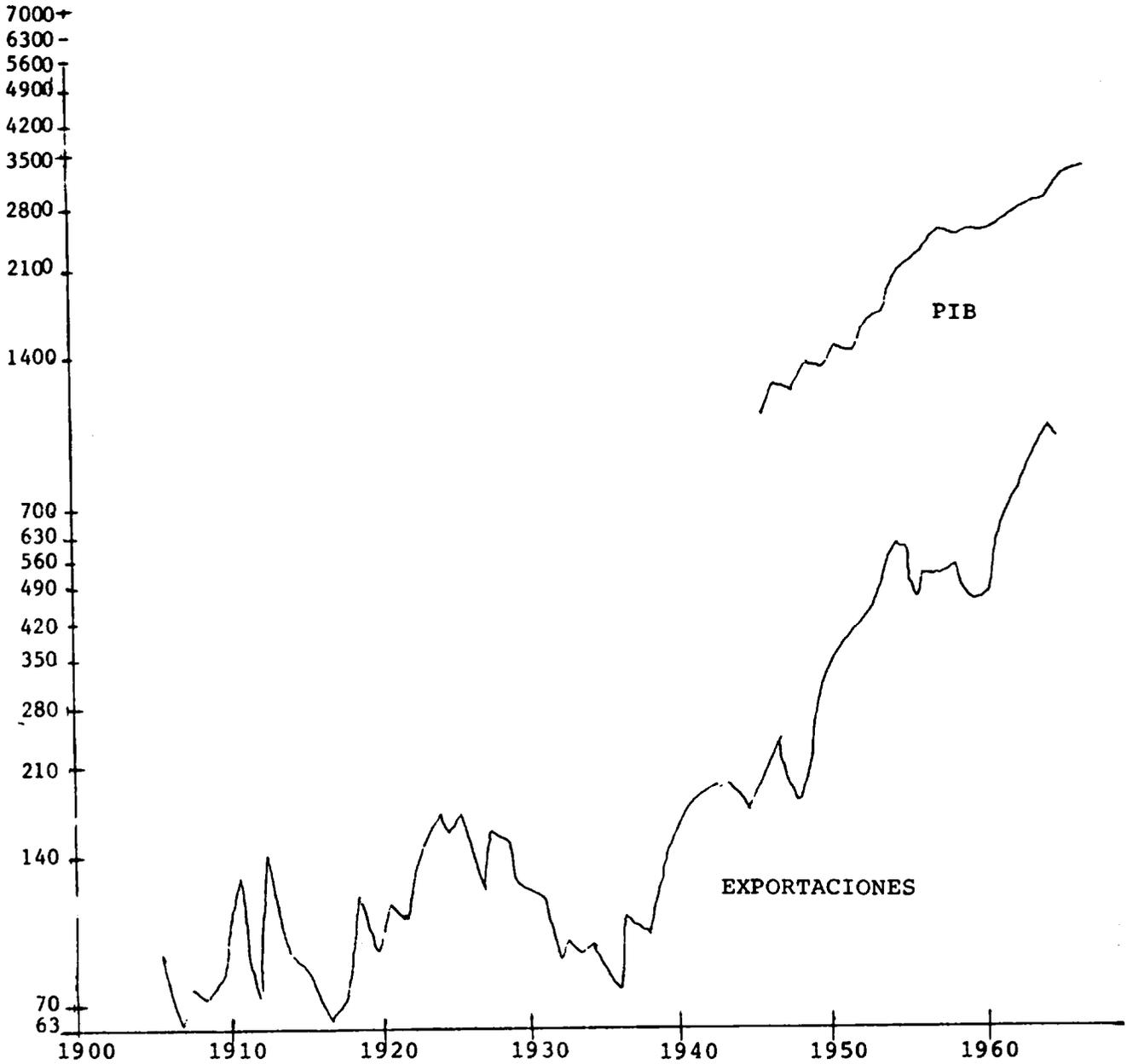


GRAFICO 1

(Continuación)

NICARAGUA: EXPORTACIONES, 1906-1966
Y PIB, 1945-1966

Millones de
Córdobas
de 1958



CUADRO 8

NICARAGUA: COMPOSICION PORCENTUAL DE IMPORTACIONES
POR PAIS DE ORIGEN, 1919-1930

	1919	1920	1921	1922	1923	1924	1925	1926	1927	1928	1929	1930
Estados Unidos	84	81	73	80	76	73	70	70	66	63	63	61
Gran Bretaña	8	12	12	9	12	12	6	7	7	9	9	9
Alemania	--	1	2	1	3	4	3	2	3	3	3	3
Francia	2	2	4	2	1	2	--	1	2	2	1	1
Honduras	--	--	--	--	--	--	2	2	2	2	3	4
Perú	--	--	4	3	2	2	2	2	1	2	2	2
Italia	--	--	--	--	1	1	1	1	1	1	2	2
Panamá	2	1	--	--	1	1	--	--	1	1	1	1
Japón	--	--	--	--	--	--	--	1	--	1	--	1
España	--	1	1	--	--	--	--	--	--	--	--	--

Fuente: Ibid.

CUADRO 9

NICARAGUA: COMPOSICION PORCENTUAL DE EXPORTACIONES
DE DESTINO, 1919-1930

	1919	1920	1921	1922	1923	1924	1925	1926	1927	1928	1929	1930
Estados Unidos	62	86	77	71	72	57	65	53	55	52	53	50
Alemania	--	--	1	--	--	3	4	5	9	8	12	12
Francia	28	5	10	16	14	16	14	23	13	16	8	14
Holanda	--	--	1	4	--	6	3	4	6	7	8	3
Gran Bretaña	4	3	1	3	2	3	4	2	7	3	4	3
Italia	--	--	--	--	1	2	1	2	1	3	2	2
España	--	--	1	--	4	5	3	5	2	2	1	1
Honduras	--	--	1	1	--	--	1	--	1	2	2	3
Antillas	--	--	--	--	3	2	2	1	1	1	2	2
Panamá	--	2	1	--	--	--	--	--	1	1	1	1
Noruega	--	--	--	--	--	1	--	--	1	1	--	--
Finlandia	--	--	--	--	--	1	--	--	1	1	2	1
Guatemala	--	--	--	--	--	--	--	1	1	1	2	1
Suecia	--	--	--	--	--	1	--	--	--	1	1	--
Costa Rica	--	1	2	2	--	--	1	--	1	--	--	--
Canadá	--	--	1	--	--	1	1	1	--	--	--	--
Dinamarca	--	--	--	1	--	1	--	--	--	--	--	--
El Salvador	1	1	--	1	--	--	--	--	--	--	2	--
México	1	2	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--

Fuente: Ibid.

Como lo indica el Gráfico 1, la depresión detuvo completamente la recuperación que siguió a la primera guerra mundial y afectó profundamente la vida económica de la república. El precio de su principal producto agrícola bajó precipitadamente de 86 centavos el kilo en 1929 a 52 en 1930, y continuó disminuyendo, estabilizándose finalmente en 32 en 1940. Con excepción del oro, los precios de las demás importaciones principales siguieron tendencias similares, tal como la indica el Cuadro 27. Como resultado el comercio internacional bajó casi a los niveles de la primera guerra mundial.

La reducción consecuente en ingresos de divisas crearon pronto un problema de balanza de pagos. En 1931 el gobierno estableció controles de cambios y más tarde impuso sobre ellos tipos diferenciales de cambios para impedir la salida de divisas. (38) Pero todo fue inútil, la salida de dólares no podía ser impedida y el gobierno tuvo que devaluar el córdoba en 1934, 1937 y 1938, reduciendo finalmente el tipo de cambio desde un nivel de paridad hasta 5 por el dólar. Aunque estas medidas fueron

tomadas a fin de aliviar la crisis de divisas de los "30", llegaron a ser elementos importantes en el crecimiento del sector de exportación posterior a la segunda guerra mundial, como lo discutiré más adelante.

Después de la revaluación del oro en 1934, la producción de este metal ascendió. De 1939 a 1947 el oro vino a ser la principal exportación, tanto debido a que su volumen aumentó como a que las demás exportaciones disminuyeron. La prosperidad de las minas era en gran medida responsable por la recuperación del sector de exportación después de 1938. No hay indicaciones, sin embargo, de que esta riqueza pasara gradualmente hacia el resto de la economía. Después de 1940 la producción del oro se estabilizó en alrededor de 7 millones de dólares anuales, y la vida continuó como de costumbre. (Cuadro 27).

En 1940, por segunda vez en el siglo, la lucha política cerró los mercados europeos y Nicaragua tuvo que comerciar principalmente con los Estados Unidos. En años anteriores este país se había hecho cada vez más impor-

cante como cliente y como suplidor, pero la segunda guerra mundial lo convirtió en el único cliente y suplidor de Nicaragua, tal como lo muestran los Cuadros 10-12. A diferencia de la Gran Guerra, sin embargo, la segunda guerra mundial no deprimió el sector externo nicaragüense. La demanda para ciertos productos estratégicos —caucho, por ejemplo,— aumentó rápidamente y las exportaciones tradicionales alcanzaron los niveles anteriores a la depresión, tal como lo muestra el Cuadro 27. Los precios de las exportaciones no se recobraron plenamente, pero hubo un mejoramiento neto. Sería una tontería decir que Nicaragua se benefició de la guerra porque no se sabe lo que hubiera sucedido si la guerra no se hubiera producido. Pero es evidente que la guerra no agravó la situación económica producida por la depresión. Los precios de todas las principales exportaciones mejoraron después de 1940, y nunca tuvo

Nicaragua que destruir excedentes de cosecha por razón de cuotas colmadas.

Como resultado de las devaluaciones del córdoba anteriores a la segunda guerra mundial, de la inaccesibilidad de los mercados europeos y de los estrechos controles impuestos sobre las exportaciones norteamericanas durante la guerra, Nicaragua tuvo un balance comercial favorable durante muchos años. Para 1945 había acumulado un volumen sustancial de reservas internacionales. Durante un corto período el gobierno abolió las restricciones de importación que había impuesto en 1931. Pero la inflación (39) y la demanda acumulada de importaciones agotó la reserva de moneda extranjera tan pronto como terminó la guerra, y los controles volvieron. Para 1948 el fondo de reserva del sistema bancario estaba agotado. Para 1950 una nueva devaluación de 5 a 7 córdobas por dólar, se hizo necesaria. (40).

CUADRO 10

NICARAGUA: COMPOSICION PORCENTUAL DE EXPORTACIONES POR PRODUCTOS, 1931-1945

Año	Café	Bananos	Oro	Algodón	Madera	Cueros	Azúcar
1931	50	30	6	--	2	1	1
1932	36	49	8	--	1	--	1
1933	46	38	9	--	1	1	1
1934	45	30	13	--	2	1	4
1935	55	21	10	1	2	2	2
1936	45	17	17	3	2	2	2
1937	44	14	12	8	6	3	2
1938	35	13	26	4	6	2	2
1939	32	8	42	3	4	1	1
1940	22	5	61	2	3	1	--
1941	22	2	61	1	3	1	--
1942	25	--	59	2	2	1	--
1943	22	--	50	2	3	--	1
1944	24	--	49	--	4	1	--
1945	26	--	51	--	4	1	--

Fuente: Nicaragua, *op. cit.*, Memoria, varios números.

CUADRO 11

NICARAGUA: COMPOSICION PORCENTUAL DE IMPORTACIONES POR PAIS DE ORIGEN, 1931-1945

Año	Estados Unidos	Gran Bretaña	Alemania	Francia	Italia	México	Honduras	Peru
1931	61	9	9	3	2	--	2	5
1932	63	10	9	3	2	--	1	5
1933	63	13	7	3	1	--	--	5
1934	59	12	8	3	1	--	1	3
1935	50	12	17	3	1	--	1	3
1936	46	12	24	3	1	--	--	3
1937	54	8	15	2	1	--	--	3
1938	60	8	10	2	6	--	--	3
1939	68	5	12	3	--	--	--	3
1940	84	3	--	1	--	--	--	3
1941	88	1	--	--	--	--	--	3
1942	77	2	--	--	--	9	1	4
1943	61	2	--	--	--	21	1	4
1944	75	2	--	--	--	7	1	3
1945	71	1	--	--	--	9	1	1

Fuente: *Ibib.*

CUADRO 12

NICARAGUA: COMPOSICION PORCENTUAL DE EXPORTACIONES
POR PAIS DE DESTINO, 1931-1945

Año	Estados Unidos	Alemania	Francia	Holanda	Gran Bretaña	Italia	España	Honduras	Japón	Otros
1931	52	13	12	7	7	1	1	2	--	5
1932	65	9	9	6	6	1	1	2	--	1
1933	50	14	13	7	7	1	3	3	--	2
1934	50	12	14	7	7	1	2	4	--	3
1935	56	16	17	2	2	1	1	4	--	1
1936	54	21	13	2	2	1	--	3	3	1
1937	55	15	8	3	1	1	--	--	5	12
1938	67	11	3	3	2	--	--	--	2	12
1939	77	--	2	3	1	--	--	--	--	17
1940	94	--	--	--	--	--	--	--	2	4
1941	96	--	--	--	--	--	--	--	--	4
1942	95	--	--	--	--	--	--	1	--	4
1943	88	--	--	--	--	--	--	2	--	10
1944	91	--	--	--	--	--	--	--	--	9
1945	90	--	--	--	1	--	--	--	--	9

Fuente: Ibid

1950-1966: El Desarrollo del Cultivo del Algodón y sus Efectos sobre el Desarrollo Económico de Nicaragua.

En este punto el futuro económico de Nicaragua se entreveía verdaderamente muy sombrío. Revoluciones internas, una guerra mundial, dos depresiones y la indiferencia del gobierno contribuían a mantener a Nicaragua en el fondo de la pirámide de la riqueza. Más del 60% de su población era analfabeta, su ingreso per cápita era menor de \$200, y las estructuras básicas de la economía permanecían desalentadoramente obsoletas. El país continuaba dependiendo del café como fuente de divisas casi en la misma proporción que en 1911, el oro era una vez más el segundo producto de exportación y ningún producto nuevo capaz de dar al país el "gran empuje" se veía en el horizonte.

Además, la red de comunicaciones permanecía casi tan primitiva e insuficiente como lo había sido 20 años antes. Prácticamente no se había construido ninguna carretera nueva desde hacía 20 años y la inercia del gobierno había permitido el lento deterioro del ferrocarril. (41)

Únicamente la dotación de recursos naturales del país y la baja relación entre población y tierra suministraba cierta esperanza. A diferencia de otros países subdesarrollados, Nicaragua tenía extensas zonas de tierra fértil todavía incultivada. Tan extensa como Inglaterra y Gales —o Wisconsin (Estados Unidos)— su población pasaba escasamente del millón: había únicamente 18 habitantes por milla cuadrada, en comparación con 31 en Costa Rica, 26 en Honduras, 80 en Guatemala, 98 en El Salvador y 43 en los Estados Unidos. Se estimaba conservadoramente que no más de la cuarta parte de la tierra arable se encontraba cultivada o empleada para pastizales. (42) La riqueza del suelo era tan impresionante y el sub-empleo de la tierra tan extenso que en 1953 una misión del Banco Internacional de Reconstrucción y

Fomento (BIRF) observó: "Durante su recorrido de casi un año en el país, la misión llegó a la conclusión de que pocos países subdesarrollados tienen tan gran potencial físico para crecimiento y desarrollo económico como Nicaragua". (43) Y más de 20 años antes W.W. Cumberland había observado que la región occidental del país era eminentemente apropiada para el cultivo del algodón:

"El algodón se produce únicamente en pequeñas cantidades. Zonas sustanciales de la región occidental son admirablemente apropiadas para el cultivo del algodón, pero las plagas son numerosas, incluyendo el picudo y el gusano rosado. Si se logran establecer medidas de control sobre esas plagas, el algodón parecería ser una de las industrias más atractivas a las cuales el país podría dedicar su atención...El cultivo se adapta bien al cultivo en pequeña escala...y las condiciones de clima de la región occidental...son admirablemente adaptadas al cultivo del algodón (44).

El desarrollo de insecticidas sintéticos (DDT, BHC, Dieldrin, Toxafeno, etc.) durante y después de la segunda guerra mundial proporcionaron las medidas de control que permitieron la plena utilización de la fertilidad de la tierra. Casi simultáneamente, el precio del algodón se duplicó (de 1950 a 1951), y los empresarios nicaragüenses se aferraron a la oportunidad con toda el alma. El algodón vino a ocupar el segundo lugar entre las exportaciones para 1954 y llegó a ocupar el primer lugar en 1955; en cinco años la producción había aumentado doce veces. El algodón suministró el "gran empuje" y el largo periodo de estancamiento se acabó. En los años siguientes la economía nicaragüense alcanzó tasas de crecimiento sin precedente en su historia, sobrepasadas únicamente por las de Venezuela en toda América Latina.

Capítulos posteriores exploran en detalles las causas subyacentes del crecimiento de la producción algodonera. Durante el resto de este capítulo la discusión será enfocada sobre el impacto que el desarrollo tuvo sobre la economía como conjunto.

CUADRO 13

NICARAGUA: HECTAREAS SEMBRADAS CON ALGODÓN Y CON OTROS CULTIVOS, EXCLUYENDO CAFÉ.
1952-1965

Año	Departamentos Algodoneros			Otros Departamentos		
	Algodón	Total	% con Algodón	Algodón	Total	% con Algodón
1952	21,888	161,252	13.6	8,371	133,263	6.3
1953	32,822	169,707	19.3	9,648	165,518	5.8
1954	69,413	179,704	38.6	17,118	168,811	10.1
1955	71,217	191,199	37.2	14,980	188,312	7.2
1956	63,355	184,323	34.4	10,194	247,447	4.1
1957	71,933	182,211	39.5	16,437	188,259	8.7
1958	67,976	169,740	40.0	6,158	179,321	3.4
1959	64,090	136,799	46.9	2,239	202,915	1.1
1960	59,189	136,828	43.4	1,770	200,321	0.9
1961	72,763	153,255	47.5	4,543	231,645	2.0
1962	88,199	157,439	56.0	6,061	227,620	2.7
1963	106,353	178,599	59.5	11,888	233,555	5.1
1964	116,575	188,385	61.9	18,003	270,261	6.7
1965	122,555	N.D.	N.D.	19,412	N.D.	N.D.

Fuente: Calculado en base a: Banco Nacional de Nicaragua, Asesoría de la Junta Directiva, Estudio de la Economía del Algodón en Nicaragua (mimeografiado, s.f.), Cuadros 7-9; y a: Nicaragua, Banco Central de Nicaragua, Informe Anual (Managua: Editorial y Litografía San José, 1966) p. 140.

Los nicaragüenses tuvieron mucha suerte porque el café y el algodón no tuvieron que disputarse la misma tierra. El café crece en las regiones montañosas, sombreadas y frescas de Managua, Carazo y Matagalpa; el algodón en las planicies soleadas de Managua, León y Chinandega. El algodón, por consiguiente, no desplazó al cultivo tradicional de exportación, sino que más bien vino en su ayuda en la ardua tarea de empujar la economía hacia adelante.

Pero algunos cultivos no resultaron tal bien parados. Su desplazamiento substancial de las tierras de Managua, León y Chinandega se destaca entre las consecuencias importantes del auge algodonerero. Por consiguiente, aunque la tierra cultivada total en estos tres departamentos aumentó únicamente en un 16.8% de 1952 a 1964, el área cultivada con algodón en estas regiones subió el 433%. Por otra parte, el área sembrada con algodón en el resto del país aumentó aproximadamente en la misma proporción que el área total cultivada en estas últimas regiones (Cuadros 13 y 14 más adelante).

Vale la pena mencionar otros dos acontecimientos. Primero, el área total cultivada en el país se aumentó en un 55% de 1952 a 1964 y, en segundo lugar, las principales zonas de expansión fueron las tierras agrícolas no algodonereras. Esto confirma la conjetura del BIRF de que al comienzo del auge algodonerero había una cantidad sustancial de tierra no empleada, que implica que los algodonereros desplazaron cultivos, pero que no despejaron grandes zonas previamente incultas.

De las discusiones anteriores es evidente que Nicaragua no es un país rico y que en 1950 se encontraba precisamente en el fondo de la pirámide de la riqueza. Es igualmente obvio que la tierra fértil es uno de sus activos más importantes. ¿Por qué, entonces sus habitantes no la habían empleado? ¿Se debía, contrariamente a las observaciones de Cumberland y de la misión del BIRF, a que la tierra inutilizada era marginal y no se adaptaba bien a la agricultura?

Aparentemente no. El rendimiento total de todos los cultivos que no fueran el algodón, café y tabaco aumen-

taron de 330 kilos por hectárea en 1950 a 512 en 1962. Esto sugiere que las nuevas tierras era por lo menos tan fértiles como las viejas. Además, los rendimientos de los cultivos individuales no indican ninguna pauta discernible: algunos suben y otros bajan, sugiriendo que las nuevas tierras eran más aptas para algunos cultivos que para otros, pero no que fueran menos fértiles. (Cuadros 14 y 15)

Es más probable que la tierra haya permanecido ociosa debido a que no habían tractores para despalarla y que fuera o demasiado caro o demasiado difícil hacerlo a mano.

No existen datos fácilmente disponibles sobre costos de despalar tierra a mano, pero hay varios cálculos de la cantidad de tractores en el país y es claro de que no eran suficientes para despalar vastas extensiones.

La misión de la FAO que hizo un reconocimiento del potencial agrícola de Nicaragua calculó que en 1949 había aproximadamente 400 tractores. (45). El reporte del BIRF menciona 600 en 1952, (46), y preparé el Cuadro 16 basándome en estadísticas de importación, suponiendo distintos años de vida de los tractores.

Entre otros beneficios, el auge algodonerero produjo una mecanización extensa de la agricultura. A diferencia de los cultivos tradicionales, el algodón sufre intensamente a causa de las plagas. Combatirlas empleando mano de obra humana, en la mejor de las situaciones no es práctico, pero con mayor frecuencia es imposible: los agricultores se vieron forzados a emplear tractores a fin de aplicar insecticidas, e incluso para trabajar y arar la tierra. Como lo sugiere el Cuadro 17, el cambio hacia la fuerza mecánica fue rápido. (47)

Además de la mecanización de la agricultura, otros acontecimientos contribuyeron también a la expansión agrícola. Como lo discutiremos más adelante, el Banco Nacional adoptó nuevas políticas de crédito agrícola que facilitaron la amplificación de cultivos anuales (en oposición a cultivos de plantación). Y el gobierno finalmente empezó a construir carreteras y caminos en gran escala, poniendo zonas anteriormente inaccesibles en contacto con la principal corriente de la vida económica. (Cuadro 18).

CUADRO 14

NICARAGUA: HECTAREAS SEMBRADAS CON DIFERENTES
CULTIVOS EN DEPARTAMENTOS ALGODONEROS Y NO
ALGODONEROS, 1952-1964

Años	Ajonjoli		Arroz		Azúcar		Maiz		Frijoles		Sorgo	
	Algodoneros	Otros	Algodoneros	Otros	Algodoneros	Otros	Algodoneros	Otros	Algodoneros	Otros	Algodoneros	Otros
1952	22.322	4.387	9.797	14.517	12.282	6.672	63.339	58.757	9.259	24.823	22.366	15.735
1953	15.815	5.187	14.591	19.377	11.036	4.941	59.184	79.897	13.579	25.246	22.680	21.223
1954	18.667	3.289	6.944	11.185	11.398	5.801	47.739	71.068	11.261	31.605	19.282	28.746
1955	11.960	4.295	5.654	13.590	8.234	6.444	59.537	98.698	15.483	36.661	19.114	32.544
1956	6.084	1.971	6.633	18.597	9.533	8.504	66.215	113.161	11.306	60.275	21.200	32.645
1957	9.533	3.241	6.740	17.291	10.931	8.420	62.215	85.402	6.910	19.399	13.950	38.069
1958	13.282	4.345	4.995	17.799	12.361	9.198	52.630	81.537	7.155	30.914	12.743	29.370
1959	12.999	3.088	5.192	15.657	11.237	8.462	29.893	99.037	4.845	34.605	8.543	39.826
1960	9.359	4.635	4.922	16.428	12.349	9.225	35.910	95.147	2.787	35.055	12.312	38.064
1961	5.396	5.323	5.716	18.033	14.125	13.417	36.591	108.581	5.755	40.114	12.909	41.635
1962	3.736	2.768	2.927	19.657	12.571	10.168	32.943	107.532	3.351	39.331	13.733	42.084
1963	4.456	2.502	4.188	17.273	12.979	8.279	35.231	125.251	2.965	39.654	12.429	28.708
1964	5.137	3.472	4.182	18.292	13.132	8.170	32.031	142.468	3.811	45.513	13.520	34.386

Porcentaje
de cambio en
área

a. Depts. algodoueros	-77	-57	+ 6	-49	-58	-40
b. Todos los deptos.	-68	- 8	+11	+42	+45	+26

Porcentaje de
cambio en todos
los Departamentos

	0	+23	+28	-17	0	-40
--	---	-----	-----	-----	---	-----

Fuente: Ibid.

CUADRO 15

NICARAGUA: RENDIMIENTO (R) - EN KILOS POR HECTAREAS - Y HECTAREAS (H) SEMBRADAS CON CAFE Y OTROS CULTIVOS PRINCIPALES

Año	Café			Ajonjolí		Caña de Azúcar		Sorgo		Papas		Tabaco		Arroz		Frijoles Rojos		Maíz	
	H	H	R	H	R	H	R	H	R	H	R	H	R	H	R	H	R		
1950	71,548	14,884	611	14,196	36,209	34,517	1,565	101	12,842	449	15,906	1,298	27,144	680	115,215	1,000			
1	72,621	18,226	549	14,578	30,231	37,536	1,208	298	12,781	500	16,529	1,421	27,740	683	115,425	901			
2	73,067	23,647	867	19,620	44,101	41,430	1,328	578	12,798	554	41,255	1,474	35,736	874	133,328	1,019			
3	79,911	27,437	664	19,471	42,543	39,141	1,369	168	12,816	508	24,978	1,430	35,012	856	125,427	978			
4	76,304	21,575	630	16,412	42,101	45,101	1,345	638	12,790	608	34,895	1,603	39,884	787	142,875	971			
5	80,098	17,419	588	17,668	41,977	49,273	985	262	12,782	549	18,624	1,413	44,035	714	122,048	835			
6	82,345	16,698	581	15,079	45,326	53,068	959	856	12,790	695	19,769	1,158	53,567	668	162,553	889			
7	84,501	8,275	603	18,529	47,196	57,470	862	1,284	12,790	974	25,919	1,168	73,534	645	184,270	755			
8	88,637	13,123	602	19,880	46,392	53,438	801	824	12,795	841	24,686	1,344	27,027	439	151,645	695			
9	92,954	18,108	602	22,148	46,786	43,262	880	849	12,787	923	23,437	1,427	39,108	516	136,390	793			
1960	97,264	16,526	595	20,236	47,174	49,688	790	885	12,800	823	21,418	1,517	40,524	544	132,448	797			
1	102,023	14,318	669	22,163	47,222	51,751	753	914	12,790	918	21,933	1,549	38,875	572	134,633	884			
2	106,858	11,012	664	28,293	46,205	56,032	892	943	12,793	906	24,397	1,584	47,120	680	149,133	826			

Fuente: Calculado en base a: Nicaragua, Consejo Nacional de Economía, Oficina de Planificación, Análisis del Desarrollo Económico y Social de Nicaragua, 1950-1962 (Managua: mimeografiado, mayo, 1965), pp. 125-140. Para algunos cultivos no aparece el rendimiento debido a que no estaba disponible.

CUADRO 16

NICARAGUA: TRACTORES IMPORTADOS DE LOS ESTADOS UNIDOS, 1930-1946, 1948, 1949, Y NUMERO TOTAL DE TRACTORES IMPORTADOS 1947, 1950-1962.

Año	Importados de los Estados Unidos	Gran Total	Total Acumulativo	
			10 años Precedentes	13 años Precedentes
1930	6			
1	0			
2	0			
3	0			
4	1			
5	1			
6	0			
7	2			
8	11			
9	13			
1940	63		97	
1	23		114	
2	0		114	
3	3		117	
4	5		121	
5	60		180	188
6	2		182	184
7		15	195	199
8	78		262	277
9	106		355	382
1950		125	417	506
1		345	739	851
2		283	1022	1132
3		306	1325	1427
4		713	2033	2127
5		604	2577	2668
6		83	2658	2728
7		43	2686	2771
8		82	2690	2850
9		66	2650	2911
1960		32	2557	2883
1		91	2303	2872
2		280	2300	3237

Fuente: Calculado en base a: Nicaragua, Oficina del Recaudador General de Aduanas, Memoria, op. cit., varios números, y en base a: Estado Unidos, Departamento de Comercio, Oficina de Censos, Foreign Commerce and Navigation of the U.S.A., diferentes números. La Memoria no incluye la cantidad de tractores importados por Nicaragua en algunos años, por consiguiente empleé las estadísticas de los Estados Unidos para estos años, considerando que más del 80 % de todas las importaciones provenían de este país.

CUADRO 17

NICARAGUA: NUMERO ESTIMADO DE TRACTORES POR MILLAR DE HECTAREAS DE TIERRA CULTIVADA, 1945-1962, SUPONIENDO QUE EL PROMEDIO DE VIDA DE UN TRACTOR ES 10 O 15 años.

Año	Tractores por 1.000 Hectáreas del Total de Tierra Cultivada		Tractores por 1.000 Hectáreas de Tierra Cultivada, excluyendo cafetaleras	
	Vida 10	Vida 15	Vida 10	Vida 15
1945	.88	.92	1.14	1.19
6	1.00	1.01	1.29	1.31
7	1.31	1.33	1.72	1.75
8	1.21	1.28	1.57	1.66
9	1.79	1.92	2.04	2.20
1950	1.38	1.68	1.81	2.12
1	2.19	2.52	2.79	3.22
2	2.52	2.79	3.08	3.41
3	3.62	3.89	4.51	4.86
4	4.95	5.176	6.08	6.36
5	6.02	6.23	7.41	7.67
6	5.54	5.68	6.68	6.86
7	5.21	5.41	6.28	6.47
8	5.87	6.22	7.29	7.73
9	6.00	6.60	7.61	8.35
1960	5.87	6.62	7.56	8.53
1	5.26	6.78	6.84	8.83
2	4.68	6.59	5.99	8.43

Fuente: Calculado en base al Cuadro 16, y Naciones Unidas, Comisión Económica para América Latina, Análisis, op. cit., Cuadro 16, p. 28.

CUADRO 18

NICARAGUA: KILOMETROS DE CAMINO Y CARRETERAS, 1946, 1951, 1953, 1955, 1958, 1960 Y 1962

	1946	1951	1953	1955	1958	1960	1962
Pavimentos	182	170	210	280	515	669	787
No Pavimentados	—	180	200	320	584	468	700
Caminos de Todo Tiempo	212	190	270	387	580	1400	1480
Caminos de Verano	570	1900	2400	2700	3400	3600	3600
Total	964	2440	3080	3687	5079	6137	6267

Fuente: Naciones Unidas, Análisis, op. cit., Cuadro 165 p.172

El auge algodonero difirió de otros periodos de prosperidad en que trajo consigo cambios permanentes en la economía. Las importaciones tradicionales tenían muy pocos eslabones hacia atrás y mucho menos hacia adelante que el algodón. (48). La producción de café en comparación a la del algodón es un procedimiento muy simple. El cafeto no requiere más que un cuidado mínimo y su cultivo necesita muy poco equipo. Mientras el clima es bastante bueno, es posible obtener cosechas rentables sin cuidado intensivo, sin el uso de fertilizantes o de insecticidas. Además, los procesos que transforman el café en cereza en un producto agrícola de consumo son pocos y sencillos: Implican secar el grano, pelarlo, descortezarlo, y tostarlo. Debido a que el producto final debe satisfacer gustos ampliamente diferentes en todas partes del mundo, el café se exporta generalmente antes de tostarlo para

garantizar su frescura y permitir a los procesadores locales a hacer sus propias mezclas. Fuera de los beneficios de café; una planta para procesar café instantáneo, por consiguiente, es casi la única actividad industrial dependiente del café.

En contraste, la planta de algodón se beneficia con el uso intensivo de insecticidas, maquinaria y fertilizantes. Además, sus productos —semilla y fibra— tienen muchos usos que estimulan el crecimiento de industrias nativas. Así, en 1952 aproximadamente el 25% del consumo total de insecticida fue mezclado en Nicaragua; para 1955 la proporción había subido al 40% y para 1959 era un 98%. (49). Actualmente, hay planes para instalar nuevas plantas de fertilizantes que deberían empezar a operar en el futuro cercano.

Del lado de la producción, las desmotadoras fueron las primeras en empezar operaciones debido a que el algodón nunca se exporta en rama. De 1950 a 1955 el valor bruto de la producción de las desmotadoras subió de 14.6 a 203.7 millones de córdobas (precios constantes); el valor agregado aumentó con una tasa anual promedio de 70% (Cuadro 19).

Finalmente, las grandes cantidades de fibra de algodón y de semilla de algodón producidas por los nuevos niveles de producción suministraron amplias existencias de materia prima para las industrias textiles y de aceites vegetales, y, con el tiempo, su producción aumentó también (Cuadro 19)

El algodón no transformó radicalmente a la economía nicaragüense. El país todavía exporta únicamente un grupo reducido de productos (el algodón y el café constituyen más del 60% del total de exportaciones); los impuestos al comercio internacional siguen siendo las fuentes más importantes de ingresos fiscales; las importaciones como porcentaje del Producto Interno Bruto, siguen siendo altas y la producción industrial es todavía una proporción muy pequeña del Producto Interno Bruto.

Sin embargo, como resultado de la prosperidad de la industria algodonera, se produjeron muchos cambios en la economía que no solamente mejoraron el nivel de vida, sino que también pusieron a Nicaragua en mejor posición para desarrollarse en el futuro.

En primer lugar, el aumento de las exportaciones produjo un alza en las importaciones, y en las recaudaciones del gobierno. Esto se produjo al mismo tiempo que el gobierno empezó a tomar conciencia de los problemas que estaban impidiendo el desarrollo económico del país y a hacer algo para remediarlos. Como resultado, la inversión pública vino a ser una parte importante de la inversión total y el gobierno vino a ser un elemento influyente en el crecimiento del país. (Cuadro 20).

La construcción de caminos y carreteras y la instalación de plantas generadoras de energía eléctrica se encontraban entre los principales resultados tangibles del nuevo papel asumido por el gobierno, tal como lo indican los cuadros 20 y 21. Pero hubieron otras consecuencias quizás más importante: la creación de instituciones para

CUADRO 19

NICARAGUA: PRODUCCION DE INDUSTRIAS TEXTILES, ACEITES VEGETALES Y DESMOTADORAS, 1945-1963.

Año	Textiles (Millones de córdobas)	Desmotadoras (Millones de córdobas)	Aceites Vegetales (Miles de libras)
1945	9.5	1.1	
6	9.5	1.4	
7	10.0	1.9	
8	11.1	0.2	
9	11.7	1.7	
1950	10.3	14.6	
1	10.0	20.0	
2	9.8	42.9	
3	10.5	57.0	2,052
4	16.6	103.0	ND
5	18.3	203.7	ND
6	17.9	161.9	ND
7	19.6	191.9	ND
8	21.7	243.6	15,776
9	26.5	201.8	14,037
1960	27.9	128.8	15,327
1	27.2	102.6	12,101
2	38.4	175.6	17,467
3	39.6	226.5	19,240
4	63.6	379.7	14,989
5	70.9*	504.8	17,363

Tasas Anuales Promedio de Crecimiento de Valor Agregado

1945-1950	1.6	70.0
1950-1955	12.2	70.0
1955-1960	8.8	-8.8
1960-1963	8.3	35.0

Todos los valores monetarios son en córdobas de 1958.

*Valores estimados.

Fuente: Columna 3, 1953: Great Britain, Board of Trade, Overseas Economic Surveys, Nicaragua, Economic and Commercial Conditions in Nicaragua (Londres: H.M. Stationary Office for the Board of Trade, 1954), p. 7. 1958-1965: Nicaragua, Banco Central, Informe Anual (Managua: Editorial y Litografía San José, varios números). Columnas 2 y 3 1945-1963: la misma que para los cuadros I. 18, p. 140; 1964-1965: Nicaragua, Banco Central, op. cit., Informe, varios números.

CUADRO 20

NICARAGUA: CAPACIDAD INSTALADA DE GENERACION DE ENERGIA ELECTRICA, 1950-1963. (Megavattios).

Año	Pública y Privada			Pública					Privado		
	Total	Hidro-eléctrica	Termo-eléctrica	Total	Hidro eléctrica	Termoeléctrica			Total	Hidro-eléctrica	Termo-eléctrica
						Sub total	Vapor	Diesel			
1950	20.6	8.7	17.3	8.3	0.8	7.5	0.2	7.3	17.7	7.9	9.8
1	26.3	8.7	17.6	8.3	0.8	7.5	0.2	7.3	18.0	7.9	10.1
2	26.4	8.7	17.7	8.3	0.8	7.5	0.2	7.3	18.1	7.9	10.2
3	33.2	8.9	24.3	12.8	1.0	11.8	0.2	11.6	20.4	7.9	12.5
4	37.8	8.9	28.9	16.2	1.0	15.2	0.2	15.0	21.6	7.9	13.7
5	40.2	9.2	31.0	16.8	1.0	15.8	0.2	15.6	23.4	8.2	15.2
6	42.4	9.2	33.2	16.9	1.0	15.9	0.2	15.7	25.5	8.2	17.3
7	43.0	9.2	33.8	17.2	1.0	16.2	0.2	16.0	25.8	8.2	17.6
8	75.6	9.2	66.4	47.8	1.0	46.8	30.0	16.8	27.8	8.2	19.6
9	76.6	9.2	67.4	48.1	1.0	47.1	30.0	17.1	28.5	8.2	20.3
1960	77.4	9.2	68.2	48.4	1.0	47.4	30.0	17.4	29.0	8.2	20.8
1	77.5	9.3	68.2	48.5	1.1	47.4	30.0	17.4	29.0	8.2	20.8
2	77.5	9.3	68.2	48.5	1.1	47.4	30.0	17.4	29.0	8.2	20.8
3	79.5	9.3	70.2	50.5	1.1	49.4	30.0	19.4	29.0	8.2	20.8

CUADRO 21

NICARAGUA: PARTICIPACION PORCENTUAL DE ENERGIA ELECTRICA EN EL CONSUMO BRUTO DE ENERGIA, 1945-1964 (EQUIVALENTE DE PETROLEO EN TONELADAS)

Año	Energía Eléctrica						Porcentajes	
	Energía Total (1)	Energía Comercial (2)	Combustible de Origen Vegetal (3)	Total (4)	Termo Eléctrica (5)	Hidro Eléctrica (6)	(4) - (1) (7)	(4) - (2) (8)
1945	228	56	172	23	11	12	10.1	41.1
6	227	51	176	24	12	12	10.6	47.1
7	232	51	181	26	14	12	11.2	51.0
8	239	55	184	26	14	12	10.9	47.3
9	266	75	191	27	14	13	10.2	36.0
1950	271	80	191	28	15	13	10.3	35.0
1	308	82	226	29	15	14	9.4	35.4
2	330	102	228	30	17	13	9.1	29.4
3	333	108	225	32	19	13	9.6	29.6
4	352	118	234	36	22	14	10.2	30.5
5	382	146	236	38	24	14	9.9	26.0
6	395	139	256	40	26	14	10.1	28.8
7	417	151	266	43	29	14	10.3	28.5
8	493	213	280	48	34	14	9.7	22.5
9	459	178	281	56	41	15	12.2	31.5
1960	489	193	296	59	45	14	12.1	30.6
1	516	193	323	61	48	18	11.8	31.6
2	546	231	315	71	56	15	13.0	30.7
3	598	287	311	81	68	13	13.5	28.2

Fuente: Ver Cuadro 18.

difundir información, para promover el desarrollo económico, para supervigilar los puertos y para suministrar viviendas de bajo costo. De 1950 a 1966 el gobierno fortaleció el Departamento de Carreteras, creó el Instituto de Fomento Nacional, el Instituto de la Vivienda, y la Empresa Nacional de Luz y Fuerza. (50)

Esto no equivale a decir que el crecimiento de la producción algodonera fue la causa del cambio de actitud del gobierno. Por el contrario, la construcción de caminos y carreteras y la instalación de plantas generadoras de energía eléctrica contribuyeron indudablemente al desarrollo de la industria algodonera. Pero el auge algodonero, al llegar en este momento, coincidió con la nueva orientación del gobierno y proporcionó los medios para construir la infraestructura que se necesitaba.

El segundo cambio principal se produjo en la composición y la orientación del comercio internacional. Durante los últimos 10 años, de las exportaciones tradicionales, únicamente el oro ha descendido en cantidad y valor. Todas las demás aumentaron por lo menos en valor. Las exportaciones de algodón aumentaron más rápido en medio de un sector en crecimiento. Desde el lado de la importación, la dependencia de los Estados Unidos disminuyó y el Japón se convirtió en el principal cliente de Nicaragua, como lo indica el Cuadro 25. Actualmente el país es menos susceptible a impactos externos que antes de 1950 y más resistente a cambios en las condiciones económicas de zonas geográficas específicas (por ejemplo Europa, Asia, América) siendo una de las razones — y no la menor— que la composición de su comercio de exportación se encuentra más uniformemente distribuido entre regiones. (Ver Cuadros 23, 24 y 25).

El establecimiento de industrias nacionales centradas alrededor del cultivo de algodón fue el tercer acontecimiento que colocó a Nicaragua en una mejor posición con relación al desarrollo futuro. Mientras que antes el país no tenía que sufrir al bajar los precios del café, del oro, o del banano, actualmente las industrias textiles y de aceites vegetales, por lo menos, pueden beneficiarse al bajar los precios del algodón y de la semilla de algodón.

Finalmente, el proceso mismo del cultivo del algodón parece haber modificado la actitud de los agricultores hacia la agricultura y de los nicaragüenses hacia los negocios en general.

Como había observado Cumberland, las plagas son el peor enemigo del algodón. Cualquier método exitoso de control tiene una alta rentabilidad: amplias recompensas esperan al ingenioso y al intrépido. Y, debido a que trans-

curren aproximadamente 6 meses entre la siembra y la cosecha, es fácil ver rápidamente los resultados de experimentos con fertilizantes o de cualquier idea que modifique las técnicas de producción existentes. Por supuesto, el resultado de las innovaciones referentes a los insecticidas se hacen patentes todavía más rápidamente. En resumen, el proceso de aprendizaje es rápido, las recompensas por el talento inmediatas, y el riesgo de dormirse sobre los laureles, enorme. El café, por otra parte, es más resistente a ataques; el clima es su peor enemigo. Además, el cafeto llega a la madurez en tres o más años y el resultado de innovaciones que modifican la disposición de los árboles, que introduzcan nuevas variedades, o que cambien las condiciones dentro de las cuales crece el árbol, se hacen patentes únicamente después de larga espera. El proceso de aprendizaje del empresario es lento. En consecuencia, el cafetalero se inclina más hacia esperar y observar que hacia observar y actuar. Para resumir y exagerar un poco, puede decirse que mientras el café cria caballeros, el algodón forja empresarios. Parece que la actitud de los últimos, permeó con el tiempo otros sectores de la economía e introdujo en los hombres de negocios nicaragüenses el deseo de correr riesgos y la energía para buscar nuevas oportunidades. (51).

Prácticamente cada serie económica refleja el dinamismo y el progreso que han caracterizado la economía nicaragüense desde 1950. Desafortunadamente las cifras de PIB (o por lo menos estimados) no existen para los años anteriores a 1945; las comparaciones directas son imposibles. Sin embargo, las estadísticas de comercio exterior —debido a su importancia en la economía— reflejan las ganancias económicas traídas al país por el desarrollo del cultivo del algodón. El Cuadro 26 muestra las exportaciones per cápita desde 1904, el PNB y el PNB per cápita desde 1945. La diferencia entre antes y después de 1950 son evidentes.

El auge algodonero, por consiguiente, produjo riqueza a los agricultores nicaragüenses, una mentalidad más dinámica en otros sectores de la economía, tasas de crecimiento sin precedentes, nuevas industrias y una canasta de exportación más diversificada. En quince años el "oro blanco" dio fin al estancamiento secular que las intervenciones extranjeras, las revoluciones internas y la dependencia del café y del oro habían alimentado. En 15 años el cultivo del algodón proporcionó a Nicaragua una base sólida para fundamentar el crecimiento futuro a través de la utilización de los eslabonamientos anteriores y posteriores que esta actividad conlleva y que quedan todavía por ser plenamente explotados en el país.

CUADRO 22

NICARAGUA: GASTOS PUBLICOS PARA INVERSION EN SERVICIOS
ECONOMICOS, 1950-1963
(Millones de Córdobas a precios de 1958)

Año	Total		Total en Servicio Económico		Camino y Puentes		Agricultura		Otros Servicios		Energía		Transporte y Bodegas		Comunicaciones	
	Valor	%	Valor	%	Valor	%	Valor	%	Valor	%	Valor	%	Valor	%	Valor	%
1950	27.2	100.0	19.0	70.0	16.1	59.4	--	--	1.1	4.0	0.4	1.6	1.4	5.0	--	--
1	32.3	100.0	23.4	72.4	19.9	61.7	0.9	2.7	0.2	0.7	0.6	2.0	1.4	4.2	0.4	1.4
2	53.1	100.0	42.5	80.0	30.4	57.2	2.2	4.2	0.2	0.4	4.2	8.0	2.1	3.9	3.4	6.4
3	68.1	100.0	53.5	78.6	35.1	51.6	1.5	2.2	0.7	1.1	7.7	11.3	4.2	6.1	4.2	6.2
4	74.9	100.0	55.8	74.5	35.7	47.7	0.7	1.0	1.8	2.4	4.1	5.4	12.4	16.5	1.1	1.4
5	88.4	100.0	58.5	66.2	47.9	54.2	1.9	2.2	1.0	1.2	5.9	6.7	1.7	1.9	--	--
6	102.8	100.0	73.3	71.3	49.8	48.5	0.9	0.9	1.4	1.4	17.9	17.4	2.1	2.0	1.2	1.2
7	122.5	100.0	97.1	79.3	58.7	47.9	1.4	1.1	1.3	1.1	32.9	26.9	1.6	1.3	1.2	1.0
8	114.1	100.0	92.9	82.3	68.6	60.1	0.5	0.5	0.3	0.2	22.7	19.9	1.3	1.1	0.6	0.5
9	103.6	100.0	84.1	81.2	55.3	53.4	--	--	0.5	0.5	4.7	4.6	22.6	21.8	1.0	1.0
1960	74.9	100.0	55.8	74.5	40.2	53.7	0.2	0.3	0.4	0.4	5.9	7.9	6.8	9.1	2.3	3.1
1	102.4	100.0	64.9	63.4	41.7	40.7	0.1	0.1	--	--	17.9	17.4	1.1	1.1	4.0	3.9
2	121.2	100.0	92.9	76.7	53.7	44.3	0.8	0.6	0.4	0.3	31.0	25.6	4.1	3.4	3.0	2.5
3	154.7	100.0	115.5	74.7	61.0	39.5	0.2	0.1	0.5	0.3	47.9	30.9	2.1	1.4	3.8	2.5

Fuente: La misma que para el Cuadro 18;

CUADRO 23

NICARAGUA: COMPOSICION PORCENTUAL DE IMPORTACIONES POR PAIS DE ORIGEN 1945-1966

	1946	1947	1948	1949	1950	1951	1952	1953	1954	1955	1956	1957	1958	1959	1960	1961	1962	1963	1964	1965	1966
Estados Unidos	76	85	84	79	81	72	71	65	65	65	63	58	55	52	53	49	50	48	47	47	46
Alemania Occidental	--	--	--	--	2	5	4	7	9	6	7	11	8	7	8	8	7	7	8	6	7
Costa Rica	2	1	--	1	--	1	1	--	--	--	1	1	1	1	1	1	--	1	3	4	6
El Salvador	1	1	1	1	1	1	2	2	3	2	1	2	2	3	2	2	3	2	3	4	5
Guatemala	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	1	1	2	3	4	4	5
Japón	--	--	--	--	1	--	1	3	2	2	2	3	4	5	7	6	6	6	6	7	5
Bélgica	--	--	--	1	1	1	3	2	2	2	3	3	4	3	3	4	4	3	3	3	4
Gran Bretaña	1	2	2	2	3	4	4	4	3	3	4	4	4	4	4	4	4	5	4	4	3
Panamá	3	1	1	1	1	1	2	3	3	3	2	2	3	3	3	3	3	3	3	3	3
Venezuela	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	1	1	1	1	1	3	4	3	3
Otros	17	10	12	15	10	15	12	12	13	17	17	16	18	21	17	21	20	19	15	15	13

Fuente: Ver Cuadro 7.

CUADRO 24

NICARAGUA: COMPOSICION PORCENTUAL DE EXPORTACIONES
1946 - 1966

	1946	1947	1948	1949	1950	1951	1952	1953	1954	1955	1956	1957	1958	1959	1960	1961	1962	1963	1964	1965	1966
Algodón	1	1	—	1	5	12	13	15	17	39	36	31	35	41	23	27	35	37	41	45	40
Café	24	25	32	18	50	40	42	39	40	35	36	40	34	19	31	25	17	16	17	18	15
Carne	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	3	5	6	7	8	6	4	7
Cobre	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	4	4	4	4	6
Semilla de Algodón	—	—	—	—	—	1	1	2	2	4	5	5	5	6	4	4	5	5	6	6	6
Oro	39	36	29	32	23	19	17	16	13	10	11	10	10	10	11	11	9	7	6	4	3
Camarones	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	2	1	1	1	3
Madera	8	5	6	5	4	5	7	5	4	5	5	4	5	6	4	3	2	2	2	1	2
Ajonjolí	5	10	14	17	4	5	8	5	4	2	2	2	3	3	4	3	2	2	2	1	1
Otros	26	20	20	23	13	19	14	16	9	6	5	7	9	13	16	20	16	18	15	16	17

Fuente: Ibid.

CUADRO 25

NICARAGUA: COMPOSICION PORCENTUAL DE EXPORTACIONES
POR PAIS DE DESTINO 1945-1966

	1945	1946	1947	1948	1949	1950	1951	1952	1953	1954	1955	1956	1957	1958	1959	1960	1961	1962	1963	1964	1965	1966
Japón	—	—	—	1	—	1	5	2	6	11	13	9	5	11	22	14	19	20	22	23	32	30
Estados Unidos	90	78	77	75r	64	70	54	52	44	45	37	38	39	37	27	43	45	38	37	26	24	22
Alemania Occidental	—	—	—	—	3	—	1	5	10	14	16	23	17	17	14	14	12	14	11	19	14	15
Portugal	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	1	—	—	—	—	—	2	1	3	3	5
Costa Rica	3	2	4	2	1	1	—	—	—	—	—	—	—	1	4	2	1	1	1	2	3	4
El Salvador	—	—	—	3	2	2	5	2	2	3	1	1	1	1	2	2	1	2	2	2	3	4
Otros	7	10	19	19	30	27	35	39	38	27	33	28	38	33	31	25	22	23	26	25	21	20

CUADRO 26

NICARAGUA: EXPORTACIONES PER CAPITA 1904-1966, PRODUCTO NACIONAL BRUTO PER CAPITA, Y PRODUCTO NACIONAL BRUTO, 1945 - 1966

Año	Per Cápita		PNB (Córdobas)	PNB (en millones de Córdobas - 1958)
	Exportaciones* (Dólares)	Importaciones*		
	(1)	(2)	(3)	(4)
1906	24.72	19.91		
7	18.35	15.35		
8	20.36	16.51		
9	20.42	13.22		
1910	21.97	13.80		
1	34.01	29.59		
2	18.08	23.76		
3	35.99	26.93		
4	23.35	19.48		
5	20.80	14.38		
6	19.24	17.39		
7	15.60	16.68		
8	17.88	13.67		
9	26.66	17.00		
1920	20.59	26.46		
1	24.11	15.86		
2	23.60	15.30		
3	31.27	20.61		
4	37.46	25.40		
5	33.45	28.08		
6	35.97	28.31		
7	25.84	29.22		
8	32.69	37.32		
9	30.60	33.20		
1930	25.53	25.00		
1	23.61	21.60		
2	18.07	13.85		
3	18.89	4.82		
4	17.69	5.60		
5	17.74	15.91		
6	14.10	16.92		
7	19.49	15.57		
8	17.45	15.19		
9	24.47	18.76		
1940	26.76	19.88		
1	29.61	25.90		
2	30.78	14.55		
3	30.93	27.15		
4	30.06	19.80		
1945	26.13	22.38	1116	1107.2
6	28.83	23.89	1180	1195.0
7	33.70	30.48	1152	1194.1
8	23.82	23.94	1119	1324.7
9	27.52	24.80	1164	1308.8
1950	37.65	26.85	1318	1504.7
1	43.66	28.33	1350	1591.2
2	48.33	27.39	1526	1907.9
3	50.43	40.29	1568	1955.3
4	56.31	52.30	1649	2144.9
5	65.00	57.00	1751	2285.0
6	52.97	56.02	1642	2320.9
7	54.87	62.34	1729	2475.0
8	52.64	57.72	1718	2450.0
9	52.00	48.15	1662	2449.8
1960	44.15	50.36	1749	2454.2
1	46.84	50.95	1810	2607.9
2	61.31	66.79	1991	2927.6
3	69.08	71.68	2028	3093.5
4	78.00	85.38	2081	3323.9
5	87.80	94.49	2208	3654.5
6	78.37	100.26	2208	3786.2

*Desinflado por el Bureau of Labor Statistics, Index of Wholesale Prices of all Commodities (1906-1950); el índice Nicaraguense de 1950 a 1966.

1 Las importaciones anteriores a 1955 son FOB, pero CIF de allí en adelante.

Fuente: Columnas (1) y (2): Nicaragua, op. cit., Memoria, varios números.

Columnas (3) y (4): 1945-1963: calculados en base a Naciones Unidas CEPAL, op. cit., Análisis, p. 125 1963-1966: Nicaragua, Banco Central de Nicaragua, op. cit., Informe Anual, varios números.

CUADRO 27

NICARAGUA: VALORES DESINFLADOS, CANTIDADES Y PROMEDIOS DE PRECIOS DE EXPORTACION DE PRINCIPALES PRODUCTOS DE EXPORTACION, TOTAL DE EXPORTACIONES E IMPORTACIONES, 1904-1966.

Año	Exportaciones Importaciones (Miles de Dólares)		CAFE			Desinflador
	Valor (1000 US\$)	Cantidad (Toneladas Métricas)	Valor (1000 US\$)	Cantidad (Toneladas Métricas)	Precio (Dólares/Kilo)	
1904	12003	9792	3193	9825	0.32	32.7
5	10766	10477	4684	9143	0.51	32.9
6	12481	10053	4032	8808	0.46	33.90
7	9412	7874	3692	8490	0.43	35.7
8	10605	8602	4436	9364	0.47	34.4
9	10781	6981	4216	8441	0.49	37.0
1910	11775	7399	7241	12019	0.60	38.6
1	18532	16127	12087	7648	1.58	35.5
2	10217	13140	4690	6163	0.76	37.8
3	20188	15105	13099	11993	1.10	38.2
4	13284	11083	6153	10351	0.59	37.3
5	12018	8313	5216	9133	0.57	38.0
6	11293	10209	4639	10453	0.44	46.8
7	9292	9942	2740	8429	0.33	64.3
8	10816	8271	3137	11594	0.27	71.7
9	16371	10439	8269	15281	0.54	75.8
1920	12766	16407	3401	6961	0.49	84.5
1	15114	9944	4405	13580	0.32	53.4
2	14940	9686	4348	8874	0.49	52.9
3	20015	13191	7145	13713	0.52	55.1
4	24235	16431	13660	17997	0.76	53.6
5	21876	18365	9959	10822	0.92	55.6
6	23776	18714	14781	17672	0.84	54.8
7	17258	19518	7805	10255	0.76	52.3
8	22062	25189	12815	17804	0.72	53.0
9	20869	22643	11330	13248	0.86	52.1
1930	17641	17277	8016	15303	0.52	47.3
1	16479	15078	8318	15846	0.52	39.9
2	12758	9775	4154	8127	0.51	35.6
3	13468	10565	6133	13704	0.45	36.1
4	12756	11244	5790	14677	0.39	41.0
5	12918	11582	7119	18525	0.38	43.8
6	10516	12624	4785	13107	0.37	44.2
7	14911	11909	6521	15789	0.41	47.2
8	13684	11907	4723	14261	0.33	43.0
9	19671	15083	6256	17416	0.34	42.2
1940	22079	16400	4870	15299	0.32	43.0
1	24960	21837	5387	12668	0.43	47.8
2	26531	12541	6644	12716	0.52	54.0
3	27327	23947	6083	11967	0.51	
4	27086	17840	6562	13071	0.50	56.9
5	24116	20658	6355	12252	0.52	57.9
6	27356	22672	6530	11776	0.55	66.1
7	32861	29722	6568	10047	0.65	81.2
8	23868	23989	9621	14491	0.66	87.9
9	28340	25545	5224	6839	0.76	83.5
1950	39910	28459	19967	20984	0.95	86.0
1	47761	30991	19079	16098	1.19	96.7
2	54610	42245	23044	18912	1.22	94.0
3	58798	46981	23012	18774	1.23	92.0
4	67792	62965	27103	17073	1.59	92.6
5	83000	73000	29884	22765	1.31	93.2
6	67648	71532	24084	16943	1.42	96.2
7	71928	81731	28790	22035	1.31	99.0
8	70803	77634	24134	22912	1.05	100.4
9	71761	66442	13775	16309	0.84	100.6
1960	62434	71214	19087	21770	0.87	100.7
1	68153	47129	17316	20965	0.83	100.3
2	89633	97641	15337	20551	0.75	100.6
3	106448	110456	17485	24072	0.73	100.3
4	124562	136349	29990	23279	0.90	101.5
5	145313	15637	27711	28195	0.91	102.5
6	13441	171949	20568	23215	0.89	105.8

CUADRO 27 Continuación

Año	ORO			MADERA		
	Valor (x \$ 1000)	Cantidad (Kilos)	Precio (Dólares por Gramo)	Valor (x \$1.000)	Cantidad Por Millar de Pie Tablar	Precio (Dólares por Pie Tablar)
1904	2101					
5	1951			131		
6	2569			1003		
7	2095			599		
8	2256			413		
9	2632			722		
1910	2321			46		
1	2625			118		
2	2399			320		
3	2783			841		
4	2389			1223	11896	0.102
5	2461			716	7542	0.095
6	2049			799	9685	0.083
7	1440			2030	19587	0.102
8	1736			1997	18420	0.109
9	1974			2185	18803	0.116
1920	1490			2312	23759	0.094
1	1854			1687	11549	0.146
2	2015			1338	10460	0.128
3	1495			3279	20386	0.160
4	1438			2340	18847	0.124
5	1037			3280	28579	0.115
6	1197			2449	18369	0.134
7	1174			3300	24224	0.136
8	685			2334	21988	0.106
9	833			2466	22611	0.108
1930	899			1131	11205	0.100
1	1033			398	5234	0.077
2	1073			110	1856	0.058
3	1150			130	2564	0.051
4	1659			222	5471	0.407
5	1295			320	7622	0.042
6	1828			222	4808	0.046
7	1799			915	14154	0.064
8	3607			877	14985	0.059
9	8301	3166	2.62	794	13835	0.058
1940	13391	5112	2.62	637	10028	0.064
1	15320	6514	2.35	818	8496	0.093
2	15622	7502	2.08	452	5544	0.081
3	13692	6879	1.99	938	11942	0.079
4	13376	6768	1.98	1163	13680	0.079
5	12292	6329	1.94	1164	13878	0.087
6	10788	6341	1.70	1493	19612	0.083
7	9410	6790	1.39	2124	28504	0.077
8	8851	6916	1.28	1514	20816	0.074
9	9172	6816	1.35	1666	22198	0.073
1950	9309	7161	1.30	2007	29594	0.076
1	9037	7820	1.16	2056	33837	0.068
2	9471	7920	1.20	2965	38119	0.061
3	9519	7923	1.20	4252	43778	0.078
4	8800	7241	1.22	3206	31562	0.097
5	8692	7201	1.21	3785	37347	0.102
6	7603	6504	1.17	3437	35592	0.097
7	7013	6181	1.13	3385	38027	0.097
8	7292	6536	1.16	3026	33584	0.089
9	7140	6401	1.16	3647	39475	0.090
1960	6868	6156	1.16	3567	37339	0.092
1	7710	6555	1.18	2903	27809	0.095
2	7660	6884	1.13	2641	26990	0.104
3	7073	6326	1.19	2214	22263	0.098
4	6843	6244	1.10	20.86	20906	0.099
5	5274	4853	1.09	1899	18407	0.103
6	4895	4598	1.06	2373	22657	0.105

CUADRO 27 Continuación

Año	BANANOS			CAUCHO		
	Valor (x 1000)	Cantidad (Miles de Racimos)	Precio (Dólares por racimos)	Valor (x 1000)	Cantidad (Toneladas Métricas)	Precio (Dólares por kilo- gramo)
1904	875	1733	0.50	911	300	3.03
5	900	1744	0.52	1435	358	4.01
6	2065	1402	1.47	1136	296	3.84
7	232	378	0.62	882	287	3.07
8	779	1216	0.64	549	204	2.69
9	443	764	0.58	621	188	3.11
1910	277	490	0.57	896	285	3.15
1	955	1465	0.65	1625	349	4.66
2	1119	1477	0.76	437	154	2.85
3	1110	1393	0.80	730	221	3.30
4	1351	1526	0.89	332	143	2.32
5	979	1106	0.89	455	223	2.04
6	1056	1111	0.95	547	296	1.85
7	147	960	0.78	403	295	1.37
8	746	862	0.87	60	74	0.81
9	737	799	0.92	113	136	0.83
1920	967	1167	0.83	41	50	0.83
1	2631	1874	1.40	6	10	0.56
2	3724	2618	1.42	—	4	—
3	3724	3429	1.09	15	19	0.76
4	3185	2845	1.12	7	13	0.57
5	3073	3027	1.02	163	140	1.16
6	2237	2163	1.03	190	144	1.32
7	2759	2386	1.16	48	40	1.20
8	3628	3144	1.15	17	19	0.89
9	3810	4092	0.93	2	2	0.96
1930	4734	3861	1.23	—	—	—
1	4965	2973	1.67	—	—	—
2	6286	3378	1.86	—	—	—
3	5122	3698	1.30	—	—	—
4	3771	2686	1.40	—	2	—
5	2742	3002	0.91	—	1	—
6	1742	1932	0.90	29	54	0.54
7	2087	2472	0.84	142	186	0.76
8	1807	1950	0.93	79	151	0.52
9	1550	1653	0.94	66	105	0.63
1940	1037	1556	0.67	35	74	0.47
1	586	731	0.80	25	55	0.46
2	52	83	0.62	678	523	1.30
3	—	—	—	1566	1267	1.24
4	7	11	0.64	1895	1643	1.15
5	140	121	1.16	1463	1217	1.20
6	292	314	0.93	576	584	0.99
7	414	468	0.88	257	303	0.85
8	750	679	1.10	—	—	—
9	992	769	1.29	—	—	—
1950	706	662	1.07	3	7	0.49
1	514	587	0.87	134	170	0.79
2	377	493	0.76	138	120	1.14
3	354	459	0.77	15	24	0.63
4	448	577	0.78	13	11	1.18
5	376	470	0.80	6	55	0.12
6	165	214	0.77	31	38	0.82
7	92	112	0.82	20	30	0.67
8	70	92	0.76	17	16	1.06
9	83	103	0.80	9	17	0.53
1960	137	1981	0.76	9	27	0.33
1	54	63	0.85	16	12	1.33
2	761	325	2.25	7	—	—
3	1384	353	2.58	—	—	—
4	2138	774	2.76	—	—	—
5	767	311	2.47	—	—	—
6	841	675	1.25	—	—	—

CUADRO 27 Continuación

Año	AZUCAR			ALGODON		
	Valor (x \$ 1000)	Cantidad (Toneladas Métricas)	Precio (Dólares por Kilo)	Valor (x \$ 1000)	Cantidad (Toneladas Métricas)	Precio (Dólares por Kilo)
1904	37	164	0.22	46	110	0.42
5						
6						
7						
8						
9						
	492	1823	0.27	99	116	0.85
1910	39	230	0.17	26	63	0.41
1	31	253	0.12	15	24	0.63
2	69	357	0.19	69	116	0.60
3	84	497	0.17		1	
4	125	709	0.18		6	
5	42	212	0.20	82	94	0.86
6	530	3035	0.17	15	17	0.88
7	361	2911	0.12	29	56	0.52
8	1035	6240	0.17	48	78	0.62
9	803	3847	0.21	16	24	0.67
1920	2776	8408	0.33	27	77	0.35
1	2451	12107	0.20	134	387	0.46
2	1278	9948	0.13	-	2	
3	2368	10757	0.22	20	74	0.27
4	1894	8342	0.23	227	274	0.83
5	2759	10981	0.25	123	131	0.94
6	1599	10155	0.16	14	20	0.70
7	847	5401	0.17	29	37	0.78
8	975	8648	0.11			
9	457	3502	0.13			
1930	774	6887	0.11	102	147	0.98
1	175	1653	0.11	41	108	0.38
2	185	1597	0.12			
3	161	1269	0.13			
4	451	5257	0.09	44	49	0.46
5	201	2012	0.10	125	214	0.59
6	190	2634	0.07	303	531	0.57
7	282	2435	0.11	1171	1352	0.88
8	300	4776	0.06	610	1357	0.45
9	199	3248	0.06	601	1246	0.48
1940		10	0.09	472	1088	0.44
1				260	787	0.33
2		1		578	1530	0.38
3	405	3333	0.12	535	1211	0.45
4	541	3327	0.16	57	74	0.77
5						
6	855	2833	0.30	119	322	0.37
7					441	
8	182	1840	0.10			
9	479	4582	0.10	254	380	0.67
1950	823	5929	0.14	2114	3307	0.64
1	1459	8346	0.17	5643	4358	1.30
2	988	7657	0.13	7274	9530	0.76
3	1038	9167	0.11	9065	12783	0.71
4	1202	10721	0.11	18104	23196	0.78
5	1008	8785	0.11	32270	43972	0.74
6	448	3917	0.11	24497	36338	0.67
7	1023	8967	0.11	22013	36016	0.61
8	1632	15375	0.11	24795	42701	0.58
9	2101	24350	0.09	29172	61687	0.47
1960	3411	34857	0.10	14581	27390	0.53
1	2826	25346	0.11	18286	32515	0.56
2	4444	37468	0.12	31110	55660	0.56
3	6008	41134	0.15	39662	73125	0.54
4	5657	47932	0.12	40728	93484	0.54
5	5383	45477	0.12	64390	121831	0.53
6	2023	17219	0.12	54083	116000	0.47

Fuentes: Nicaragua, *op cit*, Memoria, varios números; Naciones Unidas, CEPAL, *op. cit.*, Análisis, página 24; Oficina de Estadísticas Económicas de Washington, D. C. The Handbook of Basic Economic Statistics, XXI (Enero, 1967) página 122; Oficina Internacional del Trabajo Yearbook of Labor Statistics, 1966 (Ginebra, OIT, 1966), página 628.

De 1904 a 1950 todos los valores están desinflados por el U.S. Bureau of Labor Statistics index of Wholesale prices of all commodities. De 1950 a 1966 el desinflador es un índice Nicaragüense de precios.

NOTAS

- 1) Latin American Center, University of California, Los Angeles, *Statistical Abstract of Latin America 1966* (Los Angeles: Regents of the University of California, 1967) pp. 48-49.
- 2) U.S. Department of State, *The United States and Nicaragua: A Survey of the Relations From 1909 to 1932* ("Latin American Series", No. 6, Washington: U.S. Government Printing Office, 1932), p. 6
- 3) *Ibid*, p. 7
- 4) Raymond Lee Hazlet, "United States Foreign Policy in Nicaragua, 1909-1928" (tesis inédita de M.A. Universidad de California, 1934) pp. 3-6.
- 5) Congreso de los Estados Unidos, Senado, Comité sobre relaciones extranjeras, *Préstamos Extranjeros, Audiencias* ante un sub-comité de Relaciones Extranjeras, Congreso 69º, segunda sesión 1927, página 4. No está claro qué sistema reglamentaba la moneda en circulación antes de 1911. Parece que el país se regía por el patrón oro con respecto a las monedas extranjeras, pero que no había restricciones sobre la cantidad de moneda nacional que el gobierno podía emitir, o si existían dichas restricciones, no eran observadas. Después del establecimiento del Banco Nacional de Nicaragua, esta institución recibió la facultad de emitir cualquier cantidad de moneda sin garantía (respaldo en oro) o cualquier otra limitación. Sin embargo se creó como parte del arreglo un fondo de intercambio en oro para mantener la paridad con el dólar. En esta forma parece que estaba en vigencia cierto tipo de patrón oro modificado (Congreso de los Estados Unidos, *Préstamos Extranjeros, Audiencias*, pp. 3-4)
- 6) Hazlet, U.S. Foreign Policy, pp. 12-15; Chapman, "An American Experiment in Nicaragua", *The American Review*, LXVI (October, 1922), pp. 406-407.
- 7) Hazlet, U.S. Foreign Policy, pp. 12-13; Chapman, "An American Experiment", p. 407; U.S. Department of State, *Survey of Relations*, p. 15.
- 8) U.S. Dept. of State, *Survey of Relations*, p. 24.
- 9) Parece que sólo el presidente Díaz tenía más de 33 millones de pesos. Ver Hazlet, U.S. Foreign Policy, p. 17, and U.S. Congress, Senate, *Foreign Loans, Hearings*, p. 6
- 10) Chapman, "An American Experiment", p. 407.
- 11) *Ibid*, p. 406; Hazlet, U.S. Foreign Policy, pp. 50-51.
- 12) Emplé el U.S. Bureau of Labor Statistics Index of Wholesale Prices of all Commodities como desinflatador debido a que quería tener una medida aproximada del poder adquisitivo de los ingresos nicaragüenses provenientes de la exportación y esto parecía ser una aproximación adecuada.
- 13) Los \$ 3 millones que el gobierno recibió en 1917 a cambio de otorgar a los Estados Unidos los derechos perpetuos, exclusivos y libres de impuestos necesarios para la construcción de un canal a través del territorio nicaragüense, se encontraban entre las muchas medidas para detener la brecha que capacitaban al gobierno para salir del paso. Ver Hazlet, *op. cit.*, pág. 33.
- 14) Congreso de los Estados Unidos, Senado, Comité sobre Relaciones Extranjeras, *Préstamos Extranjeros, Audiencias* ante un sub comité del Comité de Relaciones Extranjeras, Congreso 69º; segunda sesión, 1927, p. 6.
- 15) Chapman, "An American Experiment" p. 406.
- 16) U. S. Department of State, *Survey of Relations*, p. 36.
- 17) Nicaragua, Administración de Aduanas, *Memoria*, 1919, p.4.
- 18) U. S. Department of State, *Survey of Relations*, pp. 1-2
- 19) Nicaragua, *Memoria*, 1922 p.7
- 20) U.S. Department of State, *Survey of Relations*, pp. 37-46.
- 21) *Ibid*, p.46.
- 22) U.S. Department of State, *Survey*, pp. 69-70; Nicaragua, *Memoria*, 1927, p. 19.
- 23) *Ibid*
- 24) *Ibid*, p. 16; 1928, p. 50
- 25) Nicaragua, *Memoria*, 1928, p.2
- 26) Nicaragua, *Memoria*, 1927, pp. 4-10.
- 27) *Ibid*, p.4
- 28) Nicaragua, *Memoria*, 1926, p. 4 y 1928, p. 51.
- 29) W. W. Cumberland, *Nicaragua: An Economic and Financial Survey* (Washington: United States Government Printing Office, 1928), p. 104.
- 30) *Ibid*, p.70
- 31) *Ibid*, pp. 73-74.
- 32) Cumberland, *op. cit.* p. 25.
- 33) Naciones Unidas, Comisión Económica para América Latina, *Análisis y Proyecciones de Desarrollo Económico*, Volumen IX, *El Desarrollo Económico de Nicaragua* (México: Naciones Unidas, 1966) Cuadro 184, página 190.
- 34) Cumberland, *op. cit.* p.22
- 35) *Ibid*
- 36) Cumberland, *op. cit.* pp. 3-4.
- 37) Otros estudios incluían: Nicaragua, presidente, 1924-1926 (Bartolomé Martínez) *Encuesta Económica, Propuesta a la Consideración Nacional por el señor presidente de la república*, Don Bartolomé Martínez (Managua: Tipografía y Encuadernación Nacional (1924?) y Jeremiah W. Jenks, *Report Regarding Important Financial and Economic Problems* (Managua: Mimeografiado, 1925)
- 38) Naciones Unidas, Comisión Económica para América Latina, *op. cit.* página 12.
- 39) El precio de los productos alimenticios básicos aumentó aproximadamente en un 40% de 1939 a 1946. El nivel general de precios parece haber aumentado dos veces durante el mismo periodo (Naciones Unidas, Comisión Económica, *op. cit.* *Análisis*, páginas 9-18, y Nicaragua, *op. cit.*, *Memoria*, 1952, página 67).
- 40) NN. UU. CEPAL, *Análisis*, pp. 9-18.
- 41) *Ibid*.
- 42) Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento (BIRF), *The Economic Development of Nicaragua* (Baltimore: Johns Hopkins Press for International Bank for Reconstruction and Development 1953) p. XXIII.
- 43) *Ibid*.
- 44) Cumberland, *op. cit.* p. 38
- 45) Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la agricultura, *Report of the FAO Mission for Nicaragua* (Washington-Roma: Naciones Unidas, 1950) p. 152.
- 46) Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento, *The Economic Development of Nicaragua* p.314.
- 47) Para calcular el número total de tractores en el país supuse que el promedio de vida de un tractor es entre 10 y 15 años y calculé límites inferiores y superiores de acuerdo con este dato. Puede que muy pocos agricultores, si acaso alguno, emplean tractores para cultivar el café, calculé dos razones tractores -a-tierra, uno incluyendo toda la tierra cultivada y otra excluyendo la tierra cafetalera.
- 48) Albert O. Hirschman, *La Estrategia del Desarrollo Económico* (The Strategy of Economic Development) México: Fondo de Cultura Económica, 1961, pp. 104-124.
- 49) Nicaragua, Banco Nacional, *Asesoría de la Junta Directiva: Manual de Informaciones Estadísticas* (mimeografiado, s.f.), p. 115.
- 50) Naciones Unidas. Comisión Económica para América Latina, *análisis*, p. 56.
- 51) No tengo evidencia" que respalde estas observaciones. Son únicamente las impresiones recogidas en base a conversaciones con agricultores, diferentes hombres de negocios conectados con la industria algodonera y con funcionarios del gobierno. Algunos trabajos tiene referencias pasajeras sobre las diferencias de mentalidad entre cafetaleros y algodoneros, pero no le dedican un estudio extensivo. Ver, por ejemplo, Nicaragua, *op. cit.* *Análisis*, p.130.

UN ITALO-NICARAGUENSE DEL SIGLO XIX:

Fabio Carnevalini

Por FRANCO CERUTTI



Carbonario en Roma en 1848... posiblemente, artillero del ejército aliado contra Walker en la Guerra Nacional... Liberal del "63" en León... Funcionario de varios gobiernos de los Treinta Años... Poeta convencional y asiduo periodista... Primer traductor del libro de Walker "La Guerra de Nicaragua"... La vida de don Fabio Carnevalini ilumina muchos aspectos de la sociedad nicaragüense en el siglo XIX. Parte de la corriente de inmigrantes europeos que enriqueció la vida de nuestra patria en el pasado siglo —Bellis, Pellas, Frixiones, Debayles, Benares, Dreyfus— las actitudes y actuaciones don Fabio reflejan, por la comunidad de su situación, las vicisitudes de esos valiosos hombres que, un tanto aventuradamente, llegaron del Viejo Continente a nuestras playas, para no abandonarlas más. Con su acuciosidad característica, FRANCO CERUTTI, Italonicaragüense del siglo XX, nos ofrece la interesante biografía de su coterráneo de la pasada centuria.

A la memoria de Joaquín Zavaia Urtecho.

1.

En el cuadro de la vida política e intelectual de la Nicaragua del siglo pasado, descolla, entre otras, la bien delineada silueta del italiano, romano por más señas, Fabio Carnevalini, que de este país hizo su segunda patria, y al cual —figura sobresaliente de aquella corriente de inmigración europea que resultó, en el siglo XIX, básica en la formación de nuestra sociedad— será oportuno justipreciar, de hoy en adelante, como italo-nicaragüense. (1).

Dimos por primera vez con él, mejor dicho con sus escritos, hace unos tres o cuatro años, al escudriñar ciertos documentos poco conocidos y menos estudiados de la literatura política decimonónica, motivados, en su mayoría, por la reelección del general Martínez y la guerra de 1869 que enfrentó a dicho caudillo y a Jerez, con el presidente Guzmán.

Aunque la figura de Carnevalini no carezca en absoluto de peculiaridades más que suficientes para llamar la atención del estudioso y justificar detalladas investigaciones, poco a poco, al profundizar las pesquisas, nos dimos cuenta de que algo más alentaba nuestro interés, otorgándole a diario particulares rasgos y matices distintos. Dábase en efecto el caso de que paulatinamente identificáramos determinadas posturas de don Fabio, con inquietudes a veces análogas, que motivaban y justificaban nuestra misma actuación diaria; de que también en nosotros viniera germinando y afianzándose cada día más, un entrañable cariño hacia Nicaragua, cariño que, según lo hemos declarado en varias oportunidades, nos la hacía y nos la hace conceputar como y más que una segunda patria; de que,

finalmente, hasta coincidieran, a veces, circunstancias y determinaciones de la vida práctica.

Si es cierto, como indudablemente lo es, que la simpatía —en el más hondo sentido etimológico de la palabra, derivada— no se olvide —de una raíz griega que mide la posibilidad de sufrir con alguien, *sun pathen*, eso es, de comulgar íntimamente con determinadas situaciones anímicas y profundas — si es cierto pues, que la simpatía hacia el personaje o el acontecimiento o el fenómeno estudiados, es condición básica para rectamente entenderlos y apreciarlos, nos anima la esperanza e incluso el convencimiento de que nuestra labor no carezca de lo primordialmente necesario para resultar acertada. Coterráneos de don Fabio; como él sensibles a los múltiples valores de la cultura centro-americana y nicaragüense en particular; como él solícitos de sus intereses espirituales, estimadores ecuanimes de sus logros y fracasos, medularmente partícipes de su *grandeur et servitude*; como él familiarizados desde hace años con lo nicaragüense y los nicaragüenses, y condicionados por las exigencias de nuestra propia y más profunda identificación, nos hemos acercado a su figura como a la de un apreciado y envidiado deudo, de un familiar y consanguíneo alejado en el tiempo, pero al que nos unen persistentes intereses y problemáticas afines. Haláganos suponer que dicha postura haya dado y siga dando en las próximas páginas, la pauta de su correcta interpretación y ubicación histórica.

Excusa decir que la causa de don Fabio adolece de los mismos agravios de que han sufrido y sufren casi todos los personajes nicaragüenses de antaño, por grande que haya sido su gloria pasada. Dicho con otras palabras, esto significa que las posibilidades de una ajustada y exhaustiva reconstrucción biográfica, resultan hartamente insatisfactorias por la consabida falta de documentación directa y de testimonios apreciables. Esporádicas referencias de los

contemporáneos; datos fortuitamente registrados en uno que otro periódico de la época; lacónicas informaciones suministradas a veces por el mismo don Fabio en folletos hoy día inhallables, han sido la base del incompleto bosquejo biográfico que hemos trabajosamente logrado llevar a cabo. En más de una oportunidad vino a nuestra ayuda la utilísima y afectuosa colaboración de algunos de sus directos descendientes que nos han favorecido con informaciones y datos íntimos. Cumplimos con el grato deber de destacar entre los nombres de estos ocasionales colaboradores, los de doña Vera Baker, viuda de don Humberto Solís Carvenalini, de doña Rosita Estrada de Reyes, de don Julio César Solís Carvenalini, nietos y biznietos que son de don Fabio: a ellos se debe el que estos apuntes resulten menos fragmentarios e incompletos de lo que temíamos al emprender la faena, y a ellos queremos manifestar nuestra gratitud. Cabe también hacer mención en estas páginas, de nuestros buenos amigos don Andrés Vega Bolaños y don Alberto Bendaña, Director del Archivo Nacional, que en sendas oportunidades nos favorecieron con informaciones y copia de documentos inéditos. Para ellos también, nuestro sincero agradecimiento.

2.

Según se deduce de sus mismas afirmaciones, don Fabio Carnevalini nació en Roma el año de 1829 (2) y por lo que se desprende del testimonio de don Enrique Guzmán, tuvo que ser el día once del mes de enero. (3) Fueron sus padres el acomodado comerciante romano don Angel, y doña Julia Cagliero (4), resultando padrino a la fuente bautismal, el entonces afamado escultor Teneranni, cuyos grupos marmóreos, aun embellecen los jardines de la Villa Borghese en Roma (5). Hijo primogénito (6), tuvo, andando los años, por lo menos un hermano y una hermana más (7).

Preciso es, desde el comienzo, ceder la palabra al interesado, que nos relata, no sin cierta *vis dramática*, los acontecimientos de la época y sus primeros años.

“Nací en Roma el año de 1829. Mi juventud pasó entre el estudio y la oscuridad, como toda mi vida. Los primeros latidos de mi corazón, fueron por la libertad. Tenía 18 años, cuando mi querida patria lanzó un grito de dolor. Gregorio XVI había muerto dejando los calabozos estivados de infelices, y la guillotina roja por la sangre de muchos mártires de la libertad. Pío IX se levanta en Italia como un nuevo sol: su primera palabra fue de perdón: mi joven pecho se abrió a la esperanza...! Quién puede recordar sin conmoción esos días de dulzura inagotable, cuando el padre, la madre, el hijo, el hermano, la esposa, el marido, después de largos años de separación y de padecimientos, se estrecharon mutuamente en los brazos, confundiendo sus lágrimas! Solo quien probó el pesado yugo de la tiranía, sabe cuán dulce es romper las cadenas. Y Pío IX se enagenaba de gozo, y mezclaba las suyas a nuestras lágrimas. ¡Es cosa muy dulce hacer felices a los hombres!”

“Carlos Alberto, rey de Cerdeña, padre del actual rey de Italia, secunda las masas y declara la guerra a Austria. Quinientos estudiantes tomaron el fusil para unirse a los defensores de la Italia. Yo fui de este número. Combatí en el Lombardo-Veneto pero el buen derecho fue vencido por la excesiva fuerza enemiga. En Vicensa, por quince días sostuvimos el choque de un ejército austríaco de 50.000 hombres con 200 cañones, llegando apenas nosotros al número de 10.000. Capitulamos. Volví a Roma y me dediqué a las leyes. Pero ya Pío IX había sido rodeado por los reaccionarios. Querrían arrebatar nos la Constitución. Rossi era el presidente del Ministerio. La camarilla lo odiaba, el pueblo desconfiaba de él. Una mano misteriosa le asesinó al subir las gradas del Palacio de la Cancillería en donde estaba la Asamblea. Cuál fue? De quién movida? Muchos desgraciados vieron extinguirse su vida en asquerosos calabozos por razón de esta muerte a la

cual, tal vez, la camarilla no era extraña. Sólo Dios lo sabe, los hombres lo ignoran. Los romanos corren furiosos al Quirinal, exigen reformas, un nuevo ministerio, la secularización y todo lo que un pueblo embravecido puede pedir y pide. Por qué se quiere de los pueblos aquella moderación que no saben guardar los gobernantes? Lo digo con satisfacción y orgullo, yo estaba con el pueblo. El rey-Papa cede, pero pocos días después huye bajo los hábitos de un simple clérigo. El pueblo convoca la Constituyente: ésta proclama la República: yo estaba con el pueblo. La Francia, la España, Austria y Nápoles, envían más de 100.000 hombres para combatirnos. Derrotamos a los franceses el 30 de abril y a los napolitanos en mayo de 1849: yo estaba con los 20.000 soldados del pueblo. La metralla francesa derrama la sangre de muchos romanos; Roma fue vencida y al Vicario de Cristo le hacen volver triunfante sobre los huesos blanqueantes de los denodados defensores de la República. Nos persiguen, fusilan y destierran: yo sufrí con el pueblo: sufrí hasta que mi alma no pudo tolerar las intolerables afrentas: di el último beso en la mejilla de mi afectuosa madre, mientras bañada en llanto me decía *Adiós hijo, ya no nos veremos en este mundo cruel... ella ha muerto... y dejé Roma....* Todavía está grabado en mi corazón el recuerdo de ese tristísimo día 17 de julio de 1853 en que al anochecer dejé a mi patria marchando al destierro. Yo la saludaba en lo íntimo de mi alma, cuando el toque grave y sonoro de la colosal campana de San Pedro hirió el aire convidando a los fieles a la oración... me pareció el Dios de mi Patria... Fui a Francia, después a los Estados Unidos, no a buscar armas para combatir al Papa, como injuriosamente dicen los clérigos, sino a respirar el aire de los países libres. Mi vida fue muy oscura y penosa: vida de prófugo. De la República del Norte llegué a Nicaragua. Lo que hice aquí, nadie lo ignora. Correspondí la hospitalidad, exponiendo mi vida con los valientes defensores de Centro-América para proteger no solamente la Independencia de Nicaragua, más aún las propiedades de los nicaragüenses, entre las cuales se encontraba la tienda de mercaderías que el presbítero Ocón, mi opositor, tiene en León, calle Nacional No. 25!!! Y después he seguido viviendo como pacífico y no inútil ciudadano. Dispénsame, lector bondadoso, esta pequeña digresión que hice para ocuparte solamente de mi pobre persona. No fui movido por el orgullo, pues como ves, nada hay en ella que pueda hacerme envanecer. El derecho de la defensa propia me ha obligado”. (8).

La cita, harto larga quizás aunque no falta de interés, nos ha parecido oportuna para establecer claramente datos y fechas que fueron más tarde tergiversados.

Aun que su nieto don Julio César Solís Carnevalini (9) nos haya comunicado que don Fabio —el cual a la edad de 17 años (1846), graduábase de sub-teniente en la Academia Militar de Roma, siendo luego asignado a un regimiento de artillería y ascendido a capitán a los 19 años— que don Fabio, decíamos, residiera, con motivo de su destierro en Grecia, Alemania, España y Portugal, nos corresponde hacer constar que el dato no encuentra confirmación en los documentos oficiales, así como no lo encuentra otro, de la misma proveniencia, según el cual, recién llegado en 1854 a Nicaragua (10) Carvenalini dirigía un hotel en Corinto.

En 1873, al suscribir en LA GACETA de NICARAGUA una despedida a sus lectores, don Fabio, afirma textualmente: “Vuelvo a mi patria. Cuando fui obligado a dejarla, hace veinte años, gemía bajo una insoportable teocracia....” (11). Puesto que don JCSC también apunta que su abuelo, antes de llegar a Nicaragua vivió acerca de tres años en los EE.UU., (12) sería necesario suponer, para ajustarse a esta cronología, que el destierro de Carnevalini empezara en 1849, inmediatamente después de la restauración, o, a lo sumo, en 1850. También LA GACETA OFICIAL, al publicar en 1896 una necrología de don Fabio, parece incurrir en el mismo yerro: “... emigrado a consecuencia de la reacción de 1849, se trasladó “a América,

fijando su residencia en los Estados Unidos del Norte, donde estuvo cinco años, y después en Nicaragua....” (13). Pero al respecto, el interesado es muy claro y no deja margen a suposiciones, pues declara: “... sufrí hasta que mi alma no pudo tolerar las intolerables afrentas...”, lo cual parece presuponer un cierto lapso de resignación y paciencia. De todos modos, lo que más importa subrayar en el mencionado testimonio es que su salida de Roma hipótesis sobre la duración de su estancia se verificó el día 17 de julio de 1853. Otro dato nos permite formular en los EE. UU. y lo trascribimos del mismo folleto: “... el 12 de Septiembre de 1856, cinco meses después de haber llegado a esta República (Nicaragua)...” (14). Total: Carnevalini salió de Roma a mediados de julio de 1853. Antes de marcharse a los EE.UU., fue algún tiempo a Francia —por lo menos— y en abril de 1856 ya se hallaba en Nicaragua. Tomando en cuenta la duración de los viajes a la época, no debería haber residido en los EE.UU., —sobre todo si se acepta la posibilidad de otras peregrinaciones suyas en Europa y Centro América— más que un par de años, quizás, incluso, menos. Sea como fuera, en abril de 1856, es decir 33 meses después de su salida de Roma, don Fabio llega a las playas nicaragüenses y de allí arranca la nueva y resolutive fase de su existencia.

Huelga detallar cual fuese, en aquellos aciagos días, la situación del país, trastornado por la guerra nacional y las consecuencias de la anterior revolución de 1854: para ilustrar la extraordinaria tirantez del momento, tan sólo haremos hincapié en las siguientes fechas: el once de abril de 1856 se libra la sangrienta batalla de Rivas; el veinte del mismo mes, “teniendo a la vista la protesta del Señor Riputado Presidente D. José María Estrada fechada el 25 de Octubre de 1855... (omissis)... los Jefes y Oficiales de la República acuerdan no reconocer más gobierno que el legítimo... representado en la persona del Diputado Presidente D. José María Estrada, por ser nulo... (omissis)... el gobierno de D. Patricio Rivas... (omissis)... proclaman General en Jefe al General de Brigada, D. Fernando Chamorro...” etc., etc., (15); y finalmente, el 21 del mismo mes, llega a Granada un nuevo contingente de filibusteros contratados en los EE.UU., y comandados por el general Hornsby. Todavía Walker hace y deshace en Nicaragua.

Don Fabio, recién llegado a ella y, por lo visto, afinado en la capital, ve de cerca al famoso jefe filibustero, mas “... sólo una vez, en la Casa Nacional, al salir de un Consejo de Ministros, tenido por el Presidente Provisorio, don Patricio Rivas, a principios de junio.” (16) Podemos incluso, tratar de establecer con mayor exactitud la fecha de aquel único encuentro, si es que de encuentro se puede hablar. Walker llegó a León el 4 de junio, expidió inmediatamente una proclama a los ciudadanos, se mantuvo exactamente una semana en la ciudad, y volvió a Granada el 11 de junio, dejando allí a Natzmer con 300 hombres. El 10 del mismo mes se había promulgado el Decreto Complementario de otro anterior, emitido el 19 de marzo, determinándose en la persona del mismo Walker la elección presidencial, y es probable que tales medidas hayan sido dispuestas en el Consejo de Ministros que hubo de verificarse quizás el día anterior. Sería pues el nueve de junio, cuando don Fabio vio a Walker en León.

No sabemos con exactitud cuando, donde y en que calidad Carnevalini se alistara en las tropas nacionales. La fuente más antigua y autorizada que nos relata los hechos, sigue siendo el párrafo del mismo don Fabio que ya conocemos: “... lo que hice aquí, nadie lo ignora. Correspondí la hospitalidad, exponiendo mi vida con los valientes defensores de Centro América”. En realidad nadie hubo de ignorar su franca actitud de entonces, puesto que en todas las necrologías y notas biográficas q' se le dedicaron, se tramandó el dato. (17) Es muy de suponer que, aprovechando la educación militar recibida en Roma, se alistara como oficial de artillería en las filas del ejército nicaragüense.

Debido a ciertas afirmaciones de James Jeffrey Roche,

que a continuación analizamos, se ha perpetuado en la historiografía relativa a la guerra nacional, el episodio del “duelo a cañonazos” protagonizado por el general Hennigsen y un artillero italiano supuestamente identificado con don Fabio. Vale la pena profundizar algo más el asunto.

La fuente en que apoyase esta tradición —tradición por cierto bastante tardía y a la cual un investigador acucioso como el Dr. Vega Bolaños nos ha rotundamente declarado no atribuir ningún crédito —es, tal como lo hemos indicado, la conocida obra de Jeffrey Roche, *Historia de los Filibusteros*. En la versión castellana del libro llevada a cabo por Manuel Carazo Peralta y publicada en San José de Costa Rica en 1908 con una introducción de don Ricardo Fernández Guardia, al capítulo XIV y más exactamente a la página 136, los hechos se relatan de la manera siguiente: “El ataque más serio se verificó en la parte norte de la ciudad (de Rivas) donde (los aliados) situaron una pequeña batería para enfilear las líneas americanas. Estaba manejada con destreza y bravura por un artillero italiano (++++) el cual, aunque se hallaba expuesto a una granizada de balas que le disparaban los excelentes tiradores americanos, seguía cargando y tirando con la mayor resolución, haciendo avanzar un poco su pieza después de cada disparo. Hennigsen, que era devoto de la misma arma, observaba con admiración, subido sobre el parapeto, el comportamiento de su calmoso adversario; y mientras arrollaba y fumaba cigarrillos, dirigía la maniobra de un cañoncito que los artilleros americanos manejaban con menos habilidad que de costumbre; hasta que por fin perdió la paciencia, se puso de un salto en la tronera, y graduando el mismo la puntería, pegó una bala de seis libras a la pieza contraria, desmontándola, matando a seis artilleros e hiriendo al capitán italiano. Este fue hecho prisionero y las baterías enemigas dejaron de molestar a los sitiados por algún tiempo, hasta que habiéndose escapado el bizarro artillero pudo reasumir sus funciones.” (18) Los cuatro asteriscos indican una llamada específica: Fabio Carnevalini. Y eso es todo. Pero ni la indicación del nombre, ni los asteriscos relativos halláanse en la edición original de la obra. (19) No podemos afirmar con seguridad si las notas que aparecen en la edición española se deban al traductor —como es probable— o a don Ricardo. Sea como fuera, queda por aclarar la fuente de la información, y por lo consiguiente, el crédito que pueda merecernos. También observaremos que en el relato de Jeffrey Roche se dice claramente que el capitán italiano fue herido, y nunca en los bosquejos biográficos de don Fabio —por lo menos en los que conocemos— se menciona tal circunstancia que, de haber existido, parecerían no se hubiera callado, por constituir un mérito más del generoso extranjero que luchó codo a codo con los nicaragüenses. El dato que nos ocupa, divulgado y ampliado en el ensayo *Alrededor de Walker* (20) por Salvador Calderón Ramírez, que evidentemente no consultó la edición original de Jeffrey Roche y únicamente tuvo a la vista la versión de Carazo Peralta, versión además posterior de diez y siete años, vino paulatinamente generalizándose y se ha varias veces repetido sin la necesaria comprobación crítica. De ninguna manera nos interesa —es obvio— menguar la fama de nuestro coterráneo, pero volvemos a insistir sobre los hechos para subrayar como falta en absoluto la seguridad de aquella identificación. Se nos podría oponer que los capitanes italianos de artillería no debieron abundar en la Nicaragua de aquellos años lo cual vuelve la hipótesis discutida, probable además que plausible. Correcto. Pero cabe la casualidad de que en los mismos años si hubiese en Nicaragua otro capitán italiano de artillería, Alejandro Di Radicati que, cuando el sitio de Granada, sus buenos disgustos le diera don Fruto Chamorro, bombardeando la ciudad (21) No afirmamos ni negamos que Carnevalini haya sido el protagonista del celebrado duelo: nos limitamos a observar que, hasta se demuestre lo con-

trario, también pudo haber sido Radicati y que de todas maneras no existe alguna prueba fehaciente de que don Fabio se identifique sin más con el personaje mencionado por Jeffrey Roche. Todo descansa en la afirmación de Carazo Peralta (o de Fernández Guardia) que, como medio siglo después de los acontecimientos, tradujo la obra del norte-americano sin por otro lado justificar documentales sus añadiduras. ¿No es además curioso que de este duelo y de sus supuestos protagonistas no se encuentre noticia de las crónicas de la época que refieren sin embargo hechos inclusive menos trascendentales, con lujo de nombres y particularidades? Tal y como están las cosas, parecerían más bien existir argumentos para negar la tradición que para sostenerla, aunque se pueda francamente admitir que nuestro hombre se portara muy bien, al extremo de que se le nombró —suponemos en estos trances— teniente coronel del ejército. (22)

En el mismo año de 1857, terminada de la forma que todos conocen la guerra nacional, Carnevalini se traslada a vivir en León, dedicándose a la enseñanza (23) y, fuerte de sus conocimientos del idioma de Virgilio y quizás de Homero, sirve la cátedra de gramática latina. Sus colegas constituyen la plana mayor de la cultura occidental, siendo Máximo Jérez quien da clase de matemática y gramática castellana (suplente: Gregorio Juárez); Teodoro Delgadillo de filosofía (id. Vicente Guzmán); Basilio Salinas de Derecho civil (id. Francisco Baca); Remigio Jerez de Sagrados Cánones (id. Timoteo Lacayo); Hermenegildo Zepeda de Derecho público (id. Sebastián Salinas); Rafael Jerez de Sagrada Teología (id. Manuel Ulloa), Gregorio Juárez de medicina (id. José Guerrero). El nombramiento de don Fabio así como el sueldo de 200 pesos que le correspondió, fueron acordados por la Junta de Instrucción Pública de Occidente el 30 de diciembre de 1859. (24)

Durante la permanencia en León, que duró diez años, hasta 1867, don Fabio se casa, en 1856, según su biógrafo de LA GACETA, (25), en 1861 según su nieto don JCSC. (26) La elegida es una joven alemana, Virginia Lena, que se encuentra de paso en Nicaragua en compañía del padre don Guillermo Lena (27) y que procreará con su esposo una hermosa fila de ocho hijos, dos varones y seis hembras, (28) las primeras dos de las cuales nacen en León (29).

La primera mitad de la década que va de 1869 a 1870 fue turbada, como es resabido, por la guerra de 1863 y, generalmente hablando, por las inacabables discusiones y dificultades traídas tanto por la reelección de Martínez, como por el siempre resurgiente problema de la nacionalidad centroamericana. Carnevalini, que había empezado a intervenir en los asuntos políticos nicaragüenses "con el ardor natural de su apasionado carácter" (30) participó activamente en cuantas polémicas y debates promovieron los martinistas y sus adversarios, ya fuesen sostenedores de Fernando Chamorro, de José Joaquín Cuadra, de Jerez o bien de Sacasa. Pertenecen a este período de su actividad, varias composiciones en rima que ya dimos a conocer en una recopilación de textos poéticos demimónicos (31) y una serie de folletos, vindicaciones y comunicaciones al público que suscribió durante los mismos años. Como mudara más de una vez de opinión (32) se echó encima fuertes enemistades e impiadosas polémicas (33) entre otros, con el licenciado Francisco Díaz Zapata, adversario nada cómodo por su agresividad y la popularidad de que gozaba. (34) En realidad, y esto lo veremos también más tarde, desilusionaba, escandalizaba y enfurecía a los intransigentes liberales leoneses, todo paso dado hacia posturas conservadoras o sencillamente moderadas, por el antiguo carbonario que había luchado en Italia en contra de despotismos clericales y reaccionarios y parecía, ahora, renegar de su pasado. (35)

Indudablemente en estos años, la postura de don Fabio va poco a poco evolucionando —o involucionando, según de que punto de vista la enfoquemos. No podríamos decir

si debido al especial olfato político que por cierto nunca le faltó; al hecho de que ya frisara en los cuarenta (dijo, si mal no recordamos Lord Palmerston, que quien no es de izquierda a los veinte años falta de corazón, así como es desproveído de cabeza quien no es derechista a los cuarenta...); al que prevalecieran intereses personales madurados en la sombra del poder, como sus enemigos dejan entender cuando no lo dicen claramente, el hecho es que del exaltado liberal que se fugara de Roma no ha quedado mayor cosa. Posiblemente las nuevas responsabilidades han aconsejado reflexión; posiblemente la diaria observación de los acontecimientos y la renovada experiencia de la naturaleza humana se han encargado de enfriar ciertos entusiasmos de antaño; posiblemente sus convicciones políticas —y sería de lo más natural— han sincera y naturalmente tomado un rumbo que siempre más lo aleja de ideologías perturbadoras y de dudosas aventuras, el hecho es que en 1867 encontramos a don Fabio, que mientras tanto se ha pasado a vivir establecido en Managua (36), traductor oficial y redactor del periódico gubernativo LA GACETA, antes con el Lic. Pascual Fonseca (abril-noviembre de 1866) y luego sólo (nov. 1866 - Octubre de 1867) (37). Funcionario, en una palabra, de la administración Guzmán (38) Anteriormente había vivido un tiempo —no sabemos cuanto— en Chinandega y había sido corresponsal y agente de El Porvenir de Nicaragua, en aquella ciudad.

Posiblemente en esta fecha hay que situar los comienzos de su larga amistad con don Enrique del mismo apellido, una amistad q', al igual de la que hubo con Anselmo H. Rivas (39) no pudieron enturbiar ni enfriar las posturas a menudo opuestas tomadas por ambos, (40) y las polémicas en que constantemente se mantuvieron. Enseñanza ésta, que evidentemente no todos han sabido aprovechar. Máxime en nuestros días.

En 1868 Carnevalini renuncia a su cargo periodístico y es nombrado comandante del puerto de Corinto (41): el mismo, según lo advierte, se complace "... en volver a servir la patria adoptiva en la carrera militar, como ya lo hizo en 1856" (42). El año siguiente, se le asciende de teniente coronel a coronel (43). No sabemos cuanto tiempo se haya mantenido en la comandancia del puerto: lo que sí sabemos, es que a las pocas semanas de nombrado, se enfrentó con la cuestión del Jagüei (44) con lo cual posiblemente lastimó intereses creados y se procuró nuevas enemistades (45). Lo cierto es que, cuando dos años más tarde el presidente Cuadra sustituye a don Fernando en la primera magistratura del Estado, Carnevalini se halla nuevamente a la cabeza de LA GACETA, cargo del que dimite pro-forma (46) y en el cual viene interinamente confirmado por el nuevo mandatario. (47)

El año de 1872, si debemos creer en el testimonio de don Enrique Guzmán, pasó tranquilo, "y ajeno a las preocupaciones políticas del momento", tanto por él como por don Fabio, que se ocuparon, en los ratos de ocio, en escarmentar a los mediocres versificadores nacionales de entonces. (48)

En 1873 Carnevalini, empujado quizás por la nostalgia, decide regresar a su tierra. El 20 de junio eleva su renuncia al presidente (49) y el 28 del mismo mes se despide de sus lectores (50) no sin haber dirigido un adiós en versos al país en el que ha vivido por tres lustros (51). Del viaje nada sabemos, pero en el SEMANAL NICARAGUENSE de Anselmo H. Rivas encontramos a finales de 1873, unos párrafos concernientes a don Fabio: es la crónica, en pocas líneas, de su llegada a Roma después de veinte años, publicada por el *Giornale delle Colonie*. (52)

Tampoco conocemos mayor cosa acerca de su estancia en Italia donde por cierto, no dilató mucho, ya sea que la nostalgia del trópico nicaragüense empezara con sus embrujos (lo que personalmente nos inclinamos en pensar), ya sea que hartó difícil resultara para el prófugo del '53, renunciar a las costumbres recién adquiridas y encajar de nuevo en la realidad política italiana, tan distinta ahora. El mismo ha dejado constancia del

desenlace que tuvo aquel desacertado retorno a su país: "...Cuando en 1873 marché para Europa con toda mi familia, con el objeto de quedarme en Roma, mi patria, pronto ví cuan difícil es establecerse en aquellos países en donde abunda la gente y escasea el trabajo. Había cometido un error. Así es que pensé volver a Nicaragua. Pero antes quise pasar por Nueva York para ver si en aquella vasta metrópoli del nuevo mundo hubiera podido realizar lo que no me había sido dable en Europa. Pero choqué con las mismas dificultades. Una tarde que me paseaba en Broadway al frente del "Trinity Church" ví a un caballero que me miró fijamente siguiendo su camino: pero a poco volvió y con una sonrisa bondadosa y lleno de afabilidad, me tendió ambas manos, llamándome por mi nombre. Le miré atentamente: era él (don Emilio Benard) aquel que ahora tengo ante mí, hecho cadáver: le dí las manos y nos fuimos juntos: y entonces, habiendo sido informado por mí del cómo y porqué estaba en Nueva York, me dijo con afectuoso entusiasmo: "Amigo, su patria es hoy Nicaragua. Vuelva a ella y cuente con la estima y el afecto de todos los nicaragüenses, como antes, y especialmente con mi amistad. Y aquí volví" (53)

Efectivamente, en 1875 lo encontramos en Nicaragua, participando en una ceremonia que vio reunidos a algunos de los más notables intelectuales de la época, alrededor del féretro de quien había sido incansable impulsor de nuestro moderno periodismo y acababa de morir: don Enrique Gottel, fundador y dueño de EL PORVENIR. Durante un entierro cuya lastimera tristeza aún parece rebosar, después de un siglo, las columnas de LA GACETA (54) —qué triste ha de ser morir solos y tan lejos de la tierra que nos vio nacer!— don Fabio tomó la palabra y pronunció el elogio de quien, posiblemente ya era su socio y del cual sea de esto lo que fuera había de continuar la obra, mejorándola. (55)

Empieza ahora la fase más activa de su ya bastante activa existencia. La fase en que don Fabio se dedicara por completo al periodismo, a la política, a la vida pública. También es el período en el que cosechará las mayores satisfacciones y los más ansiados reconocimientos, en el que verá su crédito y su influencia aumentar a diario, ya sea gracias a las nuevas amistades contraídas y al afianzamiento de las antiguas ya sea por sus vinculaciones siempre más estrechas con políticos y presidentes, de los que se vuelve consejero y hombre de confianza. Entregándose con entusiasmo a la actividad periodística, hace de EL PORVENIR, rebautizado EL PORVENIR DE NICARAGUA, el semanal más leído del país, aunque no le falten, como es natural, irreducibles oposiciones, provenientes —curioso es comprobarlo— tanto del intransigente izquierdismo por ejemplo de LA VERDAD —órgano de liberalismo clásico de occidente, dirigido por Alvaro Contreras (56)— como del estancado conservatismo de EL CENTROAMERICANO dirigido por Anselmo H. Rivas. Sin hablar, claro está, de los que se hallan aún más a la derecha: iglesieros y olanchanos.

Hay una interesante observación de don Enrique Guzmán cabalmente de estos años, que vale la pena transcribir. "Lo que sí es "lamentable" escribe PERSIUS "es que el partido predominante en este país piense exactamente como el Sr. Carnevalini, pues, la verdad sea dicha, ese semanario de Managua no hace más que reflejar las opiniones de los hombres que nos gobiernan". (57) En efecto, la identificación de don Fabio con el poder, mejor dicho de sus ideas con las ideas de los hombres que detienen el poder, es casi completa: basta con leer los editoriales de EL PORVENIR DE NICARAGUA para convencerse de ello, sin que, por otro lado, los artículos con los que ha empezado a colaborar en EL PAIS, recién fundado (58) y dirigido por Pedro Ortiz —desde luego en una línea más centrista y liberal— desmintan la coherencia de su postura ideológica. Que fue, quien quisiera resumirla en dos palabras, la de un conservador moderado y agnóstico, bastante de acuerdo por lo tanto con la línea oficial, puesto que, en nuestra opinión por lo

menos, de los gobernantes de los treinta años, cabe subrayar como típico y medular más que la tendencia a la mera conservación, la práctica positivamente lograda de graduales reformas y moderados adelantos.

En 1881 la opinión pública nicaragüense fue peligrosamente alterada y dividida por uno de los acontecimientos más discutidos de la época: la expulsión de los jesuitas, llevada a cabo, no sin fuertes oposiciones en el seno de su mismo partido, por el Presidente Joaquín Zavala. Por el triunfo de la causa laica, Carnevalini, "del cual los jesuitas han sido siempre la eterna pesadilla", (59) no regatea esfuerzos. Desde el principio de la enconada lucha lo encontramos redactando inmisericordes aunque a menudo justas requisitorias en contra de los padres, requisitorias disfrazadas de editoriales y puntualmente ofrecidas, de semana en semana, a la expectación de sus preocupados lectores. Las polémicas, como es fácil imaginar, multiplicáronse, y Carnevalini se volvió, tal como nos lo relata don Enrique Guzmán, "el blanco principal de la prensa volante" (60), más su influencia en palacio no dejó de ser notable (61) y la bien organizada campaña contra los padres —los padrecitos, como decían las beatas del día— llegó a su conclusión natural: al alejamiento de los hijos de Loyola de las playas nicaragüenses.

No es ésta, obviamente, la sede más apropiada para valorar y justipreciar el tan discutido paso de la administración Zavala, y en realidad, si nos alargamos más de la cuenta en relatar hechos y subrayar responsabilidades, es porque, como hombres de estudio, nos ocasiona profundo malestar el darnos cuenta de que no existe ninguna seria, documentada, exhaustiva obra dedicada a un hecho de tantas consecuencias en la Historia Nacional. Nos complacería en sumo grado haber contribuido, fuera tan sólo con estas pocas líneas y nuestras francas insinuaciones, haber contribuido decíamos, a que alguien más capacitado —gozaríamos si fuera José Coronel— se enfrentara con tan sugestivo tema, básico entre otras cosas, para comprobar críticamente ciertos tópicos harto repetidos sobre el nivel cultural, la madurez histórica, la íntima religiosidad y cien mil cosas más, del pueblo nicaragüense. (62)

De don Fabio —para volver al tema central de nuestra investigación— además que los candentes ataques a los padres, es bien conocido el telegrama que enviara a don Victoriano Portocarrero en León: LA MAÑANA DEL CUATRO SACARON JESUITAS DE MATAGALPA. RECONCENTRADOS EN GRANADA. VIVA NICARAGUA! (63), telegrama que, si hemos de creer al biógrafo oficial de don Pedro Joaquín Chamorro Alfaro, se sitúa a la base de los disturbios armados en León por unos cuantos turbulentos de los que nunca faltan en semejantes oportunidades (64), aunque no deje de parecernos muy probable que quienes más tuviesen que ver en la organización de los bochinches, fueran los mismos padres, afectados por la medida, y sus secuaces.

Mucho se ha discutido y posiblemente se discuta en el futuro, acerca de las responsabilidades de don Fabio en el affaire de los jesuitas, sin probablemente reflexionar lo suficiente que si en esta lucha se encontraron codo a codo hombres de tan distinta formación cultural y orientación política como Modesto Barrios, Leonard, Carlos Selva, el Presidente Zavala, etc., por algo debe haber sido, más serio e históricamente necesario de lo que serían la Impledad y el ateísmo de uno que otro político de copete. Frente a las exageradas y hasta ridículas acusaciones que se han cargado en la cuenta de Carnevalini y del mismo Presidente Zavala; frente a la encarnizada polémica que desde entonces extremistas e intransigentes de filiación super-católica mantienen contra estos dos personajes beneméritos del país por más de un concepto, cabe al historiador sentenciar que una cosa son los convencimientos de la íntima religiosidad de cada uno, otra las exigencias de la política y el bien del estado. No sin añadir, de paso, que resulta por lo menos contradictorio y extraño el

hecho de que tanto se escandalicen por la actuación del Presidente Zavala y la critiquen y renieguen de ella, aquellos mismos historiadores y políticos a los que siempre ha parecido normal y justificable que, cinco lustros antes, don Fruto Chamorro declarara que se proponía obrar por el bien del estado, según el mismo lo entendía (65), actuando, por si esto fuera poco, en conformidad, y con las consecuencias de todos conocidas.

Por impopular que la expulsión de los jesuitas pudo haber sido en distintas capas de la sociedad nicaragüense, no menguaron la autoridad y el crédito de don Fabio, que según lo hemos dicho, destacóse entre sus sostenedores más apasionados e influyentes. Participó en efecto, durante estos años, en todos los acontecimientos de relieve, en todas las ceremonias oficiales, siendo a menudo el encargado de llevar la palabra del gobierno (66) y desde 1884 estrechó ulteriormente sus parentescos políticos y volviéndose familiar cercano del ex-Presidente Zavala a raíz del doble matrimonio de dos de sus hijas con dos de los hermanos Solís. (67).

En 1882 sostiene en EL PORVENIR DE NICARAGUA la candidatura del Dr. Cárdenas que llega a la Presidencia; en 1884, transforma su semanal en diario, gracias a la fusión de EL PORVENIR DE NICARAGUA con EL FERROCARRIL que dirige el Lic. Jesús Hernández Somoza (68); en 1885 deja la dirección de su viejo periódico (69) y en el mismo año es nombrado director de la Imprenta Nacional (70); en 1887 dirige, con su hijo Angel, una nueva hoja, EL MANAGUENSE, que sostiene la candidatura del Dr. Adrián Zavala (71). En el mismo año de 1887 funda en Managua, junto con dos socios, una Sociedad Anónima con el fin de proveer agua a Managua, sociedad que es el antecedente inmediato de la Empresa Aguadora aún en actividad. (72).

El IVo. Centenario del descubrimiento de América, celebrado en Managua con la mayor solemnidad, fue probablemente una de las últimas ceremonias oficiales en las que don Fabio tomará parte y se luciera (73), por lo menos por lo que hemos podido averiguar. En aquella oportunidad, y en nombre del Gobierno, pronunció un interesante discurso cuyo texto publicaremos en alguna otra ocasión. (74).

Rodeado de numerosa familia, entregado hasta los últimos días a las faenas intelectuales y quizás también a la administración de sus propiedades, el Cnel. Don Fabio Carnevalini muere en Managua el 25 de marzo de 1896 por fiebres intestinales y complicaciones al hígado (75) y es enterrado en el antiguo cementerio de San Pedro, al lado sur del Hospital del Seguro, junto al parquecito Once de Julio (76). Pese a su inequívoca actuación anterior, murió don Fabio... "como católico romano recibiendo con plena conciencia y la mayor voluntad todos los auxilios divinos. En su postrera hora llegó para él del cielo la bella inmortal fede que dice el gran Manzoni: vino la mano fúlgida que aparta al pecador del extraviado sendero, tomó la de nuestro querido e inolvidable amigo, E l'avvió sui floridi/ Sentier de la speranza/ Ai campl eterni, al premio/ Che l desiderí avanza/ Ov'v'é silenzio e tenebre/ La gloria che passó". (77). Lo cual, dicho sea de paso, al mismo tiempo que aclara confusiones y ayuda a rectificar juicios desafortunados, afianza lo que anteriormente apuntamos, a saber, q' los íntimos convencimientos religiosos individuales no han de confundirse con las necesidades de la lucha política, ni mucho menos de mezclarse con las exigencias que siempre se ofrecen al espíritu de los hombres de estado, condicionando sus posturas y motivando sus elecciones.

Al fallecer, Carnevalini tenía 40 años exactos de residir en Nicaragua, donde había llegado en el lejano 1856 y a la que siempre amó como a segunda patria. Su muerte, generalmente sentida, tuvo ecos notables en la prensa del

país y demostró que, a pesar de los repetidos ataques de los que fue el blanco por muchos años, don Fabio dejaba bien sentada reputación y seguro aprecio entre muchos de los hombres más representativos e ilustrados de Nicaragua.

3

Reconstruida así, aunque somera e incompletamente, la biografía de don Fabio Carnevalini, algo queda por decir acerca del hombre, del político, del escritor que por casi medio siglo logró identificar sus anhelos con los que, en la misma época, guiaron e impulsaron a tanta parte de la sociedad nicaragüense y sobre todo de sus élites.

Como político y consejero de políticos, su actuación —lo hemos visto— fue asaz discutida sobre todo por los liberales que nunca lograron perdonar al hombre de confianza de Guzmán y Zavala, lo que, sin más rodeos, definieron "su traición", pero nosotros, tardíos testigos de aquellos percances, al analizar desapasionadamente el desenlace de acontecimientos y al tratar de descubrir en todos y cada uno de ellos algo más que el resultado de cálculos mezquinos y de exaltadas pasiones, nosotros no tenemos porque dejarnos influenciar por la candente atmósfera que se respira en los folletos y editoriales de la época.

Empezaremos pues con observar que las mencionadas polémicas a menudo nos hablan, antes y más que de insanables contrastes ideológicos, de lastimados intereses personales, de susceptibilidades heridas, de rencores inapaciguados. Por lo que a orgullo —a susceptibilidad, mejor dicho— se refiere, no se descubre nada nuevo al afirmar que el centroamericano, y máxime el nicaragüense, son indudablemente más quisquillosos de lo que, a la postre, resulta el europeo. Hablamos, desde luego, en general y de ninguna manera pretendemos juzgar o sacar conclusiones: tan sólo apuntamos un hecho consabido, por lo cual, esperamos que nadie se sienta inconforme o molesto.

Carnevalini provenía —no hay que olvidarlo— de un medio intelectual harto diferente de aquél en el que las circunstancias lo llevaron a actuar por la mayor parte de su existencia; ideológica y culturalmente se había formado en la tradición italo-franco-alemana que constituye, como se sabe, los cimientos más genuinos de la moderna Europa; se había empapado, en los años juveniles de hábitos y costumbres muy distintas y finalmente había afianzado su quizás natural vocación laica con la amarga experiencia del que paga de persona por sus propios ideales. Bastaría apuntar, por lo que se refiere a su actitud anti-clerical que tal postura deriva en línea recta de los principios sostenidos en la misma época por políticos de la envergadura en Italia, del Conde de Cavour —del cual es conocida la clásica fórmula *Liber Chiesa in libero Stato* (Una iglesia libre en un libre Estado)— del Príncipe de Bismark en Alemania, de Emilio Castelar en España, de Thiers, Guizot, Gambetta en Francia— y hacemos punto y aparte para no alargar inútilmente listas. Resulta natural pues que este background influyera constantemente en sus más profundos convencimientos hasta incluso determinarlos, tal y como condicionó su forma de ser y su práctica actuación.

También hay que decir otra cosa. Se le ha culpado muchas veces de haber sido un oportunista, de haber cambiado bandera únicamente obedeciendo a intereses personales, de haber sido, en otras palabras, un despreciable veleta. El metro más seguro —generalmente hablando— para juzgar de la honradez y de la buena fe de un político, y desde luego no solamente de un político, consiste en determinar la medida en la cual saca beneficios personales del poder o de las posiciones privilegiadas que ocupa. Las grandes fortunas acumuladas por gobernantes y estadistas, a cualquier bando pertenezcan, dan generalmente testimonio de un hecho incontrovertible, es decir de que quienes las juntaron antepusieron el privado.

al público interés, el bienestar de la familia, del clan, en la mejor de las hipótesis de la clase, al interés más vinculante y universal del país. Indudablemente don Fabio, carbonario en 1848 y liberal en 1863, se volvió, con los años, conservador, aunque moderado y sin renegar jamás de ciertos principios. No creemos sin embargo, que esto sea suficiente para justificar el acre juicio de sus enemigos. Opinamos más bien que su paulatino acercamiento a posiciones que le fueron inicialmente ajenas, nada tiene de singular y debe por lo contrario conceptuarse como moneda corriente siempre y cada vez que a los entusiasmos algo utópicos de la juventud se substituyan más realísticos y ponderados enfoques de la realidad en medio de la cual se vive. También existe —y cabe recordarlo a los intransigentes de todas las sectas y confesiones— también existe un derecho de la inestabilidad, de la incoherencia, del error, si así queremos llamarlo. Y que juicio daríamos, si no, de los muchos que, en todos los tiempos, se nos propuso como guías y maestros? No creemos —aunque decirlo pueda parecer tan sólo una gratuita anfibia— no creemos en la eternidad y el imperativo de lo contingente: y si algo por definición es contingente, este algo es la política, con sus necesidades pragmáticas, sus múltiples vinculaciones, sus espejismos siempre nuevos. En los cuales se puede y se debe incluso creer, porque, como muy bien lo dice el poeta “ay, ay si no os agarráis fuerte a lo que os parece verdadero hoy, a lo que os parecerá verdadero mañana aunque sea lo opuesto de lo q’ os parecía verdadero ayer” (78), pero con la doble condición que ni se ofrezcan como ineludibles, ni los enturbien sospechas de afrentosa corrupción. Hay en la historia y en la literatura nicaragüense un ejemplo ilustre de lo que muchos han llamado incoherencia y que a nosotros nos parece tan sólo la crónica de un trabajoso y sufrido itinerario espiritual: la conversión, mejor dicho los múltiples cambios, paulatinamente matizados, de don Enrique Guzmán. Pero existen en el caso de don Fabio Carnevalini los extremos para sentenciar que su actuación se haya salido de los moldes de lo correcto y honrado? Tampoco nos parece esto: si es posible y hasta probable que haya edificado su fortuna y su posición —ambas por cierto nada deslumbrantes— en la sombra del poder, el hecho de por sí no lo condena como muchas veces se ha pretendido. Sin tomar en cuenta además que es muy difícil con relación al patrimonio alcanzado por él en cuarenta años —y se trata en definitiva, no será mal repetirlo, de un patrimonio que nunca ha puesto ni a Carnevalini ni a sus herederos en el reducido grupo de los oligarcas nicaragüenses— es muy difícil decíamos, establecer lo q’ el hombre activo, preparado, en una palabra capaz, supo juntar gracias a los esfuerzos de toda una existencia, y lo que pudo haber venido por ende a través del arreglo y de los compromisos, mucho menos frecuentes— tampoco hay que olvidar ésto —en la época de los Presidentes Guzmán, Cuadra, Chamorro, Zavala, etc. que en otros períodos de la historia patria.

Que don Fabio haya sido un hombre activo y quizás un hábil administrador de su talento, de su ilustración, de sus capacidades incluso con vista al éxito práctico, no hay razones para dudarlo, pero no nos parece que de este reconocimiento se puedan sacar conclusiones por las que menoscaben su honradez y rectitud.

Poco hay que añadir acerca de lo que al político se refiere. Carnevalini, como lo reconoció don Enrique Guzmán que con él mantuvo una franca y dilatada amistad —otra razón para creer que no fuera don Fabio el monstruo que pintaban Contreras y demás liberales— sensible a los problemas de su tiempo, sereno justipreciador de las condiciones históricas del país que había elegido, interpretó, como político y periodista “las opiniones de los hombres que gobernaban”. (79). Que por esto no haya agradado a muchos nos parece, lo repetimos, de lo más natural y nada en ello encontramos censurable puesto que aun queda por demostrar que su actuación tan sólo obedeciera al cálculo de personales beneficios.

Pero al periodista que fuera Carnevalini no hay que juzgarlo únicamente con los parámetros de la política: su prolongada milicia entre las filas de los que con razón se han definido los creadores del cuarto poder, nos brinda de él una faceta por así decirlo “técnica” que sería injusto olvidar. Porque si es cierto que a los licenciados Zepeda, Juárez, Salinas, etc., representantes destacados de la primera o a lo sumo de la segunda generación de políticos posteriores a la Independencia, se les ha atribuido, no sin razón, el título de padres del periodismo nicaragüense, también es cierto — y hay que afirmarlo sin vacilaciones— que a hombres como Anselmo H. Rivas, Rigoberto Cabezas, Pedro Ortiz, Fabio Carnevalini y pocos más de su estatura, corresponde el mérito de haber introducido en el país el periodismo en el sentido moderno de la palabra, el periodismo tal como hoy día lo entendemos.

No es casual que por impulso de los mencionados pro-hombres —que además fueron todos, con excepción de Carnevalini, políticos profesionales— la prensa nicaragüense haya llegado a la periodicidad diaria, haya empezado a profundizar la información desde el extranjero, haya iniciado la publicación, por entregas, de novelas y libros históricos o científicos, haya abierto sus columnas a los sobresalientes escritores de la época, empezando con Rubén Darío, redactor y colaborador hijo de EL PORVENIR DE NICARAGUA, de EL PAIS etc.

En el caso de Carnevalini no puede ni debe escapar a la atención del investigador la obra de divulgación cultural con la que cumplió cuando su larga actuación como redactor y director de periódicos, pecando a veces, si se quiere, por ecléctico y superficial, nunca por cerrado y retrogrado.

Conservador: correcto. Pero sumamente más abierto —como alguno de los presidentes de los treinta años— que muchos liberales de su tiempo: díganlo si no ciertas opiniones francamente manifestadas y sostenidas acerca de los mitos atacados más tarde por Max Nordau, a saber: el patriotismo (80) y la religión (81): acerca de la necesidad de estructuras modernas para el Estado, de la oportunidad de una política favorecedora de la inmigración extranjera, etc.

Conservador: correcto. Porque se dio cuenta que únicamente esta ideología y esta política —y habría que discutir si los treinta años se pueden llamar conservadores *stricto sensu*— eran las históricamente llamadas para resolver y encauzar los problemas de un país atrasado y pobre, que, tras haber ganado su Independencia como el gordo de la lotería, había derrochado en pocos años sus beneficios, sacrificándolo todo en aras de contiendas individuales caracterizadas por el desenfrenado abuso de la libertad más que por el acertado gozo de sus bienes, llegando al extremo de haberse hallado por esto mismo, muy cerca a la pérdida total de su misma Independencia. (82).

Conservador: correcto. Pero —es de suponer— también por haber sido testigo presencial de hechos y costumbres y rutinas en las que no siempre reflejábanse la pureza y la excelencia de principios ruidosa y ostensiblemente predicados, pero muchas veces olvidados o postergados a las pasiones del momento.

El funcionario público, ya lo hemos dicho, fue intachable y coherente. De vivir más tiempo, es probable q’ don Fabio hubiera cargado con las persecuciones, quizás, seguramente con la hostilidad de la administración zelayista, sin por esto renegar de sus principios y de amigos en desgracia.

Aún dos palabras acerca del hombre de letras, del escritor. Como poeta —preciso es reconocerlo— don Fabio no sobresale de aquella “poetería nacional” que él mismo y don Enrique Guzmán azotaban en jocosas y salerosas crónicas. Hay que decir a disculpa suya, que nunca presumió de poeta, quizás porque de poesía entendía de veras (83) y que si de vez en cuando “pulsó la lira”, actuó en esto, además que discretamente, en total acuerdo con

las idiosincrasias de la época. Una época algo ingenua, si se quiere, en que los que sobresalían e incluso los que participaban de una mediana cultura, se creían en la obligación de versificar a tontas y a locas, sin parar. Pero también una época de sufridos ideales, de sólidos conocimientos, de difundida honradez. Los pocos poemas que hemos podido encontrar de don Fabio, únicamente revelan al hombre de su tiempo y de su medio, convencido que la muerte de un amigo hay que llorarla en sonetos, y que las campañas electorales ofrecen un excelente pretexto para confeccionar poemas caseros de dudosa calidad. Al enfrentarnos a diario con muchas composiciones de inspiración socio-político de algunos llamados poetas contemporáneos, siempre más nos afianzamos en el convencimiento de que adolezcan de la misma enfermedad estos pesados plumíferos, a los que podríamos definir los herederos inconcientes e involuntarios de cuantos Carnevalini, Villavicencio, Medina etc., incesantemente rebajaron la poesía a instrumento práctico.

Pero hay otra faceta del escritor Carnevalini que conviene destacar, y es la del ensayista, del cuentista, del divulgador, del educador, del historiador. En la bibliografía que hemos podido reunir de él —y es probable que muchos títulos falten— se registran libros de texto para la enseñanza escolar, divulgaciones históricas, análisis de problemas sociales y económicos, cuentos, etc. Ni siquiera falta la traducción de obras históricas de indudable envergadura, como lo es por ej. el libro de Walker sobre Nicaragua. Años más tarde don Ricardo Fernández Guardia llevará a cabo una traducción sensiblemente más perfecta del mismo texto, más por mucho tiempo y sobretodo en Nicaragua, el testimonio de Walker fue conocido únicamente a través de la versión de don Fabio.

Aprovechamos la oportunidad para señalar, en toda humildad, un error en el que incurrimos en una de nuestras publicaciones anteriores, y rectificarlo, suplicando la indulgencia de nuestros lectores. En el No. 113 de REVISTA CONSERVADORA, al editar una hoja suelta de nuestro archivo, PREGUNTAS Y MAS PREGUNTAS, dejamos inexplicablemente entender que tratábase de uno de los tantos sueltos anónimos dirigidos en contra de don Fabio. Fue —lo repetimos— un error lamentable debido probablemente, además que a los escasos conocimientos de que disponíamos entonces acerca de su actuación, a una demasiado rápida lectura del documento mismo. En realidad la hoja en cuestión va dirigida en contra del general Oliva y de sus adictos, y más bien o pone las supuestas fechorías de estos, a la ataca de honradez de nuestro héroe.

Dicho lo cual, dejamos a nuestro lector la última palabra, a saber el postrer juicio sobre la personalidad del italo-nicaragüense don Fabio Carnevalini.

En la medida de nuestras posibilidades hemos tratado suministrarle los elementos necesarios para formularlo: todos aquellos por lo menos, que hemos tenido a nuestro alcance, persuadidos como lo estamos que con esta tarea se identifique la obligación primordial de cuantos se metan a investigadores de viejas y malconocidas hazañas.

Luego viene el historiador, un señor, como apunta el Dr. Vega Bolaños, grave, sereno, que sabe bastante más que el humilde acumulador de fechas, noticias y papeles. (87) Con este señor grave y sereno no solamente no pretendemos de alguna manera identificarnos, sino que concebíamos honroso abrirle el paso a machetazo limpio, apartando de su sendero las malas yerbas de la información dudosa y del dato falaz, para que su juicio descansase en documentos fehacientes y se alimente de hechos comprobados. Lo cual, por necesario y hasta imprescindible que haya sido siempre, acontece desgraciadamente con menos frecuencia de lo que sería de desear.

Franco Cerutti

Torremolinos, octubre de 1971.

NOTAS

(1) - No existe, por lo menos que nos sea conocido, ningún estudio sobre el carácter, las modalidades y sobre todo la importancia de las inmigraciones europeas en Nicaragua, andando el siglo XIX. Y sin embargo, si se piensa en que un muy elevado porcentaje de los más prestigiados apellidos de la sociedad nica contemporánea son de origen italiano —Belli, Pellas, Palazio, Frixione, Salerni, Mántica, Caligaris, Marengo, Parodi, Picasso, Rappaccioli— francés —Debayle, Benard, Dreyfus, Horvilleur, Gaillard— alemán —Knoepfler, Tunnhermann, Tefel, Lang, Bernheim, Schultz, Fritzell, etc.—, queda dicho lo importante que ha resultado, en la vida socio-económica y política del país esta aportación de sangre europea. Escribir con severo empeño documental la historia de todas y cada una de estas familias, sería venir parcialmente llenando un vacío lamentable y es extraño que los catedráticos de ciencias sociales y económicas de nuestras universidades aún no hayan encargado a sus alumnos semejantes investigaciones, como ejercitación académica.

(2) - "Nací en Roma el año de 1829". en: CLAMOR DE ITALIA, etc. (véase Bibliografía) por FABIO CARNEVALINI, León 1861 - pág. 2.

(3) - ENRIQUE GUZMAN, Diario Intimo - Anotaciones correspondientes a la fecha de once de enero de 1878.

(4) - El famoso cardenal Cagliero, Nuncio Apostólico en Latino-América, cuya actuación fue, en su época, muy conocida, era primo en segundo grado de don Fabio por ser nieto de un hermano de su madre. Cuando el Nuncio, a finales de 1913 llegó en visita a Managua y se hospedó en el Palacio Arzobispal, monseñor José Antonio Lezcano Ortega acababa de ser consagrado primer Arzobispo de Managua (mayo de 1913). Según informaciones de don Julio César Solís Carnevalini, tanto él como su madre, doña Clelia Carnevalini de Solís, visitaron al prelado que los reconoció como parientes cercanos, y los informó acerca de los demás familiares aún existentes en Roma.

(5) - Anselmo H. Rivas - Fabio Carnevalini, en: EL DIARIO NICARAGUENSE, Granada 27 de marzo de 1896.

(6) - Dato de don Julio César Solís Carnevalini en carta al autor.

(7) - El hermano, Alfredo Carnevalini, fue oficial de la marina mercante italiana y en 1906 llegó a Corinto de Nicaragua. (idem). Según doña Rosita Estrada de Reyes, don Fabio tuvo varias hermanas, mas únicamente recuerda el nombre de una de ellas: Julia.

(8) - Carnevalini, op. ct. pág. 2-4.

(9) - Que por brevedad de ahora en adelante indicamos con la sigla JCSC.

(10) - Esta fecha, como se verá más adelante, resulta equivocada.

(11) - GACETA DE NICARAGUA, Año XI, No. 26 correspondiente al 28 de junio de 1873 - pág. 95.

(12) - Siempre en la carta mencionada. El Dr. JCSC tuvo a bien favorecernos con dos cartas fechadas en New Orleans respectivamente el 2 y el 16 de febrero de 1970. Cuando no se diga otra cosa, los datos referidos hallanse en la primera carta.

(13) - GACETA OFICIAL del 2 de abril de 1896. No. 6.

(14) - op. ct. pág. 10, nota (c).

(15) - El Acta firmada en Matagalpa en tal fecha, ha sido publicado por Ildelfonso Palma Martínez en: LA GUERRA NACIONAL, etc. - Managua 1956, pág. 256.

(16) - LA GUERRA DE NICARAGUA, escrita por el general WILLIAM WALKER en 1869, traducida por FABIO CARNEVALINI, Managua, Ed. de EL PORVENIR, 1884 - pág. 1.

(17) - "Vino a Nicaragua en la época de Walker y, atraído por sus buenos instintos, alistóse en las filas del ejército, sirviendo con lucimiento en ellas como oficial de artillería" A. H. Rivas, op. ct. "... llegó a tomar parte en la defensa de nuestras instituciones contra los filibusteros acaudillados por William Walker". GACETA OFICIAL ct. del dos de abril de 1896.

(18) - James Jeffrey Roche - Historia de los filibusteros, versión castellana de Manuel Carazo Peralta - San José de Costa Rica 1908 - Imprenta Nacional - Págs. 136-137.

(19) - BY WAYS OF WAR. THE STORY OF THE FILIBUSTERS, by James Jeffrey Roche - Boston, Small, Maynard and Co. 1901. El paso que nos ocupa hallase a las páginas 180-181.

Agradecemos al amigo Luciano Cuadra que nos ha facilitado dichas informaciones, controlando la edición original que no obra en nuestro poder.

(20) - Publicado en 1929 en San Salvador, por el Ministerio de Educación Pública.

(21) - El nombre del comandante de artillería Alejandro de Radicati, (casi seguramente perteneciente a las aristocráticas familias de los Radicati di Passerano o de los Radicati di Marmorito, de rancio abolengo piemontés) se halla mencionado en el BOLETIN DEL EJERCITO DEMOCRATICO DEL ESTADO DE NICARAGUA, en el

No. 24 correspondiente al 24 de julio de 1854, en el nombramiento de los altos cargos civiles y militares. Sería interesante, incluso para aclarar nuestro asunto, poder averiguar qué se hizo de Radicati cuando la revolución de 1854 desembocó en la Guerra Nacional. Importante testimonio acerca de Radicati y de sus hazarías, hállese en: A. H. Rivas, *Ojeada retrospectiva, Managua 1936, Pág. 50.*

(22) - Suponemos en estos trances, porque don Fabio, que no volvió a tomar carta en asuntos bélicos, fue ascendido de teniente coronel a coronel con decreto de 7 de diciembre de 1869, cuando se le encargó la Jefatura del puerto de Corinto. (Véase: GACETA DE NICARAGUA, Año VII, No. 51 correspondiente al 18 de diciembre de 1869, Pág. 363).

(23) - Rivas, op. ct. y GACETA OFICIAL 1896 ct.

(24) - GACETA OFICIAL, febrero 4 de 1860, Año IV, No. 5, Pág. 4. Suplente de Carnevalini fue nombrado el presbítero don Mateo Espinoza, más tarde Vicario General de la Diócesis de León, y bien conocido por su actuación política.

(25) - GACETA OFICIAL ct. de 1896.

(26) - Carta al autor.

(27) - Idem. Acerca de las bodas de don Fabio se fantaseó mucho. Según recuerda aún su bizneta, dijose que la esposa era una rica judía alemana —Juana Teresa Lena Meta— que viajaba por gusto con una tía, y que conoció al futuro esposo en el barco mismo donde los dos viajaban. La señorita Lena tenía como 15 años: al llegar a Corinto el mismo capitán del barco les casaría. Se convertiría luego al catolicismo, siendo rebautizada Virginia. Don JCSC desmiente rotundamente esta versión romántica en carta al autor. Observamos, de paso, que no estamos nada de acuerdo con la fecha de 1856, propuesta por el redactor de LA GACETA.

(28) - Véase Apéndice al final.

(29) - Información de don JCSC.

(30) - Rivas, loc. ct.

(31) - REVISTA CONSERVADORA, No. 113, Págs. 9, 12 y passim.

(32) - Véase al propósito nuestras notas al poema UNA LIGERA DESCRIPCIÓN, publicado en REVISTA CONSERVADORA, No. 133, Pág. 9.

(33) - Véase también el poema EL SIETE que hemos publicado en el No. 113 de REVISTA CONSERVADORA, y las notas que lo acompañan.

(34) - Con Francisco Díaz Zapata, don Fabio sostuvo un sinnúmero de polémicas, ya sea en prosa que en verso. Como muestra de estas últimas recordamos los poemas ADIOS A LA PAZ (Díaz Zapata), CONTESTACIÓN DE LA DIOSA PAZ (Carnevalini) y la contestación a la contestación (Díaz Zapata) que hemos publicado en REVISTA CONSERVADORA, No. 113, Págs. 18-20. Como muestra de las primeras, cabe recordar el artículo publicado por don Fabio en EL TERMOMETRO del 16 de octubre de 1880.

(35) - El mismo don Enrique Guzmán, que con Carnevalini siempre se mantuvo en términos de cordial amistad, le amonestaba de la manera siguiente: "... antecedentes obligan, mi buen amigo, y tú no puedes olvidar que fuiste carbonario en 1848 en Roma, y liberal del '63 en León..." En: Un problema social, Carta al Redactor de EL PORVENIR, publicada en: HUELLAS DE SU PENSAMIENTO, Granada 1943, Pág. 128. Por su lado, don Fabio no se preocupaba por cierto en cautivar la simpatía de sus antiguos amigos o adversarios, como se puede juzgar del siguiente párrafo que transcribimos de un corto artículo suyo en LA GACETA: "... Ser fiel al Gobierno... a quien sirve, es el principal deber de un empleado. Empleados recalcitrantes y opositores a la política del gobernante, ya lo he dicho otras veces, no los comprendo; y ni sé cómo puedan permitírselo ciertos unos. Se parecen mucho a esos caballos reacios y coceadores que impiden, en lugar de favorecer la marcha de un carro". (GACETA 1868, Pág. 324). Para muchos empleados públicos y funcionarios de todos los tiempos y países, estos conceptos, que compartimos sin reserva alguna, debieron y deberían conceptuarse como verdaderas bofetadas en la cara.

(36) - Rivas, loc. ct. Nos parece interesante dar conocer los siguientes datos que nos suministró don JCSC. "... la primera casa que mis abuelos maternos ocuparon en Managua, fue donde ahora está Dreyfus: pero esta casa no fue propia, allí alquilaba. De ahí pasaron a la casa en frente a la esquina del González, casa que compró y donde estableció EL PORVENIR. Por eso esta calle se llamó del Porvenir. Esa casa era de un solo piso. Yo la conocí. Cayó cuando el terremoto de Managua el 31 de marzo de 1931. De esta casa pasó a la que varios años después dio a construir a dos cuadras al Occidente del Club Internacional, entre la 4ª Calle Noroeste y la 3ª Avenida Noroeste. Esa casa fue la primera de dos pisos que se construyó en Managua. En esta casa fue donde mi abuelo murió. Más tarde la compró don Francisco Medal y fue derribada por el terremoto del 31 de marzo de 1931". (Segunda carta al

autor). Los datos coinciden con los que apunta Gratus Halftermeyer en su Historia de Managua: "La hoy Avenida Bolívar, primera pavimentada por don Carlos Solórzano, se llamó Calle del Porvenir porque en el tope que existió hasta la hora del terremoto, contiguo al actual Club Internacional, a su derecha, se editaba el diario EL PORVENIR que dirigía el Dr. Jesús Hernández Somoza y don Fabio Carnevalini" (Historia de Managua, IV Ed. Managua 1965, Pág. 239).

(37) - No conocemos la fecha exacta de su nombramiento, pero nos inclinamos a pensar que haya sido a mediados de marzo de 1866 puesto que, al despedirse de sus lectores, el 10 de octubre de 1868 a raíz de su promoción a comandante del puerto de Corinto, nos dice don Fabio que desempeñara la redacción por 19 meses. (GACETA DE NICARAGUA, Año VI, No. 42, correspondiente al 10 de octubre de 1868, Pág. 324). En la misma despedida, el recién nombrado comandante del puerto de Corinto, subraya con justo orgullo que ha sido "el primer extranjero que ha tenido el honor, en Nicaragua, de llevar la palabra del Supremo Gobierno". No podemos asegurarlo con toda seguridad, por faltarnos la posibilidad de averiguarlo exactamente, mas parecen que en esto, don Fabio haya sido, además que el primero, el único. Lo cual, desde luego, no le hizo mucha gracia a sus enemigos. Ya al comienzo de sus actividades en Nicaragua se le había echado en cara su calidad de extranjero supuestamente irrespetuoso y malagradecido, lo cual había ocasionado una acertada respuesta del atacado: "... esta ofensa se dirige no solamente a mí, sino que a todos los extranjeros, y en particular a los italianos que aquí residen como buenos y honrados ciudadanos. Oídme, Presbíteros folletistas, y comprended lo que os digo. El mundo es la patria de todos los hombres, pues, como bien dice Cicerón: *fortuna debetur quod in partibus diversis nati sumus*. Estas ideas pequeñas y ofensivas sobre hospitalidad, beneficio, etc., no son de esta época... Sólo por vosotros he oído pronunciar estas expresiones no dignas de nuestro siglo eminentemente humanitario, en que el cosmopolitismo es la bandera universal" en: CLAMOR DE ITALIA, ct. Pág. 4). A quince años de distancia estamos en las mismas. "Excmo. Señor D. Fernando Guzmán, Presidente de la República. León, noviembre 21 de 1867. Los ciudadanos que suscriben, tienen a bien hacer a Ud. las siguientes preguntas: ... (omissis)... VII. - De dónde le ha venido a Ud. despreciar a tantos instruidos nicaraguenses que podían darle importancia a la República en la redacción del periódico oficial y ocupar a un quidam extranjero (Fabio Carnevalini) que no sabe ni su idioma natal ni posee ninguna arte ni ciencia sobre que pudiera hablar con alguna propiedad? Lo ocupa Ud. porque sea ateo, impio o enemigo de Su Santidad y del clero, porque se ha cansado de desacreditar el país y ultrajar a nuestros principales hombres por la imprenta y de todos modos? Ah Señor! abra Ud. los ojos!", (de una hoja suelta de la época que obra en nuestro poder).

(38) - Véase GACETA 1868, Pág. 324.

(39) - "... nuestro querido e inolvidable amigo..." - Rivas, op. ct.

(40) - "Siento que esta vez, como siempre, estemos en polos opuestos. Es nuestro destino. Qué se va a hacer", escribía don Enrique en un artículo dirigido a su amigo en las columnas de LA PRENSA, el 21 de Septiembre de 1878 (ahora en: HUELLAS ct. Págs. 88-90). Entre las polémicas más interesantes entre don Fabio y don Enrique, señalamos: la que tuvieron a propósito de la actitud del publicista francés M. Belly en el asunto del canal (parcialmente reproducida por Pedro Joaquín Chamorro Z., en las mencionadas HUELLAS, etc. Pág. 78); la muy importante motivada por la expulsión de los jesuitas (ULTRAMONTANOS FRANCOS Y HETERODOXOS VERGONZANTES, en HUELLAS, etc. 137, y GUERRA A LAS CARRETA, ibidem 157); otra acerca de la educación de las clases menos privilegiadas (UN PROBLEMA SOCIAL, ibidem 121). Aconsejamos además a nuestros lectores, que vuelvan a leer ciertas "puyas" socarronas y muy divertidas dirigidas por don Enrique al "artillero" Carnevalini y reproducidas en el rubro BALISTICA, Pág. 156 de las mencionadas HUELLAS, etc.

(41) - Acuerdo del 3 de octubre de 1866, en GACETA DE NICARAGUA, Año VI, No. 41, correspondiente al 10 de octubre de 1866, Pág. 321.

(42) - Idem, Pág. 324.

(43) - Decreto del 7 de diciembre de 1869, en: GACETA DE NICARAGUA, Año VII, No. 51, correspondiente al 18 de diciembre de 1869, Pág. 353.

(44) - "Permítanme, Señores Editores, que explique a los de sus lectores que no lo sepan, lo que es el Jagüei. El Jagüei es una especie de desagüero que se mira al otro lado del estero que baña la ciudad de Corinto un poco al

norte de la misma...”, etc. Sigue don Fabio ilustrando ventajas y desventajas del proyecto de trasladar allí la Aduana. (Carnevalini, COMUNICADO, en: GACETA DE NICARAGUA, Año VI, No. 50 correspondiente al 12 de diciembre de 1856, Pág. 395).

(45) - Véase la primera respuesta a su Comunicado, por un señor M.S. al que no hemos podido identificar, en el número sucesivo de la misma GACETA (No. 51. Pags. 4046-407)

(46) - GACETA DE NICARAGUA, Año IX No. 4 correspondiente al 29 de enero de 1871, pag. 14.

En el mismo número aparecen las renunciaciones igualmente motivadas, de Anselmo H. Rivas y Tomás Ayón de sus respectivas carteras.

(47) - Idem, Año IX, No. 9 del 4 de marzo de 1871, pag. 36. La despedida a la que se refiere en esta oportunidad, hállese en la misma GACETA, Año IX, No. 8 del 25 de febrero de 1871, pag. 30.

(48) - “Mi querido Fabio, te acuerdas de aquellos alegres días de 1872 cuando ajenos a las preocupaciones políticas del momento, nos divertíamos a jugar a la pelota con los ilustres vates de Occidente? Tu me arrojabas desde Managua el “Ruisenor colombiano” y yo te lanzaba desde esta ciudad “El Cisne del Pacífico”. Aquello era de verse!.....” (HUELLAS etc. pag. 41)

(49) - GACETA DE NICARAGUA, Año XI, No. 27 del 5 de julio de 1873, pag. 99

(50) - Idem, julio 28 de 1873. Año XI. No. 26, pag. 95.

(51) - Se publicó en “El Porvenir”.

(52) - SEMANAL NICARAGUENSE, Año II, No. 82, Granada 27 de diciembre de 1873, pag. 574.

(53) - REVISTA CONSERVADOR, No. 82 (julio de 1967) - pag. 67.

(54) - GACETA DE NICARAGUA, Año XIII, No. 3 del 16 de enero de 1875, pag. 31.

(55) - El problema de desde cuando don Fabio haya tomado carta en la gestión de EL PORVENIR no es tan fácil, de aclarar como parece. Oficialmente, el periódico fue de Carnevalini después de la muerte de Gattel, fallecido como sabemos, en 11 de enero de 1875, y cabalmente en esta renovada veste apareció en 1º de enero de 1876. Hay de toda manera, que fijarse en lo siguiente. En la necrología de Gattel (GACETA 1875, pag. 31) se habla de “una larga enfermedad que contrajo en Guatemala” como causa de su muerte. Apuntamos de paso, que a Guatemala Gattel había ido para conseguir documentos originales sobre la historia de Nicaragua, a la que conceptuaba como segunda patria y a la que quería ser de utilidad. Siempre de paso apuntamos que los documentos hallados en la hermana república y traídos a Nicaragua, son, en gran parte los mismo que el presidente Cuadra obsequiara al historiador norte-americano Bancroft, y que ahora se conservan en la BANCROFT LIBRARY de la Universidad de Berkeley, California. El mismo No. 3 citado, la GACETA, en un artículo titulado UNOD DOCUMENTOS, ocupase de la polémica que mantiene, con motivo de un contrato celebrado con el Ministerio de Hacienda, los señores don Luciano Gómez y el propio Ministro Delgadillo, y reproduce ciertos papeles publicados anteriormente por EL PORVENIR, seguramente después del 14 de diciembre de 1874. Esto quiere decir que, pese a la grave enfermedad del propietario, el periódico seguía publicándose, cosa que, por otros conductos sabemos, pues de el hizo cargo don Anselmo H. Rivas. (Dice en efecto Enrique Guzmán en la IV Epístola Moral sobre excomunión, que “allá” por los años 1873 y 74 hizo Gattel un viaje a Guatemala, y dejó encargada la dirección de su semanario a D. Salvador Cerda, radical de la escuela rivense. Este se consagró a cuidar puramente de la parte misterial de EL PORVENIR y entregó la verdadera dirección del periódico al canciller Anselmo H. Rivas, hereje vergonzante, librepensador en su aposento y ultramontano en la calle”. La excomunión por el Padre Cobos, Managua 1897, pags. 44 y 45). Es muy probable que don Fabio, ya íntimamente ligado con Gattel, según se desprende de la parte que tuvo en sus exequias, y además futuro dueño de EL PORVENIR, se ocupara va desde entonces —quizás como empleado— del semanario. Hipótesis por cierto seducora, si se piensa en las francas admisiones de Carnevalini al mencionar su encuentro en Nueva York con don Emilio Benard. También es probable que haya habido alguna solución de continuidad entra las dos gestiones: que el viejo PORVENIR haya dejado de publicarse con la muerte de Gattel, para resurgir después, meses más adelante, bajo la dirección de Carnevalini. Solamente encontrándose colecciones completas del semanario, podría hacerse plena luz sobre el particular. Así mismo podríanse disipar dudas e incertidumbres, si se llegara a saber de que manera llegara a manos de don Fabio la propiedad de EL PORVENIR, es decir si lo heredara del mismo Gattel, si comprara —pero de quién? Gattel, por lo q’ sabemos, no tuvo herederos— si comprara, decíamos, el antiguo

semanario. si va existiera una Sociedad por Acciones, parcialmente en manos de Carnevalini, etc. Lo que si sabemos, es que el No. 1 del Año XI (1º enero de 1876) apareció rezando: “...Director responsable: Fabio Carnevalini” y que en el No. 2 del mismo año, en un saludo que se publica a don Fabio, ese aparece como “Director, propietario y Redactor”. Carnevalini, a la fecha regresaba de un viaje al Salvador, en parte motivado por el deseo “de aumentar en esta y en la vecina república de Guatemala la circulación de EL PORVENIR” (EL PORVENIR, 8 de enero de 1876). Hay mas. En el número 3 del año 1876, (15 de enero) encontramos un aviso firmado por don Fabio que dice: “El 10 de los corrientes he vuelto a esta ciudad (Managua) y he asumido nuevamente la dirección y redacción del periódico. Cumpro con el deber de rendir las gracias al señor don Francisco Cáceres quien tuvo la bondad de dirigirlo durante mi ausencia”. Total: lo más lógico de suponer es que a la muerte de Gattel, don Fabio, dueño ya del periódico, lo reorganizara y se pusiera al frente de él, haciendo inclusive un viaje a las vecinas repúblicas para conseguir apoyos, simpatías, suscripciones, corresponsales etc.

(56) - Con Alvaro Contreras, Carnevalini tuvo, tras una inicial amistad, fuertes sinsabores, y aquel, atacado por don Fabio, le devolvió con creces las injurias, hostilizándole con una fuerza —y debería quizás decirse con una saña— raramente vista antes. Leer, para convencerse de ello, los dos artículos titulados LOS DISPAROS DE UM IMPOSTOR Y LA PICOTA DE SU INFAMIA EN LA LIBERTAD del 19 y 26 de julio de 1877, o el anterior, no menos duro, ABAJO LAS MASCARAS, ibidem julio 5 de 1877.

(57) - HUELLAS etc. ct. pag. 101.

(58) - El 4 de diciembre de 1877. En EL PAIS, Carnevalini se ocupó principalmente de política exterior.

(59) - HUELLAS ct. pag. 140

(60) - Ibidem, 173

(61) - Nuestro excelente amigo don Joaquín Zavala Urtecho (Q.E.P.D.), recordado director de REVISTA CONSERVADORA, tuvo la amabilidad de enseñarnos los copiosos de la correspondencia de su abuelo el presidente, que obran en su poder, y en los que se pueden leer cartas a don Fabio sobre el particular. Es más, nos informó que también existían antes en sus archivos, originales de don Fabio a su abuelo, cartas que según parece, deberían estar hoy día, en manos del padre Pérez Alonso. Es una lástima q’ no se puedan consultar, pues tenemos entendido que de ellas se sacaría muy en claro la participación de Carnevalini en el affaire de los jesuitas. De todas maneras cabe observar que el presidente don Pedro Joaquín Chamorro contrario como es sabido a la expulsión de los hijos de Loyola, no escondía su temor de que Carnevalini y los redactores de EL PORVENIR de NICARAGUA, además de influenciar negativamente al presidente Zavala, se adelantase de alguna maneja a sus mismo deseos para precipitar la situación. Léase la carta de don Pedro Joaquín a Zavala, publicada por Esteban Escobar en su BIOGRAFIA DEL PRESIDENTE DON PEDRO JOAQUIN CHAMORRO, Managua 1935, pag. 272.

(62) - Hay más. No solamente no se ha estudiado como es debido esta cuestión de los jesuitas en Nicaragua, sino que tampoco se ha investigado con la amplitud necesaria la historia de las relaciones entre la iglesia y el estado en dicho país. Dejando de un lado el período colonial, que también ofrece motivo de interesantes reflexiones fuera tan solo por los conflictos de competencia que estallaron a menudo entre obispos y gobernadores, es indudable que desde este punto de vista, los acontecimientos del siglo XIX merecen estudiarse con la mayor atención. Desde fray Nicolás García Jerez que tanto figuró en política a raíz de la Independencia hasta el presidente Zelaya, hay todo un retablo de figuras harto interesantes para que sigan olvidadas: Monseñor Rafael Jerez, hermano de Máximo, los obispos Viteri y Ungo, Llorente y la Fuente, Piñol y Aycinena, Ulloa y Calvo, Ulloa y Larios; los presbíteros Ocón, Orozco, Espinoza, para mencionar solamente a los más conocidos; los presidentes Guzmán, Chamorro, Zavala, los doctrinarios de parte liberal, encabezados por Jerez, por los Lic. Hermenegildo Zepeda, Buenaventura Selva, José María Zelaya —padre de José Santos etc.—

Además que un capítulo de la historia de Nicaragua aún por escribirse, esto de las relaciones entre iglesia y estado constituye, junto con el estudio de la realidad socio-económica de entonces, una de las llaves para realmente entender las tónicas en las que vino paulatinamente estructurando el estado nicaragüense. Bastaría con pensar como la cuestión aludida repercutió en múltiples sectores de la vida nacional, desde el educativo —educación laica o religiosa? de los jesuitas o del Instituto Nacional de Occidente?— hasta lo económico

—beneficios e inmunidades acordadas a la propiedad eclesiástica, participación del clero en el poder, apoyo otorgado por la Iglesia a las dictaduras etc.

(63) - Escobar op. ct. pag. 290

(64) - ibidem

(65) - "...más hablando en términos generales me cabe asegurarnos que siempre será mi guía en los casos ocurientes, el bien del estado tal como yo lo entienda... "El discurso de don Fruto al tomar posesión de la primera magistratura se puede leer en J. PEREZ, OBRAS HISTORICAS COMPLETAS, Managua 1928, pagg. 6 sgg.

(66) - De los periódicos de la época, hemos entresacado los datos siguientes: en julio de 1879 obsequia al Club Social de León un mapa del canal de Nicaragua formado por Mr. Blanchet (EL MUNICIPIO, II, I del 12 julio 1869, pag. 3); en diciembre del mismo año, junto con el Lic. Modesto Barrios se le encarga de recaudar fondos en beneficio de los damnificados por un aluvión que asolara las provincias españolas de Murcia, Cartagena, Alicante y Almería (IBIDEM, II, 5 del 16 de diciembre de 1879, pag. 3)) en 1881 pronuncia un discurso en el bautizo del vapor AMELIA (HALFTERMEYER, historia de Managua ct. pag. 156).

Ya por los años anteriores lo encontramos felicitando al presidente en cargo, una vez en nombre de la Municipalidad de El Realejo GACETA 1871, No. 12 del 25 de marzo, pag. 47), otra vez por encargo del Club Social de Managua, junto con Pascual Fonseca y Federico Solórzano (IDEM, No. 1º del 8 de marzo, pag. 30).

(67) - Aclaremos el parentesco. Juan María Solís Gómez, managuense, casó dos veces, antes con Magdalena Guerra y luego con Salvadora Avilés. Su hermana, Bruna Solís Gómez, casada con don Perfecto Zavala, es la madre del presidente don Joaquín. Dos hijos del segundo matrimonio de don Juan María Solís Gómez —tio carnal del presidente— a saber Juan María y César Solís Avilés, casan con dos hijas de don Fabio, respectivamente Julia y Clelia Carnevalini Lena. Trascríbimos de la prensa de la época: "MATRIMONIO. —Hoy en la madrugada se unieron en matrimonio los apreciables jóvenes D. Juan María Solís y señorita Julia Carnevalini. Fueron padrinos el Sr. Ministro don Adrián Zavala y don Alejandro García y las señoritas Elvira Carnevalini y Amelia Solís. A la ceremonia concurrieron los miembros de ambas estimables familias y algunos amigos del señor Solís y de nuestro colaborador y amigo don Fabio Carnevalini, padre de la bella desposada..." EL PAIS, I, 45— 12 de mayo de 1888.

(68) - DIEGO MANUEL SEQUEIRA, Rubén Darío criollo, Buenos Aires 1945, pag. 126.

(69) - ibidem pag. 132. Hay que apuntar que a mediados de diciembre del mismo año, y más exactamente el 19, Jesús Hernández Somoza quien más tarde será el único director de EL PORVENIR DE NICARAGUA, se separó de su redacción (SEQUEIRA, op. ct. 176).

Obran en nuestro poder tanto su renuncia como la contestación y despedida que le dirigiera don Fabio.

"El 2 de octubre (de 1885) por dificultades económicas de la empresa y ciertas diferencias de criterio, se retiró de la dirección de EL PORVENIR DE NICARAGUA don Fabio Carnevalini. Jesús Hernández Somoza asumió exclusivamente la dirección del periódico que dejó de salir diario para convertirse en bisemanal." (SEQUEIRA, op. ct. pag. 193)

(70) - SEQUEIRA, op. ct. pag. 181

(71) - HALFTERMEYER, Historia de Managua, ct. pag. 187

(72) - "El 30 de marzo de 1887 el Congreso autorizó al Ejecutivo para tomar acciones por valor de 5000 pesos en la Compañía Anónima que se había fundado por los señores Pablo Giusto, Alberto Suhr y Fabio Carnevalini, con el fin de proveer agua a Managua, pero el 28 de abril inmediato derogó ese decreto y dispuso subvencionar a la Compañía por diez años con 1000 pesos anuales, con la obligación de dar gratuitamente y a perpetuidad el agua al Hospital y al Palacio. El 26 de julio de 1887 ante el notario Francisco del Castillo se constituyó la Empresa Aguadora de Managua, por los señores F. A. Pellas, Joaquín Zavala, Pedro Rafael Cuadra, Santiago Morales, Enrique Guzmán, Gonzalo Espinosa, Pablo Giusto, Fabio Carnevalini y Alberto Suhr. El capital era de 100,000 pesos y la duración de la Compañía de 25 años. Se emprendieron los trabajos y el 25 de noviembre de 1888 se inauguró la elevación del agua del lago Xolotlán etc., etc." (HALFTERMEYER, op. oct. pag. 158).

(73) - Véase: CASTRILLO GAMEZ, Manuel —Reseña histórica de Nicaragua, Managua 1963, pag. 297.

(74) - Texto original publicado en Gaceta de Nicaragua, octubre 1892.

(75) - Información de don JCSC en carta al autor

(76) - Este cementerio ya no existe. El gobierno municipal decretó el cierre y la urbanización de él, hace como 40 años. Los restos de don Fabio no pudieron ser

traladados al Cementerio General porque el título de propiedad se había perdido. (idem)

(77) - A. H. Rivas, en op. ct.

(78) - Pirandello, Enrique IV, acto II

(79) - HUELLAS ct. pág. 101

(80) - Véase Nota (37)

(81) - Cabe observar que los conceptos de don Fabio que tanto escandalizaron entonces, han sido sostenidos en el Concilio Vaticano II.

(82) - Existe en los Archivos Nacionales de Costa Rica (Expediente No. 4784 f. 36, Guerra y Marina) un documento de enorme interés y casi completamente desconocidos en Nicaragua. Se trata de una carta que algunos prominentes ciudadanos granadinos de reconocida filiación conservadora, escribieron al general costarricense José María Cañas, a raíz de la situación en que encontrábase el país a la sazón. Reproducimos por entero la carta, pues a pesar de todas las interpretaciones polémicas y partidaristas que se puedan dar de ella, nos parece muy interesante porque confirma exactamente lo que en el texto decimos, a saber, que en la Nicaragua de 1856, entre la guerra nacional, las consecuencias de la revolución de 1854 y los anteriores desórdenes consecuentes a la Independencia, ya no se podía vivir.

La carta es del siguiente tenor.

"Granada, mayo 21 de 1857.

Señor General don José María Cañas.

Señor: los infrascritos, deseosos de asegurar el provenir de este departamento y del Mediodía, en que están vinculadas la mayor parte de nuestras propiedades, hemos resuelto recabar en Ud., si en caso de que el arreglo de nuestra política interior no de suficiente garantía al trabajo y a la propiedad, puede usted como comisionado de su gobierno aceptar la anexión a Costa Rica de los mencionados departamentos o si este negocio deberá tratarse con el mismo gobierno. Esperando la contestación de usted, tenemos el honor de suscribirnos con el respeto de usted muy atentos y seguros servidores, Fulgencio Vega, J. Miguel Bolaños, N. Espinosa, Fernando Guzmán, Agustín Avilés, Agustín Alfaro".

(La carta, al igual que su contestación por el general Cañas, ha sido publicada por Paul Woodbrige A. en: LSO CONTRATOS WEBSTERMORA, San José de Costa Rica 1967, Pág. 71 sgg.)

A la carta, nos parece, sobran comentarios. ¿Cual debió ser la situación de aquellos departamentos, si hombres tan principales, entre los que se cuenta un futuro presidente de la república, estuvieron a punto de negociar su anexión a otro país?...

(83) - Don Fabio intuyó el extraordinario valor de Rubén Darío (SEQUEIRA, op. ct. Pág. 297) y le ayudó asumiéndole como crítico en el periódico que dirigía (ibidem Pág. 176)

(84) - 1854: Bombardeo y Destrucción del Puerto de San Juan del Norte de Nicaragua, Managua 19711, Pág. 6

—0—

BIBLIOGRAFIA

A) Escritos de don Fabio Carnevalini

1.- AMICA VERITAS, hoja suelta publicada en 1856, el 12 de septiembre. (Hay referencia a este escrito cuyo texto no nos ha llegado en el folleto CLAMOR DE ITALIA, mencionado más adelante)

2.- LA CARTA DEL SEÑOR CONDE DE MONTALAMBERT: CAVOUR Y LA ITALIA —por Fabio Carnevalini, romano a nombre de los italianos residentes en Nicaragua— León de Nicaragua, Imprenta de La Fraternidad, calle de Cristo No. 26 - agosto 1º de 1861, páginas 18.

3.- CLAMOR DE ITALIA. Apéndice al opúsculo titulado: LA CARTA DEL SEÑOR DE MONTALAMBERT, etc. Para instrucción de los enemigos de su nacionalidad e independencia, por Fabio Carnevalini romano, a nombre de los italianos residentes en Nicaragua, - León de Nicaragua, septiembre 12 de 1861 - Misma Imprenta - páginas 18.

4.- REFLEXIONES SOBRE LA ADMINISTRACION DEL GENERAL MARTINEZ. Esta publicación, firmada LA OPINION PUBLICA, Y FECHADA EN Managua en marzo 1º de 1867, volvieron a editarla "Unos discípulos de don Fabio" en hoja suelta editada por la Tip. de Justo Hernández, y fechada en León, el 30 de mayo de 1869. Tan sólo esta reimpresión hemos tenido a la vista.

5.- CARTA A MR. FELIX BILLY - Managua, Imprenta del Gobierno 1869 - páginas 13.

(Esta carta a Billy fue ocasionada por la protesta que él mismo manifiesta en un folleto fechado en León el 25 de enero de 1869 y dirigido a los senadores y diputados de la república. La protesta se ocasionó por la actitud de los miembros del Congreso con motivo de la cuestión canalera).

6.- RAMILLETE REVOLUCIONARIO, o sea COLECCION DE DOCUMENTOS ORIGINALES de varios

individuos comprometidos en la pasada revolución. seguido de un Apéndice o sea contestación al Opúsculo del Señor Vicario General del Obispado. Managua 1870, Imprenta del Gobierno - páginas 21.

(Como el título lo indica, es la recopilación de muchos documentos relacionados, en su mayoría, con la actividad de los "curas facciosos" es decir de los que tomaron parte en la guerra de 1869, a lado de Jérez y Martínez).

7.- GEOGRAFIA ELEMENTAL, PARA USO DE LAS Escuelas de Nicaragua.

(De esta obra se hicieron dos ediciones: una en 1884 y una segunda en 1891, editada en Managua por la Tip. Nacional. La obrita, bastante modesta por cierto, fue encargada a don Fabio por Miss Mary E. Oliver, directora del Colegio para Señoritas de Managua. Anteriormente Miss Oliver, junto con Miss Emily C. Day y la señora C. B. de Alvarez, "elegidas en Norte América y traídas por el radical Dr. Cárdenas" (como lo especifica una hoja suelta firmada por LOS MISMOS PADRES DE FAMILIA CATOLICOS VERDADEROS, y fechada en Chinandega el 1º de enero de 1883) habían servido al Colegio de Niñas de Granada, siendo muy duramente atacadas, por ser protestantes.

No hemos tenido a la vista la edición original, sino que la reimpresión de 1891.

8.- Traducción de: WILLIAM WALKER - La guerra de Nicaragua, Managua 1884, Tip. de EL PORVENIR - páginas 158.

(Antes de ser publicada en volumen, salió por entregas en EL PORVENIR)

9.- Explicaciones sobre la carta del señor Don José Pasos relativamente al contrato del canal, ZELEDON-MENOCAL, escrita a Fabio Carnevalini, y contestación de este. Managua, Tip. EL PAIS, marzo de 1889 - páginas XVIII.

(En este folleto Carnevalini defiende los derechos y la plena soberanía de Nicaragua, frente a las pretensiones de Costa Rica). Tuvimos conocimiento de él, por cortesía del doctor Don Andrés Vega Bolaños, quien nos permitió sacar fotografía, por lo cual le quedamos muy agradecidos).

10.- Además de los mencionados escritos, hay que apuntar todas las colaboraciones periodísticas de don Fabio. Muchas de estas fueron anónimas por expresar la opinión del director de la publicación (que era el mismo don Fabio según se ha aclarado en el texto): otras las firmó con el seudónimo de POMPILIUS, otras tan solo las sigló con sus

propias iniciales: F.C.

La mayor parte de estos artículos —de los que por cierto obra en nuestro poder una más que notable cantidad y que algún día nos proponemos dar a conocer en su conjunto— se publicaron en La GACETA, en EL PORVENIR DE NICARAGUA y en EL PAIS, no faltando una que otra colaboración de su autor a distintos periódicos de la época.

11.- También hay que hacer mención de muchos discursos ocasionales (entre los cuales merece destacarse uno dedicado a Cristobal Colón, que fue editado en folleto en Managua por 1892 por la Tipografía Nacional), conmemoraciones necrológicas, improvisaciones, etc., que, generalmente, se editaron en hojas sueltas en gran parte hoy extraviadas. Escritos de don Fabio aparecen en muchas Coronas Fúnebres de personajes sobresalientes de entonces.

12.- Hay que mencionar también sus composiciones en verso de las que ya hemos hablado en el texto. No fueron, de todos modos, muy numerosas.

13.- Finalmente es don Fabio autor por lo menos de una novela, "La Juventud de Bismarck" que apareció por entregas en El Porvenir de Nicaragua en el año de 1876. No la hemos podido encontrar completa, faltando algunos números en nuestra colección del periódico. Lo que conocemos de ella se halla en los números del 11 al 24.

Hemos dicho que don Fabio es autor por lo menos de una novela, porque en otro número de su periódico (el 48 correspondiente al 2 de noviembre de 1876) se anuncia "para el año entrante la publicación de algunas novelas escritas expresamente para El Porvenir, comenzando por una que llevará por título: "Garibaldi"

Es obvio que el autor tuvo que ser el mismo don Fabio.

B) Escritos sobre don Fabio Carnevalini.

Nadie, que sepamos, se ha ocupado ex profeso de su actuación. Existen únicamente las necrologías, citadas anteriormente, y unos cuantos párrafos sueltos que hacen referencia a él en variadas publicaciones de distintos carácter. También las hemos señalado en las notas al texto cuando se presentó la oportunidad de hacer referencia a ellas.

SEUDONIMOS.

De los muchos seudónimos que uso don Fabio Carnevalini, conocemos los siguientes: POMPILIUS - EL DIABLO COJUELO - EL DUENDE OCCIDENTAL. Posiblemente halla usado también otros.

EL RITO EN EL MARCO DEL CAMBIO SOCIAL ¿UNA ACTIVIDAD HUMANA CONFORMISTA O INNOVADORA?

Por Juan Hernandez-Pico, S. J.

Este artículo, en su parte central, pretende abordar el rito, haciéndose una pregunta fundamental sobre él: ¿constituye el rito una actividad humana que favorece el conformismo social o que más bien inspira la innovación?

Como actividades aisladas, los ritos entran claramente en la categoría de la acción humana social. Como conjunto de actividades normativamente limitadas, socialmente organizadas y controladas, y más o menos orgánica y coherentemente derivadas de una visión del mundo, los ritos forman parte de una institución social, el culto, que, por su carácter eminentemente simbólico o expresivo de un sentido de la vida, pertenecen al ámbito de la cultura. Dentro de la cultura, naturalmente, el lugar específico en el que hay que ubicar a los ritos es la religión. Muchas definiciones han ofrecido sociólogos y antropólogos sobre la religión, esa abstracción de la que sólo se tiene experiencia en las religiones del mundo, tal como históricamente se han dado. La que aquí presentamos no ha sido escogida necesariamente por responder a nuestras preferencias, sino por ser la del autor, a cuyo alrededor organizaremos —primordial pero no exclusivamente— las reflexiones de este trabajo.

Emilio Durkheim, en la última de sus obras principales, definió la religión como:

... un sistema unificado de creencias y prácticas referentes a las cosas sagradas, es decir, a las cosas sometidas a separación y prohibición (de usos comunes) - creencias y prácticas que, a todos los que se adhieren a ellas, los unen en una única comunidad moral denominada Iglesia. (1).

El último rasgo de esta definición es para Durkheim el más importante. Aparentemente quedaría así privadas de carácter religioso las sectas. Sin embargo, no es ésta la intención de Durkheim. Al caracterizar como Iglesia a la comunidad religiosa, no pensaba en contraponerla a las Sectas (como es, p.e., el caso en la famosa dicotomía sociológica de Troeltsch, Iglesia · Secta (2)), sino más bien a aquellos conglomerados humanos que se han adherido a la magia. En la visión sociológica de Durkheim, creencias y ritos se encuentran ambos, tanto en el acervo de la religión como en el de la magia; por eso él pensaba que la religión tiene mucho de magia y la magia mucho de religión. No obstante, Durkheim constató el hecho, para él universal, de la oposición irreconciliable entre religión y magia. Para él, la base de esta hostilidad hay que encontrarla en la realidad de que la magia no es capaz de dar origen a un grupo social, cohesionado por los lazos duraderos de una vida común en sociedad. "No existe ninguna Iglesia de la magia" —decía—, puesto que "el mago (brujo) tiene una clientela, pero no una Iglesia" (3); es decir: es muy posible que, entre quienes acuden al mago (brujo) para pedirle sus servicios profesionales, no exista ninguna relación mutua, ya que —a nuestro parecer, de un modo excesivamente dualista— Durkheim explicaba la magia como motivada por una necesidad humana de tipo utilitario, técnico o instrumental, y no fundamentalmente por una necesidad simbólica o expresiva. Una vez

introducida someramente la definición de religión que Durkheim nos ha legado, acudiremos a él también para presentar una definición del rito, que nos sirva como indicador provisional del contenido que en este trabajo se encierra bajo esa palabra. Esta definición la da el autor mencionado en función de las definiciones que ofrece de las cosas sagradas y de las creencias; he aquí las tres:

Cosas sagradas son aquellas que están protegidas y aisladas por medio de interdictos (tabúes, diríamos después de Freud)... Creencias religiosas son las representaciones que expresan la naturaleza de las cosas sagradas y las relaciones que mantienen, bien entre sí mismas o con las cosas profanas. Por último, los ritos son las reglas de conducta que prescriben el comportamiento de los hombres en presencia de tales cosas sagradas. (4).

Como más adelante tendremos ocasión de señalar, el talón de Aquiles de esta definición Durkheimiana de los ritos se encuentra, desde el punto de vista empírico, en la definición, en que se apoya, de lo sacro, en cuanto sometido a interdictos, que tienen como consecuencia su aislamiento y protección. Más adelante mostraremos que los ritos no tienen exclusivamente por objeto cosas sometidas a tabúes (5).

Es innegable, pues, que, a primera vista, los ritos y sus institucionalizaciones normativas, los rituales, cuyo conjunto forma el culto de una determinada religión, han de ser estudiados en el campo de la sociología de las religiones o en el de la antropología religiosa. Efectivamente, fue con el nacimiento de estas ciencias como surgió la observación sistemática y el análisis de los ritos. Posiblemente sólo la relativa carta de ciudadanía que adquirió en el curso del siglo XIX el proceso de secularización, al menos entre muchos intelectuales, fue la que creó la condición de posibilidad del estudio científico y sistemático, no teológico, de lo religioso. La popularidad —ambigua ciertamente— alcanzada por la incredulidad religiosa, configuró el espacio necesario para este nuevo ejercicio científico, creando la distancia psicológica necesaria respecto de la religión, más aún de la religión institucionalizada en Iglesias y confesiones organizadas. (6).

Lo dicho anteriormente no abarca, sin embargo, toda la realidad de los ritos, cuya presencia ha sido observada en toda sociedad organizada, incluidas las llamadas "primitivas". La vida social está penetrada de ritos en ámbitos que, comúnmente, no son vistos como relacionados con la religión. Es cierto que la extensión del concepto de rito a acciones "litúrgicas" no religiosas introduce un peligro de confusión para la limpieza del análisis que aquí se va a intentar. Aclararemos, por tanto, que otras acciones humanas y sociales a las que se les ha aplicado el carácter de "rituales", han sido denominadas así por compartir con los ritos religiosos una serie de rasgos, como, p.e., la transmisión de un sentido a través del simbolismo expresivo, la forja de vínculos comunales entre grupos que ejecutan estas acciones normativamente, y, sobre todo la estereotipación de estilo hierático —típica del culto— que muestran estas acciones.

Erving Goffman, por ejemplo, ha analizado profunda y profusamente el ritual que gobierna la vida diaria y la actuación, aun la más intrascendente, de las personas en esa vida de todos los días. (7). El modo de hacer un negocio, en sus distintas etapas, desde los primeros contactos hasta el eventual contrato legal; el proceso de crear una amistad; la forma de organizar una manifestación o un mitin político; en fin, muchos otros acontecimientos que traban la vida en sociedad, están encuadrados, realizados y valorados, en gran parte, por aspectos expresivos, por ritos, raras veces reconocidos como tales.

¿Qué papel juegan los ritos en la vida social? Tanto ellos, como la religión, de la cual sólo son uno de sus elementos constitutivos, poseen un influjo, exhiben una incidencia sobre los demás niveles de articulación socio-cultural. La sociología y la antropología han tratado de explicar el sentido de dicho influjo. Tanto respecto de la religión, como de los ritos las líneas de interpretación se asemejan a vectores que ejercen fuerzas en sentido contrario. A lo largo de estas páginas estudiaremos la pregunta enunciada al comienzo de la introducción. Para responderla, pensamos deber enmarcarla en una discusión teórica sobre diversos enfoques sociológicos del cambio social, en cuanto que en éste tendrán la religión y los ritos su contexto propio, dentro del cual cobraran sentido más global. Es preciso recordar, para razonar esta perspectiva, que la Sociología, como ciencia, nació con Augusto Comte, Carlos Marx, Spencer, Durkheim, Weber, etc..., en diálogo y, no raras veces, en contraste con la religión. Bástenos aquí recordar que Comte, por ejemplo, concebía la ciencia sociológica como el estudio culminante en la evolución de los modos de conocer humanos, cuyas etapas, primitivas y media respectivamente, estarían caracterizadas por el conocimiento teológico y por el filosófico; para Comte la sociología sería la religión del futuro y los sociólogos sus sacerdotes. Por otro lado, tanto él como Marx, Weber, etc., se mostraron fascinados, en sus estudios sociológicos por los cambios sociales y por la relación que guardan con la religión. No es exagerado decir que, en una corriente importante del impulso sociológico fundacional, la sociología nació como sociología del cambio social y de la religión.

Al ubicar, pues, el estudio de los ritos dentro del debate sobre el cambio social, pensamos permanecer dentro de una de las líneas sociológicas más tradicionales. En tal debate, la sociología de Durkheim tiene que recibir una atención especial, ya que siempre ha sido vivenciada —no sin polémica, como veremos— como raíz del llamado Estructural Funcionalismo. Estando este trabajo escrito, en su actual redacción, desde Centroamérica, cualquier universitario puede calibrar la importancia de analizar esta teoría sociológica en sus fuentes, puesto que, como tal, tantas veces ha sido y es anatema en los enfoques socio-políticos de las Facultades o de los estudios de ciencias sociales en nuestro medio.

Igualmente, el "estructural-funcionalismo", al ser anatematizado universitariamente en C.A., como marco teórico inadecuado para cimentar una interpretación sociopolítica de nuestras sociedades, ha sido contrapuesto al marxismo y a la teoría de la dependencia, o, como diría Fernando H. Cardoso, a los análisis de situaciones concretas de dependencia. (8). Por esta razón, no perderemos ocasión de hacer referencia en este trabajo a los puntos de vista marxistas. El punto de vista de la dependencia no lo tocaremos, pues nos parece que, en cuanto a sus elementos teóricos, es una reelaboración —aquí y hoy en A. L.—, del marxismo y de sus subtesis sobre el imperialismo.

Al tratar sobre Durkheim, daremos mucha importancia a varios trabajos del sociólogo norteamericano de la religión, Robert Bellah. En muchos círculos sociológicos se piensa, que es el mejor sociólogo contemporáneo de la religión. En una época de su carrera, por lo demás, se identificó como discípulo de Parsons, a su vez valorado como el más ilustre sucesor de la tradición sociológica

Durkheimiana. Suponemos que los mencionados trabajos de Bellah han sido objeto de análisis en ambientes sociológicos. Fuera de un artículo —al que nos referimos— de Parsons, no conocemos, sin embargo, una utilización publicada de sus aportes. Parsons, en dicho artículo, concuerda fundamentalmente con Bellah. Nosotros aquí discreparemos de él con el debido respeto que su calidad de sociólogo nos merece.

Sentimos que, al enfocar así la pregunta con que titulamos este trabajo, no hacemos análisis teóricos desencarnados. Como lo demuestra la revista *Estudios Sociales Centroamericanos*, editada por el Programa Centroamericano de Ciencias Sociales del C.S.U.C.A., el sectarismo de algunos centros de estudios del Istmo que hacen sociología marxista —es su derecho— con exclusión, a veces, hasta de una seria consideración de otros marcos teóricos, es una actitud científica estéril, además de dogmática. Nos atrevemos a decir que es además una actitud irresponsable, supuesto un serio compromiso con el cambio social. Con la reacción del avestruz no suprimimos del mapa, ni siquiera del centroamericano, el influjo del estructural-funcionalismo, teoría e ideología dominante en la investigación científico-social norteamericana. Llamarla "tigre de papel", ignorar una fuerza —peligrosa, pensamos— no es siempre receta estratégica infalible para el triunfo. Aceptar, finalmente, de modo acrílico que no hay valor ninguno científico en teorías que no son de nuestra preferencia científica, nos tememos que no sea muy científico. El Dr. Edelberto Torres Rivas o el Lic. José Luis Vega Carballo, p.e., —a nuestro juicio dos de los sociólogos de primera línea en C.A.—, demuestran en sus escritos amplio conocimiento de la sociología norteamericana, y no sólo de la "contestaria" o radical. El hecho de que Richard N. Adams escriba el artículo más largo en el No. 4 de *Estudios Sociales Centroamericanos*, es un signo de inteligente apertura que no en todos los ambientes "científico-sociales" de C.A., habría sido viable.

Antes de seguir adelante se nos impone una palabra sobre el método seguido en el análisis que aquí ofrecemos. En el análisis se interferirán dos niveles: el de la explicación —o el de la mera exposición de las teorías tratadas— y el de la valoración de tales explicaciones o teorías. Creemos legítima esta interferencia, a la que rara vez llamaremos la atención en el cuerpo del trabajo. Somos conscientes de que intentar este método abre una fisura, por la que se introducirán las críticas de los defensores de la ciencia "independiente de los valores". Confesaremos que no creemos en esa ciencia ni aceptamos que exista ningún análisis científico neutro, bien sea en su origen, en su desarrollo o en su utilización, a la que siempre está disponible cualquier análisis, por teórico que parezca. Si uno no tiene inconveniente en que sus valores sean explícitos y del dominio público, ésta será —a nuestro modo de ver— condición —a la vez necesaria y suficiente— para que se respete la objetividad científica razonablemente exigible, al menos en este respecto. Nuestros valores incluyen el preferir aquel marco teórico —de entre los ofrecidos por las Ciencias Sociales— que tenga mayor coherencia con la explicación satisfactoria del cambio social de hecho existente en el pasado y que dé mejor base —hoy y en un futuro relativamente predecible, o al menos deseable— a un cambio social en favor de la justicia. Quizás con este trabajo podamos hacer una modesta contribución al análisis serio de la religión y el rito en C.A., aunque nos mantengamos en un nivel teórico.

Así, pues, a lo largo de estas páginas, estudiaremos la pregunta anunciada en el título, desde el punto de vista de las respuestas que a ella han dado algunos sociólogos y antropólogos de la religión, cuyos aportes gozan de diversos grados de difusión en nuestro medio y a veces creemos que son desconocidos, a pesar de su importancia.

Además de centrarnos en Durkheim, probablemente el más clarividente de los sociólogos con respecto a la realidad religiosa de los ritos, el estudio será complemen-

tado brevemente con una panorámica de las posiciones de Max Weber, Edmundo Leach, Max Gluckman, Arnold Van Gennep, Victor W. Turner. Aquí y allá ilustraremos las teorías con algunos ejemplos concretos, pero siendo muy concientes de que estas ilustraciones, por lo escasas, no hacen sino despertar la necesidad de estudios detallados sobre el fenómeno ritual en C.A.

El trabajo tendrá tres partes principales:

(1) El debate que sobre Durkheim han sostenido numerosos sociólogos y antropólogos: ¿ofrece la sociología de Durkheim categoría para explicar el cambio social y para fundamentar un cambio social radical o más bien para explicar y aún apuntalar el conformismo estático?

2) ¿Es el rito, según Durkheim una institución básicamente, es decir, regularmente conformista o innovadora?

3) Posiciones alternativas a la visión Durkheimiana del rito.

4) Conclusión.

Estamos convencidos de la importancia del rito en la vida social. En él se celebran las convicciones o creencias, desde las más profundas hasta las más frívolas. A pesar de la imagen extendida —al menos entre quienes no son conocedores del “Folklore” sociológico— de que los científicos sociales trabajan objetivamente, sin permitir que sus explicaciones teóricas influyeran o tergiversen la voz clamorosa de los datos, la verdad es que las teorías sociológicas se convierten en una de las fuerzas que pretenden moldear esa misma sociedad que analizan. No es indiferente, por lo tanto, escrutar y someter a crítica las explicaciones socio-antropológicas, en este caso algunas de las ofrecidas acerca de los ritos y de sus funciones en la vida social.

1. El debate alrededor de Durkheim.

Los conocedores contemporáneos de la obra sociológica de Durkheim se encuentra agudamente divididos a la hora de apreciar las implicaciones generales del dinamismo subyacente en los estudios de este gran sociólogo francés.

1.1. Durkheim, el Conformista y Defensor de la Estabilidad social.

Para quienes se ubican en uno de los extremos del espectro, la preocupación absorbente de Durkheim habría sido la consolidación del “orden normativo de la sociedad”. (9) Esta preocupación se halla elocuentemente testimoniada en la búsqueda de solidaridad social que recorre sus libros más importantes. Esta búsqueda de solidaridad social, sin embargo, ha sido interpretada, en términos del debate antes mencionado, como significativa— de lo que Edward Shils llama “la visión consensual de la sociedad”. (10) Naturalmente que en esta interpretación no se concede al consenso la calificación privilegiada que Shils de hecho le otorga. Por el contrario, esta interpretación estigmatiza el énfasis puesto en el consenso como olvidadizo de las orientaciones sociológicas denominadas por Shils “alienada” y “manipuladora” (equivalentes, en otras palabras, a las corrientes marxista—radical y reformista), que, según las perspectivas de sus defensores, —deberían constituir el servicio de la sociología a la sociedad. (11) En cualquier caso, Durkheim exalta el aspecto de la sociedad que consiste en la coerción moral que ejerce sobre los individuos. Durkheim piensa que sin una integración llena de sentido y sin una regulación por la sociedad, la vida de la gente sería absurda, resultaría perturbada y produciría orientaciones sociales distorsionadas. La gente cedería al egoísmo, al altruismo patológico, a la anomia o al fatalismo, incluso hasta llegar al borde del suicidio.

Afortunadamente, sin embargo, la sociedad, ser superior a cualquier individuo, desafía a los individuos a llevar una vida correspondiente con las normas que ella impone. Por lo tanto, “el hombre no puede adherirse a metas elevadas sin someterse a una norma si no ve nada por encima de él, a lo cual pertenecer. Liberar al hombre de toda presión social es abandonarle a sí mismo y desmoralizarlo.” (12) Es precisamente una identificación consistente de ese “algo por encima del hombre” con la sociedad lo que ha llevado a una parte de los contendientes en el debate a sospechar que Durkheim “deificó irresponsablemente a la —sociedad”. (13) Con ello habría insertado en la visión de la sociedad el conformismo con el status quo como un perjuicio abrumador de sus análisis sociológicos. La mayoría de las veces los cambios sociales tendrían que ser interpretados como una aberración, y los trastornos que estos cambios conllevan frecuentemente tendrían que ser percibidos con gran ansiedad.

Por supuesto que no se encuentran muchos sociólogos que ataquen a Durkheim por esta concepción con la franqueza con que atacan a Parsons, por ejemplo, a quien consideran justamente, pensamos, como a su heredero más influyente. A pesar del desenmascaramiento que Freud llevó a cabo respecto de las imágenes paternas, la mayoría de las veces la mayor parte de la gente, incluidos los sociólogos, tratan aún a los padres con harta diferencia, si no con reverente veneración. No hay que olvidar, después de todo, que Durkheim es uno de los padres de la sociología moderna.

1.2. Durkheim, el Teórico del Cambio Social.

Al otro extremo del espectro nos encontramos con una esforzada defensa de la sociología de Durkheim, precisamente desde el punto de vista de la apertura de su sistema sociológico al cambio social. “La defensa” no litiga meramente para demostrar la apertura de las visiones sociológicas de Durkheim a acontecimientos reales de cambio. Por supuesto que sólo esto constituiría nada más que una banalidad. Los sociólogos han sido tan poco capaces, como norma general, de dotar a sus grandiosas teorías del poder de bloquear el cambio como lo han sido para proveerlas de los medios para llevar a la práctica el precepto de Marx de —cambiar el mundo”. (14) Aunque, como hemos insinuado en la introducción, sus teorías y sus observaciones científicas de la realidad han proporcionado muchas veces la cobertura ideológica para bloquear o impulsar los cambios. (15) Lo que la “defensa” quiere decir es que la sociología de Durkheim si proporciona explicaciones científicas del cambio social. Más aún, el artículo de Robert Bellah, Durkheim y la historia, es una brillante expresión de este tipo de defensa, originada en la mente de uno de los sociólogos de la religión más perceptivos de nuestro tiempo, quien, por otro lado ha cambiado profundamente su enfoque de la sociología religiosa desde 1959 en que escribió el mencionado artículo. (16) Bellah presenta su caso desde dos dimensiones, la metodológica y la teórica.

Durkheim —afirma Bellah— toma en cuenta metodológicamente la historia, y con ella el cambio, primero porque sin el conocimiento del pasado el sociólogo no puede explicar adecuadamente los factores variables operantes en el presente, lo cual constituye precisamente, según Durkheim, la tarea de la sociología. En segundo lugar, y de manera más importante, toma en cuenta la historia por ser fiel a lo que considera la naturaleza misma del método sociológico, que es un método comparativo. El mejor uso de este método (su utilización ideal) “es su aplicación a una serie extensa de tipos sociales, que incluya un amplio espectro de materiales históricos y etnográficos” (17) Sobre esta base Bellah se siente autorizado a afirmar que, para Durkheim, “la historia es central en la sociología” (18), y

que en la visión de madurez de Durkheim... sólo existe un método explicativo que es histórico y sociológico el mismo tiempo". (19)

A continuación el artículo de Bellah, al discutir cómo la historia y el cambio social encajan teóricamente en las explicaciones sociológicas de Durkheim, hace avanzar la discusión hacia problemas aún más importantes de teoría sociológica. Dice que Durkheim es considerado como uno de los fundadores de la teoría sociológica llamada estructural—funcionalista. Por otro lado, el estructural—funcionalismo (la sociología "establecida" del mundo occidental) se mostraría incapaz de bregar satisfactoriamente a nivel teórico con los cambios sociales. Bellah rechaza este cargo de inmediato y se propone probar que el estructural—funcionalismo de Durkheim ofrece una teoría del cambio social, o al menos algunos cimientos fundamentales para una tal teoría.

Con anterioridad a su obra sobre la sociología de la región —continúa Bellah— Durkheim dio importancia prevalente a "variables morfológicas para explicar los procesos sociales en sus causas" (20). Los aumentos de tamaño o de densidad moral o dinámica en un sistema social (Durkheim habría dicho: una "totalidad"), es decir, una mayor interacción entre las unidades del sistema, hacen que también se incremente la competencia entre estas unidades. Así pues, Durkheim ve la diferenciación estructural como una respuesta de adaptación ante un aumento de competencia. De esta manera, la especialización, "la división del trabajo", que comienza al nivel de las actividades económicas pero afecta mucho otras dimensiones de la actividad humana, se constituye en "un aspecto importante del cambio social" (21). Enseguida Bellah muestra cómo Durkheim aplicó adecuadamente su teoría del cambio social a través de la diferenciación estructural a los estadios (de una evolución no unilinear) por los cuales la "familia conyugal" (hoy denominada "nuclear") emergió a partir de sus orígenes en el "clan difuso". Lo mismo hace con otra de las aplicaciones de Durkheim, el problema de la emergencia de la individualidad personalizada a partir de su estado primigenio de fusión con el todo social. Además, Bellah muestra cómo, en el curso de este proceso, la familia y el individuo adquirieron funciones sociales nuevas y perdieron otras. Finalmente nos conduce a través de la explicación que da Durkheim sobre cómo una unidad del sistema ("la parte de un todo", en términos Durkheimianos) pierde y adquiere funciones. Este último proceso no implica "necesariamente una versión debilitada de su antigua identidad; puede también tratarse de una nueva y más especializada unidad que cumpla importantes funciones a un nuevo nivel de complejidad (social)" (22) Por ejemplo, gran parte de la tarea de socialización" de individuos recién nacidos es transferida de la sociedad total a la familia; por el contrario muchas de las funciones económicas que ejercitaba la familia en niveles de sociedad anteriores y menos complejos, quedan ahora en manos de organizaciones económicas especializadas. En estos niveles más complejos de la evolución social, la sociedad, para ejercer su control social, confía más en la interiorización de normas (que Parsons ha denominado "individualismo institucionalizado") que en la coerción externa.

Bellah concluye esta parte de su argumentación, subrayando un punto, considerado importante por él: "Los conceptos analíticos básicos (Durkheimianos) de morfología social y de diferenciación social... tienen aplicación tanto para el cambio actualmente en curso, como para el cambio histórico a largo plazo". (23)

En este nivel teórico, sin embargo, Bellah arguye que la contribución más grande de Durkheim a la teoría del cambio social surge a partir de su obra sobre la religión. Esta opinión es muy consistente con la visión que el mismo Durkheim tenía sobre la sociología de la religión, tal como aparece recensionada en el artículo de Bellah:

Ya desde el principio, la religión contiene en sí, si bien en estado difuso, todos los elementos que, al

disociarse, al adquirir determinación propia y al combinar unos con otros... han dado a luz las diversas manifestaciones de la vida colectiva... Toda una multitud de problemas cambian completamente de aspecto desde que reconocemos su relación con la sociología de la religión. (24)

Tal aporte a la teoría del cambio social, calificado por Bellah de "descubrimiento fundamental" (25), atañe a la idea de representaciones colectivas. Ciertamente este concepto, junto con los de conciencia colectiva, memoria colectiva y otros de la misma vena, es uno de los conceptos sociológicos por los que Durkheim se ha hecho famoso.

Las representaciones colectivas son representaciones de aquellos modos de actuar, a los cuales la sociedad se adhiere con fuerza suficiente como para imponérselos a sus miembros (y a los cuales), precisamente por ello, los marca con una señal distinta provocadora de respeto. Por el hecho de haber sido elaboradas en común, el vigor con que han sido pensadas por cada mente particular es mantenido en todas las otras mentes, y reciprocamente... poseen una intensidad que no podrían alcanzar jamás ningún tipo de estados de conciencia puramente privados...

Es la sociedad la que habla por la boca de quienes afirman estas representaciones en nuestra presencia... (26)

Con respecto a una teoría del cambio social, Bellah subraya el hecho de que, incluso si las representaciones colectivas (a las que, por muy inadecuado que sea, podría dárseles el nombre más contemporáneo de valores):

emergen del "sustrado social" y lo reflejan (las variables morfológicas del período temprano de Durkheim vienen aquí indicadas por ese sustrado social), sin embargo una vez existentes, son "realidades parcialmente autónomas", que influyen independientemente el desarrollo social subsiguiente. Así pues, Durkheim, por medio del concepto de representaciones colectivas, hizo el descubrimiento fundamental de la cultura como un elemento analíticamente independiente del sistema social. (27)

El punto final del artículo de Bellah, de interés para nuestro tema, consistente en iluminar cómo, según Durkheim, influyen en el cambio social las representaciones colectivas. Cuando en una sociedad no hay tensiones especialmente serias,

no se cuestionará el sistema aceptado de representaciones colectivas. Sólo cuando... hay un gran movimiento y una gran agitación social, se formulan nuevos sistemas de ideales, que más tarde contribuyen a la consolidación de un sistema social estabilizado recientemente. (28)

El punto culminante de la posición de quienes arguyen que la obra de Durkheim ofrece un marco teórico en el que se contiene una teoría del cambio social es alcanzado por Bellah y Parsons cuando encuentran vinculaciones y similitudes, incluso identidad, entre la categoría Durkheimiana de lo sacro y la categoría Weberiana del carisma. El paralelismo amplio e incondicional, delineado por Parsons, en su primera y quizás más importante obra, entre la legitimidad entendida por Weber y la autoridad moral según Durkheim, entre el carisma Weberiano y lo sacro según Durkheim, (29) lo ha matizado notablemente el mismo autor treinta años después. En la "introducción" a la traducción inglesa de la sociología de la Religión de Weber, Parsons enfatiza el olvido en el que había caído el concepto Weberiano de carisma institucional y propone su opinión de que "en este último contexto el concepto Weberiano de carisma es idéntico con el concepto Durkheimiano de lo sacro" (30). Por su parte, Bellah, en una nota al artículo anteriormente mencionado, escribe:

...Durkheim cree que el socialismo, la revitalización religiosa y el método histórico, aun siendo diversos, son las tres reacciones a grandes

cambios sociales producidos por la revolución industrial... La relación entre este punto de vista y la idea Weberiana de una revolución carismática no puede ser pasada por alto. Durkheim acentúa los rasgos de perturbación social; Weber, en cambio, las reacciones carismáticas.

Pero ambos son las caras de un mismo proceso. (31)

1.3. Apreciación del Debate: Primacía de la vida colectiva, del conformismo y de la estabilidad.

En nuestra opinión, estos intentos de convergencia teórica, en lugar de tener como fruto una síntesis teórica más poderosa, terminan por difuminar lo que —pensamos— son, en realidad, visiones muy diferentes sobre la sociedad..

En nuestra opinión, la forma como Parsons mitiga, (circunscribiéndola), su antigua interpretación de que lo sacro y el carisma eran categorías globalmente idénticas, no ayuda a entender la forma como Durkheim y Weber explican teóricamente la sociedad y sus procesos: normativamente, el primero; voluntarísticamente, el segundo. Después de todo, todo carisma que no sea personal es, para Weber, un carisma derivado o de segunda clase. Esta afirmación admite ser matizada, aunque no suprimida, por el papel que ocasionalmente concede Weber a la capacidad inagotable de ser reactivos, propia de elementos carismáticos, contenidos en órdenes normativos, si bien en estado de rutinización. (32)

Así, por ejemplo, el proceso de racionalización, que Weber ve como la dirección principal y siempre ascendente de la historia, lo van impulsando, desde su punto de vista, las intervenciones carismáticas que atribuyen sobre todo a sus tipos proféticos. Por el contrario, Durkheim muestra una habilidad especial para transformar en algo social, colectivo, los fenómenos más inequívocamente personales. Un ejemplo nos lo da la forma como explica sociológicamente al “orador inspirado”: “Ya no es un único individuo quien habla; va un grupo encarnado y personificado” (33). Y ciertamente, para Durkheim, las grandes épocas de la historia, revolucionarias y creativas, no son el producto de personalidades carismáticas, sino el resultado de “una especie de grandes conmociones colectivas”, bajo cuya influencia “la interacción social ha llegado a ser mucho más frecuente y activa”. Las eras históricas cualitativas y decisivamente nuevas, en las cuales “los hombres adquieren visiones más amplias y diferentes... que en tiempos de normalidad (y) los cambios no son sólo de tonos o de grados...”, surgen de la “efervescencia general” creada por una tal concentración de fuerzas sociales. (34)

Yendo aún un poco más lejos, pensamos que, en cierto sentido, el establecimiento de convergencias entre explicaciones sociológicas tan diversas como las de Durkheim y Weber, no sólo conduce a malentendidos, sino que, en cierto sentido, es algo banal. Cuando Bellah afirma que Durkheim acentúa los rasgos de perturbación social, mientras que Weber hace énfasis en las reacciones carismáticas, siendo así que “ambos son dos caras del mismo proceso”, la afirmación nos parece despistante. En su simplicidad aparentemente inofensiva, se construye sutilmente una convergencia entre 2 focos de interés divergentes: la conservación del orden social y el dinamismo del cambio social, respectivamente. Por supuesto que no podemos cerrar los ojos ante el hecho de que los objetos de estos focos de interés divergentes son, en realidad, “dos caras de un mismo proceso”. Sin embargo, la cuestión nos parece estar en el peso relativo que Durkheim y Weber concedieron a cada una de estas dos caras el esforzarse por explicar el proceso: en este punto difirieron profundamente. Así pues, la afirmación

nos parece, a primera vista, despistante. Con esto, no obstante, no queda todo dicho.

En otro contexto, Bellah atribuye el mismo significado al concepto freudiano del inconsciente, al concepto de efervescencia colectiva acuñado por Durkheim y al concepto Weberiano de carisma. (35) Estos tres conceptos los ve como avances revolucionarios que ensancharon el marco teórico positivista y explicaron la conducta humana, tal como puede ser observada, en términos que hicieron saltar el estrecho esquema utilitarista de medios y fines. De esta forma abrieron caminos para la integración científica de conductas “irracionales”, simbólicas y religiosas (aspecto éste —recuerda Bellah— apuntado por Parsons en 1937 en su obra primera: *La Estructura de la Acción Social*). Más aún, Bellah parece transmitir su convicción de que fue a través de estos procesos así conceptualizados como estos tres científicos sociales explicaron la posibilidad de que “algo nuevo...se incorpore al proceso de la historia” (36). No cabe duda de que es interesante aprender que Freud, Durkheim y Weber se esforzaron por dominar intelectualmente la irrupción de lo nuevo en la historia, pero sería banal detenerse ahí y evadir el hecho de que cada uno de ellos dominó el problema en términos que reflejan concepciones muy diferentes del hombre —en— sociedad.

Nuestra impresión es que, por mucho que Durkheim haya podido contribuir a esbozar una teoría del cambio social, ni siquiera un diluvio de páginas perceptivas sobre este aporte puede suprimir el hecho, que se impone, de que su preocupación más viva, a veces incluso angustiada, se centró alrededor de una sociedad que, en su mundo contemporáneo, iba perdiendo su dominio tradicional sobre los individuos. Para Weber, en cambio, nada podría haberle resultado más ajeno; su pasión dominante fue el anhelo de que surgiera una nueva raza de “profetas” a cuya antigua estirpe había él atribuido los avances más importantes de la humanidad. Además de dos venas claramente divergentes de explicación sociológicas a nivel teórico, nos encontramos aquí probablemente con dos juicios de valor fundamentalmente diversos. Weber lo percibió más claramente que Durkheim, quizás porque la preocupación de toda su vida consistió en proteger a la ciencia social de la contaminación de los juicios de valor. No se recató, sin embargo, de enunciarlos claramente en momentos culminantes de su actividad científica. Las palabras con las que casi finaliza *La Ética Protestante y el Espíritu del Capitalismo* son un testimonio de su desilusión con el Capitalismo des —espiritualizado, burocratizando, rutinizando, y de su pasión nostálgica por los nuevos profetas:

Allí donde la realización de la vocación no puede ser relacionada directamente con los más altos valores espirituales y culturales...el individuo abandona generalmente todo intento de justificarla.....En los EE. UU. la búsqueda del enriquecimiento, despojada de su sentido religioso y ético, tiende a asociarse con pasiones puramente mundanas, que le dan un aspecto deportivo.

Nadie sabe quién vivirá en esta jaula del futuro, o si al final de esta tremenda evolución, surgirán profetas enteramente nuevos o si sobrevendrá un gran renacimiento de viejas ideas e ideales, o, en caso de que nada de esto ocurra, nos encontramos con la petrificación mecanizada, embellecida con un compulsivo darse importancia. Pues de la última etapa de este desarrollo cultural se podría decir verdaderamente: “Especialistas sin espíritu, sensualistas sin corazón; estas nulidades se imaginan haber logrado un nivel de civilización nunca alcanzado antes”.

Pero esto nos introduce ya en el ámbito de los juicios de valor y de convicción.... (37)

Pensamos que Bellah ha arguido brillantemente en favor de la compatibilidad de una teoría del cambio social con el marco teórico básico de la sociología de Durkheim.

Después de su aporte quizás no se encuentre a nadie tan terco como para acusar a esta sociología de estar montada sobre la estabilidad como sobre su única base monolítica.

Sin embargo, partiremos de dos comentarios que aparecen en su artículo, en orden a avanzar hacia una refutación matizada de su "defensa". Hemos mencionado más arriba que Bellah subraya la capacidad del estructural-funcionalismo para explicar sociológicamente el cambio social, apuntando, entre otras dimensiones, hacia la pérdida y adquisición de funciones que experimentan las unidades de un sistema social en la transición de un Estado difuso de simplicidad a una etapa de especialización compleja. Al mismo tiempo enfatiza, que el proceso de personalización del individuo a través de la interiorización de normas sociales viene al caso como un buen ejemplo: a través de él los hombres fueron testigos de un cambio en la naturaleza del control social. A continuación añade:

Por tanto, Durkheim, al acentuar la necesidad de un cierto conformismo para (el mantenimiento) del orden social, desvía nuestra atención de un falso problema: el dilema del conformismo o anticonformismo, y la dirige hacia la consideración de varios tipos de conformismo que, por supuesto, incluyen la posibilidad de un conformismo patológico. (38)

Nosotros cuestionamos esta afirmación de Bellah. No pensamos que enfrentamos aquí un falso problema. Asumimos que nadie va a ser tan ingenuo como para imaginarse la posibilidad de la vida social, colectiva, sin cierto conformismo, es decir, sin una cierta y, quizás, una gran cantidad de aceptación de normas convencionales y de la mayor parte de las reglas del juego. Sin embargo, el juicio de este debate alrededor de la sociología de Durkheim, se asienta precisamente en el hecho de que existe toda una especie de cambios sociales, quizás, si bien no exclusivamente, los de tipo revolucionario, que exigen un decidido anticonformismo.

Nuestro punto de vista consiste en creer que Durkheim no se hallaba a gusto, ni siquiera teóricamente, con este tipo de absoluto anticonformismo. Es en este punto donde Weber se aparta claramente de Durkheim. Ciertamente, no toda la teoría Weberiana del cambio social está contenida en su conceptualización del profetismo carismático. En la visión sociológica de Weber, el proceso de racionalización es impulsado, en los muchos niveles en que conduce su marcha ascendente, por lo que él denominó el intelectualismo (es decir, la construcción sistemática de una teología) propia de los grupos sacerdotales en cuanto cualitativamente diversos de los proféticos. Este mismo proceso lo fomenta, también en su explicación, el intelectualismo de las clases medias, alienadas y subestimadas, principalmente de extracción urbana. Además es cierto que el proceso por el que el carisma se institucionaliza (proceso de rutinización del carisma) Weber lo considera como el camino hacia la consolidación de los avances producidos por el fenómeno carismático, intrínsecamente inestable. No cabe duda de que este proceso de rutinización introduce en la sociedad nuevas presiones que empujan al conformismo con el nuevo orden social. No obstante, no es menos verdad que Weber niega a los sacerdocios organizados la capacidad de conducir el proceso de racionalización a sus momentos culminantes, en los cuales irrumpe el cambio social revolucionario. Y se lo niega precisamente por los vínculos, generalmente inextricables que lo ligan al status quo. Parsons ha observado muy acertadamente que, "para Weber, el criterio esencial manifestivo de la profecía es si el mensaje constituye o no un llamamiento a romper con un orden establecido" (39). Esta percepción es totalmente coherente con la caracterización Weberiana del carisma que, en su concepción, "es revolucionario y los trasciende todo valorativamente; produce un rompimiento soberano con todas las normas tradicionales o racionales: "está escrito, pero yo les digo a ustedes....." (40). "El profeta, además, es el portador prototípico del

carisma, para Weber. Ahora bien, según él, "la señal decisiva de la profecía" la encontramos allí "donde un mensaje religioso de salvación (es proclamado) a través de una revelación personal". (41). Esto no significa que la revelación personal equivalga a una creación de la nada. Por el contrario, puede suceder que su contenido implique un retorno a las fuentes, consideradas como traicionadas por procesos intermedios degeneradores. En este sentido, la profecía puede ser muy "tradicional", aunque nunca "tradicionalista" (42), y siempre en disconformidad con el orden social y/o cultural que la procedió inmediatamente.

Lo que, además, significa la profecía para Weber es que "los profetas.....no reciben su misión de ninguna instancia humana, sino que se apoderan de ella, por así decirlo" (43); "el carisma, en su estado puro, no conoce ninguna otra 'legitimación' que la procedente de su vigor personal" (44). Esta autoridad carismática, portadora de su propia legitimidad, representa el triunfo del individuo sobre la sociedad. Rara vez alcanza su perfección piensa Weber; y él mismo la desenmascara inmisericordemente cuando aparece en lo que él denomina "el ersatz (sucedáneo) de la profecía de cátedra" o de salón (45); a Weber le repugna su presencia en las universidades, en las que siente que "creará solamente sectas fanáticas, pero no una comunidad genuina" (46); finalmente, Weber sufre ante el declive aparente, quizás ante la extinción, de la auténtica profecía en esta "(nuestra) época", despojada de dioses y de profetas" (47). No cabe duda de que la legitimidad que brota de la autoridad carismática es para él la legitimidad por excelencia.

No sucede así en la sociología de Durkheim. Si en las épocas revolucionarias y creadoras, "los hombres adquieren visiones más amplias y diferentes...q' en tiempos de normalidad (y) los cambios no son sólo de tonos o de grados..." (48), esto ocurre siempre debido a la "acción estimulante de la sociedad" (49). Los cambios reciben su legitimación de la sociedad. La única autoridad que Durkheim reconoce como operante, incluso en los cambios revolucionarios del orden social, es la autoridad moral, es decir la autoridad sacra de la sociedad. No tiene sentido —pensamos— esforzarse por elaborar una identidad entre estas dos visiones, tal como hemos visto que Parsons trataba de hacer. Es necesario afirmar con Durkheim, que, en último término y a largo plazo, cualquier cambio, revolucionario o no, necesita ser legitimado por grupos humanos. Esto vale para los ámbitos sociales, económico, político, cultural y, quizás, también para el de la personalidad. Por ejemplo, en el ámbito de la cultura, o quizás mejor, de la civilización, Thomas S. Kuhn ha probado brillantemente que es la comunidad científica la q' en último término legitima las "revoluciones científicas". Pero también ha demostrado que ningún paradigma científico habría quedado obsoleto ni habría sido superado sin las intervenciones valerosas, aisladas, inflexibles, no conformistas y carismáticas de hombres de ciencia individuales. (50). Y es esto precisamente lo que Weber arguiría, en nuestra opinión, en contra del monolitismo colectivista de Durkheim.

No cabe duda, sea dicho de paso, que hay ciertas semejanzas entre la intuición sociológica fundamental de Durkheim y la de Marx. Ambos conceden una preeminencia a lo colectivo en sus interpretaciones y explicaciones de los fenómenos sociales. Claro está que "la" sociedad Durkheimiana, con su rasgo principal de solidaridad omnipresente, aparece mucho más complejo en la sociedad escindida en clases sociales, que Marx nos describe; la sociedad solidaria comunista es en Marx, sólo una obra del futuro, que será dada a luz conflictivamente. Por otro lado, nada podría ser más ajeno a la visión de futuro de Marx, en la que el hombre alcanzará su plena libertad y espontaneidad, que una solidaridad impuesta por un sistema de normas sociales omnipotentes. Pero, ni aún en el marxismo, que se ha convertido en prototipo de una sociedad colectivista, se pierde de vista la misión clave que, de hecho, realizan, a la hora de los

saltos revolucionarios cualitativos, los hombres —vanguardia, no-conformistas, en una palabra, carismáticos.

En segundo lugar, mi otro comentario, concierne a la apreciación del debate sobre Durkheim, atañe a otra de las observaciones de Bellah: “Los conceptos analíticos básicos (Durkheimianos) de morfología social y de diferenciación social...tienen aplicación tanto para el cambio actualmente en curso como para el cambio histórico a largo plazo” (51). Precisamente aquí puede estribar toda la fuerza de quienes han criticado a Durkheim por ser, en palabras del mismo Bellah, “un teorizador ahistórico” (52), una crítica especialmente punzante en nuestro tiempo de cambios increíblemente acelerados y de resistencias no menos increíblemente atrincheradas contra el cambio. “Esta crítica”, continúa Bellah, “despierta a menudo una nota ideológica, al acusar al estructural-funcionalismo de conservatismo político, de justificación del status quo, etc.” (53). No obstante la postura política de Durkheim en la Francia de fines del siglo XIX, postura que fue “radical” para su tiempo, el análisis de Bellah produce escasos resultados para disipar la imagen conservadora de Durkheim como teórico social.

El hecho de que la humanidad está sometida a cambios a largo plazo es una observación histórica tan obvia que podría equivaler a su no menos obvia (por superficial) contraparte: “nada hay nuevo bajo el sol”. Ser capaz de producir una teoría sociológica para explicar el cambio social a largo plazo es ya un logro. Pero no resuelve el problema de explicar la dinámica de los estallidos revolucionarios que ponen en movimiento algunos de estos cambios a largo plazo, algunos de los más significativos. En el pensamiento sociológico de Durkheim, los cambios a largo plazo intentan ser explicados por su teoría de las representaciones colectivas. El punto principal del análisis de Bellah es que éstas, aunque brotadas primigeniamente en el sustrato social, se convierten luego en elementos independientes de cambio cultural que, a su vez afectan a las variables morfológicas. Nosotros dudáramos que este punto apareciera más allá de toda duda. Existe un pasaje Durkheimiano que Bellah considera como “en sí mismo...suficiente para absolver a Durkheim de la acusación de ‘sociologismo’”. (54).

En su artículo lo cita largamente. He aquí lo que pensamos es la parte más importante de este pasaje:

“El crecimiento lujuriente de mitos y leyendas, de sistemas teogónicos y cosmogónicos, etc., que se desarrollan a partir del pensamiento religioso no está directamente relacionado con los rasgos particulares de la morfología social.”(55)

Nos sentimos insatisfechos y dudamos de que estas palabras hablen por sí mismas, ya que tenemos la impresión agobiante de que quien lea las conclusiones de *Las Formas Elementales de la Vida Religiosa* no podrá menos de confrontar un pensamiento muy diferente. No creo que sea suficiente citar unas cuantas frases de estas conclusiones. Más que un pasaje particular, se trata de la dirección principal de esas páginas culminantes de la obra de Durkheim la que nos deja perplejos acerca del peso que se deba dar a la cita mencionada inmediatamente antes, y en la que se apoya Bellah. Por lo tanto, quizás lo mejor sea mantenerse dentro de la convencionalidad y citar solamente el famoso trozo en el que Durkheim formula el núcleo de su bien conocida interpretación de la religión.

“Es esto precisamente lo que nos hemos esforzado por hacer. y hemos visto que esta realidad, que las mitologías han representado bajo imágenes tan diversas, pero que es la causa universal y objetiva de las sensaciones sui generis, de cuyo material está hecha la experiencia religiosa, es de hecho la sociedad.”(56)

Somos conscientes de que la importancia de esta formulación no es suficientemente poderosa como para decidir el debate. La aparente identificación que

Durkheim realiza entre la religión (y también entre Dios) y la sociedad ha sido recientemente revisada por Persons. Este autor ha afirmado que el aserto Durkheimiano de que las cosas sacras son símbolo de la sociedad ha perturbado a muchos, incluyendo a él mismo. A continuación trata de revisar esta perturbación y escribe:

“Sin embargo, si uno mira el problema desde una perspectiva evolutiva y habla de los símbolos que fundamentan la existencia humana, que, en parte al menos, es siempre social, entonces aparece como una fórmula mucho más razonable. Pienso que Durkheim hablaba esencialmente del marco fundamental de orden que debe ser asumido para que los fenómenos de la vida humana, con énfasis especial en su dimensión social, se hagan inteligibles. (57)

No es muy seguro que esta interpretación Parsoniana destruya la seriedad con que Durkheim llegó a identificar, a nuestro parecer, religión y sociedad. No obstante, Bellah (Parsoniano al escribir *Durkheim y la Historia*; pero en cuyo artículo se basa repetidamente el mismo Parsons al revisar sus puntos de vista más jóvenes sobre *Las Formas Elementales de la Vida Religiosa* hizo mucho antes la misma observación:

La famosa fórmula. “La sociedad equivale a Dios”, que quizás no signifique exactamente lo que frecuentemente parece significar, (y esto vale) incluso para *Las Formas Elementales*...Armand Cuvillier, en su introducción a *Pragmatismo y Sociología*, cita varios pasajes de las formas Elementales, en los cuales parece claro que la sociedad no ha de ser vista como un fin en sí misma, sino que posee este lugar exaltado por ser un canal excelente de manifestación de una realidad (un tercer término, además del individuo y de la sociedad), cuando se la compara con la conciencia individual. (58)

Tampoco esto nos convence completamente. Sea que se trate de la realidad trascendente, sin embargo, en cualquier caso, la sociología de Durkheim otorga a la sociedad, no solo un lugar elevado, sino absolutamente preeminente. Es este absolutismo el que no pensamos que pueda conciliarse con la realidad. Por esto creemos que el marco teórico Weberiano es más comprensivo, a pesar de no ser tan limpiamente consistente como el de Durkheim y a pesar de ser, precisamente por ello, vulnerable a acusaciones de “recurrir (aquí y allá a explicaciones) ad hoc”, (59) no generalizables, en sus interpretaciones de los fenómenos sociales.

El mismo Bellah nos parece que deja escapar, en *Durkheim y la Historia*, un sí es no es de embarazo con respecto a sus propias interpretaciones al tratar de probar su punto clave. Así, por ejemplo, no puede dejar de notar que Durkheim, “por el hecho de haberse referido a ambos niveles (en términos actuales: al sistema social y cultural) con el término de “sociales”, ha creado cierta dosis de confusión”. (60) Al Final, Bellah apacigua sus escrúpulos afirmando que, para Durkheim,

lo “social” incluye... más que la sociedad concretamente existente: incluyendo también los ideales. Por tanto, lo que Durkheim sostuvo es que lo sagrado para nosotros es la nación en cuanto que da cuerpo al ideal de humanidad... (y) llega a afirmar categóricamente que la moralidad está por encima del estado y de los individuos. (61)

A la luz de lo que se ha cometido en nombre de naciones, autoproclamadas como sagradas “en cuanto que daban cuerpo al ideal de humanidad”, este último comentario de Bellah nos deja profundamente insatisfechos. Insatisfechos, quizás, porque, en último análisis, pensamos que en las conclusiones de Durkheim al final de *Las Formas Elementales*, este padre de la sociología, en lugar de moderarlos, como piensa Bellah, (62) llevó a su paroxismo los sueños con que los precursores, Comte y Saint-Simon, soñaron sus “religiones cívicas” secularizadas. Pensamos, más bien, que una religión que, a través del proceso de (pseudo) secularización, termina por convertirse simplemente en la “religión cívica” de un

estado nacional, es la que mas se ajusta a la acusación Marxiana de que toda religión es una ideología, narcotizadora de todo un pueblo, al venderle los ojos ante la sutil manipulación del Estado y al alienar a los hombres todo lo "santamente" que se quiera. (63) No hay que olvidar que en Alemania, Inglaterra, Francia, etc., países en los que discurrió la experiencia vital de Marx, la religión aparecía en tipos bastante perfectos de iglesias "establecidas", trabadas en embarazosos compromisos con sus respectivos estados o principados.

Por supuesto que este peligro de degeneración de lo religioso persigue también al profeta idealizado de Weber, cuyo don es un genuino carisma. Y no tengo dificultad en afirmar que lo que se ha cometido en nombre de "líderes carismáticos" en los últimos cincuenta años resiste perfectamente cualquier comparación con los resultados de la idealización de los "estados nacionales sagrados". Weber, por su parte, siempre vio el peligro de cualquier sacralización absolutista de un determinado orden de valores, principalmente cuando se trata de imponerlos a otros sin respeto a decisiones libres. Por otro lado, tampoco hay que olvidar que, metodológicamente, Weber trabajó con elaboraciones conceptuales denominadas "tipos ideales", resultado de la reunión en un tipo de rasgos observables en una inducción histórica. El profeta Weberiano es uno de esos "tipos ideales", cuya concretización fenomenológica presenta siempre no pocas desviaciones del tipo ideal. En definitiva, fijándonos en la opción teórica de Weber, podrá parecer nos escéptica, desencantada, como él mismo la bautizó. Sin embargo, nos parece mas lúcida que la de Durkheim. (64) Aquí podría encontrarse el motivo por el que Max Weber abogó por una ética de la responsabilidad en el ámbito de la política, en cuanto contrapuesta a una ética de últimos fines. (65) Esto no quiere decir que compartamos su punto de vista.

La clave está, en mi opinión, en que, supuesto que la religión corre el riesgo permanente de caer en la trampa de la ideología, en el sentido Marxiano de servir a otros intereses, y supuesto que este peligro acecha incluso a las religiones que se esfuerzan por mantener su núcleo trascendente, caer en la trampa es casi una seguridad para la mayoría de las formas sucedáneas de religiones (pseudo) — secularizadas.

Al expresar estas opiniones, no pretendemos negar los intentos continuos emprendidos por Durkheim para mantener un balance delicado entre el individuo, los grupos o asociaciones secundarias y el estado, y esto a ambos niveles: el de la teoría sociológica y el de las recomendaciones de política social. De esta forma realizó un intento serio de construir un sistema controlado y balanceado, que significó el acercamiento mayor en un esbozo de nueva sociedad dentro de la generación de los fundadores de la sociología. (66)

Resumiendo esta apreciación del debate sobre Durkheim, pensamos que el conformismo con las normas sociales es una característica dominante en la visión sociológica de Durkheim, no obstante su reconocimiento de un ultraconformismo patológico, operante en lo que él denominó suicidio altruista. Para él la ausencia de normas sociales, la anomia, producida por normas contrastantes irreconciliblemente sin que ninguna obtenga consenso, parece siempre constituir un mal social más grave que el altruismo ultraconformista, es decir, la sumisión servil a las normas sociales. Aunque, para hacerle justicia, hay que añadir que su ideal habría consistido en una integración llena de sentido del individuo y la sociedad.

En nuestra opinión, esta característica hace difícil en su sistema teórico la explicación sociológica de un tipo específico de cambios, principalmente los revolucionarios.

Finalmente, nos inclinamos a sospechar que la influencia de la estructura social normativa sobre el origen de las representaciones colectivas de un cierto período sobre los miembros de la sociedad, parece ser tan dominantes

en la visión que Durkheim tiene de la sociedad, que se hace difícil considerar sus interpretaciones sociológicas como capaces de inspirar el tipo de cambio social a largo plazo, evolutivo, que ciertamente trató de explicar.

2. El Rito, según Durkheim, ¿es una institución conformista o innovadora?

Nos hemos extendido bastante, quizás demasiado, en este debate para poder responder a esta pregunta-guía dentro del contexto más amplio de la visión sociológica de Durkheim. A esta luz podremos ahora ser mucho más breves. Como hemos visto, el cambio social es explicado por Durkheim a partir, primero, de la diferenciación estructural; y, segundo, a partir de lo que aparece como posible influjo independiente de las representaciones colectivas sobre el sustrato social que originalmente las produjo. El rito, y en especial la efervescencia colectiva propia de él, es, en la sociología de Durkheim, el terreno en el que "nacen representaciones colectivas nuevas" (67). Sin embargo, esto ocurre sólo muy infrecuente en la historia, es decir, solamente "cuando el viejo sistema está resquebrajado, cuando hay un gran movimiento y una gran agitación social". (68) Normalmente, en cambio, la función del rito es sostener y reafirmar.

a intervalos señalamos los sentimientos colectivos y las ideas colectivas que hacen la unidad y... la personalidad (de la sociedad). Ahora bien, esta reconstrucción moral no puede lograrse sino por medio de reuniones, asambleas y concentraciones, en las que los individuos, al unirse estrechamente unos con otros, reafirman en común sus sentimientos comunes. (69)

Como hemos comprobado más arriba, las cosas sacras y, por lo tanto, los rituales y los ritos que los componen, son símbolos de la sociedad. Pues bien, la sociedad tiene un poder de creación que ningún otro ser observable puede igualar... (y) es la combinación más poderosa de fuerzas físicas y morales, de las que la naturaleza nos ofrece como ejemplos. (70)

Hemos recordado también que la sociedad "ha constituido de esta manera la base de la religión". Sin embargo, en la religión la sociedad se presenta idealizada y, entonces, surge a Durkheim la pregunta sobre el origen de esta idealización. Responde que es la vida colectiva la que produce la idealización de la sociedad que nos sale al encuentro en la religión.

Esto es posible porque la vida colectiva, al alcanzar un cierto grado de intensidad... hace brotar un estado de efervescencia que cambia las condiciones de la actividad psíquica... (Mientras participa en una liturgia) el hombre no se reconoce a sí mismo; se siente transformado y, consecuentemente, transforma su medio ambiente. Por encima del mundo real en el que transcurre su vida profana, ha situado otro que, en cierto sentido, no existe sino mentalmente pero al cual atribuye un grado de dignidad más elevado que al primero. Por lo tanto, se trata, desde un punto de vista doble, de un mundo ideal. (72)

Durkheim define lo sacro como "algo añadido a lo real y más elevado que esto" (73); a lo ideal lo define similarmente. Por lo tanto, sus explicaciones sociológicas de ambos tienen que coincidir. La sociedad es sagrada, pero no se hace consciente de su sacralidad ni despierta la fe de sus miembros en esta sacralidad, sino a través de la concentración que viene a la existencia precisamente en la asamblea de estos mismos miembros, a través de la celebración repetida de liturgias y ritos en los cuales se alcanza la efervescencia colectiva.

Así pues, el foco de los intereses de Durkheim, la búsqueda de solidaridad entre los miembros de la sociedad, solidaridad seriamente amenazada en la

sociedad francesa de su época precisamente por el enfrentamiento del laicismo con la religión, le llevó a una teoría de la vida social en la que la religión ocupa un rango preeminente, como inconsciente exaltación de esa solidaridad humana.

La búsqueda Durkheimiana de la reconstrucción de un orden social quebrado hizo que su atención se dirigiera hacia lo que él pensaba ser el fenómeno universal se la creación y recreación del orden social por medio de las representaciones colectivas que surgen de una realización ordenada de los ritos religiosos. Las implicaciones que nos despierta normalmente el vocablo "efervescencia" no deberían desviarnos a la hora de interpretar lo que quiso significar Durkheim con su efervescencia colectiva. No se trata de un fenómeno incontrolable de conducta multitudinaria o de psicosis masiva. Son los ritos, establecidos en patrones litúrgicos que incluyen rúbricas (escritas u orales, legisladas por códigos jurídicos o costumbristas), los que él consideró como dotados del poder de crear y recrear la solidaridad humana. Solamente en momentos excepcionales de la historia, como, por ejemplo, durante la Revolución Francesa, rompe la efervescencia colectiva todos los patrones litúrgicos tradicionales y, a partir de un desorden creativo, algo nuevo, un nuevo orden, hace su ingreso en el proceso de la historia. (74)

En la teoría sociológica de Durkheim no hay nada más serio que la vida social o colectiva. Por eso la Religión, el sistema simbólico de creencias y ritos que se refiere a las cosas sagradas (a saber, a la sociedad), es "lo que cohesiona en una única comunidad moral...a todos los que le prestan adhesión" (75). Por eso, la Religión, en palabras famosas originales de Durkheim, es de la *vie sérieuse*.

Dentro de la religión, lo más serio es su elemento eterno, el culto. Por tanto, incluso aún cuando muchas celebraciones religiosas tienen el carácter de fiestas, desplegando una participación en el estado de ánimo de los juegos y llegando a veces a compartir elementos orgiásticos, una religión y, principalmente, unos ritos, que fueran sólo un juego, no merecería tal nombre sacro... "Un rito es algo diferente de un juego; es parte de la seriedad de la vida." (76) Si algunas veces los ritos muestran la fisonomía de los juegos, si el culto se apodera del creyente con "gozo., paz interior., serenidad., entusiasmo (proporcionándole así) una prueba experimental de sus creencias" (77), esto sucede porque la sociedad, corporeizada en los ritos, "desarrolla fuerzas morales (y) despierta sentimientos de refugio, de escudo, de apoyo y custodia, que atraen al creyente a su culto" (78).

Todo esta terminología puramente religiosa no tiene por qué llevarnos a engaño hasta el extremo de hacernos olvidar que, en la visión de Durkheim, estamos tratando aquí con procesos simbólicos. Esas creencias, que los ritos no solamente "traducen externamente... sino que son creadas y recreadas periódicamente (por ellos)", (79), son en la realidad representaciones colectivas, categorías para la acción, valores — llamémosles así — a los cuales la sociedad se encuentra "tan fuertemente atraída como para imponérselos a sus miembros" (80).

Por lo tanto, Durkheim, al enfrentarse con el arduo y espinoso problema del orden social, quebró el esquema positivista, como apuntó ya Parsons brillantemente en 1937. En aquellas actividades sociales que, para los sociólogos y otros científicos sociales positivistas, representan actividades sin sentido, por cuanto no utilitaristas, es decir, en los ritos, él descubrió "lo que hay de eterno en la religión" (81). Sólo con las ideas no se agota la realidad social; los esquemas utilitaristas de medios—para—un—fin dejan sin explicar una región importante de la conducta grupal humana. Son los ritos los que crean y recrean las ideas. Antes de Durkheim, en cambio, la ciencia social, aún en pañales, había considerado las ideas doctrinales y la creencia en ellas como

el elemento más importante en la religión. Con Durkheim el orden queda invertido. Es la acción humana la que hace brotar y da sentido al pensamiento humano y, normalmente, lo conserva como un sistema sobre el cual se puede edificar la solidaridad humana. Marx, antes que Durkheim, había también acentuado que las ideas religiosas respondían a otras realidades; en su opinión, a los intereses económicos de las clases sociales. Ambos coinciden, pues, en encontrar una realidad más allá de la apariencia de la fe religiosa. Marx la estigmatiza y pretende cambiarla revolucionariamente. Durkheim, la venera y pretende recrearla, renovarla. Aquí, sus visiones se apartan profundamente. Durkheim pensaba que la crisis de su época consistía en que las representaciones colectivas tradicionales, las que eran consideradas y aceptadas superficialmente como meramente religiosas y no como simbolizadoras de la sociedad, aquellas grandes realidades del pasado que llenaron a nuestros padres de entusiasmo, ya no suscitan en nosotros el mismo fervor, bien porque han llegado a ser tan comunes que nos mantenemos inconcientes ante ellas, o bien porque ya no responden a nuestras aspiraciones actuales; pero hasta el momento no hay nada para reemplazarlas. (82)

Su gran esperanza es que surgirán nuevas liturgias que restaurarán la solidaridad social. La ciencia tendrá la función de criterio, al menos negativo, según el cual se examinarán las nuevas representaciones colectivas. La fe —escribió Durkheim— "no puede afirmar nada que (la ciencia) niegue; ni puede negar nada que ella afirme, ni establecer nada que no esté directa o indirectamente fundado en principios tomados de ella..." (83) Sin embargo, las especulaciones religiosas en sí mismas no serán de orden científico. La palabra final de Durkheim sobre las relaciones entre ciencia y religión reza así: "todo nos hace prever que...el control (de la ciencia sobre la fe) se hará cada vez más extenso y eficaz y que no se podrán poner límites a su influjo futuro" (84) No obstante, "la religión, incluso la más racional y secularizada" se mantendrá siempre impaciente respecto del talante "inactivo" de la ciencia:

Porque la fe es antes que nada un impetu hacia la acción, mientras que la ciencia...siempre se mantiene a cierta distancia de (la acción)...(la ciencia) es fragmentaria e incompleta, avanza despacio y nunca está acabada; Pero la vida no puede esperar. Las teorías, cuyo destino es hacer que los hombres vivan y actúen, están, por lo tanto obligadas a adelantarse a la ciencia y a complementarla prematuramente. (85).

En cierto sentido, pues, Durkheim permaneció coherentemente positivista hasta el fin de su vida. Pero no es menos cierto que, aparentemente, vivió con una tensión nunca resuelta entre sus puntos de vista sobre la relación que rige a la fe en su vinculación con la ciencia. Claro está que esto no tiene por qué para-lizarnos en este análisis, puesto que no es la fe (intelectual o, más aún racionalísticamente interpretada por él) el elemento de la vida religiosa en el que Durkheim muedra mayor interés, sino más bien los ritos. Y esto, incluso cuando dirige su atención a lo que llegarán a ser las religiones más ilustradas del futuro. Al contrario de Comte, no se entretiene en profetizar los ritos del futuro hasta detalles muy particulares. Durkheim no creía en religiones que surgieran como criaturas de laboratorios; sostuvo siempre que sólo "la vida... puede producir un culto vivo" (86). Únicamente insinúa algunos ejemplos del tipo de acontecimientos que serán conmemorados religiosamente en la "religión cívica" del futuro: "la promulgación de un nuevo sistema moral o legal o algún acontecimiento importante de la vida nacional" (87).

Pensamos que en estas visiones de futuro, tan sobrias, Durkheim mostró un cierto tipo de aguda exactitud. La Alemania nazi, las sociedades comunistas, o más bien lo que hoy quieren ser sus aproximaciones asintóticas, han recurrido de hecho a esta clases de sustitutos seculares de

las celebraciones litúrgicas religiosas: imponente celebración, a lo Imperio Romano, del día del Partido Nacional — Socialista en Nüremberg, consagración ritual, festival de la juventud en Alemania Oriental; “iconos” de los grandes líderes y/o fundadores del socialismo, desplegados en formatos enormes en la Plaza Roja de Moscú; desfiles multitudinarios con el fin de venerar a los pioneros de los viajes espaciales, etc. Un fenómeno semejante ha sido profundamente estudiado a propósito de la religión secular de los E.E.U.U.: Los monumentos a Washington, Lincoln, etc., a más de la tumba de los hermanos Kennedy en Arlington, representan un itinerario forzoso, en todo similar a un peregrinaje o un jubileo, para el visitante norteamericano de su ciudad capital. (88) Nuestras reticencias sobre este tipo de fenómenos han quedado consignadas más arriba en este mismo artículo.

Comentaremos finalmente la comprensión Durkheimiana de los ritos dentro del contexto del párrafo anterior. Los ritos del futuro tendrán la misma función que tuvieron los ritos del pasado: “sostener y reafirmar los sentimientos colectivos y las ideas colectivas que hacen la unidad y.. la personalidad (de la sociedad)”. (89). Habrá, por supuesto, instantes creadores, irrupciones de algo nuevo:

Vendrá un día en que nuestras sociedades conocerán de nuevo esas horas de efervescencia creadora, en el curso de las cuales surgen nuevas ideas y se encuentran nuevas fórmulas que, durante un tiempo, sirven a la humanidad como guías...

Sin embargo, más tarde, cuando hayan pasado esas horas, los hombres sentirán espontáneamente la necesidad de revivirlas de vez en cuando idealmente, es decir, de mantener vivo su sentido por medio de celebración y que reproduzcan regularmente sus frutos. (90).

¿Durante cuánto tiempo? Si andamos bien encaminados en nuestra apreciación del debate sobre Durkheim, más bien tenderíamos a pensar que los ritos Durkheimianos del futuro no inspirarán mucha innovación. Por lo menos, nos parece claro que la preocupación absorbente de su sociología se centró más en el conformismo con la estabilidad del orden social que en la innovación de este último. La ausencia del orden, el rompimiento de esa solidaridad masiva que de él se derivaría, es lo que realmente le atormentó.

Respecto de las nuevas formas con que los hombres revestirán la vida social, no cabe duda que previó su surgimiento como inevitables; sin embargo, no es menos cierto que no pudo ir más allá de un esbozo difuminado de los rasgos que tomaría la solidaridad en el futuro. Su repugnancia al conflicto le hizo proyectar demasiado hacia el presente el ideal de un cuerpo social compacto, sin fisuras, con el que siempre soñó.

Así, hemos llegado a encontrarnos, en la teoría sociológica de Durkheim, con una “parte del todo”, con una unidad del sistema socio-cultural de la acción humana, a saber: los ritos, que, estando contruidos sobre roca, sobre el poder, durable y fascinante, de la sociedad, ha resistido con éxito el proceso a largo plazo de diferenciación estructural. Las palabras tienen su importancia; son portadoras de un poder que no debe despreciarse. “Lo eterno de la religión”: éstas son las palabras que usa Durkheim para caracterizar los ritos. No hay, pues, por qué sorprenderse de que, para él, la función de los ritos haya permanecido estable desde la sociedad primitiva hasta las sociedades complejas de hoy.

3. Posiciones alternativas a la visión Durkheimiana de los ritos.

¿Es cierto, en realidad, que los ritos hayan permanecido tan estables en su función social? Esta pregunta tiene por objeto cuestionar las bases de la interpretación Durkheimiana de los ritos y de la religión.

3.1. Crítica de la teoría Durkheimiana de los ritos.

Durkheim fundamentó su explicación teórica de la religión y, dentro de ella, de los ritos, casi exclusivamente en el estudio del totemismo de los australianos primitivos, al cual consideró como la religión prototípicamente primitiva. (81) Esta frase sencillamente expositiva está, no obstante, plagada de problemas para cualquiera que haya incursionado en las investigaciones de Evans-Pritchard, el famoso antropólogo de la escuela de Oxford, o para quien haya querido comparar el uso que hace Durkheim del método socio-histórico con el que del mismo método hace Max Weber. Nos fijaremos primero en el problema que, a nuestro parecer, es de importancia decisiva para la validez de las conclusiones teóricas de Durkheim. Después de haber justificado que su elección del totemismo australiano como el objeto de observación más apto para desvelar la naturaleza de cualquier religión, y en cierto modo de la religión ut sic, (92) Durkheim afirma en el párrafo primero de sus conclusiones:

Podrá objetárseme que una sola religión, cualquiera que sea su ámbito de extensión, es una base muy estrecha para una tal inducción. Ni por un momento hemos soñado en ignorar el hecho de que una amplia verificación pueda añadir autoridad a una teoría, pero es igualmente verdadero que cuando una ley ha sido probada por un experimento bien hecho, esta prueba posee validez universal. (93).

En primer lugar, nos referimos brevemente al hecho de que las frases anteriores pueden, representar una extrapolación injustificada del método de las ciencias naturales al de las ciencias sociales. Estas han padecido desde su comienzo un complejo de inferioridad con respecto a las ciencias de la naturaleza, reflejo, probablemente, de una larga y ardua batalla por la adquisición de su respetabilidad científica. El desafío presente ante la ciencia social ha consistido en estar a la altura de la complicación y perfección metodológicas y de los resultados, pretendidamente exactos y generalizables en leyes, de las ciencias físicas, químicas y biológicas.

La sociedad y la cultura, sin embargo, albergan en su interior poderes creadores e incontrolables, los poderes del hombre y los grupos humanos; estas fuerzas están a un nivel cualitativamente diverso del de las fuerzas misteriosas, pero al fin y al cago repetitivas, de la naturaleza. Por tanto, estas últimas son predecibles de una manera menos ardua que las fuerzas humanas y sociales; se las puede reducir a leyes, aun a costa de riesgosas experimentaciones, pero que presentan un carácter mucho menos inestable y voluble del que exhiben las generalizaciones sobre el hombre y la sociedad. Finalmente, tras de hallazgos teóricos como el principio de indeterminación de Heisenberg o la teoría de la relatividad de Einstein, hoy sabemos con cuánta menor confianza se formulan las leyes científicas en los campos antes citados.

No obstante, el núcleo de la cuestión creemos encontrarlo en el hecho de que Durkheim no nos parece haber estado a la altura, en su teoría sobre la religión, de lo que él mismo consideró como la utilización óptima del método socio-histórico. Las consecuencias de este fallo pueden haber sido de gran alcance. En palabras de Evans-Pritchard, al afirmar que “un experimento bien controlado es suficiente para establecer una ley... me parece no significar mucho más que la ignorancia de aquellas instancias que contradicen a la así llamada ley”. (94) De hecho, Max Weber, en sus estudios de sociología comparada de las religiones, ofrece un ejemplo de cómo hay que usar el método de las religiones, para producir resultados de algún modo confiables. La amplitud de materiales que examina, tanto en cuanto al número de expresiones religiosas diversas como a religiones escalonadas en diversas épocas, es fabulosa.

En tercer lugar, el "experimento bien controlado", a partir del cual deriva Durkheim su teoría general de la religión y de los ritos, lo diseñó sobre la base de materiales proporcionados por una religión primitiva. Evans-Pritchard, al referirse a esta particularidad, rechaza los resultados obtenidos por Durkheim de manera más bien contundente: "Durkheim dice que la religión totémica contiene todos los elementos de otras religiones, incluso de las más complejas. Durkheim se mostró lo suficientemente ingenuo como para admitir que da lo mismo carreta que carro (that what is sauce for the goose is sauce for the gander)" (95) Bellah, en tono respetuoso de discípulo, afirma simplemente: "Desgraciadamente Durkheim nunca emprendió un estudio en gran escala del puesto de la religión en la sociedad moderna". (96). Se siente aquí la diferencia entre un antropólogo, desvinculado de Durkheim y entrenado en las cautelas que induce la observación de diferentes culturas y contextos sociales precisamente por su trabajo de campo en el tema de las religiones primitivas, y un sociólogo que, sin ser en manera alguna constructor facilitón de generalizaciones culturales, (97) no obstante, desliza, al tratar de otro tema, una observación lateral sobre la obra de otro sociólogo, de cuyo legado teórico depende profundamente.

Existe una cuarta objeción a las teorías de Durkheim. Su contenido ha sido objeto de agrias discusiones. Se refiere a la confiabilidad de los materiales australianos con los cuales trabajó. Parsons (98) y Bellah, este último con gran ardor, defienden dicha confiabilidad y el modo como Durkheim interpretó tales materiales. Bellah cita a autoridades antropológicas tan serias como Lévi-Strauss, Radcliffe-Brown, A.P. Elkin y W.L. Wagner, como reconocedores de los aportes durkheimianos en este campo. Además hace notar que los tres últimos fueron también "excelentes investigadores de los materiales australianos". Finalmente no concede importancia a la mayoría de "los antropólogos que han criticado a Durkheim por ser etnógrafo de sillón", y les devuelve la acusación afirmando que nunca "pusieron sus pies en Australia" (98) (a) Evans-Pritchard, en su crítica de las interpretaciones durkheimianas, tanto de detalle como generales, de los materiales australianos, parece depender de Van Gennep, una autoridad en totemismo. La crítica de Van Gennep, "demoledora" en opinión de Evans-Pritchard, habría sido pasada por alto por Durkheim y sus colegas. (100). Además, en apoyo de sus propias críticas surgidas de su trabajo de campo entre los pueblos del Nilo, aduce a G.C.W. Wheeler, Robert H. Lowie y Alexander A. Goldenwiser. Por supuesto que no estamos equipados para poder expresar una opinión sobre este asunto de la discusión.

Evans-Pritchard lanza una crítica contra la interpretación durkheimiana de los ritos que, en su opinión, es decisiva. Paradójicamente, afirma, Durkheim acabó explicando un hecho social por medio de una teoría psicológica, procedimiento aborrecido por él mismo y totalmente contrario a las reglas de investigación y de construcción teórica que elaboró como su propio método sociológico. Sin embargo, esta objeción descansa sobre la interpretación que Evans-Pritchard realiza de la "efervescencia colectiva" como una "sobrecitación emocional de los individuos... (producida por) una especie de histeria colectiva" (10) Pensamos que aquí descarrila su crítica, como ya lo hemos indicado en páginas precedentes.

Otra objeción de Evans-Pritchard reza como sigue: "la emoción es producida... por los ritos y las creencias que les dan ocasión; de modo que los ritos y las creencias no pueden ser aducidos convincentemente como producto de la emoción". (102) La explicación del punto de vista de Durkheim, hecha por Bellah, presta menos credibilidad a esta objeción. Originalmente, es cierto, es el sustrato social el que atrae a los hombres a congregarse en asambleas cúlteras en las que surge la efervescencia colectiva;

pero esta última posee la capacidad de hacer brotar las representaciones colectivas que, una vez nacida, están dotadas de un poder independiente para influenciar la estructura social.

Al leer *Las Formas Elementales de la Vida Religiosa*, se me ocurrió que mucho de lo que Durkheim concluye depende fuertemente del modo como define sus puntos de partida, los conceptos fundamentales de sacro y profano. Más tarde encontré en la obra de Evans-Pritchard la crítica de que la caracterización durkheimiana de lo sacro como demarcado "por interdictos puede ser verdadera en muchos pueblos, pero no puede ser válida universalmente...si estoy en lo cierto al creer que las complicadas liturgias de los pueblos del Nilo, o de algunos de ellos, no están sometidas a ninguna clase de interdictos". (103).

La parte importante de esta crítica consiste en preguntar hasta qué punto introdujo Durkheim presupuestos dogmáticos o preconcepciones filosóficas en su análisis sociológico. No hay nada equivocado en esto, si se lleva limpiamente al análisis hasta el punto en el que el cientista social crea que la explicación sociológica exige complejidades provenientes de otra disciplina no social-científica; y entonces, yendo más allá de las ciencias, pasa a elaborar este otro tipo de explicación. Lo que es ilegítimo es la introducción subrepticia de ese elemento de superación del análisis socio-científico. Sospechamos que Durkheim hizo esto precisamente en sus interpretaciones socio-antropológicas de la religión. Nos referiremos a este punto, bastante generalizado en la sociología y en la antropología, en las conclusiones de este artículo. Dejando para ese lugar lo que nos parece el punto clave, trataré ahora de ampliar aquella intuición de la dependencia de Durkheim de definiciones por decreto. Para esto me ayudará continuar glosando a Evans-Pritchard.

Hay que objetar un quehacer de la sociología de la religión que trate de concentrarse en observar los comienzos originales de la religión. El paleontólogo francés, Pierre Teilhard de Chardin, solía inculcar que no existen procedimientos científicos, diversos de la formulación de hipótesis especulativas e improbables, para alcanzar los orígenes del mundo. Evans-Pritchard coincide con esta observación teilhardiana. No existe "documentos históricos" —dice— que justifiquen la empresa socio-científica de mirar a los orígenes y a la naturaleza de la religión "primitiva". Por lo tanto, "no se puede afirmar convincentemente que un desarrollo histórico (como lo son cualquier clase de religiones así llamadas "primitivas", sujetas a nuestra moderna observación)...corresponda al paradigma lógico" diseñado brillantemente por las mentalidades evolucionistas de los sociólogos y antropólogos de la generación fundacional. (104). Sin embargo, ellos se embarcaron audazmente en la empresa de descubrir tales orígenes: empresa imposible, a la que les llevó su "predilección por los orígenes". (105). Incluso Weber, en los primeros capítulos de su *Sociología de la Religión*, cede a la misma pasión. En nuestra opinión, Weber se muestra mucho más agudo y profundo cuando se limita modestamente a investigar las relaciones entre fenómenos religiosos históricos y otros aspectos socio-culturales. De dónde viene esta pasión por los orígenes?

Evans-Pritchard ofrece una respuesta polémica que, sin embargo, puede tener bastante sentido. La resumiré para ser completo, confesando a la vez limpiamente que el informar sobre esta respuesta puede deberse a una preferencia por dar al fenómeno religioso lo que se le debe. El antropólogo de Oxford se pregunta por qué Frazer, Spencer, Durkheim, Freud, etc..., eligieron investigar la naturaleza de la religión centrándose en las religiones "primitivas" en lugar de afrontar el estudio de las religiones complejas contemporáneas de ellos. Por supuesto que también es consciente de lo que corría como sabiduría decimonónica en las ciencias sociales nacies y que consideraba, al menos verbalmente, como

“original” y “primitivo” no necesariamente lo “primero en el tiempo, sino lo más simple estructuralmente”. (106).

No obstante, Evans-Pritchard piensa que el enfoque de los padres fundadores de la ciencia social estaba cargado con un prejuicio racionalista-positivista respecto de la religión. Está, en la manera de ser comprendida por el pueblo y en las sistematizaciones de los teólogos, era vista como un fraude. Su intención, pues, al estudiar las religiones “primitivas” fue de tipo educativo, en el más fervoroso espíritu de la Ilustración, asumida por el liberalismo político como aparato científico-ideológico. Los males sociales tenían una causa: malas instituciones, mantenidas a su vez por la ignorancia y la superstición, alimentadas en último análisis por la religión. Desemascarar directamente la religión cristiana habría sido demasiado controversial y embarazoso, dadas las circunstancias.

De aquí la conclusión de Evans-Pritchard:

Pienso que tendríamos que darnos cuenta de la intención de muchos de estos científicos, si es que deseamos comprender sus elaboraciones teóricas. Buscaron y hallaron en las religiones primitivas un arma que, a su juicio, podría utilizarse con efectos mortales contra el cristianismo. Si se podía hacer desaparecer científicamente a las religiones primitivas como aberraciones intelectuales, o por medio de la clarificación de sus funciones sociales, quedaba implicado que las religiones más desarrolladas podían ser desacreditadas y se las podía eliminar de la misma manera. (107).

Ya dijimos que la respuesta de Evans-Pritchard nos parece polémica. El argumento no es absolutamente convincente. Ni Comte, ni Weber, ni Freud, ni Durkheim evadieron el ataque directo al cristianismo; mas o menos apasionado en muchos casos, y muy matizado en el de Weber. Sin embargo, pensamos que en ese argumento hay su parte de verdad. Nadie parecería a primera vista estar más lejos de un esfuerzo en descrédito de la religión que Durkheim. No obstante, en nuestra opinión, no hizo justicia a los hechos, ya que, en último análisis, al funcionar o, al menos, al borrar los contornos que diferencian religión y sociedad, no reconoció la autonomía e irreducibilidad que, despojada de todos sus máscaras y de todas sus alianzas oportunistas, son características de la experiencia religiosa. Una especie, todo lo mitigada que se quiera, de racionalismo positivista le impidió guardar mayor fidelidad a su observación científica. Muchas veces hay muchas cosas que esconden su propia realidad bajo el manto “respetable” de la religión: todos ellos, Marx, Freud, Durkheim, nos han ayudado a reconocerlo científicamente. Es su desenmascaramiento absolutista lo que ha convertido este servicio valioso en una ideología o en una pseudo-ciencia más.

Weber, por otro lado, nos parece importante como sociólogo de la religión por haberse mantenido la mayoría de las veces dentro de los límites del análisis sociológico, al investigar las relaciones entre religión y sociedad, religión y corrientes económicas, religión y política, religión y cultura. Personalmente no era creyente; no le satisfacía la religión, ni siquiera en su más puro elemento de fe, como visión del hombre y del mundo. Por otro lado se sentía apasionadamente interesado en la ciencia y en la política. A ninguna de estas últimas, que investigó como “vocaciones”, las absolutizó tampoco como visiones comprensivas del hombre y del mundo. Sus opciones personales, buscadas en una lucha continua por mantenerlas alejadas de sus interpretaciones científicas, las tomó con la conciencia de quien acepta la posibilidad de otras opciones. Pensaba que el hombre tenía que llenar de sentido personal un marco cultural, en el cual veía alzarse cada vez más el sol del pluralismo, en el sentido de un pluralismo axiológico. Negó a cualquier articulación sistemática de valores el carácter de absoluto. Creyó que existía una incompatibilidad invencible entre algunas de estas esferas de valores, por ejemplo entre la de la ciencia y la de la religión, entre la ética política de la respon-

sabilidad y la ética de los fines últimos. Expresó su convicción de que todo hombre debería hacer una opción clara y descubrir “el demonio que se ha apoderado de las fibras de su propia vida”. (108). Nos da la impresión de que conservó un resto de respeto hacia la persona genuinamente religiosa, la autenticidad de cuya opción implicaba, sin embargo, para él un “sacrificio intelectual”. (108). Si el individuo religioso —escribió— puede soportar esto, “no se lo reprocharemos”. (110). Sospechamos que pudo escribir este reconocimiento porque también él era consciente del “sacrificio” (intelectual o de otro tipo) que había aceptado voluntariamente al escoger sus propios valores. A su juicio, ni la ciencia ni la clase de política que prefirió, y a las que dedicó esfuerzos paralelos de su vida, eran capaces de proporcionar una respuesta última a la pregunta por el sentido de la vida, a saber: a la razón de por qué escogió estos valores más bien que otros. (11). En palabra de Bellah,

al revés de Marx, Freud o Durkheim... (Weber) no pretendió poseer la clave de la realidad que subyace tras la fachada del simbolismo religioso. Enfocó las religiones como sistemas de sentido que debía ser comprendidos desde dentro, bajo el punto de vista de los creyentes (verstehende Soziologie)... Lo que le interesó (científicamente) fueron las consecuencias (sociales) de la actividad de los creyentes, no sus mismas creencias. (112).

Tanto Durkheim como Weber tomaron la religión muy en serio. El primero trató de descubrir la realidad simbolizada por la religión. La encontró en la sociedad, y, dado su amor por la sociedad, una e indivisible, trató de dedicarse a salvar “lo eterno de la religión”, los ritos, y a encender de nuevo su fuego sagrado. Esta constituyó la única “vida seria” que aceptó. En contraste, Weber no se esforzó por ir más allá de los símbolos religiosos. Sin embargo, en su opinión, un fenómeno originalmente religioso, el carisma, corporeizado sobre todo en individuos carismáticos, más que en instituciones, aunque en estado latente en estas últimas, en movimientos grupales, en mensajes literarios, etc., y presto siempre para ser reactivado, poseía la clave de lo mejor que ha acontecido en la historia. Cuando algo muy serio, puesto inicialmente en movimiento por el carisma, como, por ejemplo, “el espíritu del capitalismo”, se le mostró transfigurado en lo que él interpretó como “deporte” frívolo, no pudo ocultar su aversión y hastío. La religión, también para él, constituía parte de la seriedad de la vida. Su drama personal fue haber creído que vivía en un tiempo desposeído de carisma, desposeído de profetas. Por eso se conformó con el compromiso de “trabajar y afrontar las demandas de cada día” tanto en las relaciones humanas como en (su) vocación”. (113).

Mucho más aguda es la divergencia que separó a ambos de la interpretación sociológica de Marx, para quien la religión no constituyó un foco semejante de interés. Dentro del conjunto de alienaciones que aquejan al hombre en la sociedad actual, Marx identificó la alienación religiosa. Aún creyendo importante la crítica de la religión por conducir a niveles más cruciales, sus fuerzas no se dirigieron a suprimirla directamente, ya que pensaba que caería por su peso al suprimirse y superarse la alienación económica en una sociedad, no una ni indivisible, sino violentamente escindida en clases sociales antagónicas. (114).

3.2 Interpretaciones alternativas de los ritos.

A nuestro juicio, tanto las teorías sociológicas de Weber, como las de Marx, ofrecen posibilidades de un mejor equipamiento para afrontar la sociedad y la cultura que vivimos, mejor, queremos decir, que las de Durkheim. Naturalmente que esto no representa ningún cheque en blanco a su favor. Como escribió Whitehead:

“una ciencia que vacila en olvidar a sus fundadores está perdida”. (115). Pero nuestra opinión es también la que hemos encontrado en Evans-Pritchard:

Las ciencias se ocupan de las relaciones, no de los orígenes ni de las esencias. En cuanto puede afirmarse que los hechos... religiosos admiten explicación sociológica de algún tipo, ésta deberá consistir en su relación con otros hechos, tanto con aquéllos con los que constituyen un sistema de ideas y prácticas como con otros fenómenos asociados con ellos. (116).

3.2.1 Weber.

En lugar de ser el terreno privilegiado para la irrupción de algo nuevo en el proceso de la historia, los ritos son interpretados por Weber como una fortaleza del tradicionalismo. Parsons llegó a escribir en *La Estructura de la Acción Social* que

lo que de verdad constituiría un golpe duro para la tesis de la similitud esencial de los esquemas conceptuales de estos dos hombres (Weber y Durkheim) sería el que Weber hubiera ignorado completamente los hechos empíricos del culto, o que los hubiera interpretado de modo radicalmente inconsistente con la interpretación que de ellos dio Durkheim. (117).

Posiblemente este comentario lo provocó la constatación de que Weber no trató nunca sistemáticamente su visión de los ritos, sino que escribió únicamente observaciones dispersas sobre ellos. Estas observaciones fueron, sin embargo, tan numerosas que el primero de los temores de Parsons puede ser disipado fácilmente. Parsons, además, intentó demostrar que, a partir de todas esas observaciones dispersas, se puede reconstruir la concepción sociológica Weberiana de los ritos. Una vez hecho precisamente esto, afirmó que “la correspondencia entre (las teorías de) estos dos (autores es perfecta)”. (118).

En primer lugar, la discusión Parsoniana de este aspecto en Weber nos parece tan precipitada que estaríamos dispuestos a defender que no fue justo con la riqueza con que el sociólogo alemán trató el culto. En segundo lugar, pensamos que la pretendida correspondencia de la teoría Durkheimiana y Weberiana de los ritos es sencillamente un sueño, un “así debería ser”, original del mismo Parsons. Casi todo lo que dice en sus escasas cinco páginas sobre el tema es verdadero. Pero lo que no dice es que es precisamente la cualidad de los ritos que, según Durkheim, los convierte en una de las dos fuentes de explicación del cambio social, la que está ausente en la concepción Weberiana. Según Weber, a partir de los ritos no nace nada nuevo: éstos no han dado origen a ninguna irrupción revolucionaria. Hemos recorrido todos los pasajes de la *Sociología de la Religión*, enlistados en el índice de materias como referentes a los ritos, los rituales y el ritualismo. Lo que a uno le golpea más, al realizar este recorrido, es la constante relación inversa que Weber encuentra entre la ética religiosa (lo que él más estima de la religión) y la vinculación a lo mágico o a lo ritual. (119). Es el ritualismo, personificado en leyes sagradas —como ya notó Parsons mismo,— lo que presta legitimidad a la autoridad tradicional. El efecto más patente del ritualismo es la estereotipificación de las instituciones jurídicas y de las convenciones sociales. Ahora bien, para Weber, la ley, una vez estereotipada, es una de las limitaciones más significativas de la racionalización del orden jurídico, y, por lo tanto, de la economía. (120). Los ritos, pues, son tan sagrados en la concepción Weberiana como en la teoría sociológica de Durkheim. Pero, como frenos, y no inspiradores del cambio socio-cultural, no provocan en aquél nada del entusiasmo que hace surgir en éste.

3.2.2. Leach: Gluckman.

Para Edmund R. Leach, los ritos, que él categoriza en la dimensión de la comunicación social más bien que en la de la acción social, sirven funciones muy similares a las que Durkheim señala. No nos extenderemos, pues, en sus detalles.

Además, Leach, en el contexto de un examen general acerca de las visiones sociológicas diversas sobre los ritos, señala los que Gouckman ha denominado “ritos de rebeldía”. Estos, al acentuar elementos agresivos que tienen el sentido de invertir lo que se esperaría en la vida cotidiana de quienes los practican, cumplirían la función de “un mecanismo catártico de escape y de alivio de tensiones... sirviendo en realidad para reforzar el código moral que aparentemente rechazan”. 121.

3.2.3. Van Gennep.

La obra de Van Gennep, *Los Ritos de Transición*, representó un auténtico avance. Al mismo tiempo que se alejó de la interpretación Durkheimiana, convertida ella misma en cuasinormativa para sociólogos y antropólogos, mantuvo también un grado notable de sensibilidad para los aspectos simbólicos de la religión, cuya presencia se echa muy en falta en la obra de Weber.

Ya anteriormente nos referimos a las críticas que Van Gennep prestó contra la teoría del culto, según Durkheim. Aparte de haber enriquecido la antropología con una clasificación de los ritos, mucho más útil, empíricamente a juicio de Leach, que la de Durkheim (122) Van Gennep dedicó sus esfuerzos científicos a la interpretación de toda una clase de ceremonias, a las que bautizó con el nombre de “ritos de transición”. Con una comprensión dramática de la vida social, Van Gennep se centró en los ritos que jalonan las “crisis vitales” de las personas. Tres de sus conclusiones pueden considerarse como sus aportes principales.

Primero, la vida social se le presentó como recreada continuamente por el significado del paso de los individuos de un sector de la sociedad a otro, y esta transición es celebrada en ritos que tienen una configuración formal similar. Segundo, Van Gennep observó la existencia generalizada en la configuración de estos ritos “de períodos (puramente) transicionales que adquieren a veces cierta autonomía. Algunos ejemplos de estos pueden ser el noviciado y desposorio (o noviazgo)”. (123) Finalmente, expresó su opinión de que “el paso de una posición social a otra es identificado con un paso de un espacio territorial (a otro)” (124) Se pasa o franquea un verdadero umbral; esto no lo entiende Van Gennep de manera simbólica, sino con todo el realismo que las demarcaciones espaciales poseen en la vida social. Entre otros, él ofrece el ejemplo de la “construcción” de ghettos y de su ruptura.

La exactitud de estas observaciones pueden ser comprobadas recorriendo el análisis de segmentación espacial de un barrio marginado mixto de Chicago, objeto del reciente estudio del sociólogo Gerald D. Suttles. En este barrio, el traspaso de las líneas imaginarias, que dividen los sectores correspondientes a cada grupo étnico, por gentes de otros grupos, adquiere carácter de crisis. (125).

En otro contexto cultural, se nos ha informado de las violentas reacciones que suscitan en comunidades indígenas de Guatemala (Nahualá, Jalapa, p. ej.) las ventas, rarisimas, del uso de la propiedad de tierras “comunales” a individuos o familias no pertenecientes a la comunidad. (126). El carácter mítico que en los E.E.UU., ha revestido el cambio residencial de una familia (de zonas menos prestigiadas a suburbios residenciales, p. ej.), puede ciertamente interpretarse con este instrumental teórico y puede ser bautizado como un verdadero rito de transición.

3.2.4. Victor W. Turner.

A partir del libro seminal de Van Gennep y estimulado también por la concepción de *communitas* presente en la teoría de Martín Buber, Victor W. Turner nos ofrece una de las interpretaciones más creativas de los ritos desde que Durkheim imprimió su huella potente en la interpretación de este fenómeno de la vida religiosa. En el curso de contactos personales, el profesor Turner me indicó que lo que le impulsó a este nuevo esfuerzo interpretativo fue el impasse en que la interpretación monolíticamente unívoca de los ritos, hecha por Durkheim, había dejado a la antropología cultural.

Turner presenta los resultados de su trabajo de campo, principalmente entre las tribus Ndembu de Zambia. En lugar de centrarse principalmente en el terminus a quo y en el terminus ad quem de los ritos de transición, como hizo sobre todo Van Gennep, Turner se fija en aquel período transicional, dotado de cierta autonomía, cuyo sentido su inspirador no captó a fondo, pero hacia el cual fue el primero en apuntar. Turner deriva, de la palabra latina *limen* (umbral), la noción de liminalidad. Los períodos de liminalidad en los ritos de transición —afirma— implican la inversión temporal de los papeles y posiciones jerarquizadas en la estratificación normal de una sociedad. Para explorar el sentido de la liminalidad, nos dirige a la consideración de esos dos modelos de relaciones interhumanas, operantes en todo grupo o sistema social, y que han sido tipificados como estructura y comunidad.

El primer (modelo) es el de una sociedad estructurada como un sistema de posiciones diferenciadas de orden político, jurídico y económico, con una porción de escalas de evaluación que separan a los hombres en términos de "más" o "menos".

El segundo (modelo), cuya emergencia se percibe en los períodos de liminalidad, es el de una sociedad no estructurada o estructurada rudimentariamente, el de un *communitas*, una comunidad relativamente indiferenciada, o incluso el de la comunión de individuos iguales que se someten juntos a la autoridad universal de los líderes del culto. (127).

Turner nos previene que, con esta interpretación teórica, no está creando un instrumento para diferenciar lo secular de lo profano ni la religión de la política. Lo que quiere dar a entender con su distinción entre estructura y comunidad queda claro por medio de la definición de comunidad, que toma prestada de Martín Buber, a quien considera "como, tal vez, un informativo privilegiado más bien que como un científico social" (128). Nos parece que Turner hace esta sugerencia a causa del compromiso ardiente y activo con el que Buber se implicó en el esfuerzo de creación de comunidad en los *kibbutzim* israelíes. (129). He aquí la definición de Buber:

Comunidad es un ser que reúne a una multitud de personas, no ya unos al lado de otros (o unos encima de otros, se podría añadir), sino unos con otros. Y esta multitud, aunque se orienta activamente hacia un objetivo, experimenta, sin embargo, en todas partes un volverse hacia, un encarar a los otros, una corriente del Yo al Tú. Comunidad existe allí donde la comunidad acontece. (130).

Turner comenta este texto afirmando que "Buber pone el dedo en la naturaleza concreta, inmediata y espontánea de la comunidad, como contrapuesta a la naturaleza abstracta, institucionalizada y regida por normas, de la estructura." (131).

Equipado con estas distinciones conceptuales que, en nuestra opinión, representan la tensión permanente que existe en la sociedad entre el conformismo (sobre todo para con el poder) y la utopía (la búsqueda de un futuro más justo y menos violento) —ya que el poder de cualquier clase distribuido con injusta desigualdad es la fuente principal de la injusticia y el conflicto,— Turner desvela el sentido de la liminalidad ritual. La inversión de posiciones en la liminalidad equivale al surgimiento de la comunidad.

No es esto... un recurso para estampar un sello de legitimidad sobre las posiciones estructurales de la sociedad (la interpretación —añadiríamos nosotros— que Gluckman daría de la inversión de las convenciones sociales en los "ritos de

rebeldía"). Se trata más bien de otorgar reconocimiento a un vínculo esencial y universalmente humano, sin el cual ninguna sociedad podría subsistir. (132).

La riqueza y fecundidad de esta concepción parece ser portadora de una garantía de exactitud interpretativa. Su aplicabilidad múltiple ha sido experimentada por Turner en, por lo menos, otro contexto cultural diverso del que alberga a los pueblos Ndembu de Zambia. El foco de los trabajos de campo de Turner ha cambiado recientemente de Africa a México. Pudimos leer, antes de su publicación, una serie de clases magistrales dadas por él sobre el tema: *La Insurrección de Hidalgo*. Su interpretación antropológica de una parte del proceso de la independencia de México es una magnífica aplicación de varias de las analogías de la liminalidad ritual, que exploró brevemente en sus anteriores publicaciones. En *El Proceso Ritual* había escrito, por ejemplo, acerca de los movimientos milenaristas:

En el contexto de su interpretación de la insurrección de Hidalgo, Turner afirma que "las revoluciones y otra clase de movimiento sociales impetuosos, parecen poseer una etiología y una dinámica peculiares, que no pueden ser explicadas adecuadamente en términos estructurales -funcionalista". 134.

Con esto hemos alcanzado, a mi juicio, una culminación teórica. Toda nuestra discusión sobre el carácter de los ritos nos condujo a ocuparnos de un tipo de relaciones más amplio que provoca el estudio socio-antropológico de la religión.

La defensa que Bellah ha emprendido del marco teórico de la sociología Durkheimiana, tratando de refutar la acusación de que es impenetrable a una explicación comprensiva del cambio social, nos parece ahora revelar más claramente sus puntos débiles. La cuasiabstulización Durkheimiana de la dimensión normativa de la sociedad aparece ahora como claramente deficiente en el momento de explicar los cambios revolucionarios, u otros semejantes, tanto social como culturales. Y la razón nos parece encontrarse en el hecho de que se mostró ciego ante esa cara de la sociedad, la comunidad, que es tan creativa, por lo menos, como él pensó que lo era el orden social estructurado. El ideal de solidaridad orgánica, que Durkheim prestó como meta, no dejaba resquicio alguno para la necesidad social que el hombre experimenta de reafirmar el sueño de una fraternidad no estructurada. Un sueño que nunca podrá ser sino aproximativamente alcanzado, pero que ciertamente moriría de asfixia si todo lo que la religión pudiera realizar fuera la reafirmación de las normas estructuradas de la sociedad. Por lo tanto, en lugar de la univocidad del simbolismo cívico, hemos descubierto en la obra de Turner una multivocidad de este simbolismo, mucho más rica y mucho más fiel a la vida.

Tal como Turner lo ha visto en el curso de su trabajo de campo en México y de su reflexión teórico-antropológica sobre él (sus clases sobre *La Insurrección de Hidalgo* no son trabajo de escritorio, sino reconstrucción a partir de sus huellas en la vida actual de México), "la historia repite los mitos profundos de la cultura, engendrados en crisis sociales importantes (aunque sean transicionales), (y los repite) en momentos estelares de cambio" (135). Los hombres liminales, marginales (no faltos de relación con los carismáticos profetas de Weber) los recrean una y otra vez, estimulados por las energías de "símbolos cívicos y políticos", que instigan y a la vez son producto "de procesos temporales socioculturales" (136) en los cuales revivió el ideal de comunidad.

Por supuesto que Turner añade que "la comunidad no puede subsistir por sí sola, si las necesidades materiales y organizacionales de los hombres han de ser satisfechas adecuadamente". (137). Y viceversa: la sociedad no puede subsistir sin hombres liminales ni sin períodos liminales, los cuales, celebrados en los ritos, incluso convirtiéndose ellos mismos en mitos inspiradores, recuerdan a la gente la necesidad de la comunidad.

4. Conclusión.

En su último estadio hasta hoy como sociólogo, Robert Bellah ha desarrollado una nueva sensibilidad, más abierta, más humilde, y por tanto, pensamos, más apta para interpretar rectamente la religión, que es su especialidad. Su prefacio autobiográfico a *Más allá de las Creencias* nos cuenta la historia de su honestidad científica. En otro capítulo del mismo libro.

La explicación reciente de una juventud que en todo el mundo está en búsqueda de la justicia social, pero motivada más por valores personales que por resentimientos de clase, es un tipo de intenso surgimiento de un extenso consenso axiológico que ha estado en crecimiento en el mundo moderno y cuya realización práctica es exigida por una juventud impaciente. Este gran movimiento internacional... tal vez sea, incluso sin plena conciencia de sí mismo, el movimiento religioso más significativo de nuestra época... Precisamente porque es tan intensamente personal, a la vez que social y ético, no es un nuevo "ismo", una nueva congregación exclusivista, eclesial o política. Al contrario, todas las iglesias, los partidos y los estados son vulnerables a sus críticas. (138).

En términos más fríos, Bellah detalla sus conclusiones, fruto de un largo proceso científico, en el último capítulo del libro ya mencionado, que se titula: "Entre la Religión y la Ciencia Social". No obstante, pretendemos citar algo extensamente un pasaje de un artículo suyo aun más reciente:

La visión del establecimiento de la universidades norteamericanas cuando se trata de la religión es lo que yo he bautizado como "fundamentalismo ilustrado". Se trata de una concepción, según la cual, la ciencia y la investigación histórica se han desembarazado de las falacias de las creencias religiosas. Si es que al estudio de la religión se le concede algún puesto en la universidad... es para desvelar las razones por las que se ha extraviado tanto a los creyentes...

Por lo que respecta a la teoría, como discípulo que fui de Talcott Parsons, nunca fui un positivista y siempre encontré una esfera autónoma de existencia para la religión. Pero lo que transmití en mis clases me temo que fuera la presunción de que los científicos sociales entendían más profundamente que los creyentes lo que estos últimos hacen al practicar la religión... En realidad, estaba argumentando que mis concepciones pretendidamente científicas poseían una cualidad ontológicamente más elevada que el ámbito de lo religioso... Lo que estaba ofreciendo era mi propia alternativa religiosa... (139).

Para no dar una impresión equivocada, tenemos que añadir que lo que está defendiendo Bellah en este artículo es la autonomía de la experiencia religiosa, y no un tipo de retorno a la religión de dogmas o a las iglesias organizadas. Más aun, la experiencia religiosa para la que exige autonomía es aquella en la que converjan los legados tradicionales de todas las grandes religiones. (140). En este punto discrepamos de él. En cuanto que su postura fluye de un peregrinaje profundamente personal, no puede sino ser respetada como apreciación futurista sobre la religión, que es el carácter que él da a su postura teórica, nos parece que representa una posición extremadamente elitista, que se desembaraza sin causa suficiente de muchas otras experiencias religiosas, firmemente ancladas en una fe (que incluye dogmas, si bien no dogmatismos petrificados) y en iglesias o sectas. Pero esta discrepancia sólo el mismo futuro podrá probarla o refutarla.

¿Quién sabe? La religión, y con ella sus ritos, pueden convertirse, según Marx, en una droga ideológica al servicio de los intereses de clase dentro de una determinada estructura social. Es posible que a veces sirvan como celebración reforzadora de consenso sociales normativos, más o menos conscientemente aceptado por las masas, como Durkheim nos ha mostrado pueden también proporcionar un sistema de símbolos que, en formulación de Clifford Geertz, cumpliría la función de otro tipo de aparato ideológico, por ejemplo, un sustento de revitalizaciones nacionalistas o internacionalistas. Es esta la interpretación que Geertz ofrece de algunos aspectos islámicos en Marrueco y en Indonesia. (141) Tienen también capacidad latente de estimular importantes cambios económicos de largo alcance, como trató de demostrar Weber. Finalmente, pueden no menos orientar hacia la realidad trascendente que tal vez esté oculta en ella, (hacia el Deus Absconditus); y esto, sobre todo, en el trasfondo de la utopía de comunidad que el culto posee a veces la capacidad de evocar. "En este momento la teología (y la experiencia religiosa de la fe, añadiríamos) toman el relevo que la ciencia social (les pasa)" (142).

- .) Emile Durkheim, *The Elementary Forms of the Religious Life*, (New York: The Free Press, 1968), p. 62.
- 2) Ernest Troeltsch, *The Social Teaching of the Cristian Churches*, (New York: Harper and Row Publishers, 1960), Vol. I pp. 331-343.
- 3) Emile Durkheim, *The Elementary Forms...* op. cit., p. 60
- 4) Emile Durkheim, *ibid.*, p. 56. El subrayado es nuestro.
- 5) Ver nota 103.
- 6) Ricard Robbins, Greeley: *Unsecular Man: The Persistence of Religion*, in *Contemporary Sociology* (Vol. 2, No. 5, September 1973), pp. 479-481.
- 7) Erving Goffman, *La Presentación de la Persona en la Vida Cotidiana* (Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1971)
- 8) Fernando H. Cardoso, *Teorías de la Dependencia o Análisis Concreto de Situaciones de Dependencia*, en *Comercio Exterior* (México, Abril 1972) pp. 360-365.
- 9) Talcott Parsons, *Durkheim on Religion Revisited: Another Look at The Elementary Forms of The Religious Life*, (Department of Sociology, The University of Chicago, from Lecture given in Spring Quarter 1971, mimeo), p.1
- 10) Edward Shils, *The Calling of Sociology*, in *Selected Essays*, (Center for Social Organization Studies, Department of Sociology, The University of Chicago, 1970) p. 134.
- 11) Edward Shils, *op. cit.*, pp. 129-134.
- 12) Emile Durkheim, *Suicide: A Study in Sociology*, (New York: The Free Press, 1968) p. 389.
- 13) Robert N. Bellah, *Durkheim and History*, in *American Sociological Review* (Vol. 24, N° 4, August 1959) p. 461. En el contexto Bellah defiende a Durkheim contra esa sospecha. Pero la frase expresa muy bien los cargos que se le hacen.
- 14) Karl Marx and Friedrich Engels, *Theses on Feuerbach in Basic Writings on Politics and Philosophy* (New York: Double day, 1959) p. 245.
- 15) El próximo Congreso Latinoamericano de Sociología (San José, Costa Rica, 1974) al enfocar "La Sociología latinoamericana" ofrecerá una buena ocasión para estudiar si la sociología ha tenido algún influjo en la estructura de la sociedad latinoamericana.
- 16) Robert N. Bellah, *Durkheim and History*, *op. cit.*
- 17) Robert N. Bellah, *ibid.*, p. 452
- 18) *Ibid.*, p. 451.
- 19) *Ibid.*, p. 452.
- 20) *Ibid.*, *ibid.*
- 21) *Ibid.*, *ibid.*
- 22) *Ibid.*, p. 453.
- 23) *Ibid.*, p. 455.
- 24) *Ibid.*, p. 456.
- 25) *Ibid.*, p. 457.
- 26) Emile Durkheim, *The Elementary Forms of The Religious Life* (New York: The Free Press, 1968) p. 238.
- 27) Robert N. Bellah, *ibid.*, p. 457.
- 28) *Ibid.*, p. 459.
- 29) Talcott Parsons, *The Structure of Social Action*, (New York: The Free Press 1968), Vol. 2 p. 669.
- 30) Talcott Parsons, in the *Introduction To: Max Weber, The Sociology of Religion*, (Boston: Beacon Press, 1968, p. XXXIV.
- 31) Robert N. Bellah, *ibid.*, p. 459, n. 61.
- 32) Max Weber, *The Theory of Social and Economic Organization*, New York: The Free Press, 1966) p. 363. Max Weber, *Politics as a Vocation*, in H.H. Gertz and C. Wright Mills, *From Max Weber: Essay in Sociology*, (New York: Oxford University Press, 1968), p. 124.
- 33) Emile Durkheim, *The Elementary Forms...*, *op. cit.*, p. 241.
- 34) Emile Durkheim, *ibid.*, *ibid.*
- 35) Robert N. Bellah, *Beyond Belief: Essays on Religion in a Post-Traditional World*, (New York: Harper and Row Publishers, 1970) pp. 238-241.
- 36) Robert N. Bellah, *Beyond Belief...* *op. cit.* 240. Así se refiere al carisma. Lo mismo se dice explícitamente de la efervescencia colectiva. Sólo respecto del inconsciente queda implícito este modo de hablar.
- 37) Max Weber, *The Protestant Ethic and The Sprit of Capitalism*, (New York: Charles Scribner's Sons, 1958) p. 182. El subrayado es nuestro.
- 38) Robert N. Bellah, *Durkheim and History*, *op. cit.* p. 455.

- 39) Talcott Parsons, in *The Introduction...* op. cit. p. XXV.
- 40) Max Weber, *The Sociology of Charismatic Authority* in H.H. Gertz and C. Wright Mills, *From Max Weber...* op. cit. p. 250.
- 41) Max Weber, *The Sociology of Religion*, op. cit. p. 54.
- 42) Esta distinción, originaria de S.E. Eisenstadt en un trabajo inédito, me la hizo notar Victor W. Turner.
- 43) Max Weber, *The Sociology of Religion...* op. cit. p. 51.
- 44) Max Weber, *The Sociology of Charismatic Authority...* op. cit., p. 248.
- 45) Max Weber, *Science as Vocation*, in H.H. Gertz and C. Wright Mills, *From Max Weber...* op. cit., p. 153.
- 41) Max Weber, *The Sociology of Religion*, op. cit. p. 54.
- 42) Esta distinción, originaria de S.E. Eisenstadt en un trabajo inédito, me la hizo notar Victor W. Turner.
- 43) Max Weber, *The Sociology of Religion...* op. cit. p. 51.
- 44) Max Weber, *The Sociology of Charismatic Authority...* op. cit. p. 248.
- 45) Max Weber, *Science as Vocation* in H.H. Gertz and C. Wright Mills, *From Max Weber* op. cit. p. 153.
- 47) *Ibid.* p. 153.
- 48) Emile Durkheim, *The Elementary Forms...* op. cit. p. 241.
- 49) Emile Durkheim, *ibid.* p. 242.
- 50) Thomas S. Kuhn, *The Structure of Scientific Revolutions*, (Chicago: The University of Chicago Press, 1970).
- 51) Robert N. Bellah, *Durkheim and History* op. cit. p. 455.
- 52) Robert N. Bellah, *ibid.* p. 447 y n. 2.
- 53) *Ibid.* *ibid.*
- 54) *Ibid.*
- 55) Emile Durkheim citado por Robert N. Bellah en *Durkheim and History*, op. cit. p. 457, n. 52.
- 56) Emile Durkheim, *The Elementary Forms...* op. cit. p. 465. El segundo subrayado es nuestro.
- 57) Talcott Parsons, *Durkheim on Religion...* op. cit. pp. 4-5. La perturbación de la que habla Parsons la sintió mientras escribía *La Estructura de la Acción Social*, publicada en 1937.
- 58) Robert N. Bellah, *Durkheim and History*, op. cit. p. 460.
- 59) Talcott Parsons en *The Introduction...* op. cit. p. LXVI.
- 60) Robert N. Bellah, *Durkheim and History*, op. cit. p. 460.
- 61) Robert N. Bellah, *ibid.*
- 62) Robert N. Bellah, *Beyond Belief...* op. cit. p. 69.
- 63) Karl Marx and Friedrich Engels, *Excerpts from Toward the critique of Hegel's Philosophy of Right, in Basic Writing...* op. cit. p. 263.
- 64) Max Weber, *Science as a Vocation*, in H.H. Gertz and C. Wright Mills, *From Max Weber...* op. cit. pp. 129-156.
- 65) Max Weber, *Politics as a Vocation*, in H.H. Gertz and C. Wright Mills, *ibid.* pp. 77-128.
- 66) Emile Durkheim, *The Division of Labor in Society* (New York: The Free Press, 1968) pp. 396-409. Ver también: Reinhard Bendix, *Social Stratification and The Political Community*, in Reinhard Bendix and Seymour M. Lipset, editors, *Class, Status and Power*, (New York: The Free Press, 1966) pp. 73-86.
- 67) Robert N. Bellah, *Beyond Belief...* op. cit. p. 239.
- 68) Robert N. Bellah, *Durkheim and History...* op. cit. p. 459.
- 69) Emile Durkheim, *The Elementary Forms...* op. cit. pp. 474-475.
- 70) Emile Durkheim, *ibid.* p. 495.
- 71) *Ibid.* p. 467.
- 72) pp. 469-470.
- 73) *Ibid.* p. 469
- 74) Robert N. Bellah, *Beyond Belief...* op. cit. p. 240
- 75) Emile Durkheim, *The Elementary Forms...* op. cit. p. 62.
- 76) Emile Durkheim, *The Elementary Forms...* op. cit. p. 427.
- 77) Emile Durkheim, *Ibid.* p. 464.
- 78) *Ibid.* p. 465.
- 79) *Ibid.* p. 464
- 80) *Ibid.* p. 238
- 81) *Ibid.* p. 474.
- 82) Emile Durkheim, *The Elementary Forms...* op. cit. p. 475.
- 83) Emile Durkheim, *Ibid.* p. 479.
- 84) *Ibid.*, *ibid.*
- 85) *Ibid.*, *ibid.*
- 86) Emile Durkheim, *The Elementary Forms...* op. cit. p. p. 475.
- 87) Emile Durkheim *ibid.*, *ibid.*
- 88) Robert N. Bellah, *Civil Religion in America*, in Donal R. Cutler, editor, *The Religious Situation: 1968*, (Boston: Beacon Press, 1968) pp. 331-354. Ver también *Comments on it and Response*, *ibid.* pp. 356-393.
- 89) Emile Durkheim, *The Elementary Forms...* op. cit. p. 475.
- 90) Emile Durkheim, *Ibid.*, *ibid.*
- 91) Robert N. Bellah, *Durkheim and History...* op. cit. p. 456.
- 92) Emile Durkheim, *The Elementary Forms...* op. cit. pp. 112-117.
- 93) Emile Durkheim *ibid.* p. 462.
- 94) E. E. Evans-Pritchard, *Theories of Primitive Religion*. (London: Oxford University Press, Amen House, 1965) p. 58.
- 95) E. E. Evans Pritchard, *Theories of...* op. cit. p. 63.
- 96) Robert N. Bellah, *Durkheim and History...* op. cit. p. 460
- 97) Véase su obra doctoral *Tokugawa Religion*, discutida por su autor en Philip E. Hammond, *Sociologists at Work* (New York, Doubleday, 1967, pp. 164-185.
- 98) Talcott Parsons, *Durkheim on Religion...* op. cit. p. 15, nn 11 y 12.
- 99) Robert N. Bellah, *Durkheim and History...* op. cit. p. 459 n. 49 (b)
- 100) E. E. Evans-Pritchard, *Theories of...* op. cit. p. 67.
- 101) E. E. Evans-Pritchard, *Ibid.*, p. 68.
- 102) *Ibid.* *ibid.*
- 103) *Ibid.* p. 65.
- 104) E. E. Evans-Pritchard, *Theories of...* op. cit. p. 11.
- 105) Robert N. Bellah, *Durkheim and History...* op. cit. p. 458.
- 106) E. E. Evans-Pritchard, *Theories of...* op. cit. p. 16.
- 107) E. E. Evans-Pritchard, *Ibid.* p. 15
- 108) Max Weber, *Science as a Vocation...* op. cit. p. 156
- 109) Max Weber, *Science as a Vocation*, *ibid.* p. 155.
- 110) Max Weber, *Ibid.*, *ibid.*
- 111) *Ibid.* pp. 143 y ss.
- 112) Robert N. Bellah, *Beyond Belief...* op. cit. p. 250
- 113) Max Weber, *Science as a Vocation...* op. cit. p. 156.
- 114) César Jerez, *El Concepto de Alienación*, en *Estudios Sociales* (Sept. Oct. 1973) No. 10) pp. 72-95. Ver especialmente pp. 85-86.
- 115) Citado por Robert K. Merton, *Social Theory and Social Structure*, (New York: The Free Press, 1967) p. 3.
- 116) E. E. Evans-Pritchard, *Theories of...* op. cit. p. 111
- 117) Talcott Parsons, *The Structure of Social Action...* op. cit. p. 673
- 118) Talcott Parsons, *ibid.* p. 676
- 119) Max Weber, *The Sociology of Religion*, op. cit. pp. 56, 85, 114-115, 151 y ss., 209, 270 (entre otras)
- 120) Max Weber, *Ibid.* p. 207.
- 121) Edmund R. Leach, *Ritual*, in David L. Sills, editor, *International Encyclopedia of The Social Sciences*, (New York: The Macmillan Company and The Free Press, 1968) Vol. 13, pp. 520-526, especialmente pp. 524-525.
- 122) Edmund R. Leach, *Ritual...* op. cit. p. 522
- 123) Arnold Van Gennep, *The Rites of Passage*, (Chicago: The University of Chicago Press, 1969) pp. 191-192.
- 124) Arnold Van Gennep, *The Rites...* op. cit. p. 192
- 125) Gerald D. Suttles *The Social Order of the slum*, (Chicago: The University of Chicago Press, 1968)
- 126) Basado en el trabajo de campo de Ricardo Falla
- 127) Victor W. Turner, *The Ritual Process: Structure and Anti-structure*, (Chicago: Aladine Publishing Company, 1969) p.
- 128) Victor W. Turner, *The Ritual...* op. cit. p. 126
- 129) Martin Buber, *Paths in Utopia* (Boston: Beacon Press, 1970) pp. XIV-XV.
- 130) Victor W. Turner, *The Ritual...* op. cit. p. 127
- 131) Victor W. Turner, *Ibid.*, *ibid.*
- 132) Victor W. Turner, *The Ritual...* op. cit. p. 97
- 133) Victor W. Turner, *Ibid.*, p. 112
- 134) Victor W. Turner, *The Hidalgo Insurrection*, mimeo, p. 26
- 135) Victor W. Turner, *The Hidalgo...* op. cit. p. 37
- 136) Victor W. Turner, *The Hidalgo...* *ibid.*, *ibid.*
- 137) Victor W. Turner, *The Ritual...* op. cit. p. 129
- 138) Robert N. Bellah, *Beyond Belief...* op. cit. p. 226. El subrayado es nuestro.
- 139) Robert N. Bellah, *Confessions of a Former Establishment Fundamentalist*, in *Bulletin of Council on The Study of Religion*, (Vol. 1, No. 3, december 1970) pp. 3-6.
- 140) Robert N. Bellah, *Beyond Belief...* op. cit. p. XIX.
- 141) Clifford Geertz, *Islam Observed* (New Haven, Conn., Yale University Press, 1968) pp. 102-103.
- 142) E. E. Evans-Pritchard, *Nuer Religion* (London: Oxford University Press, 1962) p. 322.

COMENTARIO DE LIBROS

EL ALMA PRIMITIVA



(L'AME PRIMITIVE". Paris, 1927
- EL ALMA PRIMITIVA, traducción de Eugenio Trias, EDICIONES PENINSULA, BARCELONA, 1974).

COMENTARIO PGR
JOSE E. BALLADARES

En Ediciones Península, de Barcelona, acaba de aparecer la traducción española (por Eugenio Trias) de *L'ame primitive* de Lucien Lévy-Bruhl. Si no se había publicado antes otra traducción, como parece indicar la ausencia de referencias a la misma en las obras escritas en nuestra lengua conocidas por nosotros donde citan o comentan a Lévy-Bruhl, el hecho de que tomara casi medio siglo la aparición en español de este clásico de la antropología francesa es indicativo de una situación bastante caótica en el campo de la industria editorial. Situación debida, no sólo a una incidencia negativa de la llamada "economía de consumo" sobre la cultura, sino también, y en medida no despreciable, a una situación igualmente caótica en los mismos campos de la propia cultura.

LUCIEN LEVY-BRUHL

Mientras un buen número de colegas del autor de *L'ame primitive* (entre ellos, su coterráneo y tocayo de la inmediata generación Claude Lévy-Straus) gozan de muy buena prensa, multiplicándose las traducciones, ediciones y comentarios de sus obras, Lévy-Bruhl tiende a convertirse en un ilustre desconocido. Juzgamos, sin embargo, la personalidad de pensador de Lévy-Bruhl de igual o mayor talla que la de los más populares antropólogos del día, y en el decisivo aspecto de la responsabilidad intelectual, su ponderación no admite paralelos con la de mayor parte de sus colegas de moda. Creemos no equivocarnos al pensar que el éxito editorial de buena parte de las obras antropológicas de moda obedece, más que a una estimación objetiva de sus calidades intrínsecas, al usufructo de la popularidad gozada en nuestros días por Marx y por Freud, en cuyas corrientes se hayan inmersas un elevado número de ellas. Es indiscutible que ninguna obra antropológica sería puede pasar por alto las aportaciones de los dos grandes profetas del siglo XIX, pero también que el estilo intelectual común al pensamiento de ambos, aunque no haya disminuido y aun parece haber ampliado el ámbito de su difusión, no es ya el estilo de nuestro siglo, ni el requerido por el nivel intelectual al que han arribado las mejores mentalidades de nuestra época.

L'ame primitive es un trabajo eminentemente serio, y lo es, como veremos, en un doble sentido. En primer lugar, el espíritu que movió a su autor a tratar el tema de la representación que el hombre primitivo hace de su propia individualidad, no fue el de una privada curiosidad intelectual, un mero afán lúdico o deportivo o un simple capricho, sino la toma de conciencia de la necesidad que existía en el ámbito de la cultura de una obra que abordara tal materia. En segundo lugar, la obra fue

encaminada y llevada a término dentro de las más estrictas normas de responsabilidad intelectual. No vamos a analizar aquí los resultados de la labor de Lévy-Bruhl, insuficientes en muchos puntos, parcialmente erróneos en otros e incluso superados ya en algunos. Vamos, sí, a señalar la seriedad y competencia del esfuerzo puesto al servicio de la investigación abordada. Es indudable que el vacío que se proponía llenar Lévy-Bruhl con su obra aun existe, pero también que sin ella las dificultades de los estudiosos actuales por llenar en nuestro tiempo ese vacío serían mucho mayores.

La profunda crisis que sufren en nuestro siglo las culturas históricas, especialmente la occidental, que juzgábamos no sólo prototípica y ejemplar, sino permanente, ha hecho volver los ojos de los intelectuales preocupados por el destino del hombre hacia el estudio de las sociedades primitivas. En tales sociedades, el significado esencial de la cultura se revela en el estado pristino de su nacimiento, y la nunca conjurada amenaza de la barbarie no se disfraza u oculta tras la máscara de especialismo técnico o vanguardismo político o científico. Por otra parte, se ha puesto en evidencia que aun los más refinados productos de las culturas históricas no pueden ser entendidos cabalmente sin referirlos a las actitudes y formas de acción y pensamiento del hombre llamado primitivo. Presisamente, los capítulos de Lévy-Bruhl sobre "Dualidad y Bipresencia del individuo" han servido, por ejemplo, a los historiadores de la filosofía para aclarar notablemente el concepto platónico de "participación" de las cosas en las ideas. No anda, pues, a mucha distancia Fedro y La República, de las creencias licantropicas.

No es, ciertamente, escasa, la producción mundial de obras antropológicas. Año con año, las casas editoras lanzan al mercado nuevos estudios sobre el hombre. Como en todo, no es, sin embargo, la abundancia, algo bueno por sí. En no escasa medida, esa superproducción bibliográfica tiende a aumentar el caos de la cultura a que nos referíamos al comienzo. No pocos libros, a cuenta de esclarecer dos o tres fenómenos

de discutible importancia, formulan doctrinas, emiten juicios y difunden opiniones que contribuyen a aumentar la confusión reinante. No es este el caso de la obra de Levy-Bruhl, escueta y ejemplarmente circunscrita al tema abordado. Podríamos clasificar la obra de Levy-Bruhl como una obra de Antropología Filosófica, entendiendo tal ubicación en el sentido negativo de no haber dentro de la Antropología Científica o dentro de la Antropología Cultural. Hay que advertir, sí, que los cánones con que las disciplinas así llamadas demarcan sus linderos, no obstante ser impuestos con rigidez y aun con intransigencia por sus doctrinarios, están lejos de ser teóricamente precisos. Muchos que se autollaman antropólogos científicos usan la palabra "filosófico" en un sentido peyorativo semejante al que se dio a la palabra "metafísico" en el pasado siglo, y así como ésta ha perdido del todo tal matiz para las mentalidades que han salido ya del siglo XIX, es de esperarse que lo mismo suceda con la palabra "filosófico". No está de más recordar que hace tres siglos Kant

afirmó que todos los problemas de la filosofía se podrían incluir holgadamente dentro del marco de la antropología. Si se habla, pues, de antropología filosófica, con igual o mayor razón se podría hablar de filosofía Antropológica, lo que ciertamente sería del agrado de muchos antropólogos, si no fuera porque la idea proviene de un gran filósofo que nunca demostró demasiado entusiasmo por las danzas de los Bantú o los ritos de pubertad de los Zúñis.

Levy-Bruhl se presenta sin aprehensiones hablando filosóficamente de temas antropológicos, lo que ciertamente le recomienda a las personas que resienten un avance de la barbarie del especialismo en las ciencias humanas. El punto de vista filosófico nunca puede ser especializado, pues en tal caso se negaría a sí mismo, dejando de ser filosófico. Mientras el especialismo en las ciencias naturales (que era el que tenía a la vista Ortega y los humanistas que con él denunciaban su "barbarie" en la primera mitad de nuestro siglo) parece estar sufriendo un saludable receso, en

las ciencias sociales y culturales comienza a cobrar alarmantes proporciones. Es, ya, por ejemplo, experiencia compartida por muchas personas que, mientras los escritos y charlas de médicos y naturalistas se van haciendo accesibles a sectores cada vez más amplios de la población, algunas exposiciones sociológicas son incomprensibles aun para los mismos sociólogos que no pertenecen a la "Escuela" del expositor, y el caso también se da, con algunas variantes, respecto a escritos y conferencias de ciertos economistas e incluso antropólogos.

Levy-Bruhl es, naturalmente, entusiasta de ritos, danzas, creencias licantropicas, etc. Los datos sobre los que ejercita su fino análisis filosófico son tomados de estudios y narraciones de antropólogos de campo, de relatos de predicadores y viajeros, de investigadores del folklore y de naturalistas. Se muestra siempre sumamente respetuoso con los datos recogidos, y cuando su interpretación de los hechos difiere de la dada por la fuente, hace constar cuidadosamente la divergencia y los motivos de la misma.

CONFIESO QUE HE VIVIDO

PABLO NERUDA

PABLO NERUDA
CONFIESO QUE HE VIVIDO
MEMORIAS



Publicado por
Editorial Losada-
Buenos Aires 1974
Comentario por
Gioconda Belli

"Estas memorias o recuerdos son intermitentes y a ratos olvidadizos porque así precisamente es la vida".
Y con esta frase, entramos al libro póstumo de Pablo Neruda:

"Confieso que he vivido". Comenzando con un canto al bosque chileno, tierra profunda a la que Neruda nos transporta desde sus más escondidas raíces, viajamos, vivimos con este hombre inmenso, con este "sequoia" de la poesía latinoamericana, las impresiones de su hermoso y doloroso recorrido por el mundo.

La condición humana de Pablo Neruda está presente en todo el libro con una fuerza inusitada. Aquí el poeta se nos revela como el niño deslumbrado por la lluvia austral, el joven algo "snob" y taciturno vestido de negro que publica su primer libro de poemas "Crepusculario", que sale, en su primer cargo diplomático hacia Rangoon, con 23 años y un montón de poemas en la cabeza, que ama a las mujeres... a la naturaleza y a sus compañeros de tiempo. Vemos configurarse al ser político de Pablo Neruda, influenciado principalmente por la Guerra Civil Española y la profunda amistad que lo unió a Federico García Lorca, Miguel Hernández... caídos en esta sangrienta lucha— Rafael Alberti, León Felipe... Es así como se define

políticamente e ingresa al partido Comunista de Chile, al cual perteneció hasta su muerte. Pero más que filiación política yo diría que este gran hombre tenía una gran filiación humanitaria, amatoria. Amó a su pueblo y se vio perseguido por ello, lo amó y también tuvo sus momentos de gloria al sentirse identificado con los hombres y mujeres que lo admiraban en bullicio o en silencio.

Todas estas y otras muchas ricas experiencias de una vida llena de sucesos —más o menos importantes— nos son referidas en un lenguaje hermosísimo, con metáforas tremendas como cuando, refiriéndose a unos caballos y yeguas percheronas dice: "Eras rojos, blancos, rosillos, poderosos, así habrían andado los volcanes si pudieran trotar y galopar como aquellos caballos colosales" o como cuando nos habla de Matilde, su mujer: "De la tierra, con pies y manos y ojos y voz, traje para mí todas las raíces, todas las flores, todos los frutos fragantes de la dicha".

En realidad todo el libro nos sobrecoge. Todo el está plagado de belleza. Leyéndolo, leyendo este canto a la vida, esta confesión de haberse abierto totalmente a la maravillosa aventura de vivir, entregándose a ella de lleno; sufriendo pero sabiendo que sufrir es también vivir, sentimos que una gran esperanza nos nace en todas las esquinas del cuerpo. Una esperanza basada en la fe de lo grandioso de nuestra condición

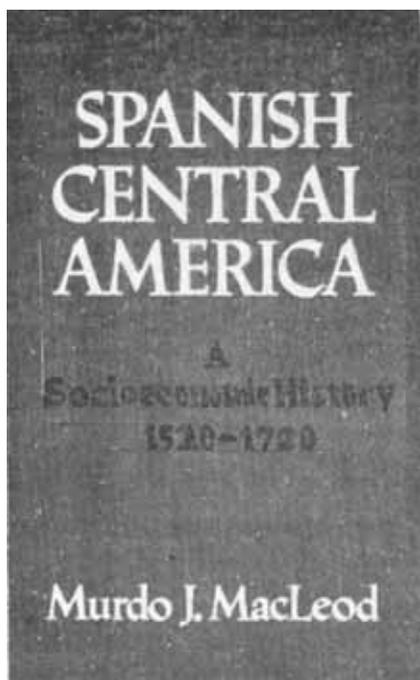
humana, de saber que mientras hayan seres humanos con esta sensibilidad, con esta porosidad a la hermosura —escondida para los ojos de la mayoría— seres como Pablo Neruda que pasó por el mundo descubriendo los universos que cada persona lleva dentro de sí; pescando estrellas aún en los momentos más desesperados.... escribiendo, escribiendo, independizándose de la muerte, siempre habrá quien recoja

esta cosecha. Como él mismo dice: "De cuanto he dejado escrito/en estas páginas se desprenderán siempre —como en las arboledas de otoño y como en el tiempo de las viñas— las hojas amarillas que van a morir y las uvas que revirán en el vino sagrado"

Gioconda Belli
Febrero de 1975

SPANISH CENTRAL AMERICA

Murdo J.
MacLeod



University of
California
Press, 1973

Comentario
Por José E. Balladares

"El siglo XVII ha sido desatendido por mucho tiempo en el estudio de la historia latinoamericana, y el área centroamericana es una de las menos estudiadas en todo el hemisferio occidental. Este libro examina el primer gran ciclo económico, social y demográfico de Centroamérica, que, iniciándose con la Conquista Española en 1520, alcanzó su punto más bajo de depresión a mediados del siglo XVII, mostrando tempranos signos de resurgimiento hacia el final de esa centuria".

"Los Conquistadores de Centroamérica encontraron una amplia población india y abundantes materias primas. Con

estilo empresarial más que feudal, se dedicaron a la explotación de esos recursos. Los "booms" del oro, de los esclavos y del cacao, en combinación con el artificio laboral conocido como "encomienda", dominaron los primeros cincuenta años de poder español".

"A comienzos de 1580, la población indígena había disminuido drásticamente, una catástrofe demográfica similar a la del siglo XIV europeo, el "boom" del oro y del cacao había terminado. Los comerciantes españoles y los oficiales de la gobernación buscaron con energía y a veces aún con desesperación, una solución a esos problemas, pero para 1630 la depresión era profunda. Eran incapaces de encontrar algún producto de exportación valioso en Europa, y la declinación de la población indígena continuaba".

"El resultado de esto fue un retroamiento a la agricultura de subsistencia y reproducción de ganado en el campo —las primeras fases del sistema de la "hacienda". Las tierras altas y marginales fueron dejadas a los sobrevivientes de la población india. Desatendidos en mayor grado ahora por sus Conquistadores, los indígenas formaron nuevas instituciones, híbridas de elementos europeos y aborígenes. Aislamiento, regionalismo y auto-suficiencia nacida de la depresión fueron los resultados para ambos sectores de la población".

"La nueva prosperidad, cuando llegó a comienzos del siglo XVIII, se basaba en el añil, y el contrabando, a la par que el desarrollo de la industria naviera y textil en los países del norte de Europa, y en las bases del Caribe como Jamaica y Curacao".

Estas palabras son la presentación de la documentada obra de Murdo J. MacLeod sobre los dos primeros siglos que siguieron a la Conquista de Centroamérica. MacLeod es

Profesor Asociado de Historia de la Universidad de Pittsburgh, cuyo prestigiado Centro de Estudios Latinoamericanos se ha especializado en la región del Caribe. La obra llena un gran vacío en la historiografía centroamericana, pues el aspecto que enfoca, la vida socio-económica de Centro América en los siglos XVI y XVII, es un tema prácticamente inexplorado por los estudiosos. El material bibliográfico es amplísimo, y la síntesis hecha, ayudada por cuadros y gráficos, sumamente esclarecedora.

Reservándonos para otra ocasión un comentario más amplio sobre este libro, sólo daremos, a manera de ejemplos, algunos temas particulares abordados por MacLeod con singular dominio.

A finales de 1581, la producción de las minas de plata de Honduras declinaba. Las causas eran complejas. Se carecía de mano de obra. Los terrenos eran pedregosos y las tablas de agua demasiado superficiales. La tecnología tradicional era inefectiva. El Alcalde mayor de Tegucigalpa envía al Rey una exposición urgiéndole dar crédito en los envíos de mercurio, para explotar las minas con esa nueva técnica. Los envíos de mercurio aumentan un poco, y, sin embargo, la producción de las minas no manifiesta mejora aparente. Los propietarios de las minas se resisten a usar el mercurio, pues, por ser éste controlado oficialmente, la magnitud de su uso denunciaría el monto de la plata extraída, imposibilitando la evasión de las cargas impositivas. MacLeod analiza con penetración y sutileza ese complejo de factores intervinientes y logra trasmitirnos una visión clara de los fenómenos.

Otro ejemplo interesante. A raíz de las Leyes Nuevas, Alfonso López de Cerrato es nombrado Presidente de la Audiencia. Su actuación ha sido muy discutida. MacLeod, con estilo muy americano, procede a

"tabular" la extensión de su nepotismo. El Dr. Cerrato, hermano del Presidente, fue hecho encomendero de Nindiri, y Protector de los indios de Nicaragua. Nicolás López, sobrino político del Presidente, recibió dos importantes encomiendas en dos cultivos de Cacao en El Salvador. Diego Robledo, Secretario del Presidente, recibió también su

encomienda en la propia Guatemala, (no obstante la incompatibilidad de su cargo y la posición de encomendero). A pesar de las confusiones y divergencias de las fuentes bibliográficas, MacLeod tiene un certero instinto para seguir las sendas más esclarecedoras, y establecer las relaciones más significativas entre los distintos hechos.

Estos dos "botones de muestras", tomados al azar, pueden servir de seguro indicio de la importancia e interés de esta obra que nos ofrece la University of California Press, y que esperamos, para enriquecimiento de nuestro patrimonio historiográfico, ver muy pronto traducida al castellano.

DOCUMENTOS DIPLOMATICOS José de Marcoleta



Comentario por:

CARLOS CHAMORRO CORONEL

Es una lástima que sepamos tan poco de la historia de nuestro país. Necesidad que se impone cada día más—paradójicamente— a medida que nos vamos alejando de las fechas en que ocurrieron esos acontecimientos, que en alguna forma, a veces inexplicable, han dado origen, no por lejano menos verdadero, a lo que hoy llamamos Patria, i.e. Nicaragua. Negar la historia, ignorarla o, peor aún, olvidarla no sólo es crimen de lesa patria contra nuestros mayores, i.e. nuestros antepasados que nos legaron lo que hoy tenemos en herencia, sino contra nosotros mismos y en el futuro contra nuestros propios hijos. Porque si Patria es lo que nuestros padres—de ahí el nombre— nos han transmitido por generaciones, deber nuestro ineludible hacia nosotros y nuestros hijos es conocerla, apreciarla y vivirla a la medida de nuestras aspiraciones.

Esta es la sensación, mejor dicho, el sentimiento que me ha provocado la lectura de este pequeño gigante libro de Don José de Marcoleta.

El libro es como él: diminuto de figura, gigante de estatura. Es una lástima, como digo, que sepamos tan poco de la historia que escribe "para servir" la Historia de Nicaragua, y sepamos aún menos de su vida.

Lástima, repito, que nadie se haya interesado en escribir una biografía de este personaje que tan noblemente sirvió a su patria adoptiva, Nicaragua, siendo él español. La verdad es que no tenía por qué sentirse extranjero, a pesar de la independencia. Los españoles habían fundado Nicaragua, la Provincia de, así como el resto de las repúblicas hispanoamericanas, no como repúblicas, naturalmente, pero sí como entidades políticas alrededor de la corona de España. Esto que digo es importante en el mismo libro—y naturalmente más en la historia a la que se refiere porque la base de su argumentación para defender a su país de la agresión extranjera consiste en los títulos de dominio por conquista sobre los territorios alegados, anteriores a la independencia. En su persona, como español pues, como la mejor representación de España, defendía Nicaragua sus derechos amenazados por la agresión extranjera. No es imposible suponer—porque de otra manera, ¿cómo explicarlo?— que nuestros gobernantes de esa época lo hicieran con éste y no otro sentido. Por lo menos, habría que decir, que lo veían como natural que un español, naturalizado nicaragüense, defendiese los derechos e intereses del antiguo imperio español.

No olvidemos que es el mismo argumento que más que usara blandiera como espada vindicadora don Pedro Joaquín Chamorro en su famosa como legendaria, aunque ahora relegada al olvido tal vez por las mismas razones tanto de ayer como de hoy por los sempiternos enemigos de la patria, Proclama de Masaya en el mismo año de 1855 contra el invasor filibustero Walker.

Acude él a la victoria de las fuerzas españolas en Bailén, si no me falla la memoria, contra el invasor francés, para incitar y animar a los nicaragüenses, como descendientes de españoles, a repeler la invasión extranjera en defensa de los sagrados intereses de la Patria, como decían con la retórica algo rimbombante pero no menos verdadera de entonces.

Hago constar esto porque es muy importante conocer los móviles, las motivaciones y sentimientos que urgían a nuestros antepasados a defender lo que ellos estimaban lo suficientemente precioso no sólo para salvaguardarlo ellos mismos para sí, sino para entregárselo íntegro a sus descendientes, como era la nacionalidad.

De todas maneras, no deja de ser curioso o paradójico, pero siempre delectado el que haya sido un español a muy pocos años de la Independencia, en 1821—es naturalizado en 1846— el encargado de defender a Nicaragua en Washington en 1855.

Pero hablemos primero de él, pues más que bien se lo merece. En la minúscula biografía, mejor dicho reseña, de su vida al principio del libro en la Nota explicativa, se nos dice escuetamente que nació en Madrid, casi con el siglo, en 1802. En 1827, muy joven, por lo tanto, a los 25 años parte a Rusia como Agregado de la Embajada de España ante la Corte de San Petersburgo. Hay además un dato familiar curioso en su vida, (dato que tal vez, me aventuro a señalar, podría explicar su conexión con Nicaragua), y es que está casado con una señora de la Quadra, Gustavo, por más señas, que suponemos española, porque todavía no ha salido de Europa, al pedir permiso en 1834 para pasar a Montpellier a curar a su esposa.

En 1847, un año después de adquirir la ciudadanía nicaragüense—cómo la obtuvo y por qué se interesó o se conectó con ese lejano país, lo ignoramos— es nombrado Encargado de Negocios en Bélgica y otros países.

En 1851, que es la fecha que más nos interesa, es nombrado a la vez Ministro Plenipotenciario en España y en los Estados Unidos! En 1856, después de los acontecimientos narrados en el libro y llevados a cabo con éxito, es nombrado Ministro en Londres y Francia para tratar el asunto del Canal.

Sirve además a los gobiernos de El Salvador y Guatemala respectivamente al ser nombrado Ministro Plenipotenciario en 1850 del primero, y firman por su intermedio en 1863 el Tratado de Paz y Amistad entre España y Guatemala.

Sólo hay una sombra que oscurece temporalmente su brillante trayectoria como diplomático acreditado de Nicaragua, y es que en 1870, por razones que ignoramos y desearíamos saber, el gobierno de don Fernando Guzmán —por eso nos lamentábamos al principio en nuestra crasa ignorancia general en asuntos históricos de nuestro país— le retira pensión. Afortunadamente

en 1878 el presidente Pedro Joaquín Chamorro lo nombra otra vez Ministro ante la Corte de Alfonso XII en España, y por último, un año después, en 1879 el presidente Joaquín Zavala reconsidera el caso y manda a pagarle todos sus sueldos devengados, borrando el baldón de la administración anterior. Muere, como había nacido, en Madrid en 1881. Abro el libro en cuestión, aunque sea rápidamente, porque no es nada fácil para un lego en la materia como yo seguir el hilo de toda la secuencia por el enmarañado laberinto de los acontecimientos a que se refiere.

El libro es la PRIMERA SERIE "que comprende las reclamaciones hechas en Washington en consecuencia del incendio y destrucción de San Juan del Norte el 12 y 13 de julio de 1855 y los documentos relativos a la expedición proyectada por Kenney y consortes (sic) contra la independencia y nacionalidad de Nicaragua y de Centroamérica", publicado por la Imprenta Hispano-Americana de Rouge Hermanos y

Compañía en París, 1869. Fue reimpreso por la Colección Banco de América (1974) prácticamente en facsimil, lo cual nos parece un acierto, porque así es más fiel y fidedigno conservando la misma ortografía y características generales.

Como digo, no pienso entrar en detalles del asunto, porque nos llevaría demasiado lejos. haría falta un verdadero especialista para interpretar todos los datos consignados por el autor en su gestión, admirable en todo sentido, y digna de un estudio completo y exhaustivo. Lo mejor que puedo decir es transcribir íntegramente lo que dice al final del libro una Crónica de Nueva York, sin firma ni fecha, casi como un símbolo de maltrecha y peor-hecha historia de nuestro país: "Recomendamos a nuestros lectores un atento examen de las comunicaciones del inteligente y activo señor Marcoleta, a quien tantos servicios útiles debe la causa centroamericana, así en Europa como en América".

FIGURILLA FEMENINA

Barro pulimentado y colores pálidos.
Altura: 9.5 cm.
Tlatilco, Estado de México
Preclásico Medio, 1150-550 A.C.

Este tipo de figurillas de Tlatilco es la muestra de cerámica más delicada y bella de este periodo en la colección de Mr. and Mrs. Jan Mitchell, New York. Aunque el estilo es uniforme, lo singular del acabado impide toda monotonía. La cabeza aparece graciosamente tocada y un rizo sobre la frente quiebra artísticamente la simetría. El cabello y los adornos de la cara y el cuerpo son rojos.



HOMBRE ENMASCARADO

Barro Pulimentado con coloración amarilla y roja.
Altura: 9.6 cm.
Tlatilco, Estado de México
Preclásico Medio, 1150-550 A.C.

La cara de esta figurilla que se conserva en el MUSEO NACIONAL DE ANTROPOLOGIA DE MEXICO, está parcialmente cubierta por una pequeña máscara zoomorfa, bajo la cual aparece la mandíbula cuadrangular. La figurilla fue encontrada en una tumba junto a otra de rasgos semejantes y dos obesos enanitos, representando posiblemente ayudantes de las figuras mayores.

Cortesía de

AZUCAR SAN ANTONIO

EMBOTELLADORA MILCA

Cortesía de



MASCARA

Barro pulimentado con coloración blanca.
Altura: 15 cm.
Tlatilco, Estado de Mexico
Preclásico Medio, antes del 550 A.C.

Los ojos abiertos y los agujeros para atarse en los bordes de esta interesante pieza del MUSEO NACIONAL DE ANTROPOLOGIA DE MEXICO, indican que la máscara fue hecha para ser usada, probablemente en las personificaciones del hombre-jaguar de la Cultura Olmeca. Los rasgos de la parte superior de la cara son olmecas, pero los colmillos son más bien de saurio que de felino.

Cortesía de

PUBLINIC

Cortesía de

THE FIRST NATIONAL CITY BANK



FIGURA SENTADA

Barro pulimentado con coloración blanca
Altura: 15 cm.
Kaminaljuyú, Guatemala
Preclásico Medio, fase Las Charcas, 1000-
550 A.C.
The University Museum, Philadelphia

Esta vivaz y naturalística pieza muestra clara influencia Olmeca en la coloración, la carnosidad del torso y la posición de las piernas cruzadas. La cara tiene, sin embargo, un sabor local debido a la remodelación de su acabado, suavizadora de las líneas de los relieves.

Cortesía de **COMPAÑIA NACIONAL DE SEGUROS DE NICARAGUA**



Muñeca "Kidder"

Barro pulimentado con coloración blanca
Altura: 23 cm.
Kaminajuyú, Guatemala
Preclásico Medio, 1000-550 A. C.

Descubierta en áreas suburbanas de Guatemala, esta muñeca fue adquirida para el MUSEO NACIONAL DE ARQUEOLOGÍA Y ETNOLOGÍA DE GUATEMALA por S. W. Miles y Joya Hairs, en memoria de Alfred V. Kidder. Es un ejemplar extraordinario tanto por su tamaño como por las cavidades ahuecadas de los hombros, donde se insertan los brazos hechos por separado. Figuras de barro articulados en esta forma aparecen en el tardío estilo teotihuacano y en el estilo Remojadas de Veracruz. Aunque representa a una mujer adulta, recuerda las caras de niño (baby face) de la cerámica olmecoide.



FIGURA SENTADA

Barro pulimentado con coloración naranja

Altura: 18 cm.

Nicaragua

Protoclásico, 100 A. C.-250 d.C.

Museo Nacional de Prehistoria y Etnografía "Luigi Pigorini". Roma.

Aunque la coloración naranja rojiza y el tipo de nariz con cavidades hondas e indentadas relacionan esta pieza a la fase "El Arenal" de las tierras altas de Guatemala, sus otras características son típicamente nicaragüenses. La dimensión de la cabeza, lo firme de la actitud y el orgullo del porte, dan a esta pieza una innegable impresión de autoridad.

Para suscribirse a



El Centro de Investigaciones y Actividades Culturales (CIAC) y la Dirección de la Revista del Pensamiento Centroamericano, tiene el gusto de participar a Ud. el inicio de una nueva etapa en la publicación de su conocido órgano de difusión cultural.

La Revista del Pensamiento Centroamericano, fundada como Revista Conservadora en 1960 por don Joaquín Zavala Urtecho, manteniendo su tradicional calidad, inicia una fase distinta de su existencia, estructurada sobre nuevas bases y apuntando hacia más amplias proyecciones. En primer lugar, la revista, preparada en el pasado desde Nicaragua responsable de su publicación básicamente el mismo grupo de personas que lo ha hecho anteriormente, este grupo se ha organizado ahora en la entidad jurídica llamada Centro de Investigaciones y Actividades Culturales (CIAC), asociación privada no lucrativa organizada según las leyes de Nicaragua. Además, existe un cuerpo de Directores Asociados, formado por personas de diversas instituciones de cada uno de los países centroamericanos y de otros fuera del área interesados en la Cultura de Centroamérica, que planearán y llevarán a cabo desde sus respectivas sedes la preparación de cada número de la revista

Al participarle el inicio de nuestras actividades, le invitamos muy cordialmente a suscribirse a nuestra publicación. Debido a mayores exigencias de calidad y a la proyección centroamericana de su contenido, la revista no se publicará ahora mensualmente, sino cada trimestre. El costo de cada ejemplar para los suscriptores será de diez córdobas (C\$ 10). El valor de la suscripción anual es de cuarenta córdobas (C\$ 40).

Estamos seguros de su interés por nuestro órgano de cultura y esperamos nos remita a la mayor brevedad posible la orden de suscripción adjunta por el año de 1975, acompañando el valor de la misma en cheque contra cualquier institución bancaria del país. Favor hacer su cheque a favor de CIAC (Centro de Investigaciones y Actividades Culturales). Nosotros le enviaremos por correo cada ejemplar de la revista, tan pronto salga de la imprenta, a la dirección que Ud. nos indique.

LA DIRECCION

SENORES REVISTA DEL PENSAMIENTO CENTROAMERICANO
APARTADO 2108
Managua, Nicaragua

SIRVASE INCLUIRME EN LA LISTA DE SUSCRITORES DE LA REVISTA DEL PENSAMIENTO CENTROAMERICANO. DESEO ME ENVIE NUMERO DE LA REVISTA A LA DIRECCION SIGUIENTE:

NOMBRE

DIRECCION.....

APARTADO CIUDAD

ADJUNTO CHEQUE A FAVOR DEL "CENTRO DE INVESTIGACIONES Y ACTIVIDADES CULTURALES" POR C\$ 40 (Cuarenta Córdoba) en concepto de suscripción por el año de 1975.

.....
Firma

SEÑORES REVISTA DEL PENSAMIENTO CENTROAMERICANO

APARTADO 2108

Managua, Nicaragua

SIRVASE INCLUIRME EN LA LISTA DE SUSCRIPTORES DE LA REVISTA DEL PENSAMIENTO CENTROAMERICANO. DESEO ME ENVIE NUMERO DE LA REVISTA A LA DIRECCION SIGUIENTE:

NOMBRE

DIRECCION.....

APARTADOCIUDAD

ADJUNTO CHEQUE A FAVOR DEL "CENTRO DE INVESTIGACIONES Y ACTIVIDADES CULTURALES" POR C\$ 40 (Cuarenta Córdoba) en concepto de suscripción por el año de 1975.

.....
Firma

SEÑORES REVISTA DEL PENSAMIENTO CENTROAMERICANO

APARTADO 2108

Managua, Nicaragua

SIRVASE INCLUIRME EN LA LISTA DE SUSCRIPTORES DE LA REVISTA DEL PENSAMIENTO CENTROAMERICANO. DESEO ME ENVIE NUMERO DE LA REVISTA A LA DIRECCION SIGUIENTE:

NOMBRE

DIRECCION.....

APARTADOCIUDAD

ADJUNTO CHEQUE A FAVOR DEL "CENTRO DE INVESTIGACIONES Y ACTIVIDADES CULTURALES" POR C\$ 40 (Cuarenta Córdoba) en concepto de suscripción por el año de 1975.

.....
Firma

Precios de Suscripción de Revista del Pensamiento Centroamericano.

	Por número	Por Año
.U.S.A.	US\$3.50	US\$12.00
EUROPA	US\$4.00	US\$14.00
S. Amer., Carib., Mex.	US\$3.50	US\$12.00
Centro América	US\$2.00	US\$ 7.00
NICARAGUA	C\$10.00	C\$40.00

SECCION ARCHIVO

RELACION
DEL
VIAJE DEL SEÑOR PRESIDENTE DE COSTA RICA
GENERAL DON BERNARDO SOTO,
Á LA
REPUBLICA DE NICARAGUA.

POR

Pío YÍQUEZ.

1887.

10 DE JULIO—10 DE AGOSTO.



- I.—De San José á Corinto.*
- II.—De Corinto á Managua.*
- III.—De Managua á Granada*
- IV.—De Granada á Rivas.*
- V.—De Rivas á San José.*
- VI.—Apendice.*

—♦—
SAN JOSÉ

REPÚBLICA DE COSTA RICA.

MDCCCLXXXVII.



I.

DE SAN JOSÉ Á CORINTO.

Nos deslumbra todavía la brillante acogida que el Gobierno y pueblo de Nicaragua dieron en el seno de la república al primer magistrado de Costa Rica, General don Bernardo Soto, y á su comitiva. Los recuerdos se disputan el puesto saliente y se agitan y chocan rebeldos contra toda división y clasificación y aun contra la cronología. Tan desordenados como deliciosos, forman grupo en nuestro cerebro, y el ánimo aturdido tiene que reconocer su impotencia para darles alojamientos numerados. Hemos de confesar que la perplejidad ha embotado y roto muchas veces los puntos de nuestra pluma; pero deseosos de ofrecer á nuestros lectores la relación del viaje, insistimos en la tarea. Es también, por otra parte, dulce y gratísimo para nosotros aplicarnos á bosquejar los cuadros en que puedan ser á lo menos adivinados los primores de una sociedad, que, por mil caminos, supo poner alas á los días venturosos que vivimos en su seno.

Quisiéramos ser prolijos; no perder de vista ni uno solo de los acontecimientos: todos ellos tienen interés que los salva, muy especialmente los que se relacionan con nuestra estada en Nicaragua. Mas, aunque sea contra nuestra voluntad, hemos de ceñir la narración, principalmente, á aquellos sucesos que se armonicen más con la índole oficial del trabajo; esto no impedirá que procuremos amenizarla y que muchas veces hagamos burlas á la sequedad y retraimiento del estilo. En cambio de no asfixiarnos en el estrecho campo del oficial, nos disponemos á romper lanzas con la crítica. Mucho nos quedará faltando. Tenemos fe en el amor y el entusiasmo que nos inspiró la república hermana, y esperamos poder completar más tarde nuestro trabajo al calor indeclinable de esos nobles sentimientos.

El diez de julio, á eso de las once de la mañana se emprendió la marcha. Fué el palacio presidencial el punto de partida. El señor Presidente y su comitiva de viaje caminaron á pie hasta la estación del ferrocarril, acompañados de numerosos amigos. El General don A. de Jesús Soto, ya entonces en posesión de la presidencia de la república, como primer designado, fué uno de los principales personajes que formaron en el acompañamiento. El pito de la locomotora dió la señal de partida; los últimos adioses se perdieron en la distancia y en el ruido dominante del tren que echaba á correr; desapareció el panorama hermoso de nuestra capital, y melancólicas incertidumbres aletearon algún tiempo sobre la frente de los viajeros.

Media hora, y el tren se detuvo en la estación de Heredia. Multitud de personas habían acudido á despedirse del Jefe de la nación, y habría sido injusto no acoger bondadosamente sus adioses. Media hora más, y el tren se detuvo en la de Alajuela. Las cabalgaduras estaban listas. Gente de todas clases había invadido el paso; pero, sin perder más tiempo que el necesario para apretar la mano de los más allegados, se prosiguió el camino con dirección á Atenas.

Mientras se avanza hacia esa villa, veamos qué

personas componían la comitiva del benemérito General. Seguiré hablando en singular, puesto que sólo yo redacto, y muchas veces tendré que colocarme en situaciones que no permiten sociedad.

Divido el acompañamiento en cuatro grupos: el de intimidad ó de compañeros por excelencia; el de edecanes, el de comisionados y el de mozos y asistentes.

Componíase el primero de los señores Licenciado don Cleto González Víquez—ministro de relaciones exteriores—don Manuel Aragón, Licenciado don Gerardo Castro, Licenciado don Ezequiel Gutiérrez, Doctor don Juan José Ulloa, don Camilo Mora, don Pablo Brolley y don Pío Víquez. Los he enumerado en orden al recuerdo, sin tomar en cuenta las calidades de su posición; que todos, desde que salimos de San José, pisamos sobre un mismo nivel, pues vivimos bajo un mismo paralelo en la amistad y la estimación del Jefe. El pequeño grupo vinculado por recíprocas afecciones, formaba una diminuta pero envidiable república, donde la primera autoridad y su ministro nada obraban en la vida común, sino de acuerdo con la opinión y los intereses de todos.

El grupo de los edecanes componíase de cuatro excelentes muchachos, militares bizarros, ceñidos siempre á la disciplina y conocedores de sus deberes sociales.—Los presento con verdadero placer: José Aguilar—teniente coronel—, Manuel Ulloa—sargento mayor—, Rodolfo Rojas—sargento mayor—y Alberto Soto—capitán.—Estos no tenían voto, no deliberaban; pero en cambio vivían en el cariño entero del General, y en todo el aprecio y consideración de sus compañeros.

Los comisionados eran don Isidro Incera, español bien conocido por su afición al Jefe, don Manuel Vargas, don Francisco Ugalde y don Juan Antillón.

El grupo de los asistentes se componía de nueve individuos.

Agregados á la comitiva, marcharon el ingeniero don Luis Matamoros, hasta Puntarenas, y el licenciado don Jesús Hernández Somoza, hasta la ciudad de Managua. Este último había venido de Nicaragua, trayendo

pliegos de su Gobierno al Presidente de Costa Rica, quien en todo el camino le prodigó muy distinguidas atenciones.

Me complazco en decir que la denominación de *ticos* que se da á los costarricenses en las otras repúblicas de Centro América, nosotros los viajeros no la merecimos nunca mejor que durante el viaje. Nos quisimos grandemente. Si el diminutivo no salía á relucir en la palabra, por lo que hace á la armonía, apego y fraternidad que reinó entre nosotros,—sin excluir al Jefe,—es evidente que recorrimos toda la escala de las desinencias cariñosas. Sin embargo, esto no impidió que el General, que daba el tono á las costumbres amables que prevalecieron, introdujera, para ante los nicaragüenses, diferencias de forma entre los tres primeros grupos.

Los compañeros por excelencia tuvieron siempre asiento en la mesa del Presidente, y con éste se alojaban bajo un mismo techo, si había comodidad.

Los edecanes, no obstante las consideraciones que en el fondo se les tuvo constantemente, por motivos de disciplina hubieron de vivir apartados del primer grupo, donde fué posible. Generalmente hacían vida de hotel.

Los comisionados estaban á mayor distancia en las atenciones del Jefe, pero formaban gremio con los edecanes.

Los gastos de toda la comitiva, aquellos de primera necesidad y muchos de lujo, corrieron por cuenta del Gobierno de Nicaragua, mientras pisamos suelo nicaragüense. Era curioso ver cómo se nos hacía difícil darle salida á un sol; pero ni siquiera á un décimo. El cochero, el hotelero, el cantinero, rehusaron siempre nuestra paga.—Con todo, el esmerado General Soto ordenó á su tesorero que suministrara diariamente fondos bastantes á los edecanes y comisionados, y puso á la disposición de cada uno de sus compañeros de intimidad, el dinero que pudiese necesitar.

Me llena de orgullo poder asegurar que fueron intachables los usos y costumbres de la comitiva. La alegría, el entusiasmo y la buena vida no abandonaron un

instante la escena; pero la educación, la caballerosidad y el buen tono fueron siempre sus colaboradores. Si alguno sonríe porque yo lo digo, excluiré mi nombre de la lista, pero seguiré haciendo justicia á mis compañeros.

Ahora continuemos la marcha; nos urge caminar; el viaje es largo. Demos un salto sobre las paradas, entretenimientos y libaciones de camino. El sol caldeó hasta el otro lado del río Grande y fué preciso contrarrestar las quemaduras de su llama con bebidas refrescantes. Algunos tenían la opinión de que el brandi hace mejor en tales casos.

Ya estamos en Atenas. Hemos burlado las amenazas del cielo. Nubes pardas y densas se apresuraban á enfriarse para caer sobre los caminantes. Se chasquearon; pero Mr. Biolley estuvo á punto de ser sorprendido por la terrible descarga. Caballero sobre un venerable *rocín* de pacífico carácter y reposado continente, hizo lo que parece muy natural: entregarse á graves contemplaciones y metafísicos pensamientos; elevarse á las cumbres y reflexionar sobre el porvenir del mundo. Por fortuna el viento frío y amotinado que empujaba las iras de Dios, le azotó á tiempo las espaldas. Comprendió el peligro, hizo con la espuela saludables y energías requisitorias á la cabalgadura, y logró ampararse bajo el techo que ya cubría á sus compañeros, cuando las avanzadas del aguacero y del huracán disparaban sobre sus huellas. Los magníficos meteoros desataron inmediatamente toda su cólera. Satanás descendió sobre los relámpagos, deseoso de refrescar su temperatura infernal, y puso en juego todas sus malas artes para agrandar los agujeros á la regadera y para darse la mecida más estupenda en los aires atenienses. Por algunos minutos llegamos á temer que la casa fuera arrancada de sus cimientos y que echáramos á volar por esos mundos delgados donde Dios quema el rayo y rueda el trueno. Días después, alguien contaba á sus oyentes estupefactos que los chorros no lograron humedecer las calles, porque el huracán los hacía polvo y nube antes que tocasen el suelo. El cuento no pasa de ser

historia peregrina, pero se acerca á la verdad. Lo que no tiene nada de mentira, es que hubo árboles rotos y maltrechas sementeras.

Comimos como Dios quiso, y tan pronto como la noche cerró, buscamos el reposo. Lechos y ropas no habrían merecido ciertamente gran alabanza, pero sí gran vituperio. Sin embargo, bien poco tuvo que hacer el sueño. Su dedito sedoso no había tocado aún en nuestros párpados, cuando éstos se entornaron sintiendo ya la cosquilla.

Montados nuevamente á las cinco de la mañana, acabamos de despertar. El aire matutino estaba tibio, travieso y perfumado. A su contacto se dilataron briosamente nuestros pulmones y todas las venas se alegraron con el calor de la vida. Recibió el cognac nuestro saludo respetuoso y echamos á caminar.

Amigo de las quimeras, me detuve á conversar con el paisaje ó con los espíritus invisibles que abrían las puertas del cielo á los rubios albores. La primera luz temblaba ya en el perfil de los montes, y en hebras delgadas caía sobre los valles. La hora y el lugar eran á propósito para los dulces deliquios, y amor agitaba sus alitas sobre los rayos del alba. Algunos aficionados al rapazuelo se dignaron acompañarme en mis excursiones por el éter.

Llegamos á la cumbre del monte, del famoso monte del Aguacate. Creso acudió á mi memoria; pero calculé su fortuna y con desdén lo arrojé del aposento.— Pobres eran las arcas del rey de Lidia. Yo tenía á mis pies una montaña de oro. Reflexioné sobre la importancia del precioso metal, sobre lo mucho que contribuye á la felicidad del hombre, y á la grandeza y poderío de las naciones; y dije:—“por qué no ha de ser grande Costa Rica? por qué no ha de ser poderosa Centro América? Cuántos archimillonarios ocultos en las entrañas de este monte gozan egoístas de sus tesoros sin pagar tributos al Estado! Cuántos caminos de hierro, cuántas escuadras, cuántos ejércitos, cuántas obras del arte y de la ciencia, cuántos fiscos valiosísimos, cuánta cultura y es-

plendor colocados inútilmente bajo esta mole pesadísima! Venturoso aquel día en que sean desgarradas las entrañas del gigante!"—Hay varias empresas mineras, pero puede haberlas en número mucho mayor, y en condiciones más ventajosas. Se necesita inmigración, bastante inmigración. La agricultura y el comercio se tragan nuestras fuerzas, y si no vienen muchas gentes de fuera á engrosar nuestras filas, quién sabe hasta cuándo no podremos dedicar suficiente atención á las demás industrias.

La mirada dominó desde la cumbre del monte una vasta región á los cuatro vientos, más arrugada todavía que la cara de la vejez, pero más afelpada y lustrosa que el rostro de una mujer en primavera. Era de ver cómo el trabajo había estampado su callosa mano en aquella naturaleza riquísima. De frente teníamos el mar al alcance de los ojos, pero sólo la imaginación logró verlo al través de la bruma.

Calentamos la espuela en el ijar de los bratos, que ya se dormían, merced al rapto de nuestras almas, y con toda prisa proseguimos la jornada. El descenso fué penoso. La lluvia del día anterior había jabonado el zigzag. En el último recodo ocurrió un percance que estuvo á punto de ser funesto. La suerte nos tendió la mano en el peligro, y lo que pudo ser motivo de consternación, lo fué de burlas, de risa y de buen humor. La bestia que montaba Aguilar dió una zafada de cascos, y el edecán fué á tierra con el bruto. El socorro fué oportuno y todo quedó en su lugar.

Es tarde y conviene llegar á San Mateo, donde hallaremos un buen refrigerio para nosotros y un pienso para las bestias. Ya entramos por el portón de la casa de huéspedes. Ya nos recibe el amigo Arce. La caminata fué pesada, pero el almuerzo restauró nuestras fuerzas. De la mesa al camino. El General es inflexible. Es hombre ejercitado y la fatiga no le hace mella jamás. Fué el primero en abandonar la posada. Todos nos movimos prontamente. La pereza nos hacía guiñadas, y las cuatro leguas que nos separaban de Esparta,

nos fruncían el entrecejo. Hubo choque, pero venció el amor propio si no el deber.

El sol ensañábase más y más á cada momento contra nuestras pobres humanidades. Su rayo ardiente era ecuatorial. Me acordé del Febo horrible que se bebe toda el agua del desierto africano, y bendije al Apolo de nuestro cielo que se contenta con achicharrarnos la piel, en cambio de permitir que no perezcamos de sed. Verdad es que no pedimos favores á los ríos ni incomodamos á las Rebecas: ya conocíamos la eficacia del brandi. El calor es del demonio y las cuevas del infierno. Qué camino tan quebrado y monótono al mismo tiempo! Si no fueran los arrozales, las milpas y los trigales que á intervalos refrezcan los ojos con su verdura ó los alegran con sus espigas de oro, sería verdaderamente insufrible. Yo no quiero detenerme en ese calvario de la paciencia, y así, lector, permitid que me desmonte ya en la estación del ferrocarril de Esparta.

Llegamos á eso de las tres de la tarde. Desde Atenas habíamos recorrido ocho leguas, y no leguas como quiera sino de las del cacho. En San Mateo paramos dos horas y media; de modo que caminamos de firme siete horas y media. Bebimos algunas botellas de cerveza; las suficientes para engañar el cansancio. Bien molidos estábamos, pero dichosamente no teníamos que andar más á caballo. Pronto anunció la locomotora que era tiempo de partir para Puntarenas. En una hora nos trasladamos al puerto. Don Francisco Röhrmoser nos recibió en sus brazos; y ¡oh qué brazos! si parecen de seda.

El Marqués de Valdegamas asegura que O'Connell fué un pueblo, es decir, Irlanda. Pues yo digo que el famoso orador inglés envidiaría al famoso caballero alemán. Don Francisco Röhrmoser es un puerto, y puerto de salvación, es decir Puntarenas, cuando se halla en completo estado de sanidad. Amigo íntimo del General Soto, y sincero y cariñoso amigo de casi todos los individuos de la comitiva, ese hombre excelente apuró todos los recursos de su bondad para hacer amable y fácil nuestra vida costeña. Sus atenciones tan delicadas para

con el señor General, habrían bastado á comprometer nuestra gratitud. Pero es el caso que también gastó finezas inolvidables con todos los compañeros del Jefe. Su casa alojó al Presidente, al Ministro y á algunos otros, pero fué frecuentada de todos como casa propia. ¡Qué hombre tan desprendido, qué hombre tan bueno es don Francisco! Quién pudiera visitarlo con alguna frecuencia! El cognac más adorable, los cigarros de la Vuelta Abajo, la cerveza de allende el Rhin, y el cocktail á la rigurosa panameña, fueron en su casa nuestros vasallos humildes. Verdad es que á veces, á fuerza de ser obsequiosos, nos habrían puesto en peligro de ser sus esclavos, si la virtud no nos hubiera salvado.

Dos días pasamos alegremente en Puntarenas. La ciudad estaba animadísima. Tenía una temperatura bastante tibia, pero no ardiente. Su aire acariciaba los sentidos sin irritarlos; los estimulaba pero no los enloquecía. Tuvimos la comida en el hotel de Macádam.—Don Francisco y otros amigos, casi siempre se sentaron á la mesa con nosotros. Las dos noches fueron deliciosas, parecidas á las mil y una. El tamborito y la marimba hicieron de las suyas, y las vivarachas y bailadoras mulatas nos habrían divertido con su sandunga, si hubiésemos sido gente de menos buen juicio. La poca no poco contribuyó á aligerar las horas.

La tarde del trece fondeó el “San Blas,” vapor que no debía tocar en Puntarenas. Fué llamado de Panamá por medio de un cablegrama. El señor Presidente consideraba como una desgracia tener que embarcarse en alguno de los buques costeros. Tenía razon; qué vapores tan malos! Con justicia se les llama las *carretas* del Pacífico. Veremos si el Marqués del Campo no los echa á pique con sus rápidos. Don Francisco Röhrmoser dió nuevo testimonio del celo con que atendía al señor Presidente. Entendido del disgusto que le causaba el vapor costero, se entendió por cable prontamente con el capitán Dow, agente de los vapores de la línea en Panamá, quien sin dificultad ninguna admitió la propuesta que se le hacía de enviar el “San Blas” á Puntarenas. Lo

que agradecemos todos esa fineza estuvo en razón directa de la satisfacción que nos daba ver obsequiados cumplidamente los deseos de nuestro Jefe. Luego dedicaremos unas líneas al agente de los vapores. Las merece bien.

Antes de que nos arrojemos al mar, quiero decir cómo los mentirosos merecen ser colgados, y cómo los timoratos deben vivir encerrados sin pensar ni siquiera en paseos. Estábamos de pascuas en Puntarenas, calculando poco más ó menos el modo como nos divertiríamos en Nicaragua, cuando he aquí que un fantasma color de cera, parecido á los espectros que cuidan los cementerios por las noches, irguióse de improviso en medio de la comitiva. Cayeron las alas del corazón, la sangre detuvo su curso, crispáronse los nervios, el horror abofeteó los rostros y nos pusimos yertos y lívidos como el día en que nos han de enterrar. Qué horriblemente nos miramos. Las cuencas estaban vacías. A la presencia del invasor audaz, los ojos espantados habían ido á buscar refugio en la nuca. Los labios convulsos se dijeron con loca sonrisa lo que pasaba: “La fiebre amarilla y la disentería están en Corinto y Managua!” Hubo quien sintió inmediatamente que se vaciaba en vómito negro, y no faltó quien abandonara su puesto para correr á la botica y á la estación del ferrocarril, diciendo entre dientes, como quien está en agonía “yo me las largo! yo me las largo!” y no habría parado hasta San José, si la sangre fría del General no lo hubiese sujetado como una mano de hierro. Afortunadamente el miedo no pasó de ser pánico. Era todo mentira, invención de gentes mal entretenidas. Sin embargo, el Jefe salvó su responsabilidad, diciendo: “el que quiera volver la espalda tiene libertad para hacerlo.” Mi maletilla se abrió y volvió á cerrarse con todos los trapitos. Miré de un modo sospechoso á mis compañeros y dí algunos pasos para atrás mirando hacia adelante, y diciendo en mi corazón: por fas ó por nefas, yo me las pongo en el cogote: Juan de Segura vivió muchos años: no quiero llorar en la tierra de la calvicie la viudez de mi mujercita ni la orfandad de mis niños. En ello estaba, cuando una relación

seductora me hizo abrir tamaños ojos. Se hablaba de unos telegramas de Nicaragua. Decíase en ellos que el Gobierno había hecho grandes preparativos para recibirnos, y que los nicaragüenses estaban en Corinto con los brazos abiertos esperando á los *hermanitos*. Dí pronto el sesgo: me resolví á quedarme. El sentimiento que me venció es fácil de adivinar.

A las seis de la tarde nos embarcamos. El golfo estaba de mal humor, y fué buena la columpiada que nos dimos para llegar á bordo. Intenté quedarme en el muelle antes que verme expuesto al vaivén mal seguro de las olas; pero había muchos espectadores y el *qué se dirá* vino á sonar fuertemente en mis oídos. Pronto fueron distribuídos los camarotes, y cada cual tomó posesión del suyo. El buque no debía zarpar hasta el día siguiente. Tuvimos que dormir anclados. Esta circunstancia nos encogió de hombros y puso severas nuestras frentes. Cualquier minuto perdido nos desesperaba.— Colón y los portugueses ansiaban llegar á las regiones maravillosas del Catay y de Cipango, y nosotros nos desvivíamos por arribar pronto á las playas amigas de nuestra patria nicaragüense. Todos soñamos esa noche que hundíamos la planta en las arenas lucientes de Corinto y que llenos de júbilo nos abrazábamos á nuestros hermanos. A pesar de la grima dormimos profundamente. El buque apenas coqueteaba como una niña ruborosa, pero su débil balanceo nos narcotizó fácilmente al arrullo de las ondas. Yo no supe á qué hora zarpó la nave.— Cuando desperté, montábamos el cabo Blanco. Saltamos apresuradamente de los camarotes. Los que ocupábamos segundos lechos, estuvimos á punto de rompernos el bautismo. El batacazo nos hizo recordar la altura á que nos habíamos colocado. Cómo es cierto que las cumbres traicionan las más de las veces! La decoración había cambiado por completo. El mar estaba espléndido; el cielo como un espejo. Los dos se miraban celosamente, y cada uno avivaba el brillo de su rasgado ojo azul. El espolón de proa, semejante á una nariz enorme, se hundía y se elevaba con una pereza deliciosa;

pero cortaba las ondas como hienden el aire las alas de los pájaros.

Dejemos la poesía, que, por ser señora de muchos melindres, no se deja galantear sin condiciones; y mientras llega la hora de almuerzo, digamos algo del capitán. El capitán es todo un hombre de bien: educado, bondadoso y complaciente por demás. Entrado en años, pero no viejo gotoso, inspira al mismo tiempo confianza y respeto. Es natural que el Jefe de una nación sea tratado en todas partes con miramientos no comunes; pero no es corriente que todos los hombres, ya de tierra, ya de mar, conozcan su deber ó estén de llano á cumplirlo. Los que obran como es necesario tienen mérito y son dignos de alabanza: yo la tributo al excelente capitán Mr. Chapman. Modesto, simpático, abierto y caballeroso, llegó á interesarnos de tal manera, que cuando le dijimos adiós, nos pareció que dejábamos en la mar á un antiguo compañero, á un amigo de muchos años. El Presidente hizo propósito de enviarle algún regalo en testimonio de aprecio y de agradecimiento, y don Manuel Aragón fué encargado de ejecutar el designio tan pronto como hubiese regresado á Costa Rica. Podéis imaginar la vida que hicimos á bordo, ya que sabéis qué clase de hombre es aquel bajo cuya dirección navegamos. Hubo siempre especialísimas atenciones para el Presidente y por lo mismo para los suyos. Mesa separada y servida con distinción, camarotes escogidos y obsequios abundantes.— Aquí es oportuno recordar lo prometido, y dar cumplimiento á la promesa. Debemos unas líneas al otro capitán, al agente general de la línea de vapores en Panamá, á Mr. Dow. Este caballero, á quien de buena gana conocería para ofrecerle mis respetos, es digno de todo encomio por la solicitud que puso en complacer al señor Presidente; por las órdenes que dió para que fuese obsequiado á bordo con el tratamiento más delicado. Sabemos que hizo un notable rebajo en el precio de los pasajes. En nombre de la comitiva le envió un buen caudal de recuerdos gratos y de sincera estimación.

A las doce del día acudimos á la sala. El Gene-

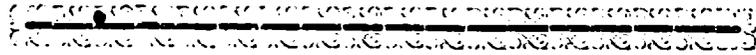
ral nos recordó que era 14 de julio. Bebimos por la Francia unas botellas de champagne en celebración del glorioso aniversario.

Navegamos con toda felicidad. El sol del cenit calentaba fuertemente. El Papagayo amodorrado apenas respiraba y se movía echado con indolencia á lo largo de sus dominios. La tarde refrescó el ambiente, y con sus dijes hermosteó el espectáculo. El cielo se puso de gala, y las ondinas, danzando á flor de agua, lucieron sus túnicas teñidas en azul de prusia, y ornadas de listones color de fuego y de encajes livianos que parecían espumas. La noche puso término á la fiesta crepuscular. Colgó en las alturas su manto estrellado y nos acarició con su aliento convidándonos á reposar. El buque se mecía con ritmo más sensible, y el canto de las aguas entornó nuestros párpados.

Nos levantamos de prisa, lo mismo que el día anterior. El buque había caminado mucho, y Corinto estaba cerca. Queríamos ver con los ojos lo que sólo habíamos visto con el alma. Los sentidos tienen sus fuegos y no se contentan con las alegrías espirituales. Los deseos prolongan el tiempo y la distancia; hacen rabiarse siempre. Los nuestros fueron generosos por demás: pegaron sus alas al buque y éste corrió con más velocidad. Cuando el pensamiento solo de que nos aproximábamos era bastante para llenarnos de alegría, vimos estremecidos de júbilo que la fortuna llevaba más lejos sus cariños. El Cardón se presentó de repente á nuestros ojos. Espectáculo soberbio. Aquellas lenguas de tierra que se adelantaban en el mar para recibir los besos de la onda y lamer las espumas que llegaban á sus bordes como blanquísimos merengues: aquellos peñascos altaneros que semejan á cierta distancia gigantes que se divertían en romper las olas á puñetazos: aquellas gargantas profundas, por donde el buque no pasaba sin previo permiso solicitado con todo el aparato de una pomposa humildad: todo aquello era para volver al revés nuestro juicio. Los ojos se iban por encima de tanta magnificencia, y las manos que se levantaban en ademán de admi-

ración, pareció que pedían al cielo ojos para ver. Ibamos tan cerca de tierra, que ya casi la tocábamos, cuando el cañón atronó los aires con su estallido. Una explosión de entusiasmo surgió de nuestros pechos, y al pasar los hurras por nuestra boca, casi la rasgan. Ya estamos en la rada. ¡Quién se atreve á describirla! Dicen que el silencio es elocuente, y á él me atengo, antes que perder mi *buena reputación*. Doce naves lujosamente empavesadas, pertenecientes á distintas nacionalidades, se tragaron nuestras miradas, y apenas pudimos adivinar por lo pronto que no era un escuadrón de nubes sino de gentes lo que cerraba el paso allá en la playa. No era el enemigo que se agrupaba para oponernos resistencia: era Nicaragua, que, representada en aquel batallón de sus hijos, extendía los brazos para recibir á sus hermanos. La nave de guerra norteamericana "Juniata", surta en aquella bahía, saludó al Jefe de Costa Rica con veintiún cañonazos, que disparó en el corto tiempo que nuestro buque gastó en pasar á su lado. Con dos cañones hizo el prodigio. ¡Qué artilleros, Santo Dios! Mientras tanto, Corinto se quemaba, y nuestros pulmones se fortalecían con el olor de la pólvora. A las nueve de la mañana vimos realizado el sueño que nos acarició la primera noche de mar. Habíamos hundido nuestras plantas en las arenas chispeantes de las playas corintias, y nuestra patria nicaragüense nos había recibido en su suavísimo seno.





II.

DE CORINTO Á MANAGUA.

Estamos en Corinto, y mi alma principia á contristarse. Con cuánta razón me estremezco y lleno de miedo! No murmuréis, por Dios; no forméis juicios temerarios, y permitidme que con toda libertad tiemble de polo á polo; desde la punta del pie hasta la cabelluda cima del cráneo. Y cómo no he de afligirme si todo cuanto en torno miro y escucho se convierte en mi enemigo acérrimo, que me quema con risas que parecen cauterios, y me hiere con sarcasmos que parecen puntas de acero? Cuanto me rodea en ofensa de mis ojos, que ya vierten lágrimas, se acerca taimadamente á mi oído, y quedo, muy quedo me dice: ahora sí que estás perdido: mira, oh cronista en ciernes! cómo se va de bruces tu pequeña fama. Más te valiera no haber tenido la audacia de venir en la comitiva de tu digno Jefe. Más te valiera volver la espalda, poner pies en polvorosa y no parar hasta tu casa. Los enemigos de la tranquilidad de mi alma

tienen sobrada razón para mofarse de mí ¡desventurado! Bien me lo dijeron los prudentes: “en tales apuros has de verte, que muy dichoso serás si de ellos logras escapar con la cabeza sobre el cuello.” Y heme aquí con la pluma en la mano, y sin saber moderar las palpitations de mi pecho y la ofuscación de mi cerebro. Si yo supiera alguna de esas invocaciones clásicas con que los poetas griegos y latinos cautivaron las musas hasta ponerlas muy humildes á su servicio, ya podría conjurar las malas voluntades que me muerden, diciendo, si no con frase gentil, con palabra exacta, que es lo que veo y que es lo que escucho. No lo conseguiré, mi derrota va á ser infalible. Me queda un recurso solamente; callar, hacerme el lelo.—Decir que el General Soto fué recibido con demostraciones de la más afectuosa cordialidad; que en honor suyo se hicieron muchas salvas de artillería; que fué el primero en abrazarlo á bordo el simpático General Urtecho, de quien no se qué admirar primero, la bazaría ó el talento; decir que fué el segundo en apretarle la mano, el señor Comandante del puerto, Coronel don José L. Guerrero, y que uno y otro personaje lo acompañaron á tierra; decir que los cañones reventaron y la banda marcial dió al aire la marcha de los SS. PP., tan pronto como se notó que el señor Presidente Soto descendía por la escala del vapor; decir que nuestro buen amigo el inteligente y bondadoso joven Licenciado don Pedro González, Subsecretario de Gobernación, y el distinguido caballero don Alejandro Argüello—Diputado—fueron los primeros en recibir al viajero á orillas de la playa; decir todo esto y otras muchas cosas que son del caso y que es preciso decir, no es malo; pero decir las mal es una simpleza. Un recuerdo feliz viene á sacarme de angustias.

La Gaceta Oficial de Nicaragua, en su número 32, correspondiente al 23 de julio, registra un extenso editorial, que se refiere en su mayor parte al asunto que nos preocupa. Es bien seguro que el redactor de esa hoja no sabe, ni siquiera sospecha hasta dónde viene á protegerme su trabajo tan precioso como exacto y com-

pleto. No he de ser remiso en poner á su disposición lo que bien le pertenece. Me hace un servicio de mucho precio, y por ende le debo un millón de gracias: se lo remito con la firma y sello de mi sinceridad. Si no toma á mal que haga mío lo suyo le quedaré todavía más obligado. Quiero copiar al pie de la letra una parte de su editorial. A la orilla de la playa hemos visto ya á don Pedro González y al Diputado don Alejandro Argüello.—Sigue la copia.—

“A corta distancia y bajo un hermoso arco, estaban los señores Ministros Guzmán y Castrillo; y en seguida las comisiones en el orden siguiente:

Lic. don Buenaventura Selva, Presidente de la Suprema Sección Judicial de Occidente.

Doctor don Roberto Sacasa, Presidente del Pro-tomedicato.

Lic. don Miguel G. Granera y don Mariano Barreto, Comisionados de la Municipalidad de León.

Don Bernabé Mejía, en representación de la Municipalidad de esta capital (Managua).

Los señores don Silviano Matamoros, Licenciado don Miguel Ramírez G. y don José Madriz, por el Instituto Nacional de Occidente.

Licenciado don Fruto Paniagua, por la Junta de Fomento de Corinto.

En la plataforma que está al pie de la escalera que conduce á las habitaciones principales de la casa nacional, estaban los señores don Jesús Monterrey y don Vicente Solórzano: en la parte superior, los señores don Eduardo García y Coronel don Samuel Talavera; y en la puerta del salón fué recibido el señor Presidente por los señores don Pedro Balladares y don Fernando Lacayo.

El señor General Urtecho hizo las presentaciones del caso, terminadas las cuales, el señor General Guzmán invitó al señor Presidente Soto, á los miembros de su comitiva y demás caballeros, á tomar un cocktail;—y con esta ocasión se cruzaron frases de amistad entre el Jefe de la hermana República y nuestros Ministros.

En seguida se sirvió el almuerzo, reinando durante él la mayor cordialidad y animación.

El señor Presidente Soto recibió invitación para ir á bordo del Juníata, en donde fué objeto de las mayores atenciones de parte del Comandante y la oficialidad, habiendo recibido los honores correspondientes á su elevado rango.

A las dos de la tarde salía el tren de Corinto...” El cuadro hasta aquí ha sido perfecto, quién lo duda?— Pero aunque las dificultades vuelvan á precipitar mi paciencia y los temores á traerme pusilanimidad, he de ensayar algunas notas sobre cosas ajenas y mías.

Desde luego, considero como caso de conciencia hacer constar que aquel cocktail á que se refiere mi amigo el cronista nicaragüense, yo no lo ví, no fué posible que lo viera. Háceme ahora la boca agua, pues ya me figuro que un cocktail, y hasta dos...entre nueve y diez de la mañana, cuando el estómago se dispone á entrar en luchas desesperadas con el almuerzo, deben ser algo muy corroborante y aperitivo. No pongo en duda (y cómo había de ponerlo, si quien tal dice merece no sólo el mío sino todo ajeno crédito) que el cocktail fué delicadamente ofrecido por el señor Guzmán, y saboreado con delicia por cuantos tuvieron la fortuna de estar presentes en el lance. Lo que sí debo poner en duda más elocuente que *La Duda* de Núñez de Arce, es que yo no hubiese quedado muy satisfecho de haber gustado el susodicho aperitivo con el paladar, ya que la suerte contraria no me permitió gustarlo con los ojos. Ahora diré, antes de pasar á otra cosa, en que estribó mi mala andanza.

Vuelvo á decir que llegamos á Corinto, por si alguno ha osado tomar á broma lo referido desde el comienzo de este artículo y fin del anterior. Anclado el buque y ya tendida la escala, nos dispusimos á descender sin pérdida de tiempo; pero así los nuestros como los extraños formaron en el puente un barullo tan extraordinario, que yo, que no puedo preciar-me de forzado, y que por otra parte, soy, como todos lo saben, de bien media-

na estatura, tuve la desgracia infinita de verme luego convertido en miserable *vaiivine* ó sea en objeto apropiado para el juego de la pelota. Esta circunstancia deplorable fué algo así como la introducción de un capítulo que yo titularía:—“De como hay hombres desdichados no tanto por su mala cabeza cuanto por los rigores del sino.”—Luego que no quedaban en el vapor sino la tripulación y los animales destinados al triste fin de perecer para que otros vivan, llegó—¡ya lo creo!—mi turno de echarme á tierra. La impaciencia me trabajaba ferozmente, y el sudor que con motivo de la congoja y del aire abrasado que me rodeaba, corría como moro sin señor por toda mi humanidad, acabó de dar al traste con mi bella índole, á tiempo que me descolgaba sobre el bote. En el momento crítico, ciégame los ojos; faltó sostén á uno de mis pies, y muy á pesar mío tuve que saber lo que nunca me interesó; que el agua salada no es salada sino amarga: con la mismísima boca hube de dar un buen sorbo. Aun los remeros descamisados tienen á veces sus buenos parches: mediante la conmiseración de los que iban á conducirme, logré enderezarme, cuando una onda que seguramente se alegraba del mal de su prójimo, corría á darme su latigazo con la crinada cresta. Llegué á la orilla de la playa, pusieron la escalerita para bajar, pero yo, que estaba más irritado que húmedo, cimbré el cuerpo y con fiera arrogancia me lancé de un salto. Inútil es decir que me recibieron cariñosamente las aguas, y que en ellas me hundí hasta la rodilla. La rabia y la desesperación colmaron su medida y á costa mía se divertieron á sus anchas. La gente que observaba era mucha. Noté que cuchicheaba y sentí que mis ojos se convertían en carbones encendidos, que la sangre á borbotones golpeaba mi pecho y luego en llamadas invadía mi rostro; pero cuando al aproximarme á los grupos y sobre todo al atravesar por ellos, ví que los ojos de cada cual relampagueaban con aire de mal disimulada satisfacción, y que todos los labios se plegaban con la sonrisa desesperante de quien se goza en el infortunio ajeno, entonces... ay! entonces *más quisicra*

no haber nacido! la playa giró vertiginosamente, dió un vuelco mi cabeza, mi pie quedó sin sustento, y la luz radiante del día se descompuso en menudas y fugaces chispas. En vano me propondría recordar el modo como llegué á encontrarme en los corredores del alto de la casa de gobierno. Estaba tan corrido, tan infinitamente acobardado, que pronto hube de ser objeto de un nuevo desastre. Se llegó á mí don Ezequiel Gutiérrez acompañado de un joven, y me dijo: el señor don Pedro González, Subsecretario de Gobernación, desea conocerlo y ser su amigo. Con ojos de estúpido mirándolo vagamente, permanecí en silencio tal vez un minuto. Al fin me resolví á hablar, á hacer el saludo de estilo; pero di la mano al señor Gutiérrez encorvándome á la alta escuela, y dije luego al señor González, qué tal, buena pieza? Lo demás ¡oh lector! podéis adivinarlo. Yo no supe de cocktail, ni tampoco de almuerzo. Me faltaba tiempo para maldecir mi estrella y deplorar mis desgracias.

Corto el episodio que ya se ha prolongado bastante, y entro en plena madurez. Qué feliz fuera yo, y cómo gozaríais con mi relato, si pudiera recordar con fidelidad cuanto allí en Corinto sucedió desde las nueve de la mañana, hora en que desembarcamos, hasta las dos de la tarde del mismo día 15 de julio, hora en que el señor Presidente y su comitiva, ebrios de alegría que rayaba en las cumbres del entusiasmo, se dejaron arrastrar por el tren que corría hacia el interior de Nicaragua, acompañados de un buen número de escogidos nicaragüenses, sobre un camino de hierro, que me obligó á establecer comparaciones bien poco complacientes para mí que soy tan extremadamente localista hasta no admitir, por ejemplo, que la ciudad de Nueva York sea ni siquiera en un detalle superior á mi querido San José.

El Jefe, como todos lo sabemos es joven todavía, tan joven como quien siente aletear en su alma las esperanzas y cantar en coro las ilusiones; pero yo me atrevo á decir que en esa mañana hermosa de nuestro arribo á Corinto, la juventud refrescó más amablemente su rostro

y en las pupilas le puso mayor cantidad de luz. El primer abrazo con que Nicaragua calentó nuestros pechos y avivó nuestros corazones, fué de tal manera simpático y dulce, que hoy todavía á través del tiempo y la distancia siento que su virtud me rinde llenándome de felicidad. Qué de finezas no gastaron Nicaragua y su Gobierno para obsequiar con dignidad y afecto purísimo á nuestra patria en la persona de su primer mandatario! Aquellos cumplidos caballeros de cultura tan generosa como la sangre de los príncipes de casas antiguas, con qué tacto delicado, con qué galantería incomparable no supieron sorprendernos, llenarnos de admiración y respeto. Jamás hubiera imaginado que tanta suma de afectos sin mancha pudieran ser adorno de los mortales. Llegué á veces á compadecer al Jefe.—Qué haré, decía yo, para corresponder á tan finas demostraciones?

Conversé con algunos de mis compañeros y pude notar que, del mismo modo que yo, se hacían lenguas de los nicaragüenses. Acabábamos de llegar, y sin embargo cada uno tenía ya en su cartera la nota de algún lance delicioso, de algún obsequio singular; que los más jóvenes así como los más encanecidos, parece que se complacían en someter á toda prueba el temple de su buena voluntad para con nosotros. El General y su Ministro, como era corriente, tenían que darse las manos con los más respetables por la mayor antigüedad de sus ejecutorias. Yo, que nunca fuí suficientemente grave, y mis compañeros, que si lo fueron,—entonces habían degollado la severidad en aras de inusitados regocijos,—entreteníamos en ir y venir con los más jóvenes ya por los anchos y ventilados corredores de los altos, ya por la playa y calles arenosas de la población, bien poco abanicada por las brisas del mar. Difícil me sería recordar por lo pronto todas las buenas relaciones que logramos hacer esa sola mañana. Fueron muchas; á cada paso que se daba, nuevas presentaciones venían á favorecernos con otras nuevas amistades. Refiérese que los bárbaros solían beber sangre de sus venas en testimonio de que no dejarían de llenar sus compromisos; pues nosotros y los jóvenes nicara-

güenses afianzábamos nuestras promesas generalmente con sangre, pero no de nuestras venas, sino de la vid jerezana. No vayáis á creer que llegamos á excedernos.

Mientras el Jefe almuerza con gran contento suyo y de las personas que lo acompañan á la mesa, os explicaré cómo en Nicaragua, llegado el caso de hacer vida regalada, pueden perfectamente los menos adoradores del dios de los pámpanos llevar sin peligro sus condescendencias un poco más lejos de lo común. El clima allí, en los lugares que conocimos, es mucho más ardiente que el clima de San José; y no exagero si digo, que abrasa tanto, por lo menos, como el de Puntarenas en la época de más calor. Así pues, las bebidas estimulantes no tienen como en los climas frescos, mucha ocasión de perjudicar la cabeza; casi tan pronto como son tomadas pasan del estómago á la epidermis: la traspiración es continua y abundante. Sin que os mováis, sentiréis que corre á chorros el agua por vuestro cuerpo. Era curioso ver cómo nos angustiábamos si llegaba el momento de cambiar de cuello, de cuello solamente. Las más de las veces cuando acabábamos de abotonarlo, ya estaba perdido, ya pedía renuevo. Lugar es este para decir otras muchas cosas relativas al calor y nuestras humanidades, sujetos entre los cuales llegó al cabo á mediar la más cumplida inteligencia, al influjo conciliador de las aguas minerales, principalmente la apolinaris, que debe ser la bendita; pero me abstengo de hacer más notas sobre el asunto, porque espero tener ocasiones más oportunas todavía.

Paso por encima los baños de mar, uno de los cuales me fué bien conocido, como que en él estuvo mi traje azul en un tris de perderse; mi traje azul, que fué el que vestí después de mis consabidas catástrofes. Los que se bañaban hacíanlo con tal entusiasmo, que en uno de sus botes desafortunados, hubieron de echar el agua á vuelo sobre los espectadores. Mas no paso por encima el asalto que dimos á la oficina del telégrafo y al bondadoso telegrafista, ya para saber de nuestras familias y amigos, ya para ponerlos al tanto de nuestra buena fortuna. Y

aquí conviene decir en obsequio del liberal Gobierno de Nicaragua, que nuestros partes eran despachados con preferencia y en términos de pura gracia. Igual cosa sucedió en las otras ciudades de que hablaré luego. Mucho menos pasaré por alto la circunstancia de que el digno Presidente de Nicaragua, el señor don Evaristo Carazo, que con singular fervor había deseado llegar á Corinto para recibir personalmente al Primer Magistrado de esta república, tuvo, sin embargo, que permanecer en Managua y privarse de tan dulce complacencia por motivos de quebrantamiento que sufría entonces su salud.— Así me he expresado, porque tales fueron los términos en que el probo nicaragüense, cuyas eximias virtudes tan profundo respeto nos inspiraron, á la vez que simpatía particular, se dignó ofrecer los sentimientos de su pena al Jefe costarricense. En análogas palabras dijo otro tanto por medio de telegrama al señor General don A. de Jesús Soto, Primer Designado, á la sazón, en ejercicio de la presidencia de este país.

Para ponernos luego en marcha, quiero decir ahora qué me pareció la población de Corinto, y qué puede llegar á ser. El caserío significa bien poco; pero los edificios nacionales corren parejas con los que tenemos en igual orden en nuestros puertos del Pacífico y del Atlántico, Puntarenas y Limón. La primera de estas ciudades, supera indudablemente, con gran ventaja, á Corinto. Tiene muchos más habitantes, mucho más comercio, y con esto, mayor actividad y alegría. Pero también es cierto que Centro América no tiene en el Pacífico otro puerto como el nuestro, y tal vez no exageraría si dijese que tampoco México. Hablo de las poblaciones y no de las ensenadas, pues si á éstas me refiero, tendré que confesar ingénuamente que Acapulco es un prodigio y Corinto una maravilla. Siendo así que esta rada tiene á su favor la naturaleza que se ha complacido en protegerla lujosamente, no se necesita más que el esfuerzo del hombre para que la población llegue á ser importante, y á ver crecidos con esto su comercio y su vida. Nicaragua, como Costa Rica, está en vía de llegar pronto á un

gran progreso. Al lado de los materiales, cuenta un gran número de elementos de moralidad, que auguran en forma lisonjera, brillante porvenir para ese país. Dichosos los que puedan vivir veinte años más! El tren ha dado su pitazo, se pone en marcha, y todo anuncia que será grande su impulso y veloz su carrera. Dichosos los que puedan vivir veinte años más! Ellos verán la arribada del orgulloso carro á la estación magnífica del triunfo!—Mientras tanto entremos nosotros en uno de los mejores carros que tiene á su servicio la línea férrea hasta León y Momotombo. El señor Presidente y los personajes nicaragüenses que lo acompañan, están ocupando su puesto: la comitiva invade el vehículo por ambos extremos, y todo anuncia que ha llegado el momento de la partida.

Ordeno al cajista que siga con la copia del editorial consabido, y yo me planto en uno de los cómodos asientos del carro, decidido á no dar una plumada mientras caminemos hacia Chinandega, de Chinandega á León, de León á Momotombo, y de Momotombo á Managua. La varia naturaleza del tránsito atrae mis miradas, y yo me siento feliz al ver el afán con que mi alma contemplativa se hace pedazos, y va dejando regados sus girones á entrambos lados de aquel camino del Infierno! Por qué os estremecéis, lector? Dante Aligieri nos ha pintado la senda maldita con todos los tintes infames del horror, es verdad! Pero qué importa el sombrío relato de aquel poeta extraordinario que descendió á las tétricas profundidades para encender en sus hornos el laurel que centellea en sus sienes? Qué importa, digo, ese relato, si nuestro misticismo, que es el que mejor entiende el asunto, nos enseña y dice que al infierno se va por senda perfumada, por senda de pájaros y de flores, de nidos de hadas y bosquecillos encantados que están llenos de suspiros amantes y de himnos al deleite, al amor y la belleza? Me ocurre sin embargo, que tal vez nuestro misticismo se equivoca, y que es el gibelino inmortal quien tiene la razón. Es probable que la senda hermosa sea la que guía á la gloria ó el cielo: Chinandega, León y Managua

lo fueron para nosotros. Hecha esta explicación, que copie el cajista.

“A las dos de la tarde salía el tren de Corinto, y á las tres llegaba á Chinandega. En la estación que estaba adornada con elegante sencillez, esperaban el señor prefecto López, la Honorable Municipalidad, todos los empleados civiles, militares y de hacienda, los señores curas, considerable número de personas notables, y gran concurso de pueblo.

Cuando el señor Presidente Soto bajó del tren, fué saludado con vivas atronadores, la música dejó oír sus acordes y el cañón le saludó con repetidas salvas.

Fué servido un abundante refresco; y después de un corto paseo al interior de la ciudad, continuó la marcha hacia León.

En todos los pueblos de tránsito fué el señor Soto objeto de ovaciones, tanto más dignas de notarse, cuanto que procedían de gentes sencillas, pobres, desconocidas, sin pretensiones de ninguna clase, y cuyas manifestaciones tienen siempre el gran mérito de la sinceridad.

A las 5 p. m. la locomotora anunció con un prolongado silbido su ingreso á la antigua metrópoli.

Grandes grupos se veían á uno y otro lado del camino.

Al aproximarse el tren á la estación, un inmenso concurso vivió al Gobierno y al Excelentísimo señor Presidente Soto.

El entusiasmo era indescriptible.

Mientras un gran número de caballeros cortejaba á su ilustre huésped, el pueblo gritaba lleno de júbilo, la banda tocaba escogidas piezas, las campanas repicaban á todo vuelo y el cañón lanzaba á cortos intervalos sus estruendosos estampidos.

El espectáculo era grandioso. Quinientos niños formados en valla saludaban á la comitiva, agitando banderillas de los colores nacionales de Nicaragua y Costa Rica, y cien alumnos del Instituto Nacional, uniformados

y portando sus rifles, formaron la valla é hicieron los honores correspondientes.

Se sirvió en la Estación un abundante refresco, y media hora después se emprendió la marcha á pie hacia el interior de la ciudad.

Más de cinco mil personas de todas clases y condiciones acompañaban al digno Jefe de Costa Rica.

La calle del tránsito estaba adornada con palmas, flores, gallardetes y banderas de los colores nacionales.

En la plazuela de la Estación se había colocado un hermoso arco que ostentaba en el centro el escudo de Nicaragua, y en un semicírculo que coronaba dicho escudo se veía esta inscripción: Nicaragua Os Saluda.

Muchos arcos había, siendo de los más hermosos el que estaba colocado frente á la casa de los señores Herdocia, y el que estaba entre la casa de habitación de doña María Morales de Deshon y la que ocupa el hotel *León de Oro*.

Además del considerable número de personas que acompañaban al señor Presidente Soto, las aceras se veían atestadas de gente, y en los balcones ostentaban sus gracias las bellas leonesas, en grupos que parecían verdaderamente ramilletes de flores.

En los semblantes se reflejaba la alegría, y se notaba la avidez que todos tenían de conocer al ilustre costarricense.

Se llegó á la casa destinada para alojar al señor Presidente Soto, la cual había sido generosamente ofrecida por el simpático joven don Daniel Deshon, á nombre de su señora madre la respetable matrona doña María M. de Deshon.

Las habitaciones se componían de una sala de recibimiento, dos piezas para dormitorio y un corredor. Todos estos departamentos fueron ordenados con particular esmero por la familia Deshon.

El señor Presidente fué recibido por el señor Senador y Lic. don Vicente Navas, y por los Honorables Magistrados de la Suprema Sección Judicial de Occidente; y tan luego como hubo correspondido á los saludos de

aquellos respetables caballeros, se volvió al pueblo, lo saludó, y dió vivas al señor Presidente Carazo, al departamento de León y á la instrucción pública, vivas que fueron contestados con gran entusiasmo.

El señor Presidente salió á corresponder algunas visitas y á conocer los edificios públicos. Visitó el instituto y la catedral, habiendo subido á la parte superior de las torres, desde donde la vista del espectador domina la más bella perspectiva. Al Oriente y Sur, extensos campos cultivados, al Norte los grandes volcanes, al Occidente pintorescas colinas; y más allá el mar, que es como el fondo de aquel inmenso cuadro.

Por la tarde, el claustro de profesores del instituto y los alumnos todos, fueron á presentar sus respetos al señor Presidente, y durante la visita, la filarmonía ejecutó, con habilidad que llamó la atención, escogidas piezas de su repertorio.

En seguida la banda marcial tocó la retreta. Las piezas fueron magníficas, la ejecución no dejó nada que desear.

Volvió la filarmonía á dar una retreta que concluyó á las once de la noche, terminando así las ovaciones de este día.

El 27, á las 6 a. m., el cañón anunció que se acercaba la hora de la partida. A las 8 estaba ya el señor Presidente en las estación, con gran número de personas notables que venían á acompañarle hasta Momotombo. Partió el tren y llegó al puerto á las 9 y $\frac{1}{2}$.— El lago estaba tranquilo, una ligera brisa rizaba apenas sus aguas, y el magestuoso Momotombo mostraba un gran penacho de humo.

Se sirvió el almuerzo, y dos horas después zarpaba el "Progreso," entre vivas y aclamaciones de los amigos de León, que permanecieron en el muelle durante largo rato.

A las 4 p. m. la comitiva llegaba felizmente al muelle de Managua, entre las salvas de la artillería de la plaza, los repiques de las campanas, los silbidos del vapor y de la locomotora y las aclamaciones de la muchedumbre".

El cronista se ha servido conducirnos hasta Managua. Él ha terminado el trabajo actual; y con qué esmero! Mas en tanto que el General Soto y el Jefe nicaragüense avanzan hacia el Palacio, según les es posible, pues la multitud de gentes que los rodean dificultan la marcha, y en tanto que, una vez llegados á la suntuosa morada, se complacen en departir amistosamente dando fácil acceso á la confraternidad, voy á separarme por algún tiempo de la comitiva, con ánimo de regresar hasta León, donde me quedan intereses que no puedo mirar con menosprecio; y aun en casi todo el trayecto recorrido he dejado prendas que debo recoger. Vuelvo por ellas.

Chinandega no fué vista sino á vuelo de pájaro, pero pude notar que es una ciudad importante. Su población, colocada en una abierta planicie, tiene los encantos de lo humilde, de lo sencillo y de lo grande. Las moradas más modestas lo son en extremo, pero en cambio parecen bien confortables las de la gente acomodada. Dijéronme que es buena y elegante la que visitó el señor Presidente; es propiedad de un señor Montealegre, persona de las más conspicuas de Nicaragua. Yo no logré verla. Con el señor Gutiérrez me había separado de la posesión deseoso de recorrer algunas calles. No me arrepiento, y considero que el señor Gutiérrez tampoco. Varias ocasiones nos desquitamos de la pérdida, si no con ventaja, de un modo agradable para nosotros, que con la curiosidad natural del forastero de buen gusto, tratábamos de investigar cuáles eran los caracteres de la Beldad chinandeguense. Más de media docena de veces vimos satisfecho nuestro intento, y ahora podemos decir que dos tipos de belleza triunfan en aquella ciudad: el blanco ligeramente mitigado y el trigueño puro: ambos con muchos rayos de luz tropical en las ventanas del alma. La curiosidad, que algunos apuntan como distintivo de la mujer desde que la sencilla Eva cayó en el garlito de Adán, fué de esa vez muy favorable á nuestros antojos. Algunas niñas que se arrojaban á las puertas ó ventanas para ver á los éxtranjeros—ignoraban tal vez que eran sus hermanos—permitiéronnos verificar á todo sabor nuestras ob-

servaciones. Sus miradas indagadoras nos bañaban en luz, y nosotros podíamos á tan dulce claridad sorprender el negro profundo de aquellos ojos amorosamente abanicados por rizadas alitas de mariposa oscura, que parecían pestañas. Pero basta por ahora; no proseguiré por esa pendiente difícilísima, sino cuando Dios quiera mirarme con ojos de piedad. La Belleza nicaragüense tiene los tres bemoles, y debo esperar hora feliz para hablar de ella.

En León nos demoramos día y medio. Mucho deseaba el señor Presidente prolongar la estada, pero los asuntos graves que habían determinado su viaje á la tierra de los hermosos lagos, obligáronlo, muy á pesar suyo, á emprender la marcha hacia la capital, donde debían ser ventilados. Pero si día y medio no fué bastante para conocer la gran metrópoli, no digo en sus detalles, pero ni siquiera en su conjunto, sí fué lo suficiente para hacernos sentir profunda tristeza cuando hubimos de dejarla.— “Qué de dulces simpatías me ligan á este pueblo” dijo el General; y nosotros en coro repetimos lo mismo; que de tal modo los bondadosos leoneses habían rendido nuestra voluntad. Día y medio de fiesta, y de fiesta tan espléndida como tranquila, en que no cerraron un instante sus ojos los pulidos afectos de la amistad, impresionaron tan vivamente nuestro ánimo, que no será posible que su recuerdo deje de traer á nuestras almas dulcísima fruición. Aunque sea un detalle poco grato para los demasiado circunspectos, y sobre todo para los que miran con ojeriza los regalados jugos de la vid vivificante, no he de pasar por alto aquel esmero con que fué atendida la mesa del Jefe. Uno, dos y tres banquetes; banquetes de todo lujo, banquetes regios! La alcoba presidencial es un detalle que también merece atención por la pompa con que fué dispuesta. De las personas principales que alegraron con sus visitas, su amable trato y fina educación la permanencia del General, no puedo olvidar á los Doctores Navas, Barrios y Sacasa. Los dos primeros nos eran bien conocidos, eran ya nuestros amigos. Ambos habían estado en Costa Rica desempeñando misiones diplomáticas de su Gobierno. Del Doctor Sacasa sólo

habíamos visto los resplandores de su nombre en alas de la fama. Qué satisfactorio fué para nosotros sentir en nuestra mano la de aquel hombre, que, para ser digno de toda consideración, podría exhibir los mejores títulos.

León es una ciudad vaciada en molde antiguo, rigurosamente antiguo. Esa circunstancia contribuyó mucho á hacerla interesante á nuestros ojos. La mirábamos con respeto y veneración que en nada desdecían de aquel piadoso acatamiento con que las almas religiosas se ponen de rodillas ante las reliquias de su culto. A cada paso nos parecía ver que temblaban sobre ella las alas del genio que la hicieron histórica y como tal la conservan. No buscaron en vano nuestros ojos ávidos aquellos monumentos de clásica antigüedad que la fama nos había indicado. Templos de severa arquitectura permanecen en pie. Su renombrada catedral es digna del renombre que lleva. En la nuestra se conversa con un Dios que sonrío, que inspira confianza y tiene los caracteres de un joven elegante y alegre que lleva á la moderna el hábito y las costumbres: en la catedral de los leoneses se cruzan los brazos, se encorva la frente y los labios no se mueven; que sólo el alma recogida, con la cabeza cubierta, mira al altar, y callada reflexiona sobre la inmensidad del Dios grande que pone serena y majestuosamente sus ojos sobre la tierra. Aquel templo es la casa de Jehová. La luz que en él penetra no lo abrillanta, pero añade misterio á su gravedad. Por sus grandiosas columnas sube la oración hasta las profundas bóvedas donde se ciernen los ángeles.—El edificio en que está el “Instituto Nacional de Occidente” es también digno de consideración. El mercado se divide en dos grandes patios, y es curioso ver como hierven allí diariamente los que venden y los que compran: León tiene más de treinta mil habitantes.

Por lo demás la población leonesa regala la vista con gran número de casas espaciosas, y de muros tan altos como no es costumbre mirarlos en las nuestras. El calor exige que pueda entrar en ellas una gran cantidad de aire, y que éste pueda renovarse fácilmente por anchas puertas y ventanas. En cuanto á la sociedad, considerada en

familia, tengo datos para decir que es deliciosa. A las finezas del Lic. don Pedro González soy deudor de la dicha que tuve de visitar algunas casas principales. En la beldad leonesa prevalece, lo mismo que en la de Chinandega, el tipo moreno bañado suavísimamente en múrice; pero el blanco, casi marmóreo, no se echa de menos. Las preciosas niñas Sacasa y Dubón pueden ser tomadas como tipos bien simpáticos de belleza blanca.

Se me hace tarde, y, á pesar mío, he de sacrificar buena parte de mis gustos. Quiero decir que la ciudad de León es dueña de una porción bien considerable de mis recuerdos mejores de Nicaragua, pero que no me es posible formar la lista de todos ellos. En tal caso, tendría que escribir un libro y coger más tiempo del que me está fijado para esta relación oficial. Doy las gracias á los leoneses, en nombre del señor Presidente Soto y su comitiva, por la generosa amabilidad con que obsequiaron á Costa Rica en la persona de su primer magistrado y compañeros de viaje; hago constar que la Suprema Sección Judicial de Occidente no pudo visitar en cuerpo al Jefe costarricense, por haber tenido que salir éste con dirección á Managua, la mañana del día fijado para hacer dicha visita; y hecho esto, me pongo al camino, no poco desazonado por tener que separarme de un pueblo tan simpático, cuyas bondades dejaron huella profunda en mi memoria. Ya estoy en marcha y espero que pronto me reuniré con aquella buena gente. Hablo de la comitiva número primero, cada uno de cuyos miembros habría podido ser un Antonio en Managua, á haber tenido afición á la vida inimitable ó grandiosamente desordenada, y á haber encontrado mujeres que, en vez de las virtudes de Lucrecia, hubieran exhibido las seductoras liviandades de Cleopatra.

De un salto me he puesto en Momotombo. Recuerdo que salimos de la ciudad á eso de las ocho de la mañana, que llegamos en berlinas á la estación del ferrocarril, que luego tomamos el tren y que la carrera fué veloz. Si recuerdo algo más, es que no tuve tiempo para fijarme bien en las bellezas del camino, de aquella vege-

tación variada, pujante, verdaderamente tropical que bordaba ambos lados de la vía. Dehesas, labranzas, follajes intrincados, árboles gigantescos, casitas dispersas, colinas y llanuras: todo en magnífico conjunto pasaba raudo ante mis ojos. Mas ¡oh poder irresistible y tirano de la verdadera grandeza! Delante de tí nada subsiste. Como tú te presentes, ya no tiene ser lo que no toca en tu cima: se apaga y desvanece como las gotas de agua que esmaltan las hierbas, cuando el sol las mira con sus ojazos de fuego. Los primores de la senda recorrida huyen de mi memoria: no puedo sujetarlos. Escapan, como bandada de pájaros, que no dejan ni rastros en el viento. Inútilmente trato de aprisionarlos, les corto las alas y los arrojo en el aposento que cierro al punto. Las alas retoñan con más pujanza y entonces huyen porque rompen la cerradura ó salen por la bocallave. Y no me es dado ni siquiera dejar diseño; mi pulso se altera y el lápiz se rompe. Lindos me parecieron los paisajes que dejé, es verdad; pero ante la verdadera grandeza, no tiene vida lo que en sus cumbres no toca.

Habéis oído hablar de esa enorme y bruñida lámina de acero, tan delgada, que se estremece y ondea cuando apenas se desapareza el viento? Habéis oído hablar de aquel titán que sortea los rayos de Júpiter, y contra el cielo arroja todavía á bocanadas sus entrañas hirvientes? Calculo lector que no habéis comprendido. Yo tampoco adivinaría en esas imágenes desgraciadas, el primoroso laguito de Managua y su volcán magnífico que se llama Momotombo. Pues bien, ante esas verdaderas joyas de Nicaragua se eclipsaron en mi memoria todos los paisajes del camino que acababa de recorrer.— No me atrevo ni á bosquejar; examino mi paleta y creo que ni con mucho llegaría á tener los colores suficientes. El Momotombo está fuera del lago, pero mírase en sus espejos de la cima á la base. A la distancia que lo ví tenía una perspectiva admirable. Sentí mucho no haber aprendido á manejar el lápiz: hubiera sacado un dibujo que ya habría hecho buena fortuna en las páginas de “Costa Rica Ilustrada”. A lo lejos, de entre las aguas.

del lago, surge el Momotombito, que es un vivo trasunto de su padre, quiero decir, del Momotombo: sólo se diferencian en que éste es un volcán activo que tiene la cima, y los flancos en gran parte, quemados por la lava hasta ser inaccesibles, en tanto que aquél apenas es una pequeña montaña cubierta de pujante vegetación que resplandece con todo lujo. Estuve tentado de hacer versos, versos á la naturaleza y versos á Dios. Mis conatos crecieron cuando un poeta leonés, que fué mi amigo desde Corinto, tuvo la buena ocurrencia de recitarme algunas de sus poéticas composiciones. En agradable conversación habíamos caminado por la orilla del lago, hasta quedar alejados de los compañeros lo suficiente para no ser interrumpidos por ningún profano: el arte excelso iba á descubrirse y á revelarnos sus misterios. El musgoso tronco de un árbol caído nos brindó asiento á la sombra de aquellos que, más dichosos que él, sentían pasar por sus ramas hojosas la seda crugiente de los aires. ¡En qué olvido desgraciadísimo iba á incurrir! Silviano Matamoros, nuestro bien conocido compatriota, ese sacerdote de la enseñanza que tantos laureles ha conquistado en el instituto occidental de León, para honra de Costa Rica, era nuestro compañero. Tiene talento, tiene buena instrucción y no pocas veces ha sacrificado con éxito en los altares de las musas. Lo encontramos en Corinto, como que era uno de los comisionados por el dicho instituto para presentar, en nombre de éste, un respetuoso saludo al Jefe costarricense. Lo hizo á las mil maravillas en una corta pero vivísima alocución, que siento no haber recogido. Y aquí debo recordar que las otras comisiones de que ya se tiene noticia, saludaron al Presidente con igual formalidad. Pongo punto á la digresión y vuelvo á mi cuento. La mañana estaba llena de Dios. El cielo resplandeciente parecía hecho de topacios. La naturaleza engalanada con su traje espléndido de matices varios, exhalaba todavía el perfume del óleo con que el alba la había ungido. Sentí en mi ánimo alborozado la comezón de la rima. Me disponía á vaciar en mi librito de apuntes algunas de mis emociones ver-

sificadas, y una vez más habría tenido que avergonzarme de mi falta de juicio para comprender que ni una de las hermanas me asiste con sus favores, si á Silviano no se le hubiese ocurrido salvarme del lance fiero consiguiendo que nuestro amigo el poeta leonés se anticipara á templar su lira. No improvisó, ciertamente,—mejor para mí, que no tengo fe en las coplas de los improvisadores—pero en cambio nos hizo oír su precioso canto á Dios, lleno de unción y de filosofía valiente. No he de ocultar que la conclusión del trabajo me pareció de tela inferior. El poeta, que nos había hecho escuchar los acentos grandiosos del filósofo inspirado, hízonos oír luego la declamación destemplada del sectario que haría correr la sangre para imponer su doctrina. No tuve empacho en hacer mis indicaciones al amigo, quien tuvo la condescendencia de admitirlas como fundadas. Principiaba yo á recordar algunas rimas de mis tiempos heróicos, quiero decir, de mis años verdes, cuando dichosamente, para que no incurriese en pecado mortal, nos llegó aviso de que el almuerzo estaba á las puertas de Roma. No esperamos nuevo correo. El peligro era grande y no había tiempo que perder. El estómago clamó por sus derechos, y corrimos como valientes á defender su autonomía y su integridad. Los pájaros no están más listos á volar si oyen el estallido de la escopeta, que nosotros lo estuvimos para acudir á la mesa luego que escuchamos el fatal anuncio. Era avanzada la hora y el ciego apetito aguijoneaba. Si tardamos un momento, nos quedamos, no sin almuerzo, probablemente, pero sí relegados al olvido sabe Dios hasta cuándo. Había tanta gente dispuesta á ejercitar las mandíbulas, que fué preciso hacer tres tiempos para que nadie quedase agraviado. Verdad es que yo no corría tanto peligro como mis compañeros. Miembro interesante de la comitiva del General Soto, cómo, lector, hubiera podido faltar un puesto para mí en la primera mesa? Los nicaragüenses habrían perecido de hambre, antes que el último de los compañeros del Jefe hubiera tenido que angustiarse ni con el primer síntoma de debilidad. Es gente buena, abnegada, en grado máxi-

mo hospitalaria, la gente de los lagos. Esas virtudes crecen cuando se trata de los costarricenses. Figuráos, pues, á qué grado de excelsitud no habrían llegado en obsequio del ilustre huésped y su comitiva.

Había muchos nicaragüenses, y la flor y nata de ellos tomaron asiento en torno á la primera mesa servida para el Jefe. Sucedió como debía suceder: los poetas cuando más corren son lentos como la tortuga. Tienen alas veloces para cortar el cielo; pero en cambio tienen pies de plomo para ir por la tierra. Mientras que de un vuelo son capaces de llegar á ponerse sobre las alas de los querubes y frente á frente del Infinito oculto, marchan á pasitos y tambaleando por este suelo, así como los niños que por primera vez se arriesgan á caminar derechos para ganar los embustes con que la madre los atrae al regazo. Cuándo serán prácticos los poetas? Cuándo querrán comprender que la ambrosía celestial pierde la sustancia nutritiva desde el momento en que corre sobre este terrón miserable? Nada, lector, os importan mis reflexiones melancólicas, ya lo sé. Pero cómo no deshaogarme de los amargos resentimientos que van pegados todavía á las telas más delgadas de mi corazón?— Cuando los tres soñadores llegamos al comedor, ya no quedaba ni un sólo puesto acéfalo. ¡Pobres amigos míos! inútilmente forcejé por abrirles campo. Con harto sentimiento víme luego colocado á pesar de la estrechez. Mi placa era buena, y cómo había de quedarme en la reserva. A golpe de martillo penetré como cuña entre un clérigo y un concejal. No podría decir que nos codeábamos. Quedé de tal modo con los brazos tendidos sobre la mesa, que en línea recta tuve que trinchar, comer y beber. Si hubiese durado más tiempo en mi rectilínea posición lamentable, habría tenido la inmensa dicha de salir de ella rectificado. Entonces ya no escribiera para decir disparatadas simplezas, sino para agradar y hasta para merecer la benevolencia de aquellos maestros severos que se burlan de mi impericia, llamándome *poeta*, sonriendo y á secas. En cuanto al señor Cura y al señor Concejal, tengo para mí que no lograron ver sino las le-

chugas que tenían de frente, y como eran nicaragüenses, el servicio estuvo siempre á distancia prudentísima de ellos. Partíame el corazón mirarlos forcejar con inútil afán para proveerse de algún alón de pollo ó de alguna enjuta cola de pescado. A los postres hubo alma generosa que se acordó de pasarles las aceitunas y el taller. Desde mi puesto rectificante pude mirar de reojo el esmero con que estaba atendido el señor Presidente. El servicio era suyo, suyos los platos de mejor linaje y, sobre todo, eran suyas las finezas inagotables de los Ministros nicaragüenses que tenía á sus lados. El de Costa Rica, para ser bien tratado, añadió á sus propios merecimientos, la circunstancia asaz recomendable de ser el vecino más inmediato del Jefe. Me acordé un momento de Víctor Hugo, del ingenio de los contrastes, y dije, si yo tuviera una pluma de arcángel en vez de aquella de ganso que rueda en mi escritorio desvencijado, aquí me luciría! Pero nada había en el desnivel que revelara esfuerzo, y mucho menos violento ó injusto. A su vista no hubiera habido alma que se irritara, ni siquiera contra el destino. Como los ríos corren á la mar, así las atenciones iban á buscar su centro natural. Don Bernardo Soto, que de ningún modo se habría atribuido ventaja personal sobre los nicaragüenses conspicuos que lo rodeaban, representaba, sin embargo, á la Nación costarricense en el momento mismo en que se disponía á robustecer y perpetuar la mejor inteligencia entre ella y Nicaragua, mediante un avenimiento que debía fundarse en recíprocas concesiones.— Y no era Costa Rica menos digna de alabanza que Nicaragua. Si ésta en obsequio de la paz de ambos pueblos se adelantó á proponer la entrevista de los Jefes, aquella indicó á Managua para punto de las conferencias. No creemos necesario demostrar que esta conducta de Costa Rica, que ha significado una condescendencia de verdadero amigo, allanó de prisa el camino para que nada pudiera impedir el estrecho abrazo de las dos Repúblicas.

Ya dije que mucha gente quedaba en espera. El tiempo había corrido bastante, y por eso solamente bos-

tezaban tanto y se apretaban el estómago aquellos que, menos felices que nosotros, se desatinaban más y más con la vista y el olor de las viandas, que, en son de burla, les pasaban por las narices. Mis dos buenos amigos, situados junto á la puerta más próxima á la mesa, me llenaban de lástima y de conmiseración. No pude verlos sin sentir que me crecía la gana de comer. Por fin nos resolvimos á despejar: ¡cómo alborearon entonces aquellos rostros desencajados! No bien estuvimos en pie, cuando la ola se tragó los asientos. Fué necesario cubrir la mesa por tercera vez para que nadie quedase resentido. Satisfecha la apremiante necesidad, nos pusimos en marcha. Agarrado al muelle esperaba el vaporcito. Con mucha razón se llama "El Progreso". Tiene primor, capacidad bastante y la ligereza de un pez. Cerca de dos horas y media habíamos navegado, cuando ya pasábamos á la derecha del Momotombito. De cerca me pareció mucho más pintoresco que de lejos. Visto del puerto es una mole compacta, y está cortada por varios desfiladeros más ó menos profundos, siempre cubiertos de maleza y arboleda alta. En cada colina las copas se enredan y se juntan, y de tal modo se tupen, que llegan á formar superficie tersa, que, por cónica, finge una tienda enorme de raso verde. La imaginación tomó cuerpo fantástico, y entonces me pareció ver que discurrían en bandadas alegres por aquellos poéticos bosquecillos, ninfas, faunos, náyades y dríadas y todas las demás familias maravillosas de que nos habla con entusiasmo la Grecia más antigua, la patria encantada de los mitos. Aumenté con la mano la bocina de la oreja, y no miento, lector, si os digo que escuché distintamente la flauta de Pan y las rítmicas canciones de Dafne y de Tirsis. Todo fué, sin duda, una quimera. Me engañaron las saltadoras ardillas, otros alegres animalitos que se divertían junto á las playas, y las aves hermosísimas que concertaban en el follaje sus melosos cantos.

El *tac* y *taoc* de algunos corchos que cedían al tirabuzón, atrajeron mis miradas hacia el grupo que se disponía á mitigar la sed con algunas botellas de cerveza y

de aguas gaseosas. Había estado mucho tiempo encorvado, descansando de codos sobre la verja de estribor.— Trabajo y no poco dolor me costó poner derecha la espina dorsal. Una buena dosis del espumoso refrescante me puso otra vez flexible y ágil. Ramoncito navegaba con nosotros. ¡Ah, nunca jamás olvidaré á Ramoncito! El managüense es una prenda de verdadero mérito. Panterista hasta en los tuétanos, tiene sin embargo en su índole la dulzura y la ingenuidad de un niño. Observaba atentamente y así como maravillado, el encanto, empeño y desparpajo con que el amigo Camilo se vaciaba las botellas de soda Sedlitz por primera y vigésima vez, y la manera como luego se relamía. No pudo resistir á la tentación; que la curiosidad suele hurgar y perder á los hombres lo mismo que á las mujeres. Diligentemente descorcha una botella, la embrueca al punto sobre el vaso y con prisa mayor se arroja la bebida entre pecho y espalda. No tuvo tiempo para desistir; que, á haberlo tenido, botella, vaso y líquido habrían ido á dar al demonio.—¿Y es esto, señor Mora, lo que tanto enajena su gusto y su esmero? Pues diga U. á qué sabe esta lluviecita para arriba, como no sea á caldo de aceitunas?— El buen humor cundió, y el mismo Ramoncito hubo de soltar la carcajada burlándose de su chasco: había creído que la soda Sedlitz era el licor de los dioses.

Burla, burlando despabilamos la jornada. Lo demás, ya lo sabéis. En tren del muelle á la estación, y de ésta á Palacio, abriendo brecha con frente, manos y codos, y á viva fuerza.





III.

DE MANAGUA Á GRANADA.

Con mucho temor penetro en Managua. Corinto y León, al cabo, han sido para mí tortas y pan pintado; pero la capital nicaragüense se presenta bajo un aspecto que amenaza seriamente mi reposo. Mis pasados sustos quedaron en pánicos, excepto el que me ocasionó la zambullida en Corinto. Hablo con toda seriedad. Parece-me difícil y hasta imposible que acierte á daros cuenta exacta del modo como la pasamos nueve días en Managua, y menos aún de aquel camino recto y desembarazado por donde las dos repúblicas caminaron departiendo en amable fraternidad, hasta el fin hermoso donde los afectos y las voluntades de ambas lograron asestar el golpe de gracia á los celos, desconfianzas é intereses mal entendidos, que en otro tiempo entibiaron sus amistosas relaciones. Pero, entiendo que no es á mí, sencillo narrador de los acontecimientos del viaje, á quien toca hacer comentarios ó estudios graves del feliz arreglo á que fué

llevada la cuestión internacional. El asunto ha sido tratado ya extensamente y con aguda crítica por la prensa de ambos países interesados, y es bien probable que si yo me arriesgara á probar el temple de mi pluma en un examen que de suyo es arduo, nada nuevo añadiría ni á la palabra ni al concepto que ya han corrido con viento amigo y próspera fortuna. Estamos satisfechos del resultado de las conferencias habidas entre los Jefes de ambas repúblicas y sus respectivos Ministros de Relaciones Exteriores. Ellas produjeron el pacto que conocéis, ese pacto justísimo, zanjador de añejas dificultades, é iniciador de una nueva era de paz y de armonía para las dos repúblicas, mediante el acuerdo y cordialidad á que logró conducir las. Los víctores y las alabanzas, escaso premio serían para los Jefes tan honrados como sensatos y tan sensatos como generosos que con heroico empeño dieron de puñaladas á la discordia. Es necesario no perder de vista sus esfuerzos, aprisionar en la memoria el recuerdo de su amor á los pueblos que gobiernan, y perpetuar en el corazón la gratitud que merecen.—Yo no me equivoco, yo sé que Nicaragua siente lo mismo que nosotros sentimos. Aquella tierra hermosa, tan fecunda en bellezas naturales, lo es todavía más en noble espíritu y generosas aspiraciones. Voces destempladas se escuchan donde quiera; pero qué importa, cuándo las que suenan musicalmente se levantan, ahogan y triunfan? Yo no me equivoco, yo sé que Nicaragua, del mismo modo que Costa Rica, acoge con entusiasmo lo consumado. Yo sé que tiene altas voces de aprobación incondicional y de elogio para la conducta de su Gobierno. Por qué te exaltas de júbilo, me diréis, si el pacto aun no ha llegado á su perfección? Yo responderé que tengo motivo fundado para alegrarme hoy, del mismo modo que me alegraré mañana. Recuerdo perfectamente las circunstancias que mediaron para que ese pacto llegase á ser.

La convención ajustada en la capital de Guatemala, con la mediación amistosa del Gabinete de la misma, entre las dos Repúblicas contendientes, dejó sometida la disputa sobre validez ó no validez del tratado de

cincuenta y ocho á la decisión de un árbitro. Nada puede alegarse contra el medio excogitado para llegar á una solución pacífica y aplacar por lo pronto la exaltación de los ánimos. Es el recurso mejor de que los pueblos civilizados acostumbran echar mano, si entre ellos se levantan dificultades que no entrañan ultrajes de los que reclaman perentoriamente el uso de las armas. Pero los trámites de un arbitramento son largos y penosos, por una parte, y por otra, el fallo de un tercero, aunque haya de aceptarse, deja siempre alguna frialdad en el ánimo de quien ve frustrada su esperanza. Los Gobiernos de ambos países aspiraban á llegar lo más pronto posible á un avenimiento que pusiera término á la disputa, y fuera la base firme de una armonía sincera y robusta entre los dos pueblos. Movidos de sentimiento tan generoso, dispusieron la entrevista de los dos Presidentes. Reunidos en Managua, conferenciaron luego, y convinieron en bases para un arreglo inmediato. El Jefe nicaragüense hizo convocar una buena parte de los hombres más notables de su país, con el fin de someter el asunto á su conocimiento y estudio. Acudieron al llamamiento, y muy pronto estuvieron en la capital, y reunidos en consejo, jefes de partido, políticos experimentados y expertos conocedores de la cuestión. El amor al país caldeaba los ánimos de aquellos hombres severamente circunspectos, y la cultura y el talento se enseñorearon del recinto de las sesiones. El pacto fué ajustado de acuerdo con el sentir de aquellos hombres ilustres que forman, se puede decir, una gran parte, por lo menos, del corazón y del cerebro de Nicaragua. Agregad á lo dicho la circunstancia de que, el arreglo concluído por los Presidentes no podrá fracasar nunca en esta República de Costa Rica. El General Soto, del mismo modo que el señor Carazo, sometió al examen de muchos de los hombres que mejor representan los diversos intereses de la Nación, el pacto celebrado, y tuvo la dicha de ver aprobadas unánimemente sus labores y su conducta. ¿No tendré, pues, motivo para decir que me alegro hoy del mismo modo que me alegraré mañana? ¿No tendré motivo para es-

perar que los dos Congresos perfeccionarán el pacto con su aprobación?

Abierta está la vía de paz y de amistad perfecta entre ambas Repúblicas. Dos plumas tuvieron suficiente virtud para despejar la senda con sólo trazar al pie de las cláusulas salvadoras los nombres ilustres de Soto y Carazo. El destino de ambas quedó cumplido, y juntas merecieron ser conservadas como reliquias venerables.— Aquélla, que cedió á la voluntad de nuestro Jefe, fué recogida cuidadosamente por el señor don Manuel Aragón, que sentía con viveza lo mucho que significaba el acto consumado.

Espéranme con impaciencia la holgazanería y la vida muelle. Quiero decir que me punzan los recuerdos de las dichas vaporosas, para que éntre pronto por el camino de las relaciones fantásticas. No cedo, sin embargo; que antes está lo serio que lo que ríe. De preferencia dedicaré mis atenciones á los tres Ministros de Estado nicaragüenses, señores Guzmán, Castrillo y Padilla. Contribuyeron con sus luces y buena voluntad á dar curso adecuado á las negociaciones, y no dejaron de fortalecer con su valioso influjo, el intento de llevarlas á un resultado de conveniencia práctica para ambos países. El General Guzmán, como Ministro de Relaciones Exteriores, hubo de empeñarse más de firme en el asunto. Persona circunspecta, llena de buen juicio y de sentimientos patrióticos, apuró de su parte todos los recursos que la dignidad no rechaza, para que el paso dado por los Presidentes llegara á tener saludables consecuencias. Bien poco valen mis alabanzas, pero las tributo de corazón al señor General don Fernando Guzmán y á sus compañeros de gabinete.

Creo que este es el lugar más oportuno para que recuerde también á algunos de los nuéstros. El señor Presidente llevaría á mal que yo me guardara en el tintero los nombres de aquellos miembros de la comitiva que más contribuyeron al éxito de las negociaciones.— Diré la verdad: el mismo señor Presidente me ha ordenado declarar que ese éxito fué debido, en gran parte, á

la asistencia que le dieron con sus consejos algunos de sus compañeros. Figura, en primer término, el Licenciado don Cleto González Víquez, que en calidad de Ministro de Relaciones Exteriores de esta República, puso en acción toda su inteligencia y actividad; y luego los señores Licenciado don Ezequiel Gutiérrez y don Manuel Aragón.

He descargado mi conciencia; he cumplido con un deber de estricta justicia. Ahora ya puedo alegre y libremente cambiar el cuello parado por uno bajo, y tirarme de cabeza, según Dios me ayude, en ese maremágnun que me espera.

Qué de cosas habrán de pasar en revista por mi pluma.—Dulces esparcimientos, acudid! Presentaos, matronas ejemplares, con vuestras hijas adorables. Paseos en carrosa, conversaciones humorísticas, comidas y banquetes, bailes y bailecitos, cónsules eróticos y niñas retrecheras, yo os convoco. Tejed mi tela, recuerdos; emociones gratas, dad colores á mi pincel.—Como quien acaba de ejecutar una obra meritoria, como quien está satisfecho de sus acciones, como quien lleva á Dios dentro del pecho, así de ese modo me siento después de mi invocación. Qué me importan las musas, si en mis ojos están pintados con toda su pompa y esplendor magnífico los nueve días que pasamos en Managua, y que nada tienen que ver con ningún novenario?

Principiar es lo difícil. Pero me ocurre que diciendo sencillamente que á las cinco de la tarde del día diez y siete llegamos á Palacio, habré logrado poner el comienzo de la relación. No recuerdo qué se anticipó, si un refresco en que no escaseaba lo caliente y corroborante, ó la distribución de piezas ó departamentos entre la comitiva del primer grado. Mas como quiera que ello fuere, lo cierto es que á las seis de la tarde, previos los aperitivos del caso, fuimos llamados á hacer por la vida. Puedo decir que entonces principió la era de las grandes felicidades, de las comidas refocilantes en verdadera forma, que para mayor desventura mía, pusieron extremos al refinamiento de mi gusto. Comieron esa tarde con

nosotros muchas de las personas notables que se habían agregado á la comitiva en Corinto y León. «No hubo, sin embargo, severidad de costumbres; compostura necesaria, sí. La mesa estuvo alegre, animadísima, llena de rasgos chispeantes, de sonrisas afectuosas, de miradas de buen acuerdo, de atenciones fáciles, de cumplimientos jamás estirados, pero siempre airosos y flexibles como las cañuelas de los mimbres. Pero aunque todo eso era muy simpático, parecióme más prudente poner los ojos en los platos con alguna preferencia, pues á decir verdad, no había salido muy bien librado de aquel almuerzo en que estuve á punto de exprimirme entre el clérigo y el concejal consabidos. Calculo que pensaban lo mismo que yo el Doctor Ulloa y Monsieur Biolley, que estaban á mis costados y entre los cuales podía moverme holgadamente. Qué dicha incomparable la del hombre que, respirando á sus anchas, puede mover con facilidad cuello, brazos y ojos cuando se trata de amparar un estómago compungido por el feo delito de no haber almorzado según lo manda la ley de Dios! No menos juiciosos estuvieron, á mi parecer, Camilo y don Gerardo. Conversaban ciertamente y hasta reían de vez en cuando; pero no hubiera sido fácil averiguar si gastaban su risa y conversación con algún ser parlante ó con las viandas y los vinos que les dilataban las pupilas y ponían regocijo en sus miradas. Habríase dicho que los cuatro y el que suscribe, jurada se la tenían á lo comestible; de tal modo guerreábamos contra pollos y asados, empeñando á un mismo tiempo armas filosas y dentadas. Mirábamos de vez en cuando don Ezequiel Gutiérrez y don Manuel Aragón, y entendí que nos decían con la mirada—Caballeros! recordad que la mesa ha sido puesta para nosotros también.—Tenían razón, pero más habrían tenido, si en vez de las siete espigas frondosas y granadas, las siete vanas hubiesen sido el ornamento del mantel. Pero no, que ni esperanza había de que plaga alguna invadiera aquel insigne comedor, excepto la de langostas. Pero éstas son inocentes y sabrosos animalitos que no saben perjudicar á estómago viviente sino cuando se abusa de ellos. Mas

rojos que de costumbre, que tal vez se avergonzaban al verse expuestos á la codicia de tantos ojos, contrastaban con la blancura marfileña de aquella carne escabechada de los pescados ciegos. Ahora explicaré cómo estoy en ello cuando digo que los pescados que se comen en Managua son ciegos, y no moralmente como los bobos que son bípedos, sino de un modo material. Cuando surcábamos el laguito llamaron mi atención algunos pájaros de mediana estatura, más largos que gruesos, semejantes á dardos, con pico agudo y de buen tamaño, y negros como el cuervo fantástico de Edgad Poe. Llegué á figurarme que eran precursores funestos de la muerte, y una buena dosis de temor acobardó mi espíritu. Trémulo y balbuciente interrogué á mi vecino, que era, por fortuna para mí, aquel Pedrito González que me fué presentado en Corinto.—

—Qué piensa V., naufragaremos?

—Pues es buena la ocurrencia.

—Pero no mira V. esos pájaros?

—Y qué tienen que ver los plumados con los naufragios?

—Pero no ve V. que son aves misteriosas.

—Quiere ver cómo me carcajeo? Cree V. en aves de mal agüero? Los buhos y las lechuzas tienen algo de extraordinario para V.? Es acaso supersticioso?

—No sé qué le diga, pero mis nervios se crispan. Ahora mismo me parece ver en el vuelo sesgado de esas aves oscuras un anuncio desgraciado. Si yo fuera romano del tiempo de los reyes, regresaría á Momotombo, aunque fuese á nado.

—Pues el vuelo de esas aves nada dice. Deje V. que ellas se diviertan cortando los aires, como nosotros abriendo las ondas. Lo que debe V. considerar como un signo de mucha desventura, es cada zabullida que se dan en el agua. Son pájaros marinos llenos de malignidad.

—Explíquese V.

—Qué cara pondría, mi buen amigo, si le fueran arrancados los ojos á picotazos?

—Santo Dios! Que horrible historia va V. á contarme?

—Escuche, Pío; esos pájaros livianos que se ciernen en el viento, caen como rayos sobre los peces que distinguen.

—Y los engullen como las gaviotas?

—Todavía son más criminales: les arrancan los ojos y los dejan á oscuras hasta la muerte.

—Qué feroz desventura!

—Tranquilícese V., que al cabo los peces son animales. El destino infame apagó la luz del día á Edipo, á Homero y á Milton.

Tal fué el camino por donde llegué á saber esa historia verdadera de los pájaros saca-ojos y de los peces desojados.—Si la digresión, lector, no ha sido de vuestro agrado, perdonádmela en obsequio de la buena intención.

Hago constar que todavía no abandono la mesa. Cometiera una falta de cortesía si dejase mi puesto, mientras el Jefe conserva el suyo.

El buen humor subía de punto. Nuevas viandas renovaban las consumidas, y del mismo modo, donde una botella quedaba exánime, otra llena de corazón se presentaba, dispuesta á no cejar en el combate. Y era de ver cómo los unos cerraban con el blanco y cómo los otros cerraban con el tinto. El adusto jerez, más seco que un verano riguroso, también desempeñó gravemente su papel, y á pesar de sus humos aristocráticos, hubo de verse pasando bajo el yugo de todos como si fuera un miserable esclavo. Por fin llegó su turno á los postres. Afortunadamente no hubo brindis. Se comía entre verdaderos amigos, y no había puesto para las sentencias graves ó para los discursos llenos de campanillas. La idea y el sentimiento habían corrido ya en fáciles palabras que se cruzaban haciendo aguas, ó se chocaban para chispear como el pedernal herido por el acero. Qué postres, santo Dios! Oh frutas cristalizadas, dulces de rechupete, manjares espumosos, más leves que los suspiros de una alma enamorada; por qué fueron fugaces vuestros días como aquellas horas venturosas de los poetas llorones?—

Mas, si humo fué mi dicha, pasad, pasad en óptica ilusoria y otras jóvenes almas engañad!—El Champagne fué servido. El corcho había detonado y zumbado como una bala de Wínchester. Era imposible que aquel jugo, color de hoja de caña tierna, no hubiese sido, en caso necesario, hasta de la primera de las viudas, de la fastuosa y riquísima de Mausoleo. Caía sobre la ancha copa de fino y lustroso cristal más lavado que la cara de una hermosa doncella que alborea en los quince, así como menudos y blanquísimos aljófares, y yo lo hacía correr luego por mi garganta sensitiva; pero algunos que no acertaban á comprender las virtudes de lo vaporoso, dejábanlo tranquilizarse para beberlo á *chupaduras*. Me acordé de los avaros, que darían la vida por no mirar mermado el oro de sus arcas. Vino luego el café perfumado y caliente y negro, en sus tacitas blancas de bordes áureos, que ufanamente decían, “hemos surcado los mares desde el celeste imperio”. Bendije el arbusto sabeo que da el fruto que templá las fiebres á Lieo, y consagré un recuerdo dulce y amorosísimo á mi patria. Pero luego supe, con espanto, que el rico aromático que mitigaba mi entusiasmo, era producto del suelo nicaragüense. El cigarro habano redondo, velludito y oloroso hizo los honores á la bebida reina: un sorbo y una bocanada de humo que subía en columna ó espiral hasta desparramarse en los aires. En conclusión, tomáronse unas gotas de beatífico licor.

Púsose en pie el señor General Soto y en pos de él salimos todos á respirar el oxígeno abundante que llenaba los anchos corredores, mezclado con los perfumes que despedían los frescos y crujientes plátanos, y las flores de los arbustos y otras plantas menudas que formaban del patio extenso y cuadrado, un artístico jardín.— Nos paseábamos á lo largo de aquellas galerías digestivas, cuando llegó á reunirse con nuestro Jefe, que departía con el General Urtecho, el señor Presidente Carazo. Dieron unas cuantas idas y venidas y luego se dirigieron á la sala de recibo, situada en el ángulo sudoeste de los altos. Los otros departamentos del Oeste habían sido distribuídos entre los miembros principales de la co-

mitiva, en la forma siguiente: cuartos al Sur de la alcaoba del Presidente Soto, que quedaba contigua á la sala de recibo y comunicada con una pequeña estancia que daba á los balcones del Este y miraba al jardín:—en el primero fueron acomodados el Ministro de Relaciones Exteriores, Lic. González Víquez, y nuestro ex-Ministro de Hacienda, señor Aragón; en el segundo los señores don Camilo Mora y Doctor don Juan José Ulloa; en el tercero el Magistrado don Gerardo Castro; en el cuarto el Magistrado don Ezequiel Gutiérrez. Seguían en la misma línea otros cuartos sin camas, que fueron reservados quizás para las conversaciones íntimas. Yo no tuve cabida en aquella morada del placer; pero mis buenos amigos me asilaban en ella hasta que entraba la hora de la conciencia y del pensar profundo. Entonces descendía de las mansiones altas; mis lentos pasos hacían resonar el largo corredor; los ecos del jardín se ponían en algazara y yo, silenciosamente, como un filósofo que lucubra, haciendo un ángulo recto me echaba á la calle por la gran puerta que custodiaban los centinelas vigilantes, ya paseándose gravemente con el rifle al hombro, á lo largo del pequeño cañoncito de la entrada, ó bien de firme en los umbrales con su rifle descansado. Mi misión era bien determinada: hacer un libro ó siquiera un folleto relativo al viaje. Ninguna hora más oportuna para pasar del borrador al diario las partidas del día, que aquella en que todo tiembla en la sombra y sacude el polvo el árbol del camino. Durante los nueve ó diez días de estada en Managua, pernocté en la morada de nuestro Cónsul. Si la bondad no lo hubiese movido á ofrecerme espontáneamente un lecho en su propio dormitorio, es bien probable que yo lo habría puesto en aprieto grande y decisivo, con sólo haber sacado de mi faldriquera un título irresistible; el que da testimonio de que soy su pariente muy inmediato. ¿Quién no conoce á nuestro Cónsul acreditado en Nicaragua? quién ignora que Faustino Víquez tiene todavía más largueza en el alma que en el cuerpo? Si yo no hubiera sido su pariente muy amado, mi calidad de

hombre habría sido bastante para mover su corazón.— Ven, me dijo, al mirarme descarriado; pernoctarás conmigo en el hotel de Lúculo; en mi alcoba hay un lecho para tí: tuyos serán mi agua-manil, mis toallas, mis jabones y jaboneras, mi bálsamo dentrífico, mis aceites orientales, mis aguas de olor, mis pantuflos, mis peines; mis cepillos, mis roperos y cofres, mi escritorio y todo mi recado de escribir; en fin, te ceñirás la corona desde que entres en mi cuarto: aquí están las llaves; te buscaré cuando necesite alguna. Sólo te pido que no me des bromas, que no me desacredites con tu charla sempiterna, que dejes tu índole traviesa y tu carácter acribillador en las alamedas de la plaza ó en los altos de palacio, que no me tires el dinero, que no te cojas mis pañuelos y mis calcetines de Escocia, & &, y que cuando te lleve á visitar, te guardes mucho de andar con payasadas y burlas picantes que á mí me desorientan y á tí te recomiendan mal, á pesar de tu talento y otras buenas dotes que tienes. Cuando me hizo sus ofrecimientos estuve tentado de darle las gracias y besarle la mano: me parecía tan magnífico; pero cuando se desplomó con su retahila de reconvenciones, me contenté con decirle, estamos entendidos, acepto tu filantropía; y en cuanto á las cortapisas, procuraré ser más grave y más sombrío que el rey del Escorial. No pude, sin embargo, dejar de reírme allí mismo. El demonio me hizo cosquillas con un recuerdo delicioso. Cuando viniendo de Momotombo nos aproximábamos al muelle, descubrimos á Faustino, que, sin duda alguna, nos esperaba ansiosamente. Habíanle dado poco antes una fuerte batida las calenturas endémicas. El, que de suyo es delgado y enjuto, lo estaba entonces mucho más. No bien nos miró cuando se puso de un salto en el extremo del muelle sobre la punta de un durmiente; y como es tan nervioso, y como por otra parte se emocionaba á la vista de sus parientes, amigos y compatriotas, hubo de hacer equilibrios preciosísimos en la peligrosa punta del durmiente. Levantaba y retorció los brazos, así como diciéndonos: mientras llegáis,

ahí van mis brazos y mis ojos. Cuando lo abrazamos en el muelle llegamos á temer que la alegría lo matara.

Nuestro Cónsul es sensible; pero más inteligente y activo. El modo como sabe llenar sus obligaciones consulares, levanta cada día la fama de que goza, y aumenta la estimación que con tanta justicia le tiene su gobierno. Puso en juego su prudencia y sus dotes intelectuales para patrocinar el designio del Jefe de Nicaragua; es decir, para convertir en una realidad el pensamiento de la entrevista. También hay parte de su espíritu en el arreglo á que se llegó. Ni el parentesco ni la amistad influyen en mi juicio. La severa justicia me ha dictado y no tengo temor de ser desmentido.

La noche de esa tarde nadie abandonó su puesto. Las visitas subían y bajaban en procesión hermosa, y el General Soto ordenó á sus compañeros de palacio, que estuvieran listos para ayudarle á recibir, atender y despedir á los visitantes. Si mal no recuerdo, esa misma noche se presentó por la primera vez el señor Doctor Cárdenas, que había sido en el anterior período Presidente de la República nicaragüense. Con cuánto gusto fué apretada la mano de ese ilustre hombre de estado.— Nuestro Jefe apuntó entre una de sus mejores complacencias la dicha de haberse relacionado pronto con personaje tan distinguido. Hasta las diez de la noche se sucedieron en el puesto las personas más notables de la ciudad; de modo que si la tarde fué hermosa, la noche no pudo tener motivo de celos. Todo fué ovación para nuestro Jefe, cumplimientos afectuosos para la comitiva y motivo de gratitud para nosotros.

Mis deseos de conocer la familia del señor Carazo tuve que guardármelos, á mi pesar, hasta el día siguiente. Mucho se nos había hablado de la bondad excelente de la señora, de la juventud fresca y gallarda apostura de la hija mayor, y de la gracia inocente del primorrito y la mimada de la casa. En cuanto á los varones, no era fácil que pudiéramos verlos; se encontraban fuera de la capital, y algunos lejos de Nicaragua. El joven don Manuel Antonio, con quien luego tuve relacio-

nes íntimas, vino de su finca de Rivas á encontrarse con nosotros, tres ó cuatro días después de nuestra llegada á la ciudad. Estábamos ansiosos de ser presentados á una familia que á más de merecer nuestros respetos por ser la del Presidente, era ya dueña de todo nuestro aprecio y todas nuestras simpatías, por ser la familia distinguida del señor Carazo.

Ignoro á qué hora entrarían en sosiego los de Palacio; probablemente no muy temprano. Los halagos y risitas convidadoras de Morfeo, suelen no tener bastante prestigio para reducir al orden sangres juveniles llenas de palpitations. Camilo y Juan José son incansables, *cosijosos* impenitentes. No esperéis mayor alarma donde quiera que ellos vivan. Si dudáis de mi aseveración, que vengan y hablen los señores Castro y Gutiérrez.— Yo, de mi parte, me considero muy dichoso de haber tenido que pernoctar en la morada consular. A eso de las once de la noche me acosté, pero no me dormí sino hasta las cinco de la mañana. No pude, sin embargo, concertar una sola página de mi libro; Faustino tenía en el buche un millón de cosas que decirme, y otro millón de cosas que preguntarme. Por la primera vez me puse serio como él deseaba, y le ordené que hiciera silencio.

Me levanté ni temprano ni tarde. Dormí dos horas, ó, mejor dicho, pasé dos horas en angustia horrosa. Había olvidado mis devociones; encomendarme á los santos al tiempo de acostarme; y he aquí, que no bien hu- be cerrado los ojos, cuando me ví convertido en pez enorme del lago. Incontinenti, zbullóse en las ondas una turba de pájaros negros, resueltos á sacarme los ojos.— Traté de defenderme á brazo partido, ó, para hablar con propiedad, á cola entera. Pero aquellas Furias aladas lograron en una que va y otra que viene agarrar sus uñas á mis escamas. Me ví perdido. Púseme las aletas sobre la cabeza y eché á correr sin tomar dirección. Resultado, fuí á estrellarme contra la punta de una roca. Desperté muerto de espanto, pero afortunadamente sólo tenía una leve contusión en la cabeza y algún cardenal de poca monta en el espinazo. La cama era baja, y el suelo no

había tenido ocasión de lucirse bien con mi pobre humanidad. Algo adolorido me puse en pie, cuando ya Faustino, atacado de una risa feroz, retorciase en su lecho así como culebra. Hice un gesto de desaprobación, y luego agradecí á los dioses que me hubieran devuelto la figura de hombre. Vestíme sin tardanza; en abreviatura enjuagué apenas mi boca, pasé por el rostro un paño humedecido en agua perfumada, me fregué las manos, corregí un poco el desorden de mis cabellos, hice con la escobeta alguna injuria al polvo de mi levita, pantalones y zapatos; aventé con el cepillo el de mi sombrero color de perla; me ajusté la corbata, miréme un instante al espejo, y muy luego tomé la puerta mientras me abrochaba y antes que las burlas del cónsul acabaran de agriar mi paciencia. Un aire casi caliente barría la calle, pero más fresco aún que mi temperatura, aventó mis fosas nasales y me hizo abrir la boca para henchirme los pulmones. Se aproximaba un hermoso landó que tiraban dos brutos airosos—cebruno y alazán—de abundante y tendida cola y orejas alanceoladas, derechitas y apuntando hacia adelante. Fortuna inmensa, dije para mí. Iré á dejar lejos las reliquias de mi susto y esta colerilla que me asierra hipócritamente. Hícele seña al cochero, tomando ya distancia y postura para ganar el estribo; pero ca, el muñeco apenas se dignó girar la cabeza para hacerme desistir. Pasó á todo trote delante de mí, y entonces pude notar que el General Soto y otros tres ocupaban los cojines forrados en rica tela de vistoso raso. Eso no es para mí, me dije, con algún desconsuelo.—Sin orientarme proseguí la marcha, no distraído ciertamente, pero sí afectando que meditaba en algo serio con cierta languidez de rostro y un tantico de indolencia corporal. De vez en cuando requería mi levita de negro y fino diagonal y de corte cerrado, cruzado y largo hasta la rodilla. No me era posible permitir que un solo pliegue, como no fuera artísticamente coqueto, dijera mal de nuestra tijera talladora de figurines. El amigo Valenzuela me habría perdonado la deuda; pero nunca la ofensa que á su arte acabado le hubiese hecho con mis descuidos. Mi pantalón

gris, con rayitas verticales de seda color de bronce, salía en buena forma de bajo la falda de mi levita, y correctamente descañaba sobre mis zapatos de amarrar, de cabritilla, agudos, bajos y de tacón á la inglesa ó norteamericana. No omito decir que las gentes sencillas se detenían á contemplarme diciendo entre dientes “si será ó no será uno de los cartagos recién venidos”; y que no pocas veces desabroché mi traje para sacar del chaleco algún dinero que ponía, de paso, en la morena mano de un chico semidesnudo ó de un pilluelo roto, que luego seguía sobre mis huellas haciendo cabriolas. Por ocasiones encontrábame con los ojos oscuros de alguna garbosa trigueña que me seguía atentamente con mirada inquisidora. Me dignaba entonces mirar de soslayo con estudiada sonrisa. Enderezaba más el palmito, revolvía desdeñosamente mi cañuela de Indias, sujeta entre el índice y el cordial, inclinaba un tantico la cabeza hacia la izquierda, y con vanidad mal disimulada decía entre mi corazón: “he dado golpe, he flechado bien! lo siento por esa hermosa que es digna de mejor fortuna; si yo me atreviera á revelar que soy casado, ya tendríamos otra Dido y una nueva tragedia: que me emplumen si los costarricenses ó cartagos, como aquí nos llaman, no lastiman pechos el día de su partida”. *Abel abalim ukol abel*, dice la biblia hebraica; pero la romana reza, “*vanitas vanitatum et omnia vanitas*”. Preferid la sentencia que más os acomode, que siempre estaréis en ello. Yo no soy lechuguino, que en todo caso sería lechuga, y poco propósito para ensalada; pero no se necesita ser joven satisfecho de su personita para ir con la boca abierta y mirando al cielo.

Atento á las caricias de mis ilusiones fantásticas, marché desalentadamente, hasta que una cerca de tunas me detuvo y despertó, introduciéndome bruscamente algunas de sus púas. ¡Maldita sea mi suerte y el diablo cojuelo que me persigue, exclamé, ya en ademán de lanzarme contra la erizada valla; pero me detuve, que al fin la reflexión me dió socorro.—Murmurando anatemas desprendía de mi carne las espinas, cuando acertaron á pa-

8

sar por aquel punto de mi desventura dos coches que llevaban la calle transversal, orillas de la cerca. “Qué haces, fulano!”, me gritó una voz. “Qué te pása!”, me gritaron varias. Con mirada pronta, registré el interior de ambos vehículos y reconocí luego á mis amigos de las alturas. Compuse mi rostro cuanto pude, dibujé en mis labios una sonrisa de hombre feliz, dí á mis ojos la expresión de una calma chicha, y repuse con desparpajo, “bajad é imitadme”.

—Y en qué diablos te ocupas!

—No habéis tenido ocasión de conocer algunos idios ó algunas églogas?

—Y á qué saben esos duraznos verdes?

—No profanéis con vuestra ignorancia el lirismo de la edad de oro, en que pastores simplecillos y pastoras sin malicia, y muchos que no eran ni lo uno ni lo otro, se descarriaban por los boscajes.

—No queremos oír sonetos; te quedas ó te vienes.

—Sólo un instante. Quiero confiar á una de estas pencas túrgidas el nombre amado de mi cara mitad.

—Perfectamente; seremos testigos de una nueva locura.—

Hundiéronse luego hasta los tobillos sobre aquella tendida alfombra de césped espeso. Clavé pronto mis espinas en la penca hasta completar el nombre. El ejemplo fué saludable; y hoy podrían verse en aquella cerca del extremo oriental de mi calle, seis nombres adorables dibujados en las pencas con cabecillas de alfileres de tuna. El mismo don Ezequiel Gutiérrez, á pesar de su circunspección, tuvo que rendir homenaje á sus dulces recuerdos. Me llamó la atención el arte exquisito con que puso el nombre de su querubín. Menos hábil Camilo, se dió una pinchada en el dedo mayúsculo, de modo que con sangre de sus venas completó el nombre de su adorado tormento. Mr. Biolley no quedó satisfecho hasta que no hubo escrito una quintilla preciosa. Daría algo por recordar aquel grupo de suspiros en francés.—Ahora al Palacio, que va siendo hora de almuerzo, dijo el Doctor Ulloa; y el Licenciado Castro repuso, á Palacio, pues!—

Nos acomodamos prontamente en los carruajes, y los cocheros hicieron chirriar sus látigos sobre los lomos de los brutos.

En mi librito de apuntes encuentro estas notas: Aire caliente. El sudor torrencial corría por todo el cuerpo, y á veces por encima del vestido. Mis dos pañuelitos de finísima batista, tuve que arrojarlos en el camino, pues, á fuerza de enjugar mi rostro, mi cuello y mis manos, habían descendido á ser tripas. El Sol quemaba ó cauterizaba como piedra infernal, y, sin embargo, preferimos destapar los coches para recibir más golpe de atmósfera. Mis compañeros habían procedido con sensatez; llevaban trajes claros y delgados. No se burlaron poco del talento con que elegí vestido para salir á paseo y á pie. Cuellos y puños los echamos á volar. Nos desabrochamos hasta donde podía ser permitido, pero pusimos la mano sobre el límite mismo. Yo me dejé de historias y me zafé de la levita, y á no haber ido á coche descubierto, lector, por María Santísima, que también me zafó de los zapatos; mis pies eran dos santos que chisporroteaban en parrillas al rojo. Nos detuvimos ante una tienda; el sudor nos anegaba y el coche hacía agua; todos habíamos arrojado nuestros pañuelos, y tratábamos de reponerlos: compramos unos muy grandes, de fondo color de sangre, de marco amarillo y llenos de flores y muñecos azules, plomizos y verdes. Los negociamos por mayor, en partida entera; eran como diez docenas. Habríamos comprado otras tantas de espejuelos verdes, ó, por lo menos, azules. Los ojos padecían con aquella luz cálida y abundantísima que se reflejaba sobre el pavimento de las calles, generalmente arenisco ó arcilloso. Las calles no son anchas, pero suelen tener despejo suficiente: algunas son muy estrechas é irregulares, de piso muy desigual. Una vez estuvimos á punto de irnos de lado: la rueda estaba ya casi embrocada, pero Camilo, que se echó oportunamente del lado opuesto, restableció el equilibrio. La ciudad está en construcción. Las cabañas y las chozas van poco á poco desocupando lugar, y las casas y las casitas, algunas bien recomendables, llenan luego los vacíos. Aquellos

son los embriones de una ciudad, que podrá ser hermosa si el gusto moderno sigue amparándola en lo posible.— Sus condiciones especiales de topografía, clima é higiene exigen también formas especiales que tendrán que ser atendidas antes que las de belleza. Managua, que apenas principia á ser, tiene sin embargo, gracia, viveza y alegría. Ví á la pasada algunas casas de doble piso y de buen porte. Del punto más distante del lago se puede llegar á éste en pocos minutos. La estación del ferrocarril está construída sobre la playa. No ví iglesia buena, ni recuerdo haber visto más que una inconclusa y otra que me pareció en ruinas. Me dí á creer que los managüenses no son muy amigos de fomentar costumbres que huelen á mohó de sepultura y que van cayendo en descrédito.—Estas notas las tomé mientras el coche-ro nos paseaba por la población. Trabajo me ha costado descifrarlas, pues con el movimiento irregular del vehículo, apenas pude trazar geroglíficos que no son ni siquiera egipcios.

Minutos antes de las diez llegamos á Palacio, á tiempo que nuestro Jefe ponía el pie en el estribo de su landó para saltar á la acera. El Licenciado González Víquez, el General Urtecho y don Manuel Aragón eran sus compañeros. Saludé atentamente á los cuatro, y por sobre sus pasos seguí hasta los altos, donde ya nos esperaban las copitas cristalinas en su preciosa bandeja, y el correspondiente aperitivo. Secamos el sudor con pañuelos floreados y todos echamos un buen trago de coktail de vino madera gaseoso y no sé que otras sustancias. Nos aficionamos á esa bebida y mientras estuvimos en Managua no probamos otra mezcla estimulante. El director del servicio se presentó inmediatamente preguntando si el señor General Soto deseaba almorzar ó si prefería otra hora. El temor me empequeñecía cuando un “almorzaremos ya” del Presidente, me hizo recobrar toda mi estatura. Erguíme como una palma, avivé los ojos, me atusé el bigote, púseme sonriente y comunicativo, echéle el brazo por el cuello á Mr. Biolley, y poco me faltó para que cometiera la insolencia de ser el primero en bajar al come-

dor. Nos lavamos las manos con jabón de lechuga, revolvímos en la boca algunas buchadas de agua mezclada con gotas aromáticas, tomamos la escalera y á pocos segundos ocupaba cada cual su puesto en torno á la mesa vestida de blanco. Aquel pulcro mantel parecía hecho de hostias nuevas que no habían tocado ni los dedos ni el aliento del sacerdote. Comimos como personas sanas y bebimos como acostumbrados á la gran vida. El Chateau Lafitte llenó mi copa por la primera y última vez. El servicio me pareció bueno, siempre bueno; aquellos criados se esmeraban en demostrar no sólo que lo eran de palacio, sino también que habían nacido para el oficio. El director de cocina, que era, si mal no recuerdo, un norteamericano blanco y bien parecido, joven todavía, de buena estatura y abdomen algo turgente, simpático y limpio como un repollo bien cultivado, asomábase á hurtadillas á las puertas, como para estudiar en los rostros el efecto que hacían sus platos en los cuerpos y en las almas. Probablemente debió quedar satisfecho y más orondo que de costumbre.—Cuando apenas habíamos principiado á ejercitar las manos en el corte de las viandas cortables, se presentó en el comedor el señor Presidente Carazo. Con la cabeza inclinada en son de saludo, nos pusimos de pie como si hubiésemos sido un sólo hombre. El señor Soto en persona colocó asiento á su lado para el Jefe nicaragüense.—Gerardo dejó de reír y Juan José de punzar al Licenciado Gutiérrez, que ya perdía la paciencia y principiaba á poner hosco el semblante, no sin haber advertido al enemigo de su buen temperamento, que nunca había pensado que fuese crimen, ni motivo de burlas el que un hombre serio entrase en buena inteligencia con Himeneo; pero que sí había reprochado siempre que llevaran los doctores, el carácter burlesco y la falta de gravedad, sentados sobre sus hombros. Celebrábamos la batida á tiempo que entró el señor Carazo.—Haré observar que el ilustre prócer no fué nunca nuestro compañero de mesa. Estaba delicado. Acababa de pasar una fuerte enfermedad, y su médico lo obligaba á un sistema de vida que mal se concer-

taba con nuestras usanzas. Su buena señora lo hacía almorzar á las nueve, comer á las tres y tomar por la noche algún refrigerio frugal. La más estricta temperancia gobernaba su vida.—Con la presencia del señor Carazo, púsose la mesa suficientemente severa. Nos mirábamos apenas, y con tiento esmerado hacíamos viajar las puntas del tenedor, del plato á la boca, y apenas nos atrevíamos de tarde en tarde á chupar con disimulo los bordes de la copa. Estaba ya lamentándome en secreto de la aparición del Jefe, y murmuraba palabras impacientes, cuando pude notar que la cabecera de la mesa entraba nuevamente en grande animación. Con mucha complacencia mía, advertí que el señor Carazo no era un acero desesperante, que el buen humor solía caldearlo y ponerlo flexible como un manojo de seda. Circunspecto y respetable como el que más, el señor Carazo honra en buena forma sus años maduros y su puesto; pero ello no impide que sea dulce y jovial en circunstancias oportunas, y que sepa inspirar á quienes le rodean confianza suficiente para que el ánimo se desembarace y se ilumine.

Puestos los Jefes en pie, los más turbulentos esperamos á que salieran para soltar la risotada. Era preciso celebrar el contratiempo ocurrido al más inocente de nosotros. Dijo el desventurado: “pero ni una granadilla quedó en los fruteros!” El Doctor Ulloa aprovechó la ocasión para ofrecerle la que había preparado malignamente, fingiendo que en ese punto la destapaba para entregársela. Acepto, dijo el antojadizo, que no había acabado de dar las gracias cuando ya había sorbido las pepitas envueltas en sus pulpas almibaradas. Pero, es el caso que blanqueó los ojos, hizo un gesto horrible y estuvo expuesto á arrojar sobre el plato el infame breva-je. El Doctor Ulloa había mezclado á la rica sustancia, vinagre, salsa inglesa, aceite, sal y pimienta.—La broma fué pesada, pero todos la rieron, y el agraviado permaneció impertérrito como un héroe. En seguida nos dispersamos. Quienes prefirieron ir á reposar el almuerzo tendidos con indolencia y casi desnudos sobre sus le-

chos turcos: quienes montados á caballo tomaron el camino de las lagunas pontinas. Yo me quedé en Palacio.

Fuñando mi cigarrillo paseábame á lo largo de la galería, tal vez disponiendo en mi pensamiento el plan y cuadros de mi librito, cuando la presencia de Faustino vino á sacarme de mis embelesos. Al instante me ocurrió lo que debía hacer: darme trazas para conseguir que el cónsul prescindiera de sus escrúpulos y tomase la determinación de apadrinarme en mi primera visita á la familia del señor Carazo. Lo saludé con palabra melosa, ladinamente suspendí mis brazos á su cuello, le propuse que me regalara el alfiler de su corbata, le dije que tenía el rostro resplandeciente, y le pregunté si había visto á Dios ó á la dueña de sus pensamientos; y cuando ya le tenía todo esto adelantado, le espeté con mucha frescura mi proposición.—Quiero, le dije, que me guíes al departamento de la familia, y que hagas una buena presentación de tu primo. Abrió los ojos con estupor, y se atrevió á preguntarme qué motivo tenía yo para aborrecerlo, pues que así conspiraba contra su buena fama y reputación de hombre serio.—Mi rostro llameó, y estuve á punto de armar camorra; pero luego me repuse y seguí tranquilamente con mi tema.—Recuerda, repliqué, que soy tu deudo, y que no cuadra bien que te resistas á facilitarme el medio de ofrecer mis respetos á la familia del Presidente, que tan cortés y suntuosa acogida nos ha dado. Si patrocinas mi designio, yo quedaré bien, y tú ganarás honra. El cañonazo fué tremendo, y el baluarte se desplomó. Observóme atentamente y luego me dijo: vamos, pues, pero al instante. Tira el cabillo de tu cigarro, pues supongo que no querrás presentarte echando bocanadas de humo.—Los alojamientos de la familia presidencial, quedan al sur del Palacio, haciendo ángulo recto con el cañón que nosotros ocupábamos.—La excelente matrona se dignó acogerme con una bondad que yo no esperaba, pues ciertamente no la merezco. Franca, hospitalaria, de índole suavísima, y siempre reñida con el tufo, cautivó de tal modo mi afecto, que me habría quedado en Nicaragua para ser su humilde servidor. Lola, que así se

llama su niña mayor, se presentó á mis ojos ungida con todos los óleos perfumados de la juventud, y hermo­seada con los encantos peregrinos de diez y siete primaveras. Su estatura elegante, su morbidez de mujer bien formada, y aquella inocencia de niña que encuentra blanda todavía la falda maternal, daban á su ser la atracción del abismo. Hízome seña Faustino, y con gran dolor de mi alma me despedí, llevándome un par de hermosos níspe­ros que me fueron obsequiados, uno por la señora y otro por su niña adorable. La *halajita* de la casa me había regalado un ramito de flores olorosas: resedas, pensa­mientos, heliotropos y verbenas. Apenas pisamos el co­rredor, cuando ya me dijo el cónsul: vamos, te has porta­do como un hombre de bien: ahora sí podré decir á boca llena que eres mi pariente.—Nos fuimos al mercado, edi­ficio de buena construcción, pero de patios estrechos y tiendas escasas: lo bastante para el movimiento de aque­lla población nueva, que apenas contará de seis á siete mil habitantes en su casco.—Compramos aguacates lar­gos, hermosísimos, que pesaban sendas libras. Compra­mos algunos panecillos de tiste,—pasta húmeda de cacao, maíz canela, y no sé que otros ingredientes,—que desleí­da en agua fresca, regala el paladar más resabioso. Y compramos, por fin, una buena partida de mamones, fru­tas semejantes á limón pequeño, cuya cáscara delgada y flexible, cubre una almendra escondida en una especie de capullo mucilaginoso y de sabor más dulce que ácido.—Examinamos el rostro y el cuerpo de algunas morenas, que llamaban más la atención con su zandunga que con sus golosinas; nos dolimos de algunos y de algunas pobres diablos de la raza del cacique *Nicaragua*, que enseña­ban las carnes á través de los andrajos; notamos la afección de las mujeres feas á ser expendedoras de carnes frescas y saladas; bebimos sendas jícaras de pinolillo, que es un refresco semejante al tiste; pusimos algunos centavos en las manecitas mustias de los niños desventurados, y después de todo esto, emprendimos la marcha á la morada consular. De paso nos metimos en el almacén y botica del Doctor Cárdenas con ánimo de visitar al farmacéuti-

co Chepito, que es nuestro compatriota.—Preparaba una receta; pero tan pronto como nos vió asomar, tiró la espátula, echó á rodar la balanza y á volar los polvos y papelillos; de un salto se puso fuera del mostrador y se nos colgó del cuello con ambos brazos. Nos brindó agua fresca filtrada, con mezcla de jarabe simple y de algunas gotas de nitro dulce.—Le dijimos adiós, después de haberle prometido que nos empeñaríamos con el Jefe para que lo trajera en la comitiva hasta Costa Rica.

En la alameda de la plaza me topé con el otro Pedro, que es el Secretario privado del Presidente Carazo. Le dí el brazo y me despedí del cónsul. Pusimos la proa al hotel de Vitelio.

El Secretario se llama á más de Pedro, Ortiz. Joven lleno de viveza y de claro entendimiento, ha probado sus armas muchas veces, y con buen éxito en el estadió de la prensa política. En el Salvador fué jefe y redactor de un periódico importantísimo. Yo no soy como otras medianías; profeso cariño especial á cuantos gobiernan la pluma mejor que yo. Pedro tuvo, desde que me fué presentado, mi amistad y mi simpatía. Cuando conocí sus méritos, sentí que no fuera mi hermano. Pero es el caso que el excelente muchacho tiene otras ventajas, como la de ser contemporizador cuando se trata de echar canas al aire.—Llegamos al hotel, preguntamos por los edecanes y Mr. Biolley; fuimos conducidos á la estancia donde jugaban á la poca para matar el tiempo y no para descamisarse; vertimos en las algofainas agua fresca y algunas gotas de la divina, mitigamos el fuego de los rostros, arreglamos los cabellos con peines ebúrneos, refrescamos la boca con unas buchadas de agua olorosa, dejamos satisfecha la policía en todo lo demás, y tomamos asiento al lado de nuestros amigos.

Referiros, aunque fuere en suma lacónica cuanto en Managua hicimos para distraer la vida, y cuanto hicieron los managüenses para colmarnos de venturanza, fuera asunto de no acabar, ó para no ser exagerado, pues que todo tiende á su fin, diré que fuera asunto para llenar un libro de doscientos folios en cuarto. Y es el caso,

que como lo más del tiempo me falta el buen humor, por razones que me callo, no puedo tener mucha confianza en la firmeza de mi pluma. Hoy, por ejemplo, que es quince de setiembre, aniversario de nuestra gloriosa independencia política,—mientras que hasta el último de los malos escribientes de alcaldía, tiene que tragar muy de prisa para no ahogarse con tanta felicidad,—yo, que tuve la honra de viajar por Nicaragua como representante de las bellas letras costarricenses, hállome en condiciones excelentes para darme un tiro. Pero como la obligación puede más que la devoción, me abstengo de quemar mi incienso en los altares de Suicidio, y de emprender la ruta del *eterno dolore*, aunque sé que no me faltaría por allá alguna *Francesca* con quien divertir mis ocios, describiendo parábolas, abrazadito á la niña, en el gran círculo de los amantes traviosos. Nunca me ha hecho feliz Jeremías, y prefiero dar un puntapié á las lamentaciones, que no son hebras á propósito para mi urdimbre.

Contentaos, lector, con saber de prisa que paseamos mucho, y rara vez á pie, porque el Gobierno de Nicaragua tuvo la feliz ocurrencia de ordenar que por cuenta del erario estuviesen á nuestra disposición todos los coches de la ciudad; que comimos y bebimos siempre que antojo nos dió, así en el Palacio como en los hoteles, posadas y cantinas, sin desembolso de nuestra parte, pues el erario se dignaba pagar por nosotros; que nunca nos fué defendido el dormir á cualquier hora, diurna ó nocturna; que los más linfáticos preferían hacer las paces con Morfeo durante el período más caluroso del día, en cambio de poder darle de cachetes por la noche, si el aire fresco y las estrellas vagabundas convidaban al placer.—Contentaos, en fin, con saber que si Managua es una ciudad pequeña, fué grande como el rey Carlo-Magno, en el obsequio para sus huéspedes.

Me hurga con tenacidad el deseo de dar cuenta del baile; de aquel baile que fué delicia de los mortales, y que, también lo habría sido de los divinos, como lo fué en todo y por todo del marrullero y juguetón Cupido, que durante la noche no pudo juntar sus hojitas de rosa,

ó diré sus párpados, por si la metáfora fuere estrambótica. Pero no obstante el dicho vulgar de que querer es poder, no puedo todavía tocar el asunto ni siquiera de soslayo. Antes debo ocuparme en otros temas que tienen preferencia sobre Terpsícore, pese á quien pesare.

Diré primero, que las conferencias diplomáticas fueron inauguradas á los tres días de nuestro arribo á la capital. Desde el primer momento pudo calcularse el término feliz á que llegarían las negociaciones, y aun habría podido celebrarse con ruidosa pompa el éxito que luego se tuvo. Se vió claramente que el señor Carazo y los hombres de su Gabinete no habían pensado en la entrevista para perder tiempo en inútiles conferencias; que tenían decidido verificar el arreglo, mediante recíprocas y fraternales concesiones que pudieran ser igualmente ventajosas para ambos países, y siempre que los términos del acuerdo estuviesen sustentados en la opinión de los hombres serios, que no gastan hipocresías hoy, para ser mañana cínicamente desleales á su palabra y su consejo.—Por lo que hace al Jefe de Costa Rica, éste no habría acudido á la cita, si ya de antemano no hubiese tenido resuelto llegar á resultados prácticos, aun á costa de sacrificios. Sabemos que ambos Jefes se manejaron como hombres circunspectos, que las esperanzas del uno no fueron defraudadas por ambiciones raquílicas del otro; que el señor Carazo pudo firmar con la aquiescencia explícita de hombres tan honrados y graves como Navas, Chamorro, Rivas y otros próceres nicaragüenses, el famoso pacto, y que el General Soto pudo también firmarlo en Managua, porque estaba seguro de que el Congreso costarricense respetaría la palabra empeñada, una vez que el documento fué dictado por la justicia y amor á la vida de una buena inteligencia entre ambas repúblicas, antes que por la voz humana. Hoy sabemos que los respectivos Congresos discuten ese tratado, y que, atendidos los antecedentes, no puede esperarse que sea rechazado.

Ahora recordaré la visita que jefes y oficiales militares se dignaron hacer en cuerpo al General Soto; las

que le hicieron funcionarios públicos de diversas categorías, y todos aquellos ciudadanos más importantes de la población. Fué visitado también por el Colegio de Managua (instituto de segunda enseñanza). El Director leyó un discurso escrito con entusiasmo y en el cual obsequiaba grandemente á Costa Rica y á su Jefe. Luego leyeron ó recitaron los jóvenes más discretos algunas composiciones en verso. Fué servido un refresco á profesores y alumnos, y cuando llegó la hora de la despedida, uno de los miembros de la comitiva tejió unas frases para demostrar al Colegio el agradecimiento á que obligaba la simpática prueba de aprecio que había dado al Jefe costarricense.--No fueron pocas las personas de otras ciudades que llegaban á Palacio deseosas de presentar al General sus respetos y el tesoro de sus simpatías. Tantas finezas, tantas ovaciones para nuestro Jefe en los momentos mismos en que el cariño de familia trataba de resolver un asunto de tanto interés para ambos pueblos, no podía ser considerado por nosotros sino como un signo de aprobación al paso que se daba, y del anhelo que se tenía de ver terminada para de una vez la embarazosa disputa. Por lo demás, llenábanos de júbilo poder confirmar á cada momento la buena opinión que ya teníamos de la cultura nicaragüense.

He olvidado un detalle que para mí tiene importancia. Soy bien aficionado á la música. Prueba al canto: he cometido no pocas veces el crimen de hacer versos. Crimen! y por qué?—La poesía es la más bella de las divinidades.—Ciertamente, diré; pero así como no es criminal quien cultiva el arte excelso, eslo y mucho el vagabundo que disipa su tiempo cortando rengloncitos que la prosa más infame rechazaría con desprecio. Me duelo, pues, de haber versificado neciamente. Mas como quiera que ello sea, es lo cierto que he dado testimonio de mi amor á los ritmos, aunque bien podría irme, como todos los poetas ramplones, con la música á otra parte. He aquí el detalle que tanto me interesa. Todos los días, cuando llegaba la hora de postres en la comida, á eso de las seis y media de la tarde, llegaba tam-

bién una banda de música á colocarse por el lado de afuera, frente á las ventanas del corredor, que miraban á la calle. El Director de la banda ó tal vez el oficial de la guardia de Palacio, ponía luego en manos de nuestro Jefe el programa del concierto ó serenata, que nosotros hemos dado en llamar *retreta*, á pesar del diccionario de la lengua, y á punto y seguido principiaban á regalar nuestros oídos y nuestras almas los acordes musicales. La música ejerce influjo maravilloso sobre los corazones bien hechos. Esto explica aquel ensimismamiento en que permanecíamos hasta que los músicos no se retiraban, meditando en las dichas peripecias de nuestro paseo; en la amable acogida que se nos daba en todas partes; en la benevolencia de los nicaragüenses nuestros hermanos; en el donaire de las hijas de los lagos; en el desprendimiento con que el Gobierno nos obsequiaba, donde quiera que levantásemos nuestra tienda; en el presente, pasado y porvenir de nuestra patria; en nuestros hogares, y en los pedazos del corazón que en ellos habían quedado; en la necesidad de amar, de vivir de afectos, de no traicionar nunca la amistad y el cariño; en la gloria y el honor de las naciones que no andan á caza de aventuras para medrar, que saben engrandecerse con los beneficios de la paz, viviendo en concordia con sus semejantes; en el decoro de los hombres que honran su palabra y su promesa, y en la ruina moral de aquellos que ofrecen su mirra en los altares del disimulo, la mentira y la política perigalluda del egoísmo; en lo pronto que pasarían nuestras dichas de Nicaragua; en la proximidad del regreso, y en las mudanzas de cuanto fué, es y será. Los solteros solían reflexionar también sobre las dulzuras del matrimonio; sobre la infinitud y la eternidad del amor; sobre las excelencias de la mujer en cada uno de sus atributos; sobre los frutos opimos de Himeneo, y sobre la inmortalidad del nudo estrecho en que viven las almas que se besan. En ocasiones pude sorprender más de un par de ojos bañado en el suavísimo riego de la ternura y de los afectos, y más de un par de labios iluminado por el recuerdo y nombre del ser idolatrado.

El cónsul, que es soltero, y que frecuentemente nos acompañaba á la hora de las meditaciones, tenía la preciosa costumbre de invitarme luego que ellas habían tocado á su término, para que saliese con él á visitar.— Aquí recuerdo que le soy deudor de la fortuna que tuve de relacionarme con una de las familias más apreciables y distinguidas de Managua: la familia de don Joaquín Elizondo. Decir el nombre de ese conspicuo y bien conocido nicaragüense, es formar larga lista de las bellas cualidades de su señora y de sus hijas. Núnca podré perdonarle á esa familia el mal que me hizo! Si yo no la hubiera conocido, si ella no me hubiese dispensado tantas bondades, tendría ahorrado, á lo menos, un buen motivo de queja inútil contra los hados que me llevaron á Nicaragua, sabiendo perfectamente que yo no podía quedarme allí. Cómo es cierto que el desconsuelo va borrando con su pie ulceroso las huellas de la dicha! No creáis que soy hiperbolizador: quien haya entrado en casa del señor Elizondo, ya sabrá como son los lazos prendedores de las almas.—No podrán ser olvidados los ratos deliciosos que pasamos en esa casa. Casi todas las noches se reunían en ella varios miembros de la comitiva, principalmente los señores González Víquez, Aragón, Gutiérrez, Ulloa, Mora y el que suscribe. El mismo General Soto se encontró muchas veces formando parte del grupo que se complacía en hacer esa visita, y cultivar relaciones tan agradables. La señora nos obsequiaba con copitas de licor y de vino jerez, y principalmente con su cariño y sus maneras cultas. Mercedes cantaba acompañada al piano por el Cónsul, y Celia recitaba ó leía alguna buena composición poética. Entre tanto, el señor Elizondo no sabía dónde ponernos y cómo agradarnos, que de tal modo eran exigentes su educación y su índole generosa. La noche de la despedida bailamos y cenamos. Fué aquello un saraguete delicioso que duró hasta las dos de la mañana. Mercedes es una morena graciosísima, llena de animación y travesura, con unos ojos en que arde el abismo negro, y una alma en que trascienden los aromas de la Arabia. Celia es dulce como la

miel del dátíl, también trigueñita y de ojos oscuros; pero hay en su mirada alguna tristeza, y en su porte alguna languidez que harían sospechar que no es amiga del mundo. Tiene inteligencia clara, mucho amor á lo bello y un gusto delicado para elegir las creaciones del arte.— Por el crisol de su crítica pasaban siempre las rimas apasionadas de Faustino, y la suerte de éstas dependía del fallo. El Jefe de la familia fué mucho tiempo Ministro de Hacienda y es hombre de recto juicio, de intención sana y muy versado en la política de su país.

El gran baile me grita al oído y me golpea la frente; pero sufro y callo, que no han de rendirme sus humos aristocráticos ni su altanería de César. En él he de ocuparme, pero lo haré cuando mi voluntad se incline buenamente y cuando el orgulloso deje de hacerme ruido con su fastuosa pompa. Por otra parte, necesito especial inspiración para abordar tamaño asunto. Aun me doy á pensar, que lo mejor que puedo hacer para salir del apuro, es tomar pedazos de algunas crónicas de Nicaragua y ponerles mi firma. Y aquí entre paréntesis hago constar que así lo haré, si los altos númenes siguen empeñados en negarme sistemáticamente sus favores. Mientras llega la oportunidad, conviene que haga una visita á la familia del señor Carazo.—Ya atravieso los largos corredores, ya me presento, me quito el sombrero ante doña Engracia, me inclino para saludarla, y ella me tiende la mano, que besaría en señal de vasallaje, y sin gastar ceremonias estiradas, me indica un asiento próximo al suyo. Oigo un ruido leve, semejante á los pasitos de una paloma que recoge la semilla sobre alfombra de hojas que danzan con el céfiro; dirijo mis visuales al jardín en busca de la torcaz, cuando miro que Lola se aparece por entre los arbustos coquetos, trayendo en su falda las flores para su ramo. Qué me gusta que me salude; tiene un modo de hablar tan indolente. Una noche en el mar escuché la conversación de dos Ondas que se besaban para dormirse. Qué no hubieran dado esas hijas del océano por tener los rumores de la palabra dulce de la ninfa del lago de Granada y Rivas! Son las cinco

de la tarde, hora de comer. Yo estoy convidado, y la virgen sonríe al anunciarme, que debo esperar que llegue Manuel Antonio para que la mesa sea servida. Ya entra mi buen amigo, ya me aprieta la mano y de ella me guía al comedor. Lola deposita sus flores en un extremo de la mesa. Me apodero de un clavel sin consultar su opinión; pero una mirada de sus ojos de terciopelo me otorga licencia. Ya estamos sentados   la mesa excepto el Presidente. Hago boca con un cocktail servido por manos mullidas, como los pétalos de las rosas. Muerdo una aceituna y muerdo otra y otra mientras llega la sopa. Las ensaladas est n ricas, el *guacamol* incitante y las codornices en salsa deliciosas. Manuel Antonio me llena la copa; bebo y me la vuelve á llenar. Qué vino tan rico; si cada uva debió ser de la viña de Baco! Llegan las pasas y las almendras, las nueces y las avellanas. Llegan los merengues, las frutas en jugo y la manita de Lola sirviéndome de todo. Doña Engracia me apura para que coma y para que beba, y cuando llega la tacita de café apenas puedo encontrar donde depositarlo. Nos levantamos y vamos á sentarnos en el extremo de la galería. La conversación se anima; llegan Faustino, Camilo y Juan José, y envidiosos de mi fortuna, me echan en cara que yo mismo me convid . Mientras tanto bebo en el Leteo, olvido mi desgracia y las dulces quimeras bajan cantando y se posan con suavidad sobre mi frente y sobre mis sienes.—Para qué digo adiós? para qué me despedido! Por qué no he de ahorrarme pesares? Pues no es cierto que me alejará mañana llevando en los labios y en el alma el espantoso *para siempre?*

Habl base entre los míos del cariño particular que el señor Presidente y su familia me tenían, y algunos que rabiaban de celos, inventaban historias para desacreditarme y cuentos y cuentetes para ponerme en ridículo. Y así decían que el mismo día en que Faustino cometió la pifia de presentarme   la familia, llevó   tal extremo mi desenfado y de tal modo apuró mi índole confianzuda, que no pude retirarme sin notificar   la señora que vería con suma complacencia que de vez en cuando me in-

vitara para tomar puesto en su mesa. Decían también que con mis maneras y perfiles de comediante de la lengua procuraba vanamente hacerme simpático para resbalarme como aceite en cualquier intersticio desocupado; y que era bien curioso ver cómo mi falta de gravedad, lejos de guerrear contra mí, llegaba á veces á colocarme en mejores condiciones que á otros individuos de verdadero mérito. Esto y mucho más se decía y murmuraba. Pero yo, que soy bien inteligente, burlábame con tranquilidad de los decires que apenas eran el fruto de la envidia que se me tenía. El mismo Cónsul que pretendía tener el primer puesto en las amistades de la familia, y que veía con desagrado que yo se lo usurpase, llegó á revolverse de tal modo contra mi humanidad, que no perdonó intriga para echarme á rodar del trono de mis glorias. Decía que todo yo era una mentira y una pura vanidad vulgar; que mis afectos eran falsos, y que no tenía otras dotes que las del típico mequetrefe. Se estrelló como la ola contra la roca, y hoy puedo demostrar que traje en mi cajita de recuerdos las memorias más deliciosas del afecto y de la amistad con que aquella familia me distinguió.

Ahora diré cómo los descendientes de la raza conquistada y humillada, tienen recuerdos vivos de los moros y de las proezas de Santiago el guerrero santo. El día de este glorioso bienaventurado era cosa de ver cómo varios indios azotaban las calles, unos á pie y otros á caballo, vestidos de disfraz, y llevando pendientes de las caderas, de los hombros y de la cabeza pañuelos de seda y de algodón, grandes y abigarrados. Los unos pretendían ser los moros y los otros tal vez los cautivos. No sé si mi padre Santiago andaría en el barullo. Ello es que montado en una armazón de huesos forrada en pellejo, raído á trechos, iba muy ufano el moro jefe, cuyo nombre era algo parecido á Zaregazumí. Se detenían á veces para librar combates. Mucho me lamento de no haber tenido entonces suficiente curiosidad. Ahora podría recordar los diálogos habidos no sé si en verso ó prosa, entre dos de los combatientes antes de llegar á

las manos. El moro jefe iba armado de alfanje y lanza, y se distinguía entre los demás disfrazados por un gorro largo de forma cónica que se arqueaba sobre la espalda. Tras ellos caminaba la turba de muchachos vocingleros, y allí donde se paraban eran luego envueltos en muchos círculos de gente andrajosa y mugrienta, que se les asemejaba en la raza. Marchaba la cuadrilla, á veces solamente el moro jefe, guiados por un par de individuos desventurados. Uno soplaba por un carrizo de caña, que á guisa de pito producía sonidos, aunque bien débiles; y otro, si mal no recuerdo, sacudía dos palillos sobre una especie de parche. Todo aquello me hizo recordar las usanzas con que nuestros mulatos de la Puebla de Cartago, festejan á su virgen milagrosa en los días de la festividad; si bien éstos han tenido la costumbre de representar la lucha de los españoles contra Moctezuma. Ignoro si todavía gobierna el mismo uso. Todas estas modas debieron ser introducidas por los españoles del tiempo de la conquista y del coloniaje, que gustarían de divertirse. Según entiendo, en casi todos los pueblos americanos donde el elemento negro é indio no escasea, se estilan iguales maneras. Entre la turba de los escuálidos que iban en pos de la cuadrilla ó bien del moro Zaregatumí, armando mayor alboroto y haciendo más número de cabriolas, pude distinguir dos entes muy raros. Al principio imaginé que no debían ser del linaje humano; pero el Dr. Ulloa me hizo comprender que sí eran hombres, aunque bien fenomenales. Dos muchachos, dos pobres diablos, juguetes viles del miserable sino: ¡qué lástima me dieron! Uno tenía por manos dos dedos, y por pies dos dedos: si derechos, parecían agujijadas, si encorvados, parecían hoces. El otro era todavía más infeliz y extraordinario: la boca y toda la cara, hinchada como una calabaza redonda, tenía la vuelta hacia la oreja izquierda; de modo que se habría dicho que por el oído hablaba y comía. Contaban algunos que cuando era niño había recibido una bofetada de hombre, que en tal caso debió ser monstruo. Mas el Dr. Ulloa, que lo examinó, me dijo que el fenómeno obedecía al influjo de un cáncer

de no sé que especie. Ambas criaturas recibieron algún dinerillo de mi mano compasiva, y sé que el General Soto les hizo también su regalo, del mismo modo que lo había hecho y siguió haciéndolo con cuantos desventurados imploraban su favor. Pongamos punto á estas relaciones y pasemos á otra cosa.

Dió Camilo en referir y sostener que le habían contado personas muy discretas y veraces que la navegación por el río San Juan era muy peligrosa, porque ese desaguadero del lago de Granada tenía muchos raudales y saltos tan grandes como las cataratas del Nilo, que fueron obstáculos insuperables para los antiguos desde el tiempo de los reyes pastores, y que son, en nuestra época, motivo de serios estudios. Pero aseguraba, que según se le había contado, escaso apuro sería tener que bajar por el San Juan, si se tomaban en cuenta los bárbaros peligros con que amenazaban los otros ríos por donde era preciso pasar, caso que se prefiriese entrar en territorio costarricense para ir en busca del camino de hierro que baja del Norte, ó bien para tomar la ruta de San Carlos. Sé, decía, poniendo ceñuda la frente y acobardando un tanto la mirada, que el Colorado, que sale del San Juan y corre por nuestra tierra hasta echarse en las lagunas solitarias de Mr. Schutt, y el San Carlos, que sale de nuestros bosques para ir á engrosar el San Juan, tienen en sus recodos y cavernas infernales otras tantas guaridas que son refugio tétrico y silencioso de alimañas gigantescas, multiformes y deformes y antediluvianas.— El ictiosauro y el plesiosauro dan mil batallas sangrientas, todos los días, bajo aquellas ondas hipócritas. Y es fama que no pocas veces diviértese algún demonio maligno en poner boca abajo las embarcaciones que por allí discurren; y que entonces mírase con frecuencia á los pobres navegantes ir llenos de estupor sobre los lomos escamosos de terribles lagartos ó caímanes ó cocodrilos alados, que deben ser parecidos en su fealdad y desvergüenza al dragón de los infiernos, ó por lo menos al fabuloso. A medida que Camilo se aproximaba al término de su relación, su voz iba apagándose; que el terror que sobre-

cogía su ánimo se le enroscaba á la garganta, hacía que se mordiera la lengua y que ya no hablar? sino como quien descubre temblando un secreto pavoroso. Nuestro Jefe se reía y se burlaba de esas historias tan inverosímiles y maravillosas como son muchas de Herodoto y de Marco Polo.—Mientras tanto, erizábase mi pelo y todos mis miembros trepidaban, á la manera que se estremecen los muros cuando arrecia el terremoto; y á todos los medrosos sucedíales otro tanto. Yo no fuí de los que pensaron en desertar para volver á Corinto y regresar á la patria. Pero recuerdo que fué grande mi alegría, cuando se me intimó, por mero pasatiempo, que debía disponer apresuradamente mi viaje, pues que el General Soto ordenaba que yo saliese para Costa Rica en calidad de portapliegos. Heme salvado, murmuraba entonces, heme salvado! Tomaré el camino de Corinto: qué importa que me dé otra zàbullida en aquellas ondas amargas, si en cambio puedo librarme de viajar en el vientre de algún cocodrilo, que no será tan humano como la ballena que echó de su seno al profeta Jonás tan guapo y sanito como en él había entrado! Los señores Gutiérrez y Aragón estuvieron en vísperas y tentaciones de abandonar el campo; pero yo podría sostener, hasta con juramento, que sólo intereses y asuntos de familia obligáronlos á pensar en el viaje. El Licenciado Castro fué el único que desertó, con mucho sentimiento de sus compañeros. También de él podré afirmar y sostener que el abandono que hizo de nosotros no tuvo que ver en cosa alguna con las locas relaciones de Camilo.

Mi constante pereza me impidió conocer el edificio público que se llama “Escuela de artes y oficios.”—Supe de oídas que es bueno, de lo mejor que hay en Managua, y que el establecimiento corresponde en parte al objeto. En cambio me trasladaba con frecuencia á un taller grande y casi completo de carpintería y de aserrar maderas. Había allí un excelente baño de aspersión, enemigo resuelto y valeroso del fuego que me abrasaba. Nuestro Jefe lo visitó todas las mañanas, y los de la comitiva nos remudamos en las demás horas del día. El

dueño del taller era bondadoso, y se mostraba complacido siempre que acudíamos á buscar socorro contra el calor. Managua no tiene cañería, y un baño de aspersion cuesta trabajo, pues hay que llenar aljibes elevados. El agua no es fresca, pero el tibio que tiene es delicioso y refrescante. Los baños se hacen generalmente á palanganadas de agua, y pocas veces, á lo que nosotros llamamos *tina*. Muchos se bañan en el lago, pero los vientos que soplan amotinados, no caen bien á los que no han tenido costumbre de exponerse á ellos. También se nos dijo que se corría algún peligro con los lagartos.

Conocí el cementerio, y por cierto que fué bien agradable el paseo que hicimos á la necrópolis, Faustino y yo. Era una tarde apagada, vestida de niebla melancólica, más para afligir el corazón que para invitar á paseo; pero íbamos á la ciudad de los muertos, y nos acompañaban doña Mercedes de Elizondo y sus dos señoritas. Viajábamos en carruajes. Mercedes iba conmigo y Faustino con la señora y Celia. Tiene el cementerio algunos mármoles preciosos con Tristezas artísticamente modeladas. Con mi compañera del brazo penetré en el recinto silencioso de la paz que duerme. Llegamos á un sepulcro cerrado con una verja de hierro y bronce. Sobre la fúnebre lápida de piedra negra había un letrero dorado que recordaba á un hombre. Mercedes inclinó su cabeza lánguidamente; miróme luego con ojos húmedos, y yo sentí frío su brazo y me llené de aflicción. ¡Qué locura! Pero allí moraba un hombre que no era ni su hermano ni su deudo. Revolotearon en torno mío mariposas que cayeron muertas, y á paso lento seguí por la callecita de cipreses que nos condujo á la puerta de salida. Recordé entonces quién era yo, me avergoncé de mis emociones, y la dulce alegría, tan injustamente ultrajada, me dió su mano para levantarme.

Hoy que es, como ya lo dije, 15 de setiembre, aniversario de nuestra independencia, me parece muy oportuno que ponga fin á mi tarea del día, con un recuerdo del 20 de julio, gran día de la República de Colombia.— Estábamos en Managua, en Palacio y todos reunidos en

el salón de nuestras sesiones borrascosas. Eran las doce, momento de calor desesperante, y cada cual prefería lo que era de su mayor agrado, y remedio más eficaz, según experiencias, contra la asfixia y achicharramiento. Cuales eligieron brandi y apolinaris, y cuales cerveza.— Yo preferí una buena jícara de tiste. Cuando ya estábamos todos para beber, dijo el General Soto: amigos, no olvidemos que hoy es aniversario de la independencia política de nuestra buena amiga la República colombiana: permitid que proponga un brindis por esa Nación hidalga, culta y heroica.—Aplaudimos la idea y bebimos todos con entusiasmo por las glorias de Colombia.

Tiempo era ya de pensar seriamente en el viaje para Granada. El señor Presidente Soto no podía prolongar más su estada en Managua, pues llegó á saber por distintos conductos que eran tales las ovaciones que le esperaban en aquella población, que no podría menos que detenerse en ella, cinco ó seis días. Añadid á esta circunstancia, que también los rivenses deseaban festejar al Jefe, y comprenderéis la necesidad que se tenía de estrechar el tiempo de la permanencia en la capital. De otro modo no hubiera sido posible regresar á Costa Rica sino sabe Dios cuándo. Conocida la determinación de ausentarnos pronto, el Gobierno se apresuró á disponer el gran baile que tanto me sobrecoge por lo difícil que me será dar una idea siquiera aproximada de lo que fué. El primer anuncio de que Terpsícore iba á abrir sus salones á los dulces esparcimientos, lo tuvimos tres ó cuatro días antes que tal sucediera, en una invitación verbal que se nos hizo para que acudiéramos á ensayar cuadrillas, pues en Managua se hace este baile de un modo muy distinto al que estilan los costarricenses amadores de la cadencia del movimiento. Sucedió con ese ensayo lo que he visto que sucede siempre con todos los de su género, y muchas veces con los que no lo son. No sólo no se principió por el objeto, sino que apenas una vez se hizo el ensayo de las dichas cuadrillas. Resultó mal, muy mal, y todos abandonaron la empresa, augurando que no sería fácil llegar á buen resultado: dicha grande

para los aficionados á las revoluciones en torbellino, que de buena gana habrían querido descubrir también que sería imposible poner en ejecución otros bailes más reposados. El vals se ciñó la diadema, y en esa noche de ensayo barrió y alisó de tal modo la sala de palacio, que pudo quedar lista para tres días después. Entonces principiaron mis desgracias. Mi estrella palideció y mi decadencia se hizo inevitable. Lo que no habían podido las intrigas llevadas hábilmente por personas amaestradas en el juego de las armas secretas, púdolo ventajosamente ese pretendido ensayo de mis pecados, que no puedo recordar sin abominarlo. Yo, sólo yo pude cometer con reincidencia vergonzosa el feo delito de estampar las herraduras fuertes sobre las blandas plumas que sirven de pies á las niñas que son hermosas; pues entiendo que las feas, si se sirven de plumas para caminar, éstas han de ser de ganso. Momento de horror solemne aquel en que ví que las estrellas, ó sean los ojos fúlgidos de las managienses, se convertían en manantiales de perlas parecidas al rocío, que rodaban como grueso aljófara por sus redondas y tornasoladas mejillas, (los polvos dichosamente no son usados todavía en Nicaragua); y yo era el responsable de aquellas lágrimas vertidas, que no con mis pañuelitos de batista habría enjugado, sino con las telas de mi corazón! Desde ese instante—caí como la piedra en la laguna—con rudo estruendo en la profunda fosa—ay! y ya nunca simpatía alguna—levantóme á los cuernos de la luna—donde el encanto fuí de cada hermosa!

Tan corrido quedé de mis desdichas que al día siguiente no me presenté en palacio. Me acobardaba el temor de que el Jefe me riñera, y con razón, pues que yo había sido en esa noche desventurada el tipo clásico del patán. Tampoco salí á la calle sino en cupé, herméticamente cerrado: temía perecer á pedradas como las adúlteras de Judá. A eso de las siete de la noche recibí un recadito de doña Engracia. Era cosa para que luego corriera á ponerme á sus órdenes. Abrí cuidadosamente la puerta del cuarto consular, que daba á la calle.—

No me asechaba ninguna dulce enemiga, y me resolví á salir. La noche estaba negra como un bolillo de dar tinta; pero noté que las lámparas de las esquinas podían traicionarme, aunque apenas pestañeaban como luciérnagas en la oscuridad, y que por otra parte los relámpagos sacudían de tiempo en tiempo la tiniebla. Caléme entonces la *sorbeta*, quiero decir, el sombrero alto de seda; me ajusté las antiparras verdes de Faustino, y luego acomodado entre un sobretodo que habría sido eficaz sudorífico en días de invierno neoyorquino, puse rumbo á Palacio procurando caminar á largos pasos como lo habría hecho un gigante. Doña Engracia y su niña pidieron socorro á la guardia apenas me presenté; pero luego me descubrí y el terror se convirtió en burlas. Contéles mis angustias, y ellas me consolaron asegurándome que ya nadie se acordaba de mis desventuras, sino para comentarlas con risas de buen humor. No osé dar la mano á Lola; pero ella me tendió la suya, diciéndome: "lo he perdonado; ya principio á caminar sin dificultad" La señora me llamaba para que tomase el chocolate con la familia.

Subí á los altos encogido como una sanguijuela. Mi estrella se iluminó un poco, pues el General Soto encontrábase á la sazón ocupado en atender á sus visitas. En la sala de recibo estaban, entre otros personajes, el General don Pedro Joaquín Chamorro, don Anselmo Rivas y el señor Prefecto del departamento. No bien me había presentado en el cuarto de la poca, cuando todos mis amigos soltaron la carcajada y dieron rienda á sus ironías. Me acribillaron, es verdad, pero en cambio creo que les hice comprender bien con algunos gestos súbitos, que sus rechiflas eran de mal gusto, pues me caían como pedradas en ojo de boticario. No me contuve con eso; injurié, aunque no calumniosamente, á Mr. Biolley y Camilo, diciéndoles que ellos tampoco sabían bailar, y que en todo caso yo me atendería á cierto autor español, que ha asegurado que *quien baila bien con los pies baila mal con la cabeza*.

El día siguiente lo pasamos, como de costumbre,

en paseos y en visitas. El señor Ulloa y mi persona tuvimos la desdicha de no comer en Palacio. Y no digo inmensa, irreparable desdicha, por que tuvimos la suerte de comer acompañados de dos de nuestros amados amigos: Pedro González y Pedro Ortiz. Sucedió que tres días antes, ellos nos habían invitado á saborear los ricos potajes que con oportuna anticipación debieron encargarse en el hotel de Lúculo, con ánimo de regalarnos. Nosotros, como era natural, y según las ritualidades de la gente de buen tono y educada como es necesario, tuvimos que corresponder al obsequio. Pero ni Juan José ni el presente eran ni son personas acostumbradas á hacer las cosas en debida forma, aunque sí les sobra siempre la buena voluntad, y el deseo de ser cumplidos y hasta galantes. No hablamos con el hotelero sino la tarde misma en que debíamos dar la comida. Todavía lo siento, no tanto por los convidados, cuanto por nosotros. La vergüenza que pasamos me quema aún el rostro, y presumo que otro tanto diría el amigo Ulloa. No hay para qué prolongar historia tan infeliz. De algún desván sacaron los criados el mantel que nos pusieron, de algún depósito de velas de cebo, las botellas del agua. De alguna alacena, morada tranquila de arañas y cucarachas, los platos y los cubiertos. El vino sí prometía ser bueno, siquiera por que las botellas se refugiaban bajo una triple capa de polvo, que les daba un aspecto de severidad, que á voces decía “guardamos de lo añejo”.—Yo no soy perito en eso de conocer vinos, y es fácil que acepte gato por liebre. Recuerdo que al día siguiente tuve dolor de garganta.—Las viandas tuvieron la fineza de no insultar la miseria de la vajilla, &^a En suma, se nos sirvieron sendos huevos duros que tuvimos que tomar á mano limpia: un pollo cuya recia musculatura habría resucitado á un muerto; unos pescados en conserva, enemigos crueles de la nariz menos escrupulosa; unas coles buenas para encender en cólera y provocar el ánimo á alguna barbaridad; unas sardinas que hubieran sido anchoas, sin el ejército de gumías que estaba á su defensa; media docena de rabanitos esponjosos y otras tantas hojitas es

cuálidas de lechuga. No hubo postres tomables, pero sí unas cuantas botellas de champagne que nos apretaron á buen precio por imbebibles.—Aquí debo hacer una explicación. Aunque he dicho que era costumbre no recibir nuestra paga en los hoteles, insistimos, sin embargo, en que el hotelero nos pasara la cuenta de esa comida. El *por qué* es fácil de adivinarlo. A las ocho dejamos la mesa muertos de hambre y de risa nerviosa. Corrí á pedir algún refrigerio á mi señora, y su amable niña estuvo pronta á proporcionarme el desquite.

Vino el día siguiente, y con él los preparativos últimos para el baile. Por la noche debíamos estar en traje de gala. Cada cual metió su mano en el fondo del cofre para pescar el frac. Era preciso ir de frac. El Jefe nos había anunciado que convenía vestir de rigurosa etiqueta, porque aquel baile que el Gobierno le dedicaba sería una gran cosa, y que vería con disgusto que á él concurriera el que no tuviese la pieza de ordenanza. Gran parte del día la pasamos acepillando el *alas de chapulín* y poniendo derechas las piernas del pantaloncito de *coger misa*, como vulgarmente se dice. Algunos enviaron sus ropas al sastre, pero los incrédulos confiaron más en su habilidad. La facha de las sastrerías de Managua es un poco desconsoladora. Verdad es que nosotros podemos ser exigentes: las tenemos tan buenas en San José! A las doce del día principiaron las congojas del barbero de la comitiva. Dichosamente el General Soto no había olvidado llevar consigo un artículo tan indispensable. Acostumbrados nuestros rostros á navajas damasquinas, filosas como la elocuencia de Demóstenes, y gobernadas por manos diestras como la derecha del Cid, qué cara no habríamos puesto, si por desgracia hubiésemos caído en las garras de los barberos de Managua. Ignoro si allí son las barberías tan afligidas y desmanteladas y humildes, porque todo el mundo managüense se entrega á su propia mano, ó si éste mundo se rapa por sí mismo, porque son inútiles las barberías. A las siete de la noche estaba en ascuas mi persona. Había olvidado que era preciso llevar zapatos que no desdijeran

del vestido. Nunca tuve buena cabeza; pero para saber donde me aprieta el zapato, siempre la tuve pésima. De allí que siempre ande á bofetones con la buena fortuna. Tenía por único calzado un par de borceguíes, hechos para burlar el invierno, y ya suficientemente lastimados por arriba y por abajo. Acudí al criado, le entregué una docena de soles y lo puse á correr de tienda en tienda.—Eran las ocho cuando regresó, trayéndome unas muestras que me hicieron llorar de despecho. Defectos que tenían: 1º—Ser cinco ó seis centímetros mayores que mi pie, que puede sostener, sin embargo, un volumen doble, en su centro de gravedad: 2º—Ser de cuero adobado para desafiar serpientes de cascabel, y recomendable por su ancianidad: 3º—Tener clavos que, no contentos con atravesar la suela, querían morder el cuerpo y la paciencia: 4º—Ser de punta ancha, como de cuatro pulgadas y de tacón alto, como de cinco: 5º—Tener suelas que sólo al rojo habrían cedido.—Como no tenía ni esperanza de que dama alguna se resolviera á poner sus piecitos en peligro de aplastamiento, por aquello de que gato escaldado huye del agua fría, estaba resolviendo quedarme con un par de los grillos, cuando pude sorprender al cónsul á tiempo que el pobre sudaba la gota y fulminaba sentencias que espeluznarían al diablo. Luchaba inútilmente con un par de zapatillas; que el zapatero las había hecho para calzarle sólo la punta de los pies. Tomé uno de sus botines de uso, lo comparé con una de las zapatillas, y el cónsul se persuadió de que había diferencia de un decímetro de tamaño en favor del primero.—Pues bien, le dije, á mí me quedan untaditas, te doy las gracias por el regalo; y sin más me las calcé. El cónsul tuvo que echar mano de lo viejito.—En Nicaragua no introducen buen calzado, pero lo saben fabricar á las mil maravillas. La mayor parte de nuestros zapateros, son aprendices.—Iba á salir cuando recordé, dichosamente, que no tenía guantes. Aquí sí que fué Troya, dije, y eché mano de los faldones del frac para arrancármelo á pedazos; pero el criado me contuvo.—Deme V. cinco soles y diga que número quiere.—Seis y tres cuartos, siete, siete y medio

ó la mar. Regresó diciendo que no le había sido posible encontrarlos ni del siglo de Luis XIV. En un minuto me desnudé, hice una bola del vestido y con todas mis fuerzas la estrellé contra el tabique de madera que nos separaba del otro cuarto. El vecino acudió al punto á medio vestirse y lleno de pasmo. Era Benjamín Barillas, de Granada, muchacho excelente, que esa noche me pareció excelentísimo, como eran nuestros Presidentes, antes del decreto famoso que emitió el General Soto, enemigo de relumbrones. No se alarme, me dijo Benjamín; aquí tiene V. un par de guantes de cabritilla, escogidos en Europa por mi propia mano. Qué felicidad!; me vinieron como guante al dedo. Listos ya, salimos los tres para Palacio.

Creo que ese día llovió por la tarde. Confirma mi sentir el hecho de que casi todas las señoras y señoritas llegaron en carruaje, y por ende, un buen número de caballeros; pues en Nicaragua, lo mismo que en Costa Rica, las mujeres de buen tono se conocen porque acostumbran salir con hombre desde que oscurece. Si no llovió, debo alabar la usanza que se tiene de ir en carruaje á las diversiones: ello revela gusto, delicadeza, y es un signo de buena civilización. Y me doy á creer que así se estila, pues ahora recuerdo que Managua tiene un suficiente número de carruajes decentes, mayor en proporción que el número de desvencijados que nosotros contamos en la capital, pues ya sabemos que en las otras poblaciones nuestras, no hallaríamos vehículo de esa laya ni para un remedio; mientras que en León y Granada sí pude caminar arrastrado siempre que lo quise, en coches que no avergüenzan.

Ya he dicho que es un apuro grande para mí tener que penetrar en el baile. Que el amigo Barillas me tome de la mano y acaso me salvaré. El cónsul se ha cuidado poco de protegerme. Su posición lo ha llamado á ocupar pronto su puesto entre las filas de caballeros que van y vienen en alegre conversación, entre el rectángulo de buenas dimensiones, cerrado por líneas de señoritas que reposan sentadas en sofás, sillas y poltronas, y

entre un segundo rectángulo de menores dimensiones, que, por dos puertas curiosamente adornadas, comunica con el primero, y que está cerrado del mismo modo.— Llegamos á la puerta de entrada principal, y digo así, porque el Palacio tiene más puertas de salida, por otros dos de sus cuatro costados. La principal mira al oriente; pero ni por eso pude orientarme en la manera como debía entrar para no cometer algún disparate. Dí mi primer paso en el pavimento de la galería de entrada, y acerté á poner el pie en el ruedo que arrastraba una señora principal, que debía ser muy circunspecta; tal semblante me puso y con tal mirada me hizo bajar la cabeza, cuando cometí el desacato que le sacó una tira de su falda brillante y crujiente. Por fortuna, el amigo Barillas me tomó pronto del brazo, y aunque la sangre me saltaba borbotando al rostro, pude entonces penetrar en la extensa galería que corre de sur á norte y de norte á sur, sin que un nuevo lance me obligara á acurrucarme del todo, y á pasarla arrinconado.—Despreocúpate, me dijo Barillas, que no pareces josefino, (ignoraba que soy cartaginés).—Ya, le contesté, ya estoy amistado con el desbarrazo y la tranquilidad. Tres ó cuatro veces recorrimos por entre un mar de gente la galería, de aquí para allá y de allá para acá. El paseito acabó de despabilar-me los ojos, y entonces pude ver de lleno cuanto en torno había.

Estamos en el piso bajo, á la altura del jardín con poca diferencia; la necesaria solamente para dar curso á las aguas sin peligro de inundación. Al sur de la entrada quedan las salas de baile, que en este momento parecen vórtices: cien parejas por lo menos giran raudas al compás del vals. Me asomo con ánimo de tomar nota, y mi cabeza da un vuelco del mismo modo que ocurre si el espejo en que nos miramos se mueve de prisa.—Mientras termina la impetuosa danza, examino los corredores, que animan y refrescan la mirada con sus ornamentos verdes al natural. Las pacayas, los plátanos y las cañas hojosas se enlazan artísticamente, formando entre una y otra de las columnas que soportan el peso del segundo

piso, arcadas que hacen pensar en los pórticos de aquellas moradas silvestres de los genios de los bosques; y las luces, encerradas en farolitos orientales de colores diversos, chispean colgadas de los muros, de las columnas y cielo de las galerías, como estrellas palpitantes al través de un azul fuerte en noches estivales. El jardín comprendido entre un rectángulo de largas líneas, formadas por cuatro galerías, está también iluminado con arte exquisito. Los rayos del sol habían madurado los pimpollos, y la frescura de la noche los despliga pomposamente; y las flores nuevas, que parecen estrellas de colores, envían á los cuatro vientos los efluvios de su perfume. Los plátanos crecen con crugidos de seda pura, despliegan sus hojas tiernas y se engalanan con los capullos puntiagudos, casi cónicos, de sus flores carmecías. En ese jardín, que tiene el aspecto de un bosque, deben vagar muchas sílfides nocturnas, tal vez atraídas por las melodías musicales, ó por el deseo de comparar su belleza con la hermosura de las hadas de los salones. Ello es que de vez en cuando miro flotar á los suspiros del aire embalsamado, túnicas nacaradas con pintas de azul y rosa, y que á veces llegan á mi oído fragmentos de palabras que no son humanas. Varios faunos resbalan su pie por las callecitas y recodos con cierto misterio. Son acaso los compañeros enamorados de las hermosas magas de la noche.—La música ha dejado de sonar, y sólo se oye confusión de voces. Damas y damitas elegantes apoyadas con abandono en los brazos de los caballeros, se dirigen lentamente á tomar puesto en torno á las mesitas dispersas entre el follaje de las galerías. Los jugos almidarados ó amargos como la cerveza, tranquilizan las palpitations del seno femenino, mientras promesas y juramentos temblorosos aceleran las del alma. Algunas ilusiones caen como pájaros con las alas rotas por el plomo aleve, otras afeitan su plumaje de oro con el piquito rosado para emprender el vuelo. Cuántos desengaños, cuántos dolores prematuros, cuántas dulces mentiras, cuánta ignorancia de filosofía, de lo que es el mundo y el amor, gota de rocío que se desvanece cuando apenas es-

pejea con la luz de la mañana! Los acordes musicales volvieron á poblar los aires. Damas y caballeros abandonan sus dulces holganzas, y acuden presurosos á describir círculos y parábolas en ambas salas. Pasan ante mí como un batallón de aves del paraíso, aprisionadas por milanos.—Mercedes me sonrío tan amablemente, que al punto me decido á tenderle la mano y á pedirle una pieza.

—Ahora mismo bailaremos, si V. gusta, me dice.

—Pero ¿no tiene V. comprometida esta polka con el caballero?

—No importa, ráyelo V, ahí está mi programa.

—Oh, yo no me atreveré á tanto!

—Déjese V. de escrúpulos, que nosotras para bailar con los costarricenses, no tenemos pieza comprometida con ninguno de Nicaragua, así estemos en vísperas de matrimonio con el individuo que sea.

—No podremos pagar tanta fineza.

—Lo que he dicho lo dirán todas mis compañeras; pues queremos que el General Soto y su comitiva nos grangeen aquí con todo su aprecio, y tengan allá dulces recuerdos del sexo débil de Nicaragua.

—Si sus compañeras tienen el poder irresistible que V. ostenta, me guardaré mucho de provocar á batalla; que los gorriones no luchan con las águilas.

—Déjese de cumplidos, que no acojo: ya le he dicho que V. es muy travieso.—

Sin más sacó su bracito del ángulo saliente del brazo varonil, y me hizo entrega de él con seductora gentileza. Don *Perengano* no tuvo que alegar, y se quedó plantado, mudo y con tamaño palmo de narices, aunque era romo. Ya estamos en el salón. Ante aquella profusión de luz mis pupilas se contraen bruscamente, y por lo pronto nada puedo mirar con distinción: todos los contornos, todos los ornamentos, todas las bujías y todos los colores me parece que se confunden en un solo cuerpo, que se mueve, ríe, chispea y seduce. Poco á poco van mis ojos acostumbándose á aquel millón de rayos que se mezclan con las miradas todavía más luminosas

de las hijas de Eva, y vuelan, caen y se entretienen hasta formar los unos y las otras algo que se parece á niebla de plata resplandeciente, que gira al compás de la música formando remolinos que se tragan las parejas. Damos unas vueltas que agitan á Mercedes. Los choques son continuos, el huracán impetuoso, y yo poco diestro para sortear su oleaje. El codo de un varón corpulento me besa la mejilla con entrañable amor: veo menos luz y más chispas. Me coloco en un punto de mera observación, y descubro á nuestro Jefe en medio del torbellino. Va bailando con una señora que no conozco. Su traje y su porte son de mujer principal. Acaso sea la del Ministro Castrillo, la de alguno de sus colegas ó tal vez la del General Urtecho.—El señor González Viquez gira también con ritmo perfecto: verdad es que su hermosa compañera, de cuerpo flexible como un junco, tiene también en pleno desarrollo el talento de la medida, y es ágil como un colibrí. Ulloa y Gutiérrez están en su gloria. Bailadores insignes, no habrá esta noche quién se atreva á disputarles la corona. El señor Aragón hace firme, y en tanto que habla con su pareja, estudia las líneas que la embellecen hasta convertirla en una seducción. No miro ni á Camilo ni á Mr. Biolley. Deben estar en la sala menor, donde se baila con más comodidad y sin exponerse al registro de muchas miradas. La orquesta da sus últimas notas, y damas y caballeros toman puesto donde reposar. Yo salgo con Mercedes, y con ella voy en busca de aire, allá bajo las anchas hojas de un plátano que sombrea una mesita redonda y las sillas necesarias.

Noche famosa, noche inolvidable, no quiero profanar más tu recuerdo! Guardo la página de mis memorias. No diré como eran los trajes vaporosos, elegantes, correctos y sencillos de la mayor parte de aquellas damas, en quienes el aparato, la pompa vana y el lujo corruptor no han señalado (¡felices ellas y sus hogares!) rastro ninguno todavía. Todo conveniente, delicado y á la altura de la civilización que abre caminos á la virtud y á la serena tranquilidad de la vida; pero ni un ápice de

esa soberbia escandalosa que los aflige y oscurece con su demanda. Tampoco debo hablar del ambigú, del modo como fué tratado nuestro Jefe y nosotros mismos: ya he dicho que ese baile fué dado por el Gobierno de Nicaragua en honor de su ilustre huésped el Presidente de Costa Rica. En cuanto á los brindis, éstos son conocidos, pues corren publicados en nuestra Gaceta Oficial, y me prometo colocar en el apéndice crónicas completas, escritas magistralmente por plumas nicaragüenses.

Me levanté entre diez y once, más fatigado, cabeza desquiciada, ojos sanguinolentos, paladar amargo, aliento de volcán y cuerpo de aporreado, que no lo estuve entre cinco y seis, á tiempo que me tendí á reposar, sin haber tenido ánimo para desnudarme ni para ver que me tendía en el lecho consular y no en el mío. Las cinco horas trascurridas entre el acostarme y el levantarme las pasé dando vueltas rápidas, recibiendo porrazos y estrujadas, y mirando girar vertiginosamente luces, salones, damas y caballeros. Las dos piernas de mi primo me partían por la mitad, y trabajo me costó despertar al pariente para que me diese alivio y se arqueara lo bastante para que yo pudiese saltar á tierra por debajo de la curva corpórea.—Pedí al espejo su dictamen imparcial, y al punto me atacué de risa. Yo en traje de baile, sin que faltaran en mis manos los guantes ni en mi cabeza la formidable sorbetera? Santo Dios! Pues buena la habría hecho, si en condiciones análogas me hubiese presentado por la noche en las salas de Palacio. De sólo pensarlo me dió váguido. Y era, sin embargo, el mismo vestido que tanto me habían celebrado algunas vírgenes, por el modo elegante como á mi cuerpo se ajustaba, y por aquel *chic* que añadía á mi personita.—Ahora doy por hecho exacto que—*hay cosas que parecen lo que no son, y otras que son lo que no parecen*:—en otros términos—*cosas que son otras sin que se les aumente ni se les quite*.—Era mi misma camisa, mi misma corbata, mis mismos pantalones, mi mismo frac y mi mismísima sorbetera; y, sin embargo, qué diferencia! Me acordé de cierta estrofilla que dice:—Aprended, flores, en mí—lo que va

de ayer á hoy:—ayer mariposa fuí,—y hoy sombra de mí no soy.—Una aleta de langosta, con la punta metida entre ambos cuellos; la otra, fajada á mi cintura; el nudo de la corbata, por una oreja; los pechos de la casaca, abiertos y hormados sobre mis hombros diciendo: he aquí mi corazón; las mangas por los codos, formando bolsas de fraile; las mancuernillas rotas; los puños de la camisa flotando á sus anchas como dos piltrafas; los ruedos del pantalón ceñidos á la rodilla como en tiempo de Francisco I, y los calcetines con tamaña boca, tragándose las zapatillas.—Magnífica figura para un sainete—dije, y saludé reverente al amigo Cucufate, el de Música Clásica, á tiempo que deploraba entre bostezos, sus miserias de ccsante, con pelo alborotado, rostro escuálido y voz de quien no ha comido en seis días.—No corregí el hábito, pero cambié de vestido, luego que hube vaciádome desde la coronilla unas cuantas palanganas de agua tibia (ya he dicho que en Nicaragua no corre de la fría), y luego que el inspector de higiene hubo castigado mi boca, y el juez prendido mis cabellos, por la vida holgazana en que vivían.

Tomé el camino de Palacio, temeroso de que Jefe y comitiva hubiesen tomado el de Granada, pues recordé haber oído decir que el viaje se verificaría tan pronto como pasara el baile. Mi temor subió de punto cuando noté que en Palacio no volaba una paja ni hacía bulla una mosca. Mas era el caso que todos encontrábanse á la sazón renovando en sueños las emociones de la noche. Mis pasos sonaron en los altos silenciosos como tiros de revólver, y toda aquella humanidad feliz abrió los ojos y se puso en movimiento para volver al combate con la realidad taciturna de la vida. En una santiguada de párroco, se prepararon los soñolientos para bajar al comedor.

Con nosotros tomaron puesto en la mesa, Carlos Alberto el excelente, y Paúl el famoso, tan conocido y amado de la nata josefina. Pronto llegaré á Granada, y cuando tal haya sucedido, ocasiones muchas he de tener para consagrar buena parte de mis recuerdos á esos dos varones, y á muchos otros buenos amigos de Granada.—No hubo apetitos que recordaran al compadre Sancho.

pero tampoco á canónigo alguno politiquero. No embargante, dedicamos mil atenciones á los platos, como si no hubiésemos cenado allá por la madrugada. Tal vez las copitas con apollinaris, que previamente bebimos con mezcla de algunos cristales de hielo, despertaron la avaricia del intestino. Y ahora debo decir, que hasta entonces no había principiado á escasear el agua sólida. Este artículo no es usado en Nicaragua á pesar del continuo calor. Dícese que cuando hubo, en no sé cuál de las ciudades, manera de hacer hielo, éste produjo más perjuicio que ventaja, pues algunas personas fueron víctimas del uso del agua demasiado fría; y explicaban esto diciendo que el hielo puesto en contacto con gargantas siempre irritadas por el excesivo calor, era causa de violentas anginas. Mas como quiera que ello sea, es lo cierto que hoy no existe en todo el país una sola fábrica de congelar. Con tal motivo, el Gobierno tuvo que pedir de Panamá todo el hielo que consumimos.—Mientras almorzábamos, el Jefe nos hizo saber que al día siguiente, entre siete y ocho de la mañana, saldríamos para Granada; y nos previno que estuviésemos expeditos, porque no pensaba prolongar el plazo, aunque hubiera de quedarse alguno.—Todos dijimos *amén*, y ya no pensamos sino en llenar los cofres y valijas y en echarles los mecates y candados de siete llaves.

Así que nos levantamos de la mesa fuí á ver cómo había amanecido la familia. Le hice una visita corta, pero tuve tiempo para recordar con Lola los varios paseos que del brazo habíamos dado por salones y galerías, y el pequeño brindis que dediqué á su juventud y hermosura, cuando, bajo las ramas floridas de un *júpiter* (no tonante sino arbusto) estuvimos sentados junto á una mesita de mármol veteadado, cada uno con su copa de *lácrima christi* en la mano. No dejé en olvido, que un joven cuyo nombre no recuerdo, pero sí que era soltero, elegante y de buen parecer, para haberme aplastado cien veces, á mí, que soy casado, algo sin gracia y entradito en años, que es lo peor, tuvo la feliz ocurrencia de desprender á la niña de mi brazo para ir á presentarla á los miembros

de su familia; y que yo me anduve pisando sus huellas cerca de dos horas, hasta que aburrido y mareado de dar vueltas, hube de decidirme á recordarle que me había hecho promesa de devolver la prenda, y á notificarle que, si luego no lo hacía, estaba dispuesto á disputarle la posesión y hasta la propiedad en caso necesario. Hablamos también de caídas estupendas y de trajes rotos y manchados. Yo recordé, para mí, que de los bailes, sobre todo grandes, suelen salir muchos hábitos despedazados, principalmente de aquellos que tuvieron la belleza y blancura del candor. No dejamos de comentar la parte de un brindis del General Urtecho, en la cual se dejó decir que las huríes del *Irazú* son más hermosas y más gentiles que las ondinas de los *lagos*. Noté que Lola se ponía pálida, y entonces me apresuré á comunicarle que yo había visto en Nicaragua mujeres tan preciosas como las más seductoras de Costa Rica; y que nuestras huríes se deleitaban mirando desde las cumbres altas del *Irazú*, los resplandores vivos de los lagos nicaragüenses. Con lo cual se tranquilizó, aunque siguió diciendo que el General Urtecho se la pagaría. Lola es inocente y sencilla; pero qué mujer hermosa y en la flor de la vida, no tiene conciencia de sus atractivos?—Tomé con avidez una jícara de tiste preparado por manos de presidenta, y me despedí.

La mayor parte del día la pasamos en preparativos y en despedidas. Yo no hallaba camino de decir adiós. ¡Hasta cuándo no me dará susto esa palabra!—Fuí con Camilo á la fonda de las señoritas N. N., posada de un costarricense que deseaba conocer. Tuvimos la dicha de encontrarlo y de pedirle órdenes para Costa Rica.—Fuí luego con el señor Ulloa á casa del Doctor Cárdenas. Me habían dicho que es de una gravedad severa, casi adusta; pero á mí me pareció circunspecto sin aspereza, y suave como todo hombre bien educado. Él, que acababa de ser Presidente, no tenía ni los humos de un ministro estirado, caricatura de Gladstone. Luego tomé un coche y me dirigí á la morada de Pedro Ortiz. Su amable señora me tenía obligado con su cariño obsequioso, y no era posible que yo cometiera el desacato de

salir para Granada sin besar antes sus pies. Recuerdo que me entregó un coquito primorosamente labrado, recomendándome mucho que en nombre suyo lo ofreciera á mi cara mitad.—Pasé por donde Ramoncito Solórzano con ánimo de visitarlo, pero al punto me vino á las mientes que él se había resistido á presentarme á sus sobrinas, porque tal vez me consideraba maligno, y seguí derecho. Hice otras visitas importantes, y luego fuí á despedirme de los hoteleros. No tenían *Ginger ale* y les dí un adiós bien seco. Vino la noche, y con ella aquel bailecito que el señor Elizondo se sirvió dedicar, principalmente á nuestro Jefe. No ha mucho que me referí á esa fiestecita del cariño y de la amistad.—En cuanto á las personas principales de Managua que no pensaban acompañarnos hasta Granada, éstas acudieron á Palacio con el fin de estrechar la mano del General Soto y las de sus compañeros. Nos acostamos entre doce y una; dormimos como lirones, nos levantamos temprano, y á la hora fijada, echó el tren á correr camino de Masaya, entre los ruidosos vivas y aclamaciones calurosas de la multitud espectadora.

Quiénes iban con nosotros, ahora lo diré. En primer lugar, el señor Presidente Carazo, luego los ministros Guzmán y Castrillo, luego los subsecretarios González, Angulo Guridi, Cantón y el secretario privado, Ortiz; y por último, la mar de caballeros, cuyos nombres llenarían una larga lista. Los más grandes formaron grupo. Yo me coloqué en un asiento contiguo al de mi buen amigo Manuel Antonio Carazo. El tren caminaba velozmente, pero pude deleitar mis ojos con los paisajes bellísimos que brotaban y desaparecían con vértigo á uno y otro lado de la vía. Espléndida naturaleza! cómo no has de ser hermana de la nuestra. ¡Oh Nicaragua! y es posible que te resistas al abrazo precursor de la buena nueva? Qué genio hostil, enemigo de tu bien, se pone en mitad de tu camino, apaga la luz de tus ojos y te obliga á mostrarte esquiva y tirante con la *armonía* que procura atraerte á benéfica intimidad? ¡Oh Nicaragua, tú y Costa Rica podríais ser valiosa joya en este mundo americano!

Caminábamos, y, Manuel Antonio, atento á com-

placer mi curiosidad, iba haciéndome notar las preciosidades que con magnificencia tropical se ofrecían de continuo á las miradas. Aquí un maizal sobre el que volaban impacientes, aquellos de verde, tornasolada y vistosísima pluma, loritos y papagayos que no hallaban manera de burlar el ojo alerta del atalaya, para posarse sobre las espigas que con sus mazorcas granadas tentábanlos á la codicia: allá una dehesa en que el verde pomposo refrescaba el ojo contemplativo con todos sus matices; tendida ó ligeramente ondulada como una mar en que Favonio apenas toca con las puntas de sus alas; llena de pastura, de alta grama crugiente, entre la cual sólo eran descubiertos los lavados lomos de la ganadería: aquí platanales de agreste verdor, de hojas anchas y dobladas como arcos prontos á despedir las flechas que temblaban airosas en las puntas de largos y redondos vástagos turgentes; con sus *chiras* ó flores tan llenas como los pechos de una mujer que acaba de ser madre, ó bien con sus racimos admirables por la lujuria de su frondosidad: allá los cuadros de cereales que se doblaban temblando bajo la planta sedosa del céfiro cantor: aquí la húmeda selva, arrogante, huraña y sombría como son los salvajes: allí los bosquecillos, lechos mullidos de la pereza, donde el caminante bebe el frescor de las auras y encuentra dulce descanso y sueño que restauren sus fuerzas desfallecidas: y entre tanta pompa y serena majestad, las casitas, las quintas y las cabañas dispersas en la llanura como riscos del mar mirados de lejos, ó en las motas y collados, como nidos de águilas en las altas cumbres! ¡ Oh espléndida naturaleza, cómo no has de ser hermana de la nuestra!—Recité una buena parte del canto inmortal que el poeta sudamericano entonó á la zona tórrida con estro divino.—De repente noté que el tren no corría, que iba á paso lento; que la locomotora jadeante pedía aire. El iracundo monstruo que luchara por romper sus hierros, resoplaría con violencia lanzando chispas y columnas de humo negro por sus anchas fauces; pero la locomotora hacía salir sus entrañas hirvientes, aventándolas con poderoso pulmón al través de los agujeros estrechos de su *enjarrada* chime-

nea de hierro ennegrecido.—Pronto comprendí la causa de aquel cansancio angustiado de la máquina. Trepábamos por una pendiente, y los férreos brazos apenas podían, empeñando mucho su fuerza, arrastrar con lentitud el enorme peso que los trabajaba.—“Si sentirá ese animal gigantesco venido del Norte, de la patria de los grandes búfalos? Si será descendiente de aquellas que yacen bajo las sierras calcáreas de los Estados Unidos, tribus de cuadrúpedos antediluvianos, cada uno de cuyos remos debió ser tan grande y fuerte como un roble? Si habrá pulpa y sangre bajo esa piel de durísimo hierro? Si se afligirá en la esclavitud y trabajo forzado á que está sometido, así como se angustia el elefante cuando apenas puede moverse bajo el mundo que gravita sobre sus lomos, temeroso de que siga hiriendo sus carnes la aguijada cruel?” Estas preguntas hacía-me yo interiormente, que de tal modo me parecía vivo aquel producto maravilloso de los talleres de Filadelfia. Admiré el ingenio humano; me descubrí, y respetuosamente saludé la memoria del divino Fulton.—Ya estamos cerca de Masaya, me dijo Manuel Antonio: dentro de pocos minutos llegaremos á la ciudad. Ahora puede V. medir, en toda su grandeza, el vigor hercúleo del gigante que se viene oponiendo al empuje poderoso de la máquina. Esa mole inmensa que va quedando á nuestra derecha en tanto que la faldeamos por la izquierda, es el famoso volcán de Masaya.—Obsérvelo y verá cómo no contento con vomitar contra el cielo toda la encendida lava que revolvía en su cavernoso estómago, también en su despecho se arrancó la cabeza para lanzarla hecha ascuas contra el dios del rayo;—y ví que Manuel Antonio me decía la verdad, pues la cumbre cortada se descubrió á mis ojos atónitos como una gran mesa.—Allí, siguió diciéndome, donde se miran aquellas cortaduras hondas, que forman algo parecido á cañadas y desfiladeros, principia la laguna que da vuelta, por la base, y calza el pie del coloso como una chinela brillante. Y ahora le haré saber que gran parte de las vastas llanuras que hemos tenido á la vista, son campos solitarios y marchitos durante el verano: carecen de rie-

go y sólo la lluvia de los cielos las cubre de verdura.— En la estación seca, los animales perecerían de sed antes que de hambre, si no fueran abrevados en esa laguna de que le he hablado. Cuando por la mucha distancia no es posible verificar el ímprobo trabajo, entonces hay que abandonar esos campos á las tristezas del desierto: las casitas cierran sus puertas, el rescoldo del hogar se enfría, hierbas rastreras de color enfermizo cubren los techos, y la ortiga invade los patios.—Mientras así me hablaba, la locomotora dominó la pendiente, y ufana y triunfante corrió sobre la planicie en que se encuentra la ciudad de Masaya.

No sé si llegó primero á mi olfato el olor marcial de la pólvora, ó á mi oído el eco de sus detonaciones.— Pronto la aparición de casitas y casas fué siendo más frecuente; pronto observamos que los grupos de gente curiosa que se apostaba en el camino, iban siendo mayores; y sentimos entonces el calor y los vaivenes del movimiento de una vida condensada, de una vida de ciudad. Todos sacamos la cabeza por las ventanillas, y brisas alegres acudieron á bañar nuestros rostros en los perfumes suavísimos que guardaban en los pliegues de sus cendales transparentes. Masaya es *la ciudad de las flores*, y como un verjel iba á desplegarse á la mirada de los viajeros. Divisé á distancia el término del viaje. Lo reconocí por los ramos verdes y los grupos de flores que decoraban un edificio grande y abierto, y por las banderas y banderillas que flameaban en el mismo punto. El tren volaba, y temí por la vida de la muchedumbre hacinada á entrambos lados de la vía y bajo los techos de la estación. Una explosión de gritos, hurras y vivas entusiásticos atronó mis oídos, y, cediendo á los frenos, el tren se detuvo como caballo dócil, en la propia raya.

La ciudad quedaba cerca, y hacia ella emprendimos la marcha á pie. Los Presidentes, Ministros, Subsecretarios y demás personas de pro, formaron en fila á la cabeza de la procesión. La multitud agrupada, y muchas veces en desorden irremediable, seguía detrás. Las bandas de música tocaban, y el cañón ensordecía los ai-

res con sus truenos. Toda la población estaba de gala. Las banderas de Costa Rica y Nicaragua se sacudían al viento enlazadas ó sueltas en los edificios públicos, y en las moradas particulares. Habíamos pasado ya bajo algunos arcos de condición sencilla, cuando apareció el monumental en el centro de la población y un poco cerca de la casa destinada á nuestro transitorio hospedaje. Era un arco hermosísimo, de arquitectura elegante, aunque sencilla, en cuyas bases estaban de pie dos simpáticas criaturas femeniles, una de las cuales era *Costa Rica* y la otra *Nicaragua*. La procesión se detuvo allí unos instantes mientras pasaba la recitación ó lectura de algún discurso que no pude oír, pero que seguramente fué de congratulación para ambos Jefes de Estado. El polvo nos invadió horriblemente, y yo, que me había quedado atrás luchando con las olas que cerraban el paso, me resolví á emprenderla por otra calle, acompañado de Manuel Antonio y de otro amigo que tengo en reserva para cuando llegue á Rivas. Por fin, llegamos todos á la consabida casa. La población entera se entró por las puertas. Todos querían conocer á nuestro Jefe y presentar sus respetos á los dos altos Magistrados. Las autoridades, como era natural, fueron las que primero se adelantaron á cumplir con las leyes de la educación y de la hospitalidad.—Todo estaba listo para un almuerzo en buena forma. Olvidaba decir que en hora y media recorrimos la distancia de Managua á Masaya. Aunque había una mesa de bebidas extranjeras á nuestra disposición, yo preferí probar de los productos masayiatas. Me fué servida una copa de aguardiente verde y de sabor de whiskey, que me pareció de primera. El de mejor clase destilado por nuestros *contrabandistas* no lo habría superado. Se me dijo que era producto de granos, tal vez cebada, trigo y maíz. Probé también de uno blanco, que no era menos rico. Este debe ser sacado de caña de azúcar.—Almorzamos con gran acompañamiento, y luego dimos unas cuantas vueltas por la población, pero sin tener tiempo para examinarla, aunque sí echamos de ver que es bonita y pequeña.—Debo á Manuel Antonio la fortuna de

haber conocido á una mujer bellísima, y tal vez bien inteligente, si he de juzgar por la luz de sus ojos, que parecían dos Venus á su menor distancia del Sol; por las líneas delicadas de su rostro resplandeciente, y por las pocas palabras que me dió en cambio de las mías. He cometido la infamia de olvidar su nombre de pila, pero recuerdo que su apellido es Solórzano, y que es parienta de Ramoncito. Éste estaba con nosotros, pero no fué él quien me llevó á casa de la sílfide masayiata, sino Manuel Antonio, como ya lo dije. El amigo Cantón no debió quedar muy satisfecho de mi visita extemporánea; y así lo creo, porque mi aparición fué la causa de que pronto pusiera término á los deliquios de un entusiasmo, que á mi parecer estaba cuajado de muchos puntos amorosos. Cantón es aquel mismo joven Alejandro que pasó buena parte de su vida tal vez los mejores años de su primera juventud, en esta tierra costarricense, á la que profesaba entonces mucho cariño y consideraba como su patria.— No sé si habrán cambiado sus sentimientos; pero me atengo al dicho de que todo pasa en este mundo, (y yo creo que también la *moneda falsa* de Manuel del Palacio) y á aquel otro que dice *espaldas vueltas, memorias muertas*. Por si acaso nos había hecho la ofensa de sesgar en sus afectos, me apresuré á darle ante el *ídolo* una broma que seguramente le quemó la sangre. Sin más ni menos le hice recordar las novias que en nuestra tierra había dejado.— Comí una tajadita de zapote dulcísimo que me fué ofrecida y me retiré admirado de la belleza de aquella mujer. No puedo olvidar la amable acogida que me dió su padre, que es un general distinguido, ni las bondades de la dulce señora que le dió la vida. Después estuve en casa de Amando Maison; tuve el gusto de ofrecer mis respetos á su apreciable familia, y de saber que Amando no había olvidado aún su patria costarricense. A las dos de la tarde, todos estábamos en la estación del ferrocarril y metidos en los carros. La máquina dió un prolongado pitazo y echamos á correr camino de Granada. Los paisajes eran tan hermosos como los que atrás habíamos dejado. Pero mis ojos miraban en cierto modo distraí-

dos por los recuerdos de Masaya, sobre todo por el de sus flores, vírgenes simpáticas y benignidad del clima.— Este, comparado con el de Managua y León, me pareció tan fresco como el de Cartago; pero si de Cartago llegase á Masaya, me parecería como el de Atenas. De repente el mar encrespado se presentó á mi vista; tal vez será el lago, dije; pero Manuel Antonio me sacó de dudas, diciéndome: es la mar de gente que nos espera tendida desde la estación hasta la ciudad. Silbó la locomotora con todas sus fuerzas, y momentos después descubrimos la población magníficamente ataviada, y la máquina se detuvo para que descendiéramos. Granada, la hermosa Granada abría sus brazos para recibirnos, y tendía su mejilla buscando el calor de nuestros besos, ya que en otro tiempo había sentido correr en su seno desgarrado por la traición y el pillaje, la púrpura de nuestras venas como un bálsamo saludable. Oh tú, la más hermosa de las deidades del lago, que besa tu pie, y humilde lo lava con sus blanquísimas espumas!, tú puedes dar testimonio de nuestro amor desinteresado hacia esa tierra bendita; bendita, sí, que bajo sus capas duermen mezclados con tus hijos generosos, los héroes del 56, que oyeron tus clamores, y desde estos términos volaron á derramar las entrañas del invasor que te oprimía bajo la suela y herraduras de su bota fuerte de conquista.



BIBLIOGRAFIA CENTROAMERICANA LIBROS EDITADOS EN NICARAGUA 1974

Recopilado: por Jorge Eduardo Arellano

Publicamos a continuación una recopilación de los títulos nicaragüenses aparecidos el año recién pasado. Para una mejor interpretación de los datos bibliográficos, explicamos lo siguiente: cada libro lleva su autor (el apellido en mayúscula y el nombre en minúscula), el título subrayado y luego, en caso de tenerlo, el subtítulo; la ciudad y la editorial (cuando no aparece se ha puesto s.i. sin imprenta), el número de páginas y, cuando el título no es suficientemente claro en señalar el género de la obra, se especifica éste por último. Otro sí: cuando cualquiera de los datos anteriores no figura en la portada, sino en las partes interiores, se colocan entre paréntesis. He aquí, pues, los libros de 1974 catalogados alfabéticamente:

- 1) ABAUNZA SALINAS, Ramiro: Un general sin estrellas. Novela. (León, Editorial Hospicio). 238 p.
- 2) AGURTO, Harvy: La presencia del hombre en la cuentística de Rubén Darío... (Esteli.s.i.) 71 p.
- 3) ALVARADO MARTINEZ, Enrique: Cuentos de calle y camino. (Managua, Publicaciones UCA) 45 p.
- 4) ANDURAY PALMA, Plutarco: Algunos ingredientes del folklore nicaragüense. Ilustraciones: Rubén Cuadra h., Eduardo Pérez Valle. Chinandega (Impresos Modernos) 11p. (Poemas).
- 5) ARELLANO, Jorge Eduardo. Dos poetas nicaragüenses de la generación del 40. (Madrid) Cuadernos Hispanoamericanos. 9 p. (Separata del Número 285 correspondiente a marzo del presente año. Se trata de dos ensayos: uno sobre Ernesto Mejía Sánchez y el otro sobre Carlos Martínez Rivas).
- 6) ARELLANO, Jorge Eduardo: Historia de la Universidad de León. Tomo II. (León) Editorial Universitaria. 208 p. (Colección "Documento", v.3).
- 7) ARELLANO, Jorge Eduardo: Historias nicaragüenses. Managua, Ediciones Nacionales. 29 p. (Narraciones).
- 8) ARGUELLO SANSON, Eduardo: Invitación a una realidad simple. Los Angeles, Ediciones La Frontera 20 p. (Poemas).
- 9) ASTORQUI, Ignacio: Peces de la Cuenca de los Grandes Lagos de Nicaragua. (Managua, Publicaciones Nicaragüenses). 178p.
- 10) BARBERENA PEREZ, Alejandro: Centenario del Instituto Nacional de Oriente. (Managua, Imprenta Nacional) 74p.
- 11) BANCO NACIONAL DE NICARAGUA: Informe Anual 1973. Managua, 54p.
- 12) BELLI, Gioconda: Sobre la grama. (Managua) Indesa. Sin pp. numeradas (Poemas).
- 13) BLANCO, Yolanda: Así cuando la lluvia. (León, Editorial Hospicio) Sin p. numeradas. (Poemas).
- 14) BRANSFORD, J.F.: Investigaciones arqueológicas en Nicaragua, (Traducción de Orlando Cuadra Downing. Managua) Colección Cultural Banco de América. 96p.
- 15) CALDERA U., Sergio: Oda a Managua y a la solidaridad de los pueblos. (Managua, s.i.) 8p.
- 16) CALERO OROZCO, Adolfo: Carreras líricas. México, Editorial Traición. 109p.
- 17) CARDENAL, Ernesto: Poesía nueva de Nicaragua, Buenos Aires, etc., Ediciones Carlos Lohlé. 409p.
- 18) Censos nacionales 1971. 20 de abril 1971. Población. Volumen I. Características Generales. (Managua) Convenio Banco Central-Ministerio de Economía, Industria y Comercio. 384p.
- 19) Censos nacionales 1971. 20 de abril 1971. Población. Volumen II. Características Educativas. (Managua) Convenio Banco Central-Ministerio de Economía, Industria y Comercio. 205p.
- 20) Censos nacionales 1971. 20 de abril 1971. Población. Volumen III. Características Económicas. (Managua) Convenio Banco Central-Ministerio de Economía, Industria y Comercio. 414p.
- 21) Censos nacionales 1971. 20 abril 1971. Vivienda. (Managua) Convenio Banco Central Ministerio de Economía, Industria y Comercio. 592p.
- 22) CHAVEZ NUNEZ, Donald: Una ventana abierta. Visión retrospectiva de una vida. Managua (Editorial Unión). 284p.
- 23) CHAVEZ, Mercedes de: Mi cocina en tu hogar. (Managua, Pinsa). 351 p. I PEREZ MERILLE, Nenita, col.
- 24) COLEGIO CENTROAMERICA: Memoria Escolar. Managua (Litografía Pérez). Sin pp. numeradas.
- 25) COLOMA GONZALEZ, Fidel: Curso Superior de Español. (León). Editorial Universitaria. 328 p.I CORRALES MUNGUÍA, Julián, col.
- 26) CORONEL URTECHO, José: 3 conferencias a la empresa privada y epílogo en memoria de Joaquín Zavala Urtecho. (Managua) Ediciones El Pez y la Serpiente. 123p.
- 27) CRUZ, Ernesto: Estrategias de desarrollo para los años 70. Ideas expuestas ante la 1a. Convención Nacional del Sector Privado de Nicaragua. Managua, Incae. 19p.
- 28) CUADRA, Pablo Antonio. El nicaragüense. Epílogo de José Coronel Urtecho. 5a. ed. (San José) Educa (Editorial Universitaria Centroamericana). 282 p.
- 29) CUADRA, Pablo Antonio: El nicaragüensc. (Edición especial: 6a. ed. Managua, Inversiones Culturales). 282p.
- 30) CUADRA, Pablo Antonio: Tierra que habla. Antología de cantos nicaragüenses. (San José) Educa (Editorial Universitaria Centroamericana) 181 pgs.
- 31) CUADRA, Pablo Antonio: Poemas. (Translated by Thomas Merton) Greensboro, N(orth) C(arolina), Unicorn Keep. 44p.

- 32) CUADRA, Pablo Antonio: *Maya Oratorio de los cuatro héroes*. Managua (Tipografía Asel). 7 p. (Poema).
- 33) DAVILA BOLANOS, Alejandro: *Medicina indígena pre-colombiana de Nicaragua*. Esteli, Editorial "La Imprenta". 169 p.
- 34) *Documentos diplomáticos de don José de Marcoleta*. Ministro de Nicaragua en los Estados Unidos. 1854. (Managua) Colección Cultural Banco de América. 84p. (Serie: Fuentes Históricas, v.3).
- 35) *Documentos diplomáticos de William Carey Jones*. Enviado especial de los Estados Unidos ante Nicaragua y Costa Rica. 1857-1858. (Managua) Colección Cultural Banco de América. 157p. (Serie: Fuentes Históricas, v.2).
- 36) *Diario de John Hill Wheeler*. Ministro de Estados Unidos en Nicaragua. 1854-1857. (Managua) Colección Cultural Banco de América. 171p. (Serie: Fuentes Históricas v.1).
- 38) DIRECCION GENERAL DE ADUANAS: *Memoria. Período anual de 1973...* Managua (Editorial Unión). 54p.
- 39) *El cultivo del maíz en Nicaragua*. 2da. ed. Managua, Comisión Permanente para la coordinación de asistencia técnica agropecuaria. 64p.
- 40) *El Güegüence o Macho Ratón...* (Managua, Ediciones Club de Lectores). 132 p. (Reimpresión de la ed. de *El Pez y la Serpiente*, Núm. 10 sin nuestra bibliografía).
- 41) *El Güegüence o Macho Ratón*. Texto de Emilio Alvarez Lejarza. Edición de Jorge Eduardo Arellano. (Managua, Imprenta de la UCA). 48p. (Publicaciones del Instituto Histórico Centroamericano. VI).
- 42) ESPINOZA, Pedro Pablo: *Tu semilla...esposa mia* (Managua, s.i.). 13 p. (Poemas).
- 43) FERNANDEZ, Francisco de Asís: *La sangre constante*. Managua (s.i.) 67 p. (Colección CUUN 74). (Poemas).
- 44) FROMM, Erich: *El miedo a la libertad*. (Managua) Universidad Centroamericana, Departamento de Filosofía. 100p.
- 45) GOMEZ ESPINOSA, Margarita: *Así es Nicaragua*. Madrid, Paraninfo. 170p.
- 46) GONZALEZ R., José Esteban: *La cuestión agraria*. Diriamba, Ediciones "Patria Libre" 17p. (Cuadernos de Cultura Popular, v.1).
- 47) GONZALEZ R., José Esteban: *La vivienda*. Diriamba, Ediciones "Patria Libre" 17p. (Cuadernos de Cultura Popular, v.2).
- 48) GUERRERO C., Julián N. 100 biografías centroamericanas. Tomo II. (Managua). Imprenta Nacional 408p. I SORIANO DE GUERRERO, Lola, Col.
- 49) GUIDO, Clemente: *El pájaro del dulce encanto* (Novela). Managua, Ediciones Nicarao. 252p.
- 50) GUTIERREZ, Pedro Rafael: *Requien para una ciudad muerta*. 10 ed. Managua, Secretaría de Información y Prensa de la Junta Nacional de Gobierno. Sin pp. numeradas.
- 51) GUTIERREZ, Pedro Rafael: *Una ciudad para Lena*, 2da. ed. Managua (Editorial y Litografía "San José"). 151p.
- 52) GUZMAN, Enrique: *Las pequeñeces cuiscomeñas de Antón Colorado*. (Introducción de Franco Cerutti. Managua) Colección Cultural Banco de América. 157p. (Serie Literaria Num. 1).
- 53) JASPERS, Karl: *Origen y meta de la historia*. (Managua) Universidad Centroamericana, Publicaciones del Departamento de Filosofía. 74p.
- 54) JIRON TERAN, José: *Qué es un club rotario?* León. Publicaciones del Club Rotario. 14p.
- 55) LOPEZ, Pablo Antonio: *La voz del grillo*. (Poesías y epigramas). Barcelona (Talleres Gráficos A. Núñez). 51p.
- 56) MARX, Carl: *Textos selectos*. (Managua) Universidad Centroamericana, Departamento de Sociología. 114p.
- 57) MEDINA, Félix: *Teatro*. 1ra. parte. *Los Contreras* Drama histórico en tres actos. Introducción y notas de Franco Cerutti. (León, Editorial Universitaria). 172p. (Colección "Documento", v.4).
- 58) MEDRANO, Lorenzo: *El cerco de la muerte*. Managua (Imprenta Nacional). 75 p. (Poemas).
- 59) MENOCA, Guillermo: *In extremis*. (Managua, Tipografía Asel). 87 p. (Poemas).
- 60) MONTIEL ARGUELLO, Alejandro: *Exposición del Dr. Alejandro Montiel Argüello, Ministro de Relaciones Exteriores de Nicaragua, en el IV período ordinario de sesiones de la Asamblea General de la OEA. 22 de abril de 1974*. (Managua, Imprenta Nacional) 19p.
- 61) NAVAS, Nicolás: *18 sonetos*. (Managua, Tipografía Asel). 77p.
- 62) NICARAGUA, Leyes, decretos, etc.: *Código Civil de la República de Nicaragua*. (Managua, s.i.) 946p. (Reimpresión de la edición de Managua, 1931).
- 63) PAIZ CASTILLO, Ricardo: *Historia de Nicaragua*. 5a. Ed., Managua, La Salle, 166p. (Libro de texto).
- 64) PALMA MARTINEZ, Ildefonso: *Embargos y secuestros*. Managua, Talleres del Centro Juvenil Don Bosco. 60p.
- 65) PEÑA, Horacio: *Las casas de la cultura en Francia y el problema cultural en Nicaragua*. (Managua, s.i.) 10p.
- 66) PEREZ VALLE, Eduardo: *La Pólvora*. Bosquejo histórico. (Managua, Editorial Unión). 8p. (Cortésia de la Acción Cívica de la Guardia Nacional de Granada).
- 67) PONCE, Anibal: *Educación y lucha de clases*. (Managua), Ediciones A.E.C.L.M. 174 p.
- 68) ROCHA, Luis: *Ejercicios de composición*. (Managua), Ediciones El Pez y la Serpiente. 15p.
- 69) ROCHER, Gy: *Introducción a la sociología general*. (Managua) Publicaciones del Departamento de Sociología de la UCA. 88p.
- 70) ROTHSCHUH TABLADA, Guillermo: *Whitman, Dario y Neruda*. (Managua, Publicaciones UCA). 25p.
- 71) ROTHSCHUH TABLADA, Guillermo: *Veinte elegías al cedro*. (León), Editorial Universitaria. 60p.
- 72) SILVA, Fernando: *El comandante*, 3ra. Ed (Managua, Ediciones Club de Lectores). 213p.
- 73) SILVA, Fernando: *De tierra y agua*. (Managua, Inversiones Culturales). 161p.
- 74) SILVA, Fernando: *Ahora son 5 cuentos*. (Managua) Ediciones El Pez y la Serpiente. 48p.
- 75) SOL, Ildo: *Adolfo Zamora poeta de sintucción*. The Goner. (Managua, Pinsa) 131p.
- 76) (SOMOZA DEBAYLE, Anastasio): *Discursos políticos*. Somoza 1974. (Managua, Secretaria de Información y Prensa de la Presidencia de la República). 157p.
- 77) (SOMOZA, Anastasio): *Discurso pronunciado por el Excelentísimo Señor General de División don Anastasio Somoza, agradeciendo al homenaje que le tributaron 72 sindicatos de Nicaragua con motivo del día del Ejército*. (Managua, Secretaria de Información y Prensa de la Junta Nacional de Gobierno). 23p.

78) Teatro popular colonial revolucionario: El Güegüen-ce o Macho Ratón. Drama épico indígena. Traducción directa del original en nahuatl-castellano al español por Alejandro Dávila Bolaños. (Esteli, Tipografía Géminis) 183p. (Además contiene otras páginas en numeración romana).

79) TEFEL, Reinaldo Antonio: El infierno de los pobres. Diagnóstico sociológico de los Barrios Marginales de Managua. (Managua) Ediciones El Pez y la Serpiente. 206p.

80) TELLEZ, Fanor: Los bienes del peregrino. (León, Editorial Hospicio). 66p. (Poemas).

81) TSE TUNG, Mao: Cuatro "Tesis Filosóficas". (Managua) Ediciones AECLM. 151p.

82) TIJERINO, Gustavo: El terremoto más bárbaro de la historia. (2a. Ed., Managua, s.i.). 114p.

83) SCHNEEGANS A., René: Tiempo sucesivo. (Prólogo de Guillermo Rothsuh Tablada. Managua, Imprenta Nacional) 109p. (Poemas y prosas).

84) SOLORZANO REÑASCO, Anibal: Código de Procedimiento Civil de Nicaragua. Comentado y concordado y con Jurisprudencia Nacional y Extranjera. Tomo primero. (Managua, Editorial Unión), 263p.

85) VALLE, Francisco: Laberinto de espadas. (Buenos Aires, s.i.) 12 p. (Poemas en prosa).

86) VEGA B., Sebastián: Trozos del agro. (Managua, Pinsa), 296p.

87) Universidad Centroamericana. (Managua, Publicaciones UCA). Sin pp. numeradas. (Folleto de divulgación).

88) Informe del Rector. 1971-72, 1972-73. (Managua, Publicaciones UCA). 177p.

89) ZELAYA U., José M.: De los Sistemas Hegemónicos. Estudio de Caso. Tratado Bárcenas Meneses-Esguerra. Ejemplo del Sistema Hegemónico en el Caribe. (New York, Hispanic Printing Corporation). 153p.

90) ZELAYA, Chester: La anexión de Nicoya. San José, Imprenta Nacional. 185p. (Comisión Nacional de Conmemoraciones Históricas. I Sibaja, Luis Fernando, col.

ECONOMIA DE CENTROAMERICA 1974

Bibliografía seleccionada de los Boletines Bibliográficos de la Biblioteca del Instituto Centroamericano de Administración de Empresas. (INCAE)

1) "Rasgos económicos por países: V: Costa Rica, El Salvador, Guatemala, Honduras, Nicaragua". En Notas sobre la economía y el desarrollo de América Latina (CEPAL) No. 164, julio 1974.

2) "Algunas consideraciones sobre el consumo futuro de petróleo en Centroamérica". SIECA. Guatemala, 1974. 12 p. 5 cuadros.

3) "Situación y perspectivas de los granos básicos en Centroamérica: (Lineamientos para la formulación de un programa de acción regional)". SIECA. Guatemala, 1974. 44 p.

4) Jonas, Susanne. "La ayuda externa no ayuda a la integración centroamericana". En Estudios Sociales Centroamericanos, No. 307, Mayo 1974, p. 35-74.

5) Mariscal, Nicolás. "Dinámica histórica y crisis de la integración centroamericana". En Estudios Centro Americanos, No. 307, Mayo 1974, p. 283-301.

6) Mejivar, Rafael. "La inversión no directa en el Mercado Común Centroamericano". En Estudios Sociales Centroamericanos, vol. 3, No. 7, 1974, p. 75-123.

7) "El Mercado Común Centroamericano" En El Trimestre económico, vol 41 (2) No. 162, p. 459-466. Informe sobre los principales acontecimientos ocurridos en el Mercado Común Centroamericano en el curso de 1973.

8) "Central America still healthy despite external pressures". En Business Latin America, June 26, 1974, p. 203-206.

9) "Resoluciones adoptadas en la primera Reunión de Ministros de Agricultura en Centroamérica y en la primera Reunión Conjunta de Ministros de Economía y de Agricultura". SIECA. Guatemala, 1974. 14 p.

10) "El SGP en Centroamérica" SIECA. Guatemala, 1974 33p.

11) "Estado en que se encuentran las solicitudes de aplicación del primer párrafo del artículo XI del Tratado General". Cuarta Reunión de Viceministros de Economía de Centroamérica, San José, 1974. Guatemala, 1974, 31 p.

12) "Acuerdo de San José aprobado en la segunda reunión de Ministros de Agricultura de Centroamérica". SIECA. San José, 1974, 11 p.

13) "Consideraciones sobre algunos aspectos relacionados con los precios, la calidad y el abastecimiento de llantas en Centroamérica". SIECA. Guatemala, 1974. 10 p.

14) "Nueva Propuesta sobre modificaciones al Capítulo V del REIFALDI; problemas relacionados con la competencia". SIECA. Guatemala, 1974. 9 p.

GUATEMALA

15) Payeras V., Carlos E. "El Costo de la Vida en Guatemala y los distintos factores que han contribuido a su aumento". En Economía; revista del Instituto de Investigaciones Económicas y Sociales, Universidad de San Carlos de Guatemala, vol. 12. No. 39, 1974, p. 149-170.

16) "Guatemala gears up to handle tourist boom" En Business Latin America, august 21 p. 269-270, 1974.

17) "Guatemala's tax, price program may hurt corporate performance". En Business Latin America, september 11, 1974, p. 290-291.

18) Rich T.A. "The general characteristics of subsistence in the Department of Jutiapa, Guatemala". Tampa, Fla., University of South Florida, 1974. 8 p. 261 tablas.

19) Zelaya Gil A. y Barrios P., L.E. "Compendio de las últimas reformas a los impuestos". Guatemala, Librería y Lito Offset "Comercio e Industria". 1974. 75 p.

20) "Consideraciones sobre un aumento en el precio de las llantas y neumáticos producidas por la empresa Gran Industria de Neumáticos Centroamericanos, S.A., (GINSA) en Guatemala". SIECA. Guatemala 1974, 43 p.

NICARAGUA

21) "Encuesta sobre algunos efectos demográficos y de salud del terremoto de Managua; diciembre 23, 1972". Nicaragua. Ministerio de Salud Pública. Managua, 1974. 67 p.

22) "Political calm, economic vigor mark Nicaraguan scene". En Business Latin America, July 24, 1974, p. 238-239.

23) "Consideraciones sobre un aumento en el precio del Toxafeno producido por la empresa Hércules de Centroamérica, S.A., (HERCASA) en Nicaragua". SIECA. Guatemala 1974, 30 p.

24) "Costos de producción de frutas y vegetales". Banco Central de Nicaragua. Dpto. de Investigaciones Tecnológicas. Managua, 1974. 48 p.

25) "Comisión Nacional del Algodón. Costos de Producción. Nicaragua". Managua 1974, 74 p.

26) "Consideraciones sobre un aumento en el precio de la sosa caústica producida por la Empresa Electroquímica Pennwalt, S.A., (ELPESA) en Nicaragua. Guatemala, 1974, 38 p.

INDICE GENERAL DE LA REVISTA DEL PENSAMIENTO CENTROAMERICANO

VOL. XXIX - 1972 (Ordenado alfabéticamente por autores)

AUTOR	TITULO	NUMERO
Arellano, Jorge Eduardo	SANDINO EN LA POESIA (Selección de poemas por...)	143-Agt. Pg. 3
Baer, Werner y otros	EL "DESAFIO AMERICANO" EN LA AMERICA LATINA (Estudio Socio-político-económico)	145-Oct. Pg. 31
Barkin, David	LA REDISTRIBUCION DEL CONSUMO EN CUBA (Estudio socio-económico)	144-Sept. Pg. 63
Belli, Gioconda	DIOS ME HIZO MUJER (Poesía)	145-Oct. Pg. 70
Böll, Heinrich	EL TIRADOR DE COSAS (Cuento)	145-Oct. Pg. 61
Botero, Rodrigo y otros	EL "DESAFIO AMERICANO" EN LA AMERICA LATINA (Estudio Socio-político-económico)	145-Oct. Pg.31
Camps, Victoria	LOS TEOLOGOS DE LA MUERTE DE DIOS (Ensayo)	145-Oct. Pg.3
CEPAL	SITUACION Y PERSPECTIVAS DEL EMPLEO JUVENIL EN EL ISTMO CENTROAMERICANO (Estudio socio-económico)	144-Sept. Pg. 13
Cerutti, Franco	CONTRIBUCION A UN FICHERO DE LA PRENSA PERIODICA NICARAGUENSE (Libro del mes)	143-Agt. Pg. 1
Cerutti, Franco	UN AÑO DESPUES (In memoriam)	145-Oct. Pg. 1
Conferencia especializada de los países del Caribe	DECLARACION DE SANTO DOMINGO SOBRE DERECHOS DEL MAR (Documento Jurídico)	144-Sept. Pg. 10
Coronel Urtecho, José	LA FAMILIA ZAVALA Y LA POLITICA DEL COMERCIO EN CENTROAMERICA (Libro del mes)	141-142- Pg. 1
Cuadra, Pablo Antonia	RAYUELO (Cuento)	144-Sept. Pg. 63
Herrera, Almirar O.	UN PROYECTO LATINOAMERICANO DE MODELO MUNDIAL (Artículo)	145-Oct. Pg. 11
Jacoby, Neil H. y otros	UN PROYECTO LATINOAMERICANO AMERICA LATINA (Estudio Socio-político-económico)	145-Oct. Pg. 31
Levitt, Theodore	MIOPIA DEL MERCADEO (Estudio Socio-económico)	144-Sept. Pg. 50
McClelland, David C.	EL IMPULSO HACIA LA MODERNIZACION (Artículo)	144-Sept. Pg. 3
Miranda-Casj, Enrique	"LA GUERRA OLVIDADA" O LA GUERRA DE LOS INDIOS DE 1881 (Estudio histórico)	144-Sept. Pg. 75
Montiel Argüello, Alejandro	CHATFIELD Y NICARAGUA (Estudio histórico)	143-Agt. Pg. 27
Pechio, Conde de	BOSQUEJO DE LA REPUBLICA DE CENTROAMERICA (Libro del mes)	144-Sept. Pg. 67
Prebisch, Raúl y otros	EL "DESAFIO AMERICANO" EN LA AMERICA LATINA (Estudio Socio-económico-político)	145-Oct. Pg. 31
Solórzano Murillo, Francisco	MEMORIAS DEL CORONEL FRANCISCO SOLORZANO MURILLO (Libro del mes)	145-Oct. Pg. 85
Toffler, Alvin	EL IMPACTO DEL FUTURO (Artículo)	145-Oct. Pg. 17
Urquidí, Víctor L.	ALLENDE EL AÑO 2000 (Artículo)	145-Oct. Pg. 15
Zavala Cuadra, Xavier	PINCELADA AL NOMBRE: REVISTA CONSERVADORA DEL PENSAMIENTO CENTROAMERICANO (Editorial)	143-Agt. Pg.1
Zavala Cuadra, Xavier	ENTRE LA ANARQUIA Y LA DICTADURA (Editorial)	144-Sept. Pg. 1

FIGURILLA DE CABEZA
ABIERTA
Estilo Olmecoide
Periodo Bicrome, 200-300 D.C.
Nicaragua



En esta meditadora figurilla precolombina no se advierte en verdad la titánica concentración del "El Pensador" de Rodin. Los trazos más bien evocan la somnolente laxitud de los Budas. Sin embargo, no asoma a los ojos mongoloides la interior mansedumbre de Gotana; en su frustrado entorno, pugnan la resignación y el ánimo insatisfecho. El oído atento pareciera recoger, fragmentados, los ruidos de un "divino y eterno rumor mediterráneo".